ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

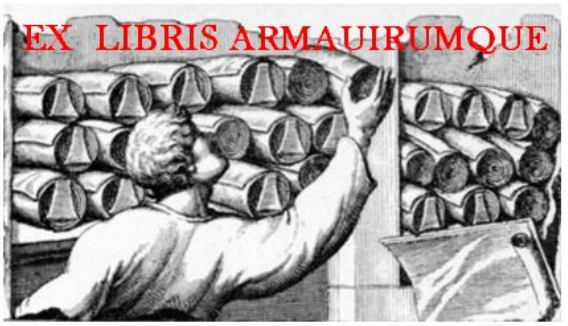
3

Selecciones del Reader's Digest

ANTOLOGIA DE LA NOVELA CORTA UNIVERSAL

VOLUMEN III

EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

Marca Registrada

MADRID • MEXICO • SANTIAGO DE CHILE • BUENOS AIRES • BOGOTA • NUEVA YORK

© 1973 SELECCIONES DEL READER'S DIGEST (IBERIA), S. A.
D. R. © 1973 READER'S DIGEST MEXICO, S. A. de C. V.
INSURGENTES NORTE 1090, MEXICO 15, D. F.

Derechos reservados en todos los países miembros de la Convención de Buenos Aires de 1910, de la Convención Interamericana y de la Convención Universal sobre Derechos de Autor.

Prohibida la reproducción total o parcial.

Editado en México por Reader's Digest México, S. A. de C. V.

Esta segunda edición se terminó de imprimir el día 27 de junio de 1977 en los talleres de Impresora y Editora Mexicana, S. A. de C. V., San Mateo Tecoloapan, Estado de México. Se tiraron 30 000 ejemplares.

Impreso en México
Printed in Mexico

Los reconocimientos correspondientes a las distintas novelas figuran en la página 371

Las ilustraciones que encabezan las novelas son obra de MIGUEL ACQUARONI

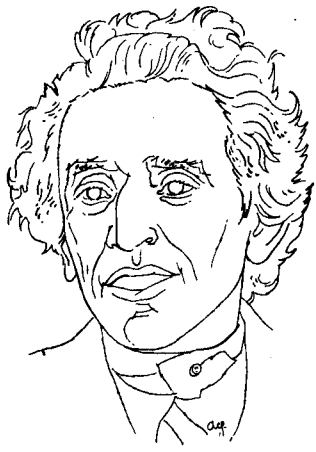
Las novelas de este volumen se publican en su versión íntegra excepto *El bote de remos; El joven Arquímides* y *Regreso a Babilonia,* que han sido condensadas.

CONTENIDO

7 LA VIDA PRIVADA/Juan José Arreola
18 EL SEÑOR SABELOTODO/W. Somerset Maugham
26 VANKA/Antón Chejov
31 HAUTOT Y SU HIJO/Guy de Maupassant
45 EL RELATO DEL GRUMETE/Isak Dinesen
58 LA CRUZ NEGRA/Emilia Pardo Bazán
62 EL BOTE DE REMOS/Stephen Crane
83 SOSPECHA/Dorothy L. Sayers
100 JOSE MATIAS/Eça de Queiroz
123 EL POZO/Augusto Céspedes
138 NANA BOUILLOUX/Colette
144 DIOS VE LA VERDAD, PERO ESPERA/León Tolstoi
153 LOS CAIMANES/John Updike
161 SENTADO EN EL ESTRIBO/Azorín (José Martínez Ruiz)
166 MATERNIDAD/Lilika Nakos
170 EL JOVEN ARQUIMEDES/Aldous Huxley
197 LOS FUGITIVOS/Alejo Carpentier
207 EL CIRCULO DE TIZA/Bertolt Brecht
221 REGRESO A BABILONIA/F. Scott Fitzgerald
242 MI COMPLEJO DE EDIPO/Frank O'Connor
255 EL VENADO/Arturo Uslar Pietri
263 EL GRABADO AL AGUATINTA/Montague Rhodes James
276 SOLEDAD/Miguel de Unamuno
283 LUZINA SE TOMA UNAS VACACIONES/Gabrielle Roy
300 LA MADRE/Ciro Alegría
308 EL HOMBRE QUE OBRABA MILAGROS/H. G. Wells
327 EL PROCURADOR DE JUDEA/Anatole France
340 DILEMA DOMESTICO/Carson McCullers
352 EL VIEJO JEFE MSHLANGA/Doris Lessing
367 NOTAS BIOGRAFICAS
371 RECONOCIMIENTOS

LA VIDA PRIVADA

JUAN JOSE ARREOLA/MEXICO



PARA PUBLICAR este relato no se me ha puesto más condición que la de cambiar los dos nombres que en él aparecen, cosa muy explicable, ya que voy a hablar de un hecho que todavía no acaba de suceder y en cuyo desenlace tengo la esperanza de influir.

Como los lectores se darán cuenta en seguida, me refiero a esa historia de amor que circula entre nosotros a través de versiones cada día más impuras y desalmadas. Yo me he propuesto dignificarla contándola tal como es, y me consideraré satisfecho si logro apartar de ella toda idea de adulterio. Escribo sin temblar esta horrible palabra porque tengo la certeza de que muchas personas la borrarán conmigo al final, una vez que hayan considerado dos cosas que ahora todos parecen olvidar: la virtud de Teresa y la caballerosidad de Gilberto.

Mi relato es la última tentativa para resolver honestamente el conflicto que ha brotado en un hogar de este pueblo. El autor es por lo pronto la víctima. Resignado en tan difícil situación, pide al cielo que nadie lo sustituya en su papel, que lo dejen solo ante la incomprensión general.

Digo que soy la víctima sólo por seguir la opinión corriente. En el fondo, sé que los tres somos víctimas de un destino cruel, y no seré yo quien ponga en primer término su propio dolor. He visto sufrir de cerca a Gilberto y a Teresa; también he contemplado lo que podría llamarse su dicha, y la he encontrado dolorosa, porque

es culpable y oculta, aunque yo esté dispuesto a poner mi mano en el fuego para probar su inocencia.

Todo se ha efectuado ante mis propios ojos y ante los de la sociedad entera, esa sociedad que ahora parece indignarse y ofenderse como si nada supiera. Naturalmente, no estoy en condiciones de decir dónde empieza y dónde acaba la vida privada de un hombre. Sin embargo, puedo afirmar que cada uno tiene el derecho de tomar las cosas por el lado que más le convenga y de resolver sus problemas de la manera que juzgue más apropiada. El hecho de que yo sea, cuando menos aquí, el primero que abre las ventanas de su casa y publica sus asuntos, no debe extrañar ni alarmar a nadie.

Desde el primer momento, cuando me di cuenta de que la amistad de Gilberto empezaba a causar murmuraciones por sus constantes visitas, me tracé una línea de conducta que he seguido fielmente. Me propuse no ocultar nada, dar aire y luz al asunto, para que no cayera sobre nosotros la sombra de ningún misterio. Como se trataba de un sentimiento puro entre personas honorables, me dediqué a exhibirlo lealmente, para que fuera examinado por los cuatro costados. Pero esa amistad, que disfrutábamos por partes iguales mi mujer y yo, comenzó a especializarse y a tomar un cariz que haría muy mal en ocultar. Pude darme cuenta desde el principio, porque contrariamente a lo que piensa la gente, yo tengo ojos en la cara y los utilizo para ver lo que ocurre a mi alrededor.

Al principio la amistad y el afecto de Gilberto iban dirigidos a mí, en forma exclusiva. Después, desbordaron mi persona y hallaron objeto en el alma de Teresa; pude notar con alegría que tales sentimientos hacían eco en mi mujer. Hasta entonces Teresa se había mantenido un poco al margen de todo, y miraba con indiferencia el desarrollo y el final de nuestras habituales partidas de ajedrez.

Me doy cuenta de que más de alguna persona desearía saber cómo empezaron exactamente las cosas y quién fue el primero que, obedeciendo a una señal del destino, puso la intriga en movimiento.

La presencia de Gilberto en nuestro pueblo, grata por todos conceptos, se debió sencillamente al hecho de que poco después de terminar su carrera de abogado, en forma sumamente brillante, las autoridades superiores le extendieron nombramiento de Juez de Letras para uno de los juzgados locales. Aunque esto ocurrió

a principios del año pasado, no fue debidamente apreciado hasta el 16 de septiembre, fecha en que Gilberto tuvo a su cargo el discurso oficial en honor de nuestros héroes.

Ese discurso ha sido la causa de todo. La idea de convidarlo a cenar surgió allí mismo, en la Plaza de Armas, en medio del entusiasmo popular que Gilberto desencadenó de modo tan admirable. Aquí, donde las fiestas patrias no eran ya sino un pretexto anual para divertirse y alborotar a nombre de la Independencia y de sus héroes. Esa noche los cohetes, la algarabía y las campanas parecían tener por primera vez un sentido y eran la apropiada y directa continuación de las palabras de Gilberto. Los colores de nuestra enseña nacional parecían teñirse de nuevo en la sangre, en la fe y en la esperanza de todos. Allí, en la Plaza de Armas, fuimos esa noche efectivamente los miembros de la gran familia mexicana y nos sentíamos alegres y conmovidos como hermanos.

De vuelta a nuestra casa le hablé a Teresa por primera vez de Gilberto, que ya había conocido de chico los éxitos del orador, recitando poemas y pequeños discursos en las fiestas escolares. Cuando le dije que se me había ocurrido invitarlo a cenar, Teresa aprobó mi proyecto con una indiferencia tan grande que ahora me llena de emoción.

La noche inolvidable en que Gilberto cenó con nosotros no parece haber terminado todavía. Se propagó en conversaciones, se multiplicó en visitas, tuvo todos los accidentes felices que dan su altura a las grandes amistades, conoció el goce de los recuerdos y el íntimo placer de la confidencia. Insensiblemente nos condujo a este callejón sin salida en donde estamos.

Los que tuvieron en la escuela un amigo predilecto y saben por experiencia que esas amistades no suelen sobrevivir a la infancia y sólo perduran en un tuteo cada vez más difícil y más frío, comprenderán muy bien la satisfacción que yo sentía cuando Gilberto reconstruyó nuestra antigua camaradería por medio de un trato afectuoso y sincero. Yo, que siempre me había sentido un poco humillado ante él, porque dejé de estudiar y tuve que quedarme aquí en el pueblo, estancado detrás del mostrador de una tienda de ropa, me sentía finalmente justificado y redimido.

El hecho de que Gilberto pasaba con nosotros las mejores de

sus horas libres, a pesar de que tenía a su alcance todas las distracciones sociales, no dejaba de halagarme. Por cierto que me inquieté un poco cuando Gilberto, a fin de sentirse más libre y a gusto, puso fin a un noviazgo que parecía bastante formal y al que todo el mundo auguraba el consabido desenlace. Sé que no faltaron personas aviesas que juzgaron equívocamente el proceder de Gilberto al verlo preferir la amistad al amor. A la altura actual de las circunstancias, me siento un poco incapaz de negar el valor profético que tuvieron tales habladurías.

Por fortuna, se produjo entonces un incidente que yo juzgué del todo favorable, ya que me dio la oportunidad de sacar de mi casa el germen del drama, aunque, en fin de cuentas, de modo provisional.

Tres señoras respetables se presentaron en mi casa una noche en que Gilberto no estaba por allí. Es claro que él y Teresa se hallaban en el secreto. Se trataba, sencillamente, de suplicar mi autorización para que Teresa desempeñara un papel en una comedia de aficionados.

Antes de casarnos, Teresa tomaba parte con frecuencia en tales representaciones y llegó a ser uno de los mejores elementos del grupo que ahora reclamaba sus servicios. Ella y yo convinimos en que esa diversión había acabado por completo. Más de una vez, indirectamente, Teresa recibió invitaciones para actuar en un papel serio, que se llevara bien con su nueva situación de ama de casa. Pero siempre nos rehusamos.

Nunca dejé de darme cuenta de que para Teresa el teatro constituía una seria afición, fomentada por sus gracias naturales. Siempre que asistíamos al teatro, ella se atribuía un papel y gozaba como si de veras lo estuviera representando. Alguna vez le dije que no había razón de que se privara de ese placer, pero siempre se mantuvo en su propósito.

Ahora, y desde que tuve los primeros indicios, tomé una resolución distinta, pero me hice de rogar a fin de justificarme. Dejé a las buenas señoras la tarea de convencerme de cada una de las circunstancias que contribuían a hacer indispensable la actuación de mi mujer. Quedó para lo último el hecho decisivo: Gilberto había aceptado ya desempeñar el papel de galán. Realmente, no había

razones para rehusar. Si el inconveniente más grave era que Teresa debía representar un papel de dama joven, la cosa perdía toda importancia si su pareja era un amigo de la casa. Concedí por fin el anhelado permiso. Las señoras me expresaron su reconocimiento personal, añadiendo que la sociedad sabría estimar debidamente el valor de mi actitud.

Poco después recibí el agradecimiento un poco avergonzado de la propia Teresa. También ella tenía un motivo personal: la comedia que se iba a representar era nada menos que *La vuelta del cruzado*, que en tiempos de soltera había ensayado tres veces, sin que se llegara a ponerla en escena. En realidad, tenía el papel de Griselda en el corazón.

Yo me sentí tranquilo y contento ante la idea de que nuestras ya peligrosas veladas iban por lo pronto a suspenderse y a ser sustituidas por los ensayos. Allí estaríamos rodeados de un buen número de personas y la situación perdería las características que empezaban a hacerla sospechosa.

Como los ensayos se realizaban por la noche, me resultaba muy fácil ausentarme de la tienda un poco antes de la hora acostumbrada, para reunirme con Teresa en casa de la honorable familia que daba hospitalidad al grupo de aficionados.

Mis esperanzas de alivio se vieron muy pronto frustradas. Como tengo voz clara y leo con facilidad, el director del grupo me pidió una noche, con un temor de ofenderme que todavía me conmueve, que hiciera de apuntador. La proposición fue hecha un poco en serio y un poco en broma, para que pudiera contestarla sin hacer un desaire. Como es de suponerse, acepté entusiasmado y los ensayos transcurrieron felizmente. Entonces empecé a ver con claridad lo que sólo me había parecido una vaga aprensión.

Yo nunca había visto dialogar a Gilberto y a Teresa. Es cierto que podían sostener apenas alguna conversación, pero no había duda de que entre ellos se desarrollaba un diálogo esencial, que sostenían en voz alta, delante de todos y sin dar lugar a ninguna objeción. Los versos de la comedia, que sustituyeron al lenguaje habitual, parecían hechos de acuerdo con ese íntimo coloquio. Era verdaderamente imposible saber de dónde salía un continuo doble sentido, ya que el autor del drama no tenía por qué haber

previsto semejante situación. Llegué a sentirme bastante molesto. Si no hubiera tenido en mis manos el ejemplar de *La vuelta del cruzado*, impreso en Madrid en 1895, habría creído que todo aquello estaba escrito exclusivamente para perdernos. Y como tengo buena memoria, pronto me aprendí los cinco actos de la comedia. Por la noche, antes de dormir, y ya en la cama, me atormentaba con las escenas más sentimentales.

El éxito de *La vuelta del cruzado* fue tan grande, que todos los espectadores convinieron en afirmar que no se había visto cosa semejante. ¡Noche de arte inolvidable! Teresa y Gilberto se consagraron como dos verdaderos artistas, conmoviendo hasta las lágrimas a un público que vivió a través de ellos las más altas emociones de un amor noble y lleno de sacrificio.

Por lo que a mí toca, pude sentirme bastante tranquilo al juzgar que esa noche la situación quedó en cierto modo al descubierto y dejaba de pesar solamente sobre mí. Me creí apoyado por el público; como si el amor de Teresa y Gilberto quedara absuelto y redimido, y yo no tuviera más remedio que adherirme a esa opinión. Todos estábamos realmente doblegados ante ese verdadero amor, que saltaba por encima de todos los prejuicios sociales, libre y consagrado por su propia grandeza. Un detalle, que todos recuerdan, contribuyó a mantenerme en esa ilusión.

Al terminar la obra, y ante una ovación realmente grandiosa que mantuvo el telón en alto durante varios minutos, los actores resolvieron sacar a todo el mundo al escenario. El director, los organizadores, el jefe de la orquesta y el que pintó los decorados recibieron justo homenaje. Por último, me hicieron subir a mí desde la concha. El público pareció entusiasmado con la ocurrencia y los aplausos arreciaron a más y mejor. Se tocó una diana y todo acabó entre el regocijo y la alegría de actores y concurrentes. Yo interpreté el excedente de aplausos como una sanción final: la sociedad se había hecho cargo de todo y estaba dispuesta a compartir conmigo, hasta el fin, las consecuencias del drama. Poco tiempo después debía comprobar el tamaño de mi error y la incomprensión maligna de esa complaciente sociedad.

Como no había razón para que las visitas de Gilberto a nuestra casa se suspendieran, continuaron, de pronto, como antes. Después

se hicieron cotidianas. No tardaron en ejercitarse contra nosotros la calumnia, la insidia y la maledicencia. Hemos sido atacados con las armas más bajas. Aquí todos se han sentido sin mancha; quién el primero, quién el último, se dedican a apedrear a Teresa con sus habladurías. A propósito, el otro día cayó sobre nosotros una verdadera piedra. ¿Será posible?

Nos hallábamos en la sala y con la ventana abierta, según es mi costumbre. Gilberto y yo, empeñados en una de nuestras más intrincadas partidas de ajedrez, mientras Teresa trabajaba junto a nosotros en unas labores de gancho. De pronto, en el momento en que yo iniciaba una jugada, y aparentemente desde muy cerca, fue lanzada una piedra del tamaño de un puño, que cayó sobre la mesa con estrépito en medio del tablero, derribando todas las piezas. Nos quedamos como si hubiera caído un aerolito. Teresa casi se desmayó y Gilberto palideció intensamente. Yo fui el más sereno ante el inexplicable atentado. Para tranquilizarlos, dije que aquello debía ser cosa de un chiquillo irresponsable. Sin embargo, ya no pudimos estar tranquilos y Gilberto se despidió poco después. Personalmente, yo no lamenté mucho el incidente por lo que tocaba al juego, ya que mi rey se hallaba en una situación bastante precaria, después de una serie de jaques que presagiaban un mate inexorable.

Por lo que se refiere a mi situación familiar, debo decir que se operó en ella un cambio extraordinario desde *La vuelta del cruzado*. Francamente, a partir de la representación Teresa dejó de ser mi mujer, para convertirse en ese ser extraño y maravilloso que habita en mi casa y que se halla tan lejos como las propias estrellas. Apenas entonces me di cuenta de que ella se estaba transformando desde antes, pero tan lentamente que yo no había podido advertirlo.

Mi amor por Teresa, es decir, Teresa como enamorada mía, dejaba muchísimo que desear. Confieso sin envidia el engrandecimiento de Teresa y la eclosión final de su alma como un fenómeno en el cual no me fue dado intervenir. Ante mi amor, Teresa resplandecía. Pero era un resplandor humano y tolerable. Ahora Teresa me deslumbra. Cierro los ojos cuando se me acerca y sólo la admiro desde lejos. Tengo la impresión de que desde la noche en que representó *La vuelta del cruzado*, Teresa no ha descendido de la escena, y pienso que tal vez ya nunca volverá a la realidad. A nuestra pequeña,

sencilla y dulce realidad de antes. Esa que ella ha olvidado por completo.

Si es cierto que cada enamorado labra y decora el alma de su amante, debo confesar que para el amor soy un artista mediocremente dotado. Como un escultor inepto, presentí la hermosura de Teresa, pero sólo Gilberto ha podido sacarla entera de su bloque. Reconozco ahora que para el amor se nace, como para otro arte cualquiera. Todos aspiramos a él, pero a muy pocos les está concedido. Por eso el amor, cuando llega a su perfección, se convierte en un espectáculo.

Mi amor, como el de casi todos, nunca llegó a trascender las paredes de nuestra casa. Mi noviazgo a nadie llamó la atención. Por el contrario, Teresa y Gilberto son espiados, seguidos paso a paso y minuto a minuto, como cuando representaban en el teatro, y el público, palpitante, esperaba con angustia el desenlace.

Recuerdo lo que cuentan de don Isidoro, el que pintó los cuatro evangelistas de la parroquia, que están en las pechinas de la cúpula. Don Isidoro nunca se tomaba el trabajo de pintar sus cuadros desde el principio. Todo lo ponía en manos de un oficial, y cuando la obra estaba ya casi terminada, cogía los pinceles y con unos cuantos trazos la transformaba en una obra de arte. Luego ponía su firma. Los evangelistas fueron la última obra de su vida, y dicen que don Isidoro no alcanzó a darle sus toques magistrales a San Lucas. Allí está, efectivamente, el santo con su belleza malograda y con la expresión un tanto incierta y pueril. No puedo menos de pensar que, a no haber sobrevenido Gilberto, lo mismo hubiera ocurrido con Teresa. Ella habría quedado para siempre mía, pero sin ese resplandor final que le ha dado Gilberto con su espíritu.

Está de más decir que nuestra vida conyugal se ha interrumpido por completo. No me atrevo a pensar en el cuerpo de Teresa. Sería una profanación, un sacrilegio. Antes, nuestra intimidad era total y no estaba sujeta a ningún sistema. Yo disfrutaba de ella sencillamente, como se disfruta del agua y del sol. Ahora ese pasado me parece incomprensible y fabuloso. Creo mentir si digo que yo tuve en otro tiempo en mis brazos a Teresa, esa Teresa incandescente que ahora transita por la casa con unos pasos divinos, realizando unos quehaceres domésticos que no logran humanizarla. Sirviendo

la mesa, remendando la ropa o con la escoba en la mano, Teresa es un ser superior al que no se puede acceder por parte alguna. Sería totalmente erróneo esperar que un diálogo cualquiera nos llevara de pronto hacia una de aquellas dulces escenas del pasado. Y si pienso que yo podría convertirme en troglodita y asaltar ahora mismo a Teresa en la cocina, me quedo paralizado de horror.

Por el contrario, a Gilberto lo veo casi como a un igual, aunque él sea quien ha producido el milagro. Mi antiguo sentimiento de inferioridad ha desaparecido por completo. Me he dado cuenta de que en mi vida hay siquiera un acto en que he estado a su propia altura. Ese acto ha sido la elección y el amor de Teresa. La elegí simplemente, como la habría elegido el mismo Gilberto; de hecho, tengo la impresión de que me he adelantado, robándole la mujer. Porque él habría tenido que amar a Teresa de todas maneras en el primer momento en que la hallara. En ella se ha corroborado nuestra afinidad más profunda, y es en esa afinidad donde yo he marcado una precedencia. Aunque no dejo de considerar también lo contrario, y acepto que Teresa sólo me amó a causa del Gilberto que soñaba, siguiéndole las huellas y buscándolo en vano dentro de mí.

Desde que dejamos de vernos, al terminar la escuela primaria, yo sufrí siempre ante la idea de que todos los actos de mi vida se realizaban muy por debajo de los actos de Gilberto. Cada vez que venía al pueblo de vacaciones, yo le evitaba con sumo cuidado, rehusándome a confrontar mi vida con la suya.

Pero más en el fondo, si busco la última sinceridad, no puedo quejarme de mi destino. No cambiaría el lote de humanidad que he conocido por la clientela de un médico o de un abogado. La hilera de clientes a lo largo del mostrador ha sido para mí un campo inagotable de experiencias y a él he consagrado gustosamente mi vida. Siempre me interesó la conducta de las gentes en trance de comprar, de elegir, de aspirar y de renunciar a algo. Hacer llevadera la renuncia a los artículos costosos y grata la adquisición de lo barato ha sido una de mis tareas predilectas. Además, con una buena parte de mi clientela cultivo relaciones especiales que están muy lejos de aquellas que rigen de ordinario entre un comerciante y sus compradores. El intercambio espiritual entre estas personas y yo es casi de rigor. Me siento verdaderamente complacido cuando alguien va a mi

tienda a buscar un artículo cualquiera y vuelve a su casa llevando también un corazón refrescado por algunos minutos de confidencia, o fortalecido con un sano consejo.

Confieso esto sin la menor sombra de orgullo, ya que al fin y al cabo soy yo el que está proporcionando ahora el tema para todas las conversaciones. Lealmente, he tomado mi vida privada y la he puesto sobre el mostrador, como cuando cojo una pieza de tela y la extiendo para el detenido examen de los clientes.

No han faltado algunas buenas personas que se exceden en su voluntad de ayudarme y que se dedican a espiar lo que ocurre en mi casa. Como no he podido renunciar voluntariamente a sus servicios, he sabido que Gilberto hace algunas visitas en mi ausencia. Esto me ha parecido incomprensible. Es cierto que el otro día Teresa me dijo que Gilberto había ido a casa por la mañana, a recoger su cigarrera, olvidada la noche anterior. Pero ahora, según mis informantes, Gilberto se presenta por allí todos los días, a eso de las doce de la mañana. Ayer, nada menos, vino alguien a decirme que fuera a mi casa en ese instante, si quería enterarme de todo. Me negué resueltamente. ¿Yo en mi casa a las doce? Ya me imagino el susto que se llevaría Teresa al verme entrar a una hora desacostumbrada.

Declaro que toda mi conducta reposa en la confianza absoluta. Debo decir también que los celos comunes y corrientes no han logrado visitar mi espíritu ni aun en los momentos más difíciles, cuando Gilberto y Teresa han cometido de pronto una mirada, un ademán, un silencio que los ha traicionado. Yo los he visto quedarse silenciosos y confundidos, como si las almas se les hubiesen caído de pronto al suelo, unidas, ruborizadas y desnudas.

No sé lo que ellos piensan ni lo que dicen o hacen cuando yo no estoy. Pero me los imagino muy bien, callados, sufrientes, lejos el uno del otro, temblando, mientras yo también me pongo a temblar desde la tienda, con ellos y por ellos.

Y así estamos, en espera de no se sabe qué acontecimiento que venga a poner fin a esta desdichada situación. Por lo pronto, yo me he dedicado a dificultar, a descartar, a suprimir todos los desenlaces habituales y consagrados por la costumbre. Tal vez sea en vano esperarlo, pero yo solicito un desenlace especial para nosotros, a la medida de nuestras almas.

En último caso, declaro que siempre he sentido una gran repugnancia ante la idea de la magnanimidad. No es que me desagrade como virtud, ya que la admiro mucho en los demás. Pero no puedo consentir la posibilidad de ejercerla yo mismo, y sobre todo contra una persona de mi propia familia. El temor de pasar por hombre magnánimo me aleja de cualquier idea de sacrificio, decidiéndome a conservar hasta el fin mi bochornosa posición de estorbo y de testigo. Sé que la situación es ya bastante intolerable; sin embargo, trataré de permanecer en ella hasta que las circunstancias me expulsen con su propia violencia.

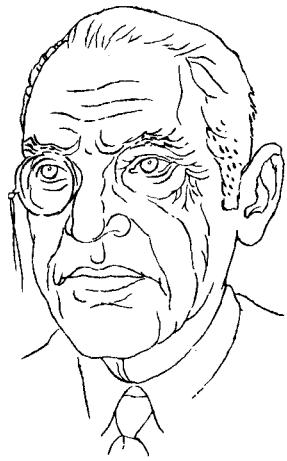
Sé que hay esposas que lloran y se arrodillan, que imploran el perdón con la frente puesta en el suelo. Si esto llegara a ocurrirme con Teresa, todo lo abandono y me doy por vencido. Seré por fin, y después de mi lucha titánica, un marido engañado. ¡Dios mío, fortalece mi espíritu en la certidumbre de que Teresa no se rebajará a tal escena!

En *La vuelta del cruzado* todo acaba bien, porque en el último acto Griselda alcanza una muerte poética, y los dos rivales, fraternizados por el dolor, deponen las violentas espadas y prometen acabar sus vidas en heroicas batallas. Pero aquí en la vida, todo es diferente.

Todo se ha acabado tal vez entre nosotros, sí, Teresa, pero el telón no acaba de caer y es preciso llevar las cosas adelante a cualquier precio. Sé que la vida te ha puesto en una penosa circunstancia. Te sientes tal vez como una actriz abandonada al público en un escenario sin puertas. Ya no hay versos que decir y no puedes escuchar a ningún apuntador. Sin embargo, la sociedad espera, se impacienta y se dedica a inventar historias que van en contra de tu virtud. He aquí, Teresa, una buena ocasión para que te pongas a improvisar.

EL SEÑOR SABELOTODO

W. SOMERSET MAUGHAM/GRAN BRETAÑA



Yo estaba predispuesto a que Max Kelada me cayese antipático aun antes de conocerle. La guerra acababa de terminar, y el tráfago de pasajeros en los transatlánticos era considerable. Resultaba muy difícil encontrar pasaje y había que conformarse con lo que los agentes se dignasen ofrecerle a uno. Era vana ilusión aspirar a un camarote individual, y me sentí satisfecho de que me dieran uno que sólo tenía dos literas. Pero cuando me dijeron el nombre de mi compañero se me cayó el alma a los pies. Sugería portillas cerradas y una inflexible exclusión del aire de la noche. Ya era bastante desagradable tener que compartir con otro un camarote durante catorce días (yo iba de San Francisco a Yokohama), pero habría contemplado la perspectiva con menos congoja si mi compañero de viaje se hubiese llamado Smith o Brown.

Cuando subí a bordo, el equipaje del señor Kelada ya estaba abajo. No me gustó su aspecto; las maletas tenían demasiados marbetes y el baúl era demasiado grande. Había sacado sus objetos de tocador, y advertí que era cliente del admirable Monsieur Coty, pues sobre la repisa del lavabo vi su perfume, su champú y su brillantina. A los cepillos del señor Kelada, de ébano con su monograma en oro, no les habría venido mal un buen lavado. El señor Kelada no me agradaba lo más mínimo. Me dirigí al salón de fumar, pedí una baraja y me puse a hacer un solitario. Apenas había empezado, cuando se acercó un individuo y me preguntó si acertaba al pensar que mi nombre era fulano de tal.

—Yo soy Kelada —añadió con una sonrisa que mostró una hilera de dientes blanquísimos, y tomó asiento.

—Ah, sí, creo que compartimos un camarote.

—A eso le llamo yo tener suerte. Nunca se sabe con quién le van a meter a uno. Me llevé una alegría cuando supe que era usted inglés. Soy decididamente partidario de que los ingleses nos mantengamos unidos cuando estamos en el extranjero, no sé si me comprende.

Yo parpadeé.

—¿Es usted inglés? —le pregunté, tal vez con poco tacto.

—¡Ya lo creo! No creerá usted que parezco norteamericano, ¿verdad? Soy inglés hasta los tuétanos. —Y para probarlo, el señor Kelada sacó del bolsillo un pasaporte y lo blandió enérgicamente ante mis narices.

El rey Jorge tiene muchos súbditos raros. El señor Kelada era de baja estatura y vigorosa complexión, barbirrapado y de tez morena, con una nariz muy ancha, carnosa y ganchuda, y unos ojos muy grandes, brillantes y acuosos. Su largo cabello negro era suave y crespo. Hablaba con un desparpajo que nada tenía de británico, y con gran exuberancia de ademanes. Yo estaba casi seguro de que un examen más minucioso de aquel pasaporte británico habría revelado que el señor Kelada había nacido bajo un cielo más azul que el habitual en Inglaterra.

—¿Qué quiere usted tomar? —me preguntó.

Le miré dubitativo. Se hallaba vigente la ley seca, y según todas las apariencias en el barco no se despachaba una sola gota de alcohol. Cuando no tengo sed no sé qué me gusta menos, si la gaseosa o la limonada. Pero el señor Kelada me dedicó una sonrisa oriental.

—¿Whisky con soda o un martini seco? ¿Qué prefiere?

De cada uno de los bolsillos traseros del pantalón sacó sendos frascos y los puso ante mí sobre la mesa. Yo opté por el martini, y Kelada llamó al camarero para pedirle hielo y un par de copas.

—Un coctel excelente —dije.

—Bueno, se puede repetir, hay más existencias. Y si tiene usted algún amigo a bordo, puede decirle que conoce a un tipo con un caudal inagotable de bebidas alcohólicas.

El señor Kelada era parlanchín. Habló de Nueva York y de

San Francisco. Disertó sobre obras de teatro, películas y política. Se mostró patriótico. La bandera británica es un trozo de tela impresionante, pero cuando es ondeada por un caballero de Alejandría o de Beirut, no puedo menos de sentir que pierde algo de su dignidad. El señor Kelada era confianzudo. No quiero darme tono, pero estimo que lo correcto es que un desconocido anteponga señor a mi apellido cuando se dirige a mí. El señor Kelada, sin duda para que yo me sintiese a mis anchas, prescindió de esa formalidad. No me caía simpático el señor Kelada. Yo había puesto a un lado las cartas cuando se sentó, pero ahora, juzgando que para ser la primera vez que nos veíamos nuestra conversación ya había durado bastante, reanudé el solitario.

—El tres sobre el cuatro —dijo el señor Kelada.

Cuando se está haciendo un solitario no hay nada más exasperante que alguien le diga a uno dónde debe poner la carta que acaba de volver antes de darle tiempo a pensarlo por sí mismo.

—Va a salir, va a salir —gritó—. El diez sobre la sota.

Terminé el solitario lleno de ira y de odio. Entonces el señor Kelada cogió la baraja.

—¿Le gustan los juegos de manos?

—No, los aborrezco —respondí.

—Bueno, le voy a enseñar sólo este.

Me enseñó tres. Entonces dije que iba a bajar al comedor para conseguir puesto en una mesa.

—Oh, eso ya está arreglado. He reservado un sitio para usted. Pensé que como estamos en el mismo camarote, también podemos sentarnos en la misma mesa.

No me caía simpático el señor Kelada.

No solamente compartía con él el mismo camarote y comíamos tres veces al día en la misma mesa, sino que no me era posible pasear por la cubierta sin que se pegase a mí. No había manera de quitárselo de encima, pues ni por un momento se le ocurría pensar que pudiera resultar molesto. No dudaba de que nuestra alegría al vernos era recíproca. Podría uno lanzarle escaleras abajo de un puntapié y darle con la puerta en las narices sin que ni siquiera le rozase la sospecha de que no era un visitante grato. Era tan sociable que a los tres días conocía a todo el mundo a bordo. Lo manejaba

todo. Llevaba la batuta en los juegos de lotería y en las subastas. Hacía colectas a fin de recaudar dinero para premios de los concursos deportivos. Organizó partidos de golf y de lanzamiento de tejo, así como un concierto y un baile de disfraces. Estaba en todas partes a todas horas. Era sin duda el hombre más odiado del barco. Le llamábamos el señor Sabelotodo, incluso en su propia cara. El lo tomaba como un cumplido. Pero cuando resultaba más inaguantable era a las horas de las comidas. Entonces, durante casi una hora, nos tenía a su merced. Se mostraba campechano, alegre, locuaz y discutidor. Todo lo sabía mejor que nadie, y constituía una afrenta para su presuntuosa vanidad que alguien no estuviese de acuerdo con él. Nunca abandonaba un tema de conversación, por baladí que fuese, hasta que uno no coincidiera con su modo de pensar. Nunca se le pasó por la imaginación la posibilidad de que pudiera estar equivocado. Estaba en el secreto de todo. Comíamos en la mesa del médico. El señor Kelada ciertamente habría pontificado a sus anchas, pues el médico era perezoso y yo me mostraba frío e indiferente, de no ser por un sujeto llamado Ramsay, que también se sentaba a la misma mesa. Era tan dogmático como el señor Kelada, y le causaba un amargo resentimiento la exagerada autosuficiencia del levantino. Las discusiones que sostenían eran mordaces e interminables.

Ramsay pertenecía al servicio consular norteamericano y estaba destinado en Kobe. Era un individuo grande y grueso del Medio Oeste —con una gordura fofa bajo una piel tirante— que desbordaba sus ropas confeccionadas. Regresaba a incorporarse a su puesto después de un viaje relámpago a Nueva York, adonde fue a buscar a su mujer, que había pasado un año en la patria. La señora Ramsay era una linda mujercita, de modales afables y dotada de sentido del humor. La carrera consular está muy mal pagada y ella vestía siempre con gran sencillez; pero sabía llevar la ropa y lograba producir una impresión de discreta elegancia. Yo no le habría prestado especial atención si no fuera porque poseía una cualidad que quizá sea bastante corriente en las mujeres, pero que hoy en día no es nada evidente en su comportamiento. No era posible mirarla sin sentirse impresionado por su modestia. Relucía en ella como una flor en un ojal.

Una noche, durante la cena, la conversación derivó por casualidad al tema de las perlas. Se había hablado mucho en los periódicos acerca de las perlas cultivadas que estaban produciendo los hábiles japoneses, y el médico comentó que esto haría bajar inevitablemente el precio de las auténticas. Añadió que las cultivadas eran ya muy buenas y pronto serían perfectas. El señor Kelada, como de costumbre, se abalanzó sobre el nuevo tema. Nos informó de todo lo que había que saber en materia de perlas. No creo que Ramsay supiese nada en absoluto acerca del tema, pero no pudo resistir la tentación de medir sus fuerzas con el levantino, y a los cinco minutos nos encontrábamos en medio de una acalorada discusión. Yo había visto en otras ocasiones al señor Kelada vehemente y locuaz, pero nunca tan locuaz y vehemente como ahora. Por fin, algo que dijo Ramsay debió de enojarle, pues descargó un puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Caramba! Creo que sé de lo que estoy hablando. Precisamente voy al Japón para estudiar ese asunto de las perlas cultivadas. Pertenezco al ramo, y cualquier experto le confirmará que lo que yo digo sobre las perlas es el evangelio. Conozco las mejores perlas del mundo, y lo que yo no sepa de perlas es que no vale la pena saberse.

Esto era nuevo para nosotros, pues el señor Kelada, a pesar de su locuacidad, nunca había dicho a nadie a qué se dedicaba. Sólo sabíamos vagamente que iba al Japón en una misión comercial. Miró en torno de la mesa con expresión de triunfo.

—Nunca serán capaces de lograr una perla cultivada que un experto como yo no pueda distinguir de un vistazo. —Señaló el collar que llevaba la señora Ramsay y añadió—: Créame, señora Ramsay, ese collar que usted lleva nunca valdrá un centavo menos de lo que ahora vale.

La señora Ramsay, con su habitual modestia, se sonrojó ligeramente e introdujo el collar dentro de su vestido. Ramsay se inclinó hacia adelante. Nos lanzó a todos una mirada con ojos en los que revoloteaba una sonrisa.

—¿Verdad que es bonito el collar de mi mujer?

—Me llamó la atención en seguida —repuso el señor Kelada—. ¡Cáspita!, me dije. ¡Eso son perlas!

—No las compré yo, por supuesto —dijo Ramsay—. Me interesaría saber cuánto cree usted que costó ese collar.

—Oh, dentro del gremio alrededor de quince mil dólares. Pero si fue comprado en la Quinta Avenida, no me sorprendería oír que costó unos treinta mil.

Ramsay sonrió torvamente.

—Le sorprenderá oír que mi mujer compró esa sarta de perlas por dieciocho dólares en unos grandes almacenes el día antes de que saliéramos de Nueva York.

El señor Kelada se puso colorado.

—¡No diga tonterías! No sólo es auténtico, sino que para su tamaño es uno de los collares más bellos que he visto en la vida.

—¿Quiere usted apostar? Le apuesto cien dólares a que es una imitación.

—Apostados.

—Oh, Elmer, no se debe apostar cuando se está absolutamente seguro de una cosa —dijo la señora Ramsay en tono dulcemente reprobador, al tiempo que una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡Cómo que no! Si desperdiciase una oportunidad como esta de ganar dinero tan fácilmente sería un necio de marca mayor.

—Pero ¿cómo probarlo? Es sólo mi palabra contra la del señor Kelada.

—Déjeme examinar el collar, y si las perlas son falsas se lo diré inmediatamente. Puedo permitirme perder cien dólares —dijo el señor Kelada.

—Quítatelo, querida. Deja que el señor lo examine cuanto guste.

La señora Ramsay vaciló un momento. Luego se llevó las manos al broche.

—No puedo abrirlo —dijo—. El señor Kelada tendrá que creer en mi palabra.

Tuve la súbita sospecha de que algo desastroso estaba a punto de suceder, pero no se me ocurrió nada que decir.

Ramsay se levantó de un salto.

—Yo lo abriré.

Tendió el collar al señor Kelada. El levantino sacó una lupa del bolsillo y lo examinó detenidamente. Una sonrisa triunfal se

extendió por su rostro terso y atezado. Devolvió el collar. Se disponía a hablar cuando de pronto se fijó en la cara de la señora Ramsay. Estaba tan pálida que parecía iba a desmayarse. Le miraba fijamente, con ojos muy abiertos que reflejaban terror y una súplica desesperada; era tan evidente que me pregunté cómo no lo vería su marido.

El señor Kelada se quedó boquiabierto y enrojeció profundamente. Hizo un esfuerzo casi sobrehumano para recuperar la calma.

—Me equivoqué —dijo al fin—. Es una imitación buenísima, pero tan pronto como lo examiné con la lupa, naturalmente, vi que el collar no es auténtico. Creo que dieciocho dólares es poco más o menos lo que valen esas cuentas.

Sacó su cartera, extrajo un billete de cien dólares y se lo alargó a Ramsay sin pronunciar palabra.

—Tal vez esto le enseñe a no estar tan seguro de sí mismo la próxima vez, amigo —dijo Ramsay mientras cogía el billete.

Noté que al señor Kelada le temblaban las manos.

La historia se difundió por el barco, como siempre ocurre en estos casos, y el señor Kelada tuvo que aguantar muchas burlas aquella noche. ¡Buen chasco se había llevado el señor Sabelotodo! Pero la señora Ramsay se retiró a su camarote con dolor de cabeza.

A la mañana siguiente me levanté y empecé a afeitarme. El señor Kelada, acostado en su cama, fumaba un cigarrillo. De pronto oí un débil roce y vi como empujaban una carta por debajo de la puerta. Abrí esta y me asomé al exterior. No había nadie. Recogí la carta y vi que iba dirigida al señor Kelada. Su nombre estaba escrito con caracteres de imprenta. Le tendí el sobre.

—¿De quién será? —Lo abrió—. ¡Vaya!

No fue una carta lo que sacó del sobre, sino un billete de cien dólares. Me miró y enrojeció de nuevo. Desgarró el sobre en pedacitos y me los dio.

—¿Le importaría arrojarlos por la portilla?

Hice lo que me pedía, y luego le miré sonriente.

—A nadie le gusta que le tomen por un perfecto idiota —dijo.

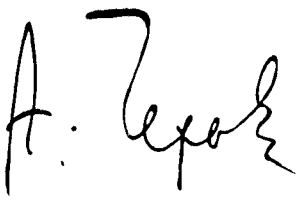
—¿Eran buenas las perlas?

—Si yo tuviese una linda mujercita no le permitiría pasarse un año en Nueva York mientras yo me quedaba en Kobe —fue su respuesta.

En aquel momento el señor Kelada no me caía del todo antipático. Extendió la mano para alcanzar su cartera y guardó cuidadosamente el billete de cien dólares.

VANKA

ANTON CHEJOV/RUSIA



VANKA CHUKOV, un niño de nueve años que desde hacía tres meses trabajaba como aprendiz en casa del zapatero Alojin, no se acostó la víspera de Navidad. Esperó hasta que el maestro, su mujer y los aprendices más antiguos se fueron a la misa del gallo, y luego cogió de la alacena de su amo un tintero y una pluma de punta herrumbrosa y, colocando ante él una hoja de papel arrugado, se dispuso a escribir. Antes de trazar la primera letra, miró varias veces, temeroso, hacia las puertas y las ventanas, contempló fijamente el oscuro icono, flanqueado a ambos lados por anaqueles llenos de hormas de zapatero, y exhaló un débil suspiro. Con el papel extendido sobre un banco, Vanka se arrodilló en el suelo y empezó a escribir:

«Querido abuelo Constantin Makarich: Soy yo quien te escribe esta carta. Te deseo unas Felices Pascuas y que Dios Nuestro Señor te colme de venturas. No tengo padre ni madre, y tú eres todo lo que me queda.»

Vanka alzó los ojos hacia la oscura ventana en cuyo cristal se reflejaba la llama de una vela, y con su viva imaginación vio allí erguido a su abuelo Constantin Makarich, empleado a la sazón como vigilante nocturno en la finca de una familia de noble cuna, los Chivarev. Era un viejecillo bajo y enjuto, inusitadamente ágil y vivaracho para sus sesenta y cinco años, con la cara arrugada a fuerza de reír y los ojos llorosos a fuerza de beber. Durante el día dormía en la cocina o bromeaba con las cocineras. Por la noche, envuelto en una amplia zamarra, recorría la finca haciendo sonar sus tablillas.

Seguíanle dos perros con la cabeza baja. Uno era una vieja perra, Canela, y al otro lo llamaban Anguila a causa de su negro pelaje y su alargado cuerpo de comadreja. Anguila parecía siempre extraordinariamente respetuoso y cariñoso, pero aunque miraba con ojos acariciadores lo mismo a conocidos que a extraños, no inspiraba confianza a nadie. Bajo su mansedumbre y humildad se ocultaba una malicia jesuítica. Tenía una habilidad especial para acercarse cautelosamente a alguien por la espalda y tirarle un bocado a la pantorrilla, o para deslizarse a hurtadillas en la nevería, o para salir de estampía llevándose algún pollo. Más de una vez estuvieron a punto de quebrarle las patas traseras, en dos ocasiones se vio con un lazo corredizo en torno al cuello y todas las semanas le daban tal paliza que lo dejaban medio muerto, pero siempre se las arreglaba para revivir.

En aquel mismo momento el abuelo de Vanka estaría junto a la verja, contemplando las ventanas iluminadas de la iglesia, pateando el suelo con sus botas de fieltro y bromeando con la servidumbre. Llevaría las tablillas colgando del cinturón. Abriría los brazos y los cerraría, abrazándose el torso para entrar en calor; luego, hipando como hacen los viejos, pellizcaría a alguna de las criadas o de las cocineras.

—¿Queréis un pellizco de rapé? —preguntaría, ofreciendo la tabaquera a las mujeres.

Entonces algunas cogerían una pulgarada y estornudarían, con indescriptible regocijo por parte del viejo, que reiría a carcajadas y exclamaría:

—¡Estupendo para las narices congeladas, eh!

También daría rapé a los perros. Canela estornudaría, sacudiría la cabeza y se alejaría con aire ofendido: en cambio, Anguila, demasiado hipócrita para manifestar sus verdaderos sentimientos, no estornudaría y menearía el rabo.

Haría un tiempo magnífico. La atmósfera estaría serena, diáfana y fresca. A pesar de la oscuridad de la noche, se podría ver claramente toda la aldea, con sus blancos tejados, la nieve amontonada, los árboles plateados por la escarcha y el humo que brotaba de las chimeneas. El cielo estaría cuajado de brillantes estrellas que parecerían hacerle alegres guiños a la tierra, y la Vía Láctea se destacaría claramente como si la hubieran lavado y frotado con nieve con motivo de la fiesta.

Vanka suspiró, introdujo la pluma en el tintero y siguió escribiendo:

«Ayer me dieron una zurra. El maestro me cogió por los pelos, me arrastró hasta el patio y me pegó con un tirapié porque tuve la desdicha de quedarme dormido cuando estaba meciendo al crío en la cuna. Y la semana pasada el ama me mandó limpiar un arenque, y como empecé por la cola, cogió la cabeza del arenque y me la restregó por la cara. Los demás aprendices se burlaron de mí, me mandaron por vodka a la taberna y me obligaron a robarle pepinos al amo, que entonces me pegó con lo primero que encontró a mano. Y apenas me dan de comer. Por la mañana un mendrugo de pan; gachas para almorzar, y por la noche pan otra vez. Nunca me dan té o sopa de coles... se lo engullen todo ellos. Me hacen dormir en el pasillo, y cuando llora el crío no puedo dormir nada porque tengo que mecer su cuna. Querido abuelito, por el amor de Dios, sácame de aquí, llévame a la aldea, esto es más de lo que puedo soportar... te lo pido de rodillas. Rezaré a Dios para que te conserve eternamente, pero sácame de aquí o me moriré.»

Vanka hizo un puchero, se frotó los ojos con los puños, negros de betún, y sollozó.

«Moleré para ti el rapé», prosiguió. «Rezaré por ti, y si alguna vez hago algo mal, puedes zurrarme todo lo que quieras. Si crees que ahí no hay puesto para mí, pediré al administrador que por amor de Cristo me permita limpiar botas o reemplazar a Fedia como zagal. Querido abuelito, no puedo soportar esto, me moriré. Pensé en escapar e irme a la aldea contigo, pero no tengo botas y el hielo me da mucho miedo. Si haces esto por mí, yo te mantendré cuando sea mayor y no dejaré que nadie te haga daño, y cuando te mueras rezaré por el descanso de tu alma, lo mismo que rezo ahora por el alma de mi madre.

»Moscú es una ciudad muy grande. Hay muchas casas de gente rica, muchos caballos, pero no se ve ni una oveja, y los perros no son como los de la aldea: no muerden y casi no ladran. Los niños no andan por las calles con la estrella de Belén, y no le dejan a uno cantar en el coro. Una vez vi en un escaparate anzuelos muy hermosos, con sedales para toda clase de peces, hasta uno que podría aguantar un pez de veinte kilos. He visto tiendas donde venden escopetas como las que tiene en su casa tu amo, y cada una debe de costar lo

menos cien rublos. En las carnicerías venden chochas, perdices y liebres, pero la gente de la tienda no dice dónde las cazan.

»Querido abuelito, cuando pongan el árbol de Navidad en la casa grande, coge por favor una nuez dorada para mí y escóndela en el arca verde. Pídesela a la joven señora, Olga Ignatievna, y dile que es para Vanka.»

Vanka suspiró convulsivamente y otra vez se quedó mirando la ventana. Recordó que su abuelo le llevaba todos los años al bosque cuando iba a cortar el árbol de Navidad para los señores. Lo pasaban estupendamente juntos. El abuelo reía entre dientes, el hielo crujía, y Vanka, por no ser menos, cloqueaba gozoso. Antes de talar el abeto, el abuelo fumaba una pipa o aspiraba una buena pulgarada de rapé, y se burlaba de Vanka, que tiritaba de frío. Los abetos jóvenes, enguirnaldados con agujas de escarcha, permanecían completamente inmóviles, como esperando a ver sobre cuál de ellos descargaría el hacha su golpe mortal... De repente, no se sabía de dónde, aparecía una liebre que saltaba por encima de los ventisqueros, veloz como una flecha, y el abuelo, incapaz de contenerse, gritaba:

—¡Atrápalo! ¡Atrápalo! ¡Atrapa a ese diablo rabón!

Después de derribar el abeto, el abuelo lo arrastraba hasta la casa de los señores y allí empezaban a adornarlo. La señora joven, Olga Ignatievna, era la que ponía más entusiasmo en su trabajo. En vida de la madre de Vanka, que servía de doncella en casa de los señores, Olga Ignatievna, la favorita del niño, solía atracarlo de azúcar cande, y se divertía enseñándole a leer y escribir, a contar hasta cien e incluso a bailar el rigodón. Pero al morir su madre, el huérfano Vanka fue relegado a la cocina para que estuviera con su abuelo, y de allí lo enviaron a Moscú, a casa del zapatero Alojin, para que aprendiese el oficio...

«¡Ven, querido abuelito, ven!», continuó escribiendo Vanka. «¡Te lo suplico en nombre de Nuestro Señor, sácame de aquí! ¡Ten piedad de un pobre huerfanito! Siempre me están pegando, y tengo un hambre terrible, y me siento tan desgraciado que no puedo contártelo, y no hago más que llorar. El otro día el amo me dio un golpe tan fuerte en la cabeza con una horma que me caí y creí que nunca podría volver a levantarme. Esto es peor que una vida de perro. Recuerdos a la cocinera Aliona, al tuerto Yegor y al cochero Egorka,

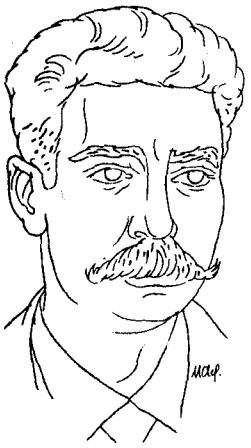
y no le des a nadie mi armónica. ¡Ven pronto, querido abuelito! Ya sabes que te quiere tu nieto que lo es, Vanka Chukov.»

Vanka plegó en cuatro dobleces la hoja de papel y la metió en un sobre que había comprado el día anterior por un copeck. Meditó un rato, mojó la pluma en la tinta y escribió la dirección: «A mi abuelo, en la aldea». Luego se rascó la cabeza, reflexionó otro rato y añadió: «Constantin Makarich».

Satisfecho de que nadie le hubiera interrumpido mientras escribía, se encasquetó la gorra y, sin molestarse en ponerse la chaqueta, salió corriendo a la calle en mangas de camisa.

Los dependientes de la carnicería, a quienes se lo preguntara la víspera, le habían dicho que las cartas se echaban en los buzones, donde las recogían y las llevaban a todos los rincones del mundo en diligencias tiradas por tres caballos y guiadas por cocheros borrachos en medio de un tintineo de cascabeles. Vanka corrió hasta el buzón más próximo y echó su preciada carta por la ranura.

Una hora después dormía profundamente, arrullado por dulces esperanzas. Vio en sueños una estufa. Su abuelo, sentado sobre ella con los pies descalzos colgando, leía en voz alta a las cocineras la carta de Vanka. Anguila rondaba en torno a la estufa, meneando el rabo...



HAUTOT Y SU HIJO

GUY DE MAUPASSANT/FRANCIA

Guy de Maupassant

ANTE LA puerta de la casa, mitad alquería y mitad mansión solariega, una de esas moradas rurales mixtas que fueron casi señoriales y que actualmente habitan ricos labradores, los perros atados a los manzanos del patio ladraban y aullaban al ver los morrales que llevaban el guarda y unos chiquillos. En el gran comedor-cocina, Hautot padre; Hautot hijo; el recaudador de contribuciones, señor Bermont, y el notario, señor Mondaru, tomaban un tentempié y bebían un trago antes de salir a cazar, pues era el día en que levantaban la veda.

Hautot padre, orgulloso de todo lo que poseía, alababa de antemano la caza que sus invitados iban a encontrar en sus tierras. Era un normando altísimo, uno de esos hombres fornidos, sanguíneos, huesudos, que levantan con sus hombros carros llenos de manzanas. Medio campesino, medio caballero, rico, respetado, influyente, autoritario, había mandado a la escuela a su hijo César Hautot a fin de que recibiera instrucción, pero en el tercer año lo había sacado del colegio por miedo a que se convirtiera en un señor indiferente a la tierra.

César Hautot, casi tan alto como su padre, pero más delgado, era un buen hijo, dócil, contento de todo, lleno de admiración, de respeto y de deferencia por los deseos y opiniones de Hautot padre.

El señor Bermont, el recaudador, un hombre pequeño y regordete que tenía las mejillas coloradas llenas de múltiples rede-

cillas de venas violetas semejantes al curso tortuoso de los ríos y de sus afluentes en los mapas de geografía, preguntaba:

—¿Y liebres? ¿Hay muchas liebres?...

Hautot padre respondió:

—Todas las que usted quiera, sobre todo en los valles del Puysatier.

—¿Por dónde empezaremos? —preguntó el notario, un hombre amante de la buena vida, seboso y pálido, barrigón y ceñido dentro de su traje nuevo de cazador comprado en Rouen la semana anterior.

—Bueno, pues por allí, por los valles. Ojearemos las perdices hacia la llanura y allí caeremos sobre ellas.

Hautot padre se levantó. Los demás lo imitaron, cogieron sus escopetas, apoyadas en los rincones de las paredes, las examinaron, golpearon el suelo con los pies para afirmarse en las botas algo duras, no suavizadas aún por el calor de la sangre, y salieron. Los perros, alzándose sobre las patas traseras y tirando de las cadenas, aullaron, batiendo el aire con sus patas delanteras.

Todos se pusieron en camino hacia el Puysatier, un pequeño valle o, mejor dicho, una gran ondulación de tierras de mala calidad, por esta razón sin cultivar, surcadas de barrancos, cubiertas de helechos, excelente reserva de caza.

Los cazadores se desplegaron, Hautot padre hacia la derecha, Hautot hijo hacia la izquierda y los dos invitados en el centro. El guarda y los portadores de los morrales los seguían. Era el instante solemne en que se espera el primer tiro, en que el corazón late un poco más de prisa, mientras el dedo nervioso palpa constantemente los gatillos.

¡De repente se oyó el primer tiro! Hautot padre había disparado. Todos se pararon y vieron una perdiz que, despegándose de una bandada que huía a todo volar, caía en un barranco en medio de la maleza espesa. El cazador excitado echó a correr, saltando por encima de las zarzas, arrancando las que le impedían avanzar, y desapareció en la espesura, en busca de la pieza.

Casi inmediatamente sonó un segundo tiro.

—¡Ah, ah, qué pillo! —gritó el señor Bermont—. Seguro que ha descubierto una liebre por ahí abajo.

Todos esperaban con los ojos puestos en aquel montón de ramas impenetrables a la mirada.

El notario, sirviéndose de sus manos a modo de bocina, gritó:

—¿Las ha cogido?

Hautot padre no contestó; entonces César, volviéndose hacia el guarda, le dijo:

—Vete a ayudarle, José. Nosotros nos quedamos en línea y esperaremos.

José, un tronco viejo de hombre seco, sarmentoso, que tenía las articulaciones llenas de bultos, echó a andar con un paso tranquilo y bajó por el barranco, buscando los boquetes practicables con precauciones de zorro. Inmediatamente gritó:

—¡Vengan, vengan, ha ocurrido una desgracia!

Todos acudieron y se metieron entre las zarzas. Hautot padre, caído de costado, desvanecido, se agarraba con las manos la barriga; a través de la chaqueta de tela desgarrada por el plomo, corrían unos hilillos de sangre sobre la hierba. Al soltar la escopeta para coger la perdiz muerta al alcance de su mano, había dejado caer el arma, y el segundo tiro, disparándose con el golpe, le había destrozado las entrañas. Lo sacaron de la zanja, lo desnudaron y dejaron al descubierto una herida horrorosa por donde se le salían los intestinos. Entonces, después de agarrotarle la herida como buenamente pudieron, lo llevaron a su casa y esperaron la llegada del médico, avisado en seguida, y de un sacerdote.

Cuando el médico llegó, meneó gravemente la cabeza y, volviéndose hacia Hautot hijo, que sollozaba sentado en una silla, dijo:

—Muchacho, esto no tiene buen aspecto.

Pero cuando el médico terminó la cura, el herido movió los dedos, abrió la boca, después los ojos, y, mirando ante sí con una mirada turbia y huraña, pareció rebuscar algo en la memoria, recordar, comprender al fin, y murmuró:

—¡Por vida de Dios! Esto se acaba.

El médico le tenía cogida la mano:

—No, no, unos días de descanso solamente, no será nada.

Hautot continuó:

—¡Esto se acaba! ¡Tengo rajada la barriga! Lo sé muy bien. —Y de repente dijo—: Quiero hablar con mi hijo, si me da tiempo.

Hautot hijo, a pesar suyo, lloriqueaba y repetía como un niño pequeño:

—¡Papá, papá, pobre papá!

Pero el padre le cortó con un tono más firme:

—Venga, no llores más, no es el momento oportuno. Tengo que hablarte. Ponte aquí, cerca de mí; terminaré en seguida y me quedaré más tranquilo. Los demás, por favor, dejadnos un minuto.

Todos salieron, dejando al hijo y al padre frente a frente.

En cuanto se quedaron solos, Hautot padre habló:

—Escucha, hijo, tú tienes veinticuatro años, se te pueden decir las cosas. Además, lo que te voy a decir no es para tanto, aunque los hombres hagamos un misterio de ello. Sabes muy bien que tu madre murió hace siete años, ¿verdad?, y que yo no tengo más de cuarenta y cinco, puesto que me casé a los diecinueve, ¿verdad?

El hijo balbució:

—Sí, es verdad.

—Tu madre, pues, murió hace siete años y yo me quedé viudo. Pero un hombre como yo no está hecho para quedarse viudo a los treinta y siete años, ¿verdad?

El hijo contestó:

—Sí, es verdad.

El padre, jadeante, muy pálido, con la cara crispada, continuó:

—¡Dios mío, cuánto me duele! Pues bien, tú lo comprendes. El hombre no está hecho para vivir solo, pero yo no quería que nadie ocupara el lugar de tu madre, pues se lo había prometido. Entonces... ¿comprendes?

—Sí, padre.

—Entonces me eché una amiguita en Rouen, calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta (te digo todo esto para que no lo olvides), pero una amiguita que ha sido muy buena conmigo, cariñosa, abnegada, una verdadera mujer, ¡vaya! ¿Te das cuenta, muchacho?

—Sí, padre.

—Así que si yo me voy de este mundo, tengo una deuda con ella, pero algo que de verdad pueda ayudarla realmente. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—Te aseguro que es una buena chica, sí, lo que se dice una

buena chica, y que sin ti y sin el recuerdo de tu madre, y también sin la casa en que hemos vivido los tres, la hubiera traído aquí y me hubiera casado con ella, seguro... Escucha... escucha... hijo mío... yo hubiera podido hacer un testamento... ¡pero no lo hice! No quise hacerlo... pues ciertas cosas no se deben escribir... esas cosas... perjudican demasiado a los legítimos... y lo complican todo... ¡destrozan a todo el mundo! Sabes, el papel timbrado no es necesario: no lo uses nunca. Si yo soy rico es porque no lo utilicé en mi vida. ¿Comprendes, hijo mío?

—Sí, padre.

—Escucha todavía... Escucha bien... Así pues, no hice testamento... no quise hacerlo... Además, te conozco muy bien, tienes buen corazón, no eres roñoso, cicutero, vamos. Pensé que al final de mi vida te contaría las cosas y te pediría que no olvidases a la chica: Carolina Donet, calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta, no lo olvides. Escúchame todavía. Vete inmediatamente, cuando yo me haya ido. Y arréglatelas para que no guarde un mal recuerdo de mí. Tienes con qué hacerlo. Puedes hacerlo, te dejo bastante... Escucha... Durante la semana no está en su casa. Trabaja en casa de la señora Moreau, calle Beauvoisine. Vete el jueves. Ese día, ella me espera. Es mi día, desde hace seis años. ¡Pobre chica, lo que va a llorar!... Te digo todo esto porque te conozco bien, hijo mío. Estas cosas no se deben contar en público, ni al notario, ni al cura. Se hacen, todo el mundo lo sabe, pero no se dicen, excepto en caso de necesidad. Así, nadie extraño en el secreto, nadie más que la familia, porque la familia es todos en uno. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—¿Lo prometes?

—Sí, padre.

—¿Lo juras?

—Sí, padre.

—Te lo ruego, te lo suplico, hijo, no lo olvides. Me interesa muchísimo.

—No, padre.

—Vete tú mismo. Quiero que te cerciores de todo.

—Sí, padre.

—Y ya verás... ya verás... lo que ella te explicará. Yo no puedo decirte más. ¿Me lo juras?

—Sí, padre.

—Está bien, hijo mío. Dame un beso. Adiós. Voy a palmar, estoy seguro. Diles que entren.

Hautot hijo, sollozando, dio un beso a su padre y, dócilmente, abrió la puerta; apareció el sacerdote, de sobrepelliz blanca, con los santos óleos.

Pero ya el moribundo había cerrado los ojos y se negó a volverlos a abrir, se negó a contestar, se negó a mostrar, incluso por señas, que comprendía lo que le decían.

Había hablado bastante y no podía más. En ese momento, por otra parte, sentía una gran tranquilidad y quería morir en paz. ¡Qué necesidad tenía de confesarse con el delegado de Dios, puesto que acababa de confesarse con su hijo, que era de la familia!

Fue sacramentado, purificado, absuelto, rodeado de sus amigos y de sus servidores arrodillados, sin que un solo movimiento de su cara revelara que vivía todavía.

Murió hacia las doce de la noche, después de cuatro horas de convulsiones que indicaban sufrimientos atroces.

El domingo había sido el día de la apertura de la caza y el martes lo enterraron. De vuelta a casa, después de haber llevado a su padre al cementerio, César Hautot se pasó el resto del día llorando. Apenas durmió la noche siguiente, y se sintió tan triste al despertar que no sabía cómo iba a poder seguir viviendo.

Hasta la noche, sin embargo, estuvo pensando que, para cumplir la última voluntad paterna, debía ir a Rouen al día siguiente, y visitar a aquella muchacha, Carolina Donet, que vivía en la calle del Eperlan, 18, tercer piso, segunda puerta. En voz baja, como se murmura una oración, había repetido este nombre y esta dirección un número incalculable de veces, para no olvidarlos, y terminaba por balbucirlos indefinidamente, sin poder detenerse o pensar en cualquier otra cosa, de tanto como su lengua y su mente estaban poseídas por esta frase.

Así pues, al día siguiente, hacia las ocho, mandó enganchar

a Granodecebada al tílburi y salió al trote largo del pesado caballo normando por la carretera que va de Ainville a Rouen. Se había puesto la levita negra, el sombrero de seda y los pantalones de trabillas, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, no había querido ponerse por encima del traje de vestir el blusón azul que se infla al viento, protege la tela del polvo y de las manchas y uno se quita precipitadamente al llegar, en cuanto salta del coche.

César Hautot llegó a Rouen cuando estaban dando las diez, se detuvo como siempre en el hotel Bons-Enfants, calle de Trois-Mares, soportó los abrazos del dueño, de la dueña y de sus cinco hijos, pues conocían ya la triste noticia, y no tuvo más remedio que dar toda clase de detalles sobre el accidente, cosa que le hizo llorar; también tuvo que rechazar los servicios de toda aquella gente, que se deshacía en atenciones porque lo sabían rico, e incluso rehusar comer con ellos, cosa que les ofendió.

Después de quitarse el polvo del sombrero, de cepillarse la levita y de limpiarse los botines, salió en busca de la calle del Eperlan, sin atreverse a preguntar el camino, por miedo a que lo reconocieran y despertara sospechas.

Al final, como no la encontraba, se dirigió a un sacerdote y, fiándose de la discreción profesional de los hombres de iglesia, le preguntó el camino.

La calle no estaba a más de cien pasos de allí, era precisamente la segunda calle a la derecha.

Entonces empezó a dudar. Hasta ese momento había obedecido ciegamente a la voluntad del muerto. Ahora se sentía completamente conmovido, confuso, humillado por la idea de verse él, el hijo, frente a aquella mujer que había sido la amante de su padre. Toda la moral que yace en nosotros, asentada en lo más hondo de nuestros sentimientos por siglos de enseñanza hereditaria, todo lo que había aprendido desde el catecismo sobre las criaturas de mala vida, el desprecio instintivo que todo hombre siente contra estas mujeres, aunque se case con una de ellas, toda su honradez cerril de campesino, todo eso se agitaba en él, lo retenía, lo avergonzaba, lo sonrojaba.

Pero pensó: «Se lo he prometido a padre. No puedo faltar a mi palabra». Entonces empujó la puerta entreabierta de la casa

señalada con el número 18, descubrió una escalera sombría, subió tres pisos, pasó una puerta y delante de la segunda tiró del cordel de la campanilla.

El tintín que resonó en el cuarto vecino corrió como un estremecimiento por todo su cuerpo. La puerta se abrió y se encontró frente a una joven muy bien vestida. Una morena de tez lustrosa que lo miraba con unos ojos atónitos.

El no sabía qué decirle, y ella, que no sospechaba nada y que esperaba al otro, no lo invitaba a pasar. Así se contemplaron durante casi medio minuto.

Al final ella preguntó:

—¿Qué desea, señor?

El murmuró:

—Yo soy Hautot hijo.

La joven se sobresaltó, se puso pálida y balbució como si lo conociera desde hacía mucho tiempo:

—¿Don César?

—Sí.

—¿Y...?

—Tengo que hablarle de parte de mi padre.

Ella exclamó: «¡Oh, Dios mío!», y retrocedió para dejarle entrar. El cerró la puerta y la siguió.

Entonces vio a un niño de cuatro o cinco años, que jugaba con un gato, sentado en el suelo delante de la cocina de donde salía el humo de las fuentes que estaban al calor de la lumbre.

—Siéntese —dijo la joven.

El se sentó.

—Bueno, usted dirá.

César Hautot no se atrevía a hablar. Tenía los ojos fijos en la mesa que había en medio de la habitación, preparada con tres cubiertos, uno de los cuales era de niño. Miraba la silla de espaldas al fuego, el plato, la servilleta, los vasos, la botella de vino tinto ya comenzada, la botella de vino blanco intacta. ¡Era el sitio de su padre, de espaldas al fuego! Lo esperaban. Lo que veía era su pan, junto al tenedor, sin corteza a causa de la mala dentadura de Hautot. Después, levantando la vista, vio su retrato en la pared, la fotografía grande que se había hecho en París el año de la Exposición, la misma

que estaba colgada encima de la cama de su alcoba de Ainville.

La joven volvió a decir:

—Bueno, usted dirá, don César.

El la miró. Se había puesto lívida de angustia y esperaba con las manos temblorosas de miedo.

Entonces él se atrevió a hablar.

—Pues bien, señorita, papá murió el domingo al inaugurar la caza.

Ella se quedó tan consternada que ni siquiera se movió. Después de unos instantes de silencio, murmuró con una voz casi imperceptible:

—¡Oh, no es posible!

Y de repente las lágrimas asomaron a sus ojos; tapándose la cara con las manos prorrumpió en sollozos.

Entonces el pequeño volvió la cabeza y al ver a su madre llorando empezó a chillar. Después, comprendiendo que la pena repentina de su madre era causada por aquel desconocido, se precipitó contra César, le cogió con una mano del pantalón y con la otra le golpeaba el muslo con toda su fuerza. César permanecía trastornado, enternecido, entre aquella mujer que lloraba por su padre y aquel niño que defendía a su madre. El mismo sentía que la emoción se apoderaba de él, que los ojos se le hinchaban de tristeza; entonces, para serenarse, se puso a hablar.

—Sí —dijo—, la desgracia ocurrió el domingo por la mañana a eso de las ocho...

Y contó el accidente, pensando que ella lo escuchaba, sin olvidarse de ningún detalle, mencionando las cosas más nimias con una minucia de campesino. El niño seguía golpeándole, dándole ahora patadas en las espinillas.

Cuando llegó al momento en que Hautot padre había hablado de ella, la joven, al oír su nombre, se destapó la cara y preguntó:

—Perdón, no me he enterado de nada. Me gustaría saber... si no le importaría volver a empezar.

El volvió a empezar con las mismas palabras:

—La desgracia ocurrió el domingo por la mañana a eso de las ocho...

Y lo contó todo, extensamente, con pausas, con puntos, con reflexiones propias de vez en cuando. Ella lo escuchaba ávidamente, percibiendo con su sensibilidad nerviosa de mujer todas las peripecias que él contaba, estremeciéndose de horror, exclamando: «¡Oh, Dios mío!» en alguna ocasión. El niño, creyéndola calmada, había dejado de darle patadas a César, y cogido de la mano de su madre escuchaba también como si hubiera comprendido.

Cuando terminó el relato, Hautot hijo añadió:

—Ahora, vamos a ponernos de acuerdo los dos según su deseo. Escuche, mi posición es desahogada, él me ha dejado suficientes bienes. Yo no quiero que usted tenga quejas...

Pero ella lo interrumpió con viveza:

—¡Oh, don César, don César, hoy no! Tengo el corazón deshecho... Otra vez, otro día... No, hoy no. Si yo acepto, mire... no es por mí... no, no, no, se lo juro. Es por el pequeño. Le pondremos esos bienes a su nombre.

Entonces César, espantado, adivinó todo y, balbuciendo, dijo:

—Así que... ¿es de él... el pequeño?

—Pues claro —dijo la joven.

Y Hautot hijo miró a su hermano con una emoción confusa, fuerte y penosa.

Después de un largo silencio, pues ella había empezado a llorar otra vez, César, bastante embarazado, prosiguió:

—Entonces, señorita Donet, voy a irme. ¿Cuándo quiere usted que hablemos de ello?

La señorita Donet exclamó:

—¡Oh, no, no se vaya, no se vaya, no me deje sola con Emilio! Me moriría de tristeza. No tengo a nadie, a nadie más que a mi niño. ¡Oh, qué desgracia, qué desgracia, don César! Siéntese. Háblame más. Dígame lo que hacía él allí toda la semana.

César entonces tomó asiento, acostumbrado como estaba a obedecer.

Ella se acercó otra silla junto a él, delante de la cocina, donde las fuentes seguían calentándose al fuego, cogió a Emilio en su regazo y preguntó a César mil cosas sobre su padre, cosas íntimas por las que se veía, por las que se percibía sin razonar que aquella chica había querido a Hautot con todo su pobre corazón de mujer.

Por el encadenamiento natural de sus ideas, poco numerosas, César volvió otra vez al momento del accidente y se puso a contarlo de nuevo con los mismos detalles.

Cuando dijo: «Tenía un agujero en la barriga en el que se hubieran podido meter los dos puños», ella lanzó una especie de grito y de nuevo las lágrimas brotaron de sus ojos. Entonces, por contagio, César se puso a llorar también, y como las lágrimas enternecen siempre las fibras del corazón, se inclinó sobre Emilio, cuya frente estaba al alcance de su boca, y le dio un beso.

La madre, recuperando la respiración, murmuraba:

—Pobrecillo, se ha quedado huérfano.

—Yo también —dijo César.

Y no volvieron a hablar.

Pero de repente, el instinto práctico de ama de casa, acostumbrada a pensar en todo, se despertó en la mujer.

—A lo mejor no ha tomado nada en toda la mañana, don César.

—No, señorita.

—Tendrá usted hambre. Le voy a preparar algo.

—Gracias —dijo él—, no tengo ganas, estoy demasiado afligido.

Ella contestó:

—¡A pesar de la pena, hay que vivir, no me lo rehusará usted! Además, así se quedará más tiempo. Cuando se marche usted, no sé lo que será de mí.

César Hautot cedió, después de cierta resistencia, y, sentándose de espaldas al fuego, frente a ella, comió un plato de callos recién retirados del fogón y bebió un vaso de vino tinto. Pero no permitió que ella descorchara la botella de vino blanco.

Varias veces le limpió la boca al niño, que se había manchado de salsa toda la barbilla.

Cuando se levantó para marcharse, preguntó:

—¿Cuándo quiere usted que vuelva para hablar del asunto, señorita Donet?

—Si no le importa, el jueves que viene, don César. Así no perderé tiempo. Estoy libre todos los jueves.

—De acuerdo. Entonces, hasta el jueves que viene.

—Vendrá a almorzar, ¿verdad?

—¡Oh, eso no puedo prometérselo!

—Es porque se charla mejor comiendo. Y tendremos más tiempo también.

—Bueno, está bien. A las doce entonces.

Y se marchó después de haberle dado un beso a Emilito y un apretón de manos a la señorita Donet.

A CÉSAR HAUTOT se le hizo muy larga la semana. Nunca se había visto solo, y la soledad le parecía insoportable. Hasta entonces vivía al lado de su padre, como su sombra, le seguía por los campos, vigilaba la ejecución de sus órdenes, y cuando habían estado separados durante algún tiempo, volvía a encontrarlo a la hora de la cena. Después de cenar, pasaban las horas frente a frente, fumando en pipa, charlando de caballos, de vacas o de corderos; y el apretón de manos que se daban por la mañana parecía el intercambio de un cariño familiar y profundo.

Ahora César estaba solo. Erraba por los campos labrados del otoño, esperando ver erguirse al final de una llanura la alta silueta gesticulante de su padre. Para matar el tiempo, iba a casa de los vecinos, contaba el accidente a todos los que no lo sabían todavía; en ocasiones lo repetía una y otra vez a los que ya conocían la noticia. Después, a falta de ocupaciones y de pensamientos, se sentaba al borde de un camino preguntándose si esta clase de vida iba a durar aún mucho tiempo.

A menudo pensaba en la señorita Donet. Le había gustado. Le parecía que era como se debe ser, una chica dulce y buena, como había dicho su padre. Lo que se dice una buena chica, era con toda seguridad una buena chica. Estaba resuelto a hacer las cosas a lo grande y a darle dos mil francos de renta, asegurando el capital para el niño. Incluso experimentaba cierto placer con la idea de que iba a verla de nuevo el jueves siguiente y arreglarlo todo con ella. Por otra parte, la idea de aquel hermano, aquel monigote de cinco años que era el hijo de su padre, le inquietaba, le fastidiaba un poco y le excitaba al mismo tiempo. Era una especie de familia la que tenía en aquel chiquillo clandestino que nunca se apellidaría Hautot, una familia que podía tomar o dejar a su guisa, pero que le recordaba a su padre.

Por eso, cuando se vio en el camino de Rouen, el jueves por la mañana, llevado por el trote sonoro de Granodecebada, sintió el corazón más ligero, más descansado, como todavía no lo había tenido desde su desgracia.

Cuando entró en el piso de la señorita Donet, vio la mesa puesta como el jueves anterior, con la única diferencia de que al pan no le había quitado la corteza.

Estrechó la mano de la joven, dio un beso a Emilio en las mejillas y se sentó, un poco como en su casa, aunque, al fin y al cabo, con el corazón afligido. A Hautot hijo le pareció que la señorita Donet había adelgazado y que estaba más pálida. Había debido de llorar enormemente. Ahora se la veía como azorada ante él, como si hubiera comprendido lo que no había sentido la semana anterior bajo el choque de la desgracia, y se deshacía en excesivos miramientos, con una humildad dolorosa y unas atenciones conmovedoras como para pagarle en esmero y abnegación la bondad que tenía para con ella. Almorzaron pausadamente, hablando del asunto que lo llevaba allí. Ella no quería tanto dinero. Era mucho, demasiado. Ella ganaba lo bastante para vivir, solamente deseaba que Emilio tuviera algún dinero para cuando fuera mayor. César insistió y le hizo además un regalo de mil francos para ella, para el luto.

Cuando acabó de tomarse el café, ella le preguntó:

—¿Fuma usted?

—Sí... Tengo la pipa.

Se palpó el bolsillo. ¡Vaya por Dios, la había olvidado! César iba a lamentarse cuando ella le ofreció una pipa de su padre que guardaba en el armario. La aceptó, la cogió, la reconoció, la olió, alabó su calidad con cierta emoción en la voz, la llenó de tabaco y la encendió. Después puso a Emilio a caballo sobre su pierna y le hizo jugar al jinete, mientras que ella quitaba la mesa y metía, en la parte baja del aparador, los cacharros sucios para fregarlos cuando él se hubiera marchado.

Hacia las tres, César se levantó a disgusto, fastidiado por la idea de tener que marcharse.

—Bueno, señorita Donet —dijo—, muy buenas tardes y encantado de haberla visto otra vez.

Ella se quedó ante él, colorada, muy emocionada, mirándole mientras pensaba en el otro.

—¿No nos volveremos a ver? —dijo.

El contestó sencillamente:

—Claro que sí, señorita, si usted quiere.

—Ciertamente, don César. Entonces, hasta el jueves próximo, ¿le parece bien?

—Sí, señorita Donet.

—Viene a comer, ¿verdad?

—Pues... si usted lo desea, yo no rehuso.

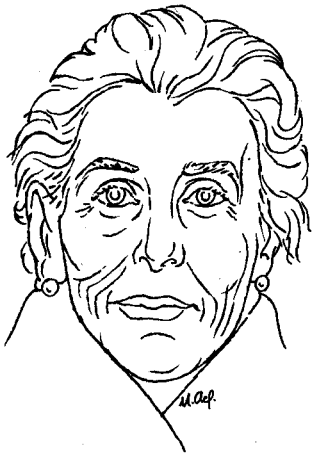
—De acuerdo, don César, el jueves próximo a las doce, como hoy.

—¡El jueves a las doce, señorita Donet!

EL RELATO DEL GRUMETE

ISAK DINESEN/DINAMARCA

Isak Dinesen.



CUANDO el bricbarca *Charlotte* hacía la travesía entre Atenas y Marsella, el cielo estaba oscuro y la mar arbolada, secuela de tres días de tempestad. Agarrado a un obenque, un pequeño grumete llamado Simón miraba desde la balanceante y mojada cubierta hacia los negros nubarrones que cruzaban el cielo y hacia la verga del juanete del palo mayor.

Un pájaro que había buscado refugio en el mastelerillo tenía las patas enredadas entre los cabos del aparejo de la driza, y allí, en las alturas, luchaba por libertarse. Desde la cubierta, el grumete podía ver su desesperado aletear y sus bruscos movimientos de cabeza.

Su propia experiencia de la vida había convencido al muchacho de que, en este mundo, cada uno debe cuidar de sí mismo sin esperar ayuda de los demás. Pero aquella lucha silenciosa y mortal le tenía fascinado desde hacía más de una hora. Se preguntó qué pájaro sería. Durante los últimos días, un gran número de pájaros habían venido a posarse en los cabos del bricbarca: golondrinas, codornices y una pareja de halcones peregrinos; pensó que debía tratarse de un halcón peregrino. Recordó entonces que, muchos años atrás, en su propio país, y en las proximidades de su casa, había conseguido acercarse mucho a un halcón peregrino que estaba posado en una roca y que de pronto se elevó hacia los cielos. A lo mejor es el mismo, pensó. Ese pájaro es como yo: un día en un sitio y al otro día en otro.

Este pensamiento despertó en él un sentimiento de camaradería, como si la tragedia del pájaro fuese también la suya; y siguió mirándolo con el corazón en la garganta. Como no vio por allí a ningún marinero que pudiese burlarse de él comenzó a pensar en la forma de trepar por la jarcia para libertar al halcón. Se echó hacia atrás el cabello, se arremangó, miró a su alrededor y comenzó a trepar. El balanceo de la jarcia le obligó a detenerse un par de veces.

Al llegar a lo alto del palo comprobó que se trataba de un halcón peregrino. Cuando su cabeza estuvo al nivel de la del halcón, este dejó de luchar y se le quedó mirando con unos ojos amarillos, furiosos, desesperados. Simón tuvo que agarrarle con una mano mientras sacaba el cuchillo y cortaba los cabos del aparejo. Cuando miró hacia abajo, se asustó, pero al mismo tiempo tuvo la satisfacción de saber que nadie le había ordenado subir, y sintió el orgullo de vivir su propia aventura y una rara sensación de paz, como si el mar y el cielo, el barco, el halcón y él mismo fueran una sola y misma cosa. Tan pronto desenredó al halcón, este le picó en el dedo gordo, haciéndole sangre, y entonces estuvo a punto de soltarle, pero le dio un rabioso golpe en la cabeza, lo metió debajo de la chaqueta y descendió a cubierta.

El piloto y el cocinero estaban allí parados observándole y le preguntaron a gritos qué se le había perdido allí arriba. El grumete estaba tan extenuado que se le saltaron las lágrimas. Sacó al halcón y se lo enseñó: el pájaro no se movió de su mano. Los dos hombres se alejaron riendo. Simón posó al halcón en la cubierta, retrocedió unos pasos y se le quedó mirando; al cabo de un rato pensó que quizá no pudiese levantar el vuelo desde la resbaladiza cubierta, así que lo volvió a coger y lo puso encima de un rollo de lona. Un momento después el halcón comenzó a alisarse las plumas, dio dos o tres saltos hacia adelante y emprendió el vuelo. El muchacho lo siguió con la vista por entre los senos de las olas del plomizo mar; luego pensó: ¡allá va volando mi halcón!

Cuando el *Charlotte* llegó a puerto, Simón se enroló en otro barco, y dos años más tarde era cabo de luces en la goleta *Hebe*, atracada entonces al muelle de Bodö, al norte de Noruega, con el fin de cargar arenques.

A Bodö llegaban barcos de todas las partes del mundo para comprar arenques en su famoso mercado; había barcos suecos, rusos, finlandeses... y su puerto parecía un bosque de mástiles. En tierra, la vida era abigarrada y turbulenta, se hablaban todos los idiomas y las peleas eran continuas. En los muelles había unos tenderetes donde los lapones, aquella gente amarilla, menuda, de silenciosos movimientos y ojos vigilantes, vendían pieles adornadas con abalorios; Simón era la primera vez que los veía. Corría el mes de abril y el cielo y el mar eran tan claros y luminosos que resultaba casi doloroso mirarlos sin guiñar los ojos; en aquella infinita inmensidad, el aire era salino y los graznidos incesantes de las aves producían un ruido como si alguien, allá en los cielos, estuviese afilando sin cesar gigantescos e invisibles cuchillos.

Simón se sentía maravillado por la luminosidad de aquellas tardes de abril. Como no sabía geografía, no conocía la influencia de la latitud, sino que lo interpretaba como una señal de insólita benevolencia en el universo, como una merced. Simón había sido siempre más bien bajo para su edad, pero durante el último invierno había crecido mucho y sus brazos y piernas se habían desarrollado. Aquel milagro, pensaba, tenía que provenir de la misma fuente de donde emanaba toda aquella dulzura del clima, quizá de una nueva benevolencia del universo. Durante toda su vida había necesitado un estímulo de esta clase, pues era tímido por naturaleza; ahora ya no tenía que pedirle nada al mundo. En adelante, todo lo que le ocurriese sería cuestión exclusivamente suya; su andar se había hecho lento y orgulloso.

Una tarde que estaba de permiso en tierra, se acercó al tenderete de un pequeño comerciante ruso, un judío que vendía relojes de oro. Todos sabían que no eran de oro, sino de metal barato, y que no andaban, pero sin embargo los compraban y presumían con ellos. Simón estuvo mucho tiempo mirando los relojes, pero no compró ninguno. El viejo judío tenía otras muchas mercancías en su tienda, y entre ellas había una caja de naranjas. Simón ya había probado las naranjas durante sus viajes, así que compró una y se alejó con la intención de disfrutar a solas de su delicioso zumo en algún sitio desde donde se pudiese ver el mar.

Siguió andando y, al llegar a las afueras del poblado, vio a una

niña vestida de azul que le miraba desde el otro lado de una cerca. Tendría unos trece o catorce años y era tan delgada como una anguila, pero tenía una cara redonda, despejada y pecosa, y dos trenzas muy largas. Los dos se quedaron mirándose.

—¿A quién esperas? —preguntó Simón por decir algo.

La cara de la niña se iluminó con una embelesada y presuntuosa sonrisa.

—Espero al hombre con el que he de casarme, naturalmente, —contestó.

Había algo en su semblante que hizo que el muchacho se sintiese confiado y feliz; le dirigió una sonrisa y dijo:

—Quizá sea yo.

—Ja, ja —rió la niña—, puedo asegurarte que ha de tener algunos años más que tú.

—Pero —dijo Simón— tú tampoco eres mayor.

La niña movió la cabeza con seriedad.

—No —dijo—, pero cuando crezca seré bellísima y llevaré zapatos marrones de tacones muy altos y sombrero.

—¿Quieres una naranja? —preguntó Simón al ver que no podía darle ninguna de las cosas que ella había nombrado. La niña miró a la naranja y luego levantó la vista hacia él—. Son muy ricas —dijo Simón.

—Entonces, ¿por qué no te la comes tú? —preguntó ella.

—Porque yo ya he comido muchas cuando estaba en Atenas —contestó Simón—. Aquí he tenido que pagar un marco por ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la niña.

—Me llamó Simón. Y ¿cuál es tu nombre?

—Nora —contestó ella—. ¿Qué quieres que te dé a cambio de la naranja, Simón?

Al oírse llamar por su nombre Simón se sintió atrevido.

—¿Me darías un beso a cambio de la naranja? —preguntó.

Nora le miró muy seria un instante.

—Sí —dijo—, no me importaría darte un beso.

Simón sintió que se acaloraba como si hubiese estado corriendo. Cuando la niña extendió la mano hacia la naranja, Simón la cogió en la suya. En aquel momento alguien la llamó desde la casa.

—Es mi padre —dijo tratando de devolverle la naranja, pero

Simón no la quiso—. Entonces vuelve mañana —dijo la niña apresuradamente—, y entonces te daré el beso.

Luego se escabulló. El se quedó mirándola unos instantes y después se encaminó hacia su barco.

Simón nunca hacía planes para el futuro y, en aquel momento, no sabía si acudiría o no a la cita.

La tarde siguiente Simón tuvo que quedarse en el barco porque todos sus compañeros tenían permiso para ir a tierra; pero no le importó lo más mínimo. Lo que él quería era sentarse en la cubierta al lado de Baltasar, el perro del barco, y practicar con la concertina que se había comprado hacía algún tiempo. La palidez de la tarde le envolvía, el cielo tenía un tinte ligeramente rosado y el mar estaba en calma y del color de la leche aguada: únicamente en las estelas de los botes que se dirigían a tierra brillaban ramalazos de un añil muy vívido. Simón se sentó en cubierta y se puso a tocar, pero al cabo de un rato le pareció que la música le hablaba con tanta claridad que dejó de tocar, se levantó y dirigió su mirada hacia el cielo. Entonces vio que la luna llena estaba allí arriba, sentada en las alturas.

El cielo estaba tan claro que la luna no hacía falta; era como si hubiese salido por su propia voluntad, caprichosamente. Y allí permanecía, redonda, seria y presumida. Simón comprendió entonces que tenía que ir a tierra pasase lo que pasase. Pero no sabía cómo salir del barco, porque sus compañeros se habían llevado el bote. Permaneció esperando mucho rato en cubierta: una pequeña y solitaria figura de un muchacho en una embarcación. De pronto vio un bote que se abría de un barco y lo llamó: era la tripulación del barco ruso *Anna* que se dirigía a tierra. Cuando logró que le entendieran, el bote se acercó a recogerle; al principio le pidieron dinero por llevarle, pero luego se lo devolvieron entre carcajadas. Simón pensó: estos creen que voy a tierra en busca de una mujer. Luego recapacitó y decidió, no sin orgullo, que habían acertado; aunque, sin embargo, no era lo que ellos se figuraban: estaban infinitamente equivocados y no comprendían nada de nada.

Cuando llegaron a tierra le invitaron a entrar en un bar para tomar unas copas con ellos, y él no pudo rehusar porque le habían hecho el favor de traerle. Uno de los rusos, un gigante, fuerte como un roble, dijo a Simón que su nombre era Iván; se emborrachó en

seguida y se lanzó sobre el muchacho con el cariño de un oso, le acarició con sus manazas, acercó su sonriente cara a la de Simón, le regaló una cadena de reloj de oro y le besó en ambas mejillas. Simón pensó entonces que él también tendría que llevar un regalo a Nora para cuando volviesen a encontrarse; en cuanto pudo deshacerse del ruso se dirigió a un tenderete que ya conocía y compró un pequeño pañuelo de seda azul, del mismo color que los ojos de la niña.

Era sábado por la tarde y las calles estaban llenas de gente; llegaban en largas hileras, algunos cantando, y todos dispuestos a divertirse aquella noche. Simón, inmerso en esta barahúnda que se agitaba bajo la luz de la luna y sintiendo la excitación de su fuga del barco y los efectos del alcohol, comenzó a notarse aturdido. Guardó el pañuelo en el bolsillo: era el regalo para su chica y era de seda, una tela que nunca había tenido en sus manos. De momento no pudo recordar el camino hacia la casa de Nora; perdió el rumbo y volvió a parar al mismo sitio de donde había salido. Entonces sintió un miedo mortal a llegar tarde a la cita y comenzó a correr. En un estrecho callejón, bordeado de casuchas de madera, se dio de manos a boca con un hombre gigantesco en el que pronto reconoció a Iván. El ruso le apretó contra su pecho.

—¡Bueno! ¡Bueno! —gritó con alegría—. Al fin te encontré, pichoncito mío. Te he buscado por todas partes, y el pobre Iván ha estado llorando porque había perdido a su amiguito.

—¡Suéltame, Iván! —gritó Simón.

—Vamos, vamos —dijo Iván—. Iré contigo y te regalaré todo lo que quieras. Mi corazón y mi bolsa son tuyos, solamente tuyos; yo también he tenido diecisiete años como un corderito del Señor, y quiero volver a tenerlos esta noche.

—¡Suéltame, Iván! —volvió a gritar Simón—. Tengo prisa.

Pero Iván le sujetaba tan apretadamente con un brazo que le hacía daño, mientras con la otra mano no dejaba de acariciarle.

—Ten confianza en mí, amiguito mío —dijo—. Ahora ya nada podrá separarnos. Por ahí vienen los otros, pero tú y yo vamos a pasar juntos la mejor de las noches, una noche que no olvidarás ni cuando seas un viejo abuelo.

De pronto estrujó al muchacho como un oso que ha atrapado

a una oveja. La odiosa sensación de notar tan cerca del suyo el calor y la mole de un cuerpo masculino volvió medio loco al pobre chico. Y mientras él estaba allí, aprisionado por el apasionado abrazo de aquella bestia peluda, creyó ver en el aire la borrosa imagen de Nora, esperándole como un frágil y elegante barquito. Golpeó a Iván con todas sus fuerzas y gritó:

—Iván, si no me sueltas te mataré.

—No, ya verás como luego me estás agradecido —contestó Iván comenzando a cantar.

Simón buscó a tientas en el bolsillo y sacó su cuchillo ya abierto. Como no podía levantar el brazo, lo clavó con furia por debajo del brazo del gigante: casi al momento sintió manar la sangre, correr por su mano y empapar el puño de su camisa. La canción de Iván se cortó en seco; el ruso soltó al muchacho y lanzó dos prolongados y profundos gruñidos. Seguidamente cayó de rodillas. «Pobre Iván, pobre Iván», gimió, y se desplomó de bruces. En aquel mismo momento oyó a los otros marineros que se acercaban cantando por una callejuela.

El muchacho permaneció inmóvil durante unos instantes, limpió su cuchillo y vio cómo la sangre iba formando un charco negruzco bajo el enorme cuerpo de Iván. Entonces echó a correr. Se detuvo para orientarse y oyó tras él los gritos que lanzaban los camaradas de Iván al descubrir su cadáver. Simón comprendió que debía dirigirse hacia la mar para lavar sus manos, pero algo le hizo ir en dirección opuesta. Al poco tiempo se encontró en el mismo camino que había recorrido el día anterior, el cual le resultó tan familiar como si lo hubiese andado cientos de veces.

Aminoró el paso para echar una ojeada a su alrededor, y de pronto vio a Nora que le miraba desde el otro lado de la valla; al contemplarla a la luz de la luna se dio cuenta de que estaban muy cerca. Tambaleándose, sin aliento, Simón se dejó caer de rodillas y no pudo pronunciar palabra. La niña se le quedó mirando.

—Hola, Simón—dijo con tímida vocecita—. Te he estado esperando durante mucho tiempo —y después de un instante añadió—: Me he comido la naranja.

—Oh, Nora —sollozó el muchacho—. He matado a un hombre.

Ella le miró fijamente, pero no se movió.

—¿Por qué has matado a un hombre? —preguntó.

—Para poder venir —contestó Simón—. Porque no me dejaba que viniese. Pero era mi amigo —añadió levantándose lentamente—. ¡Y él me quería! —gritó el muchacho rompiendo a llorar.

—Sí —dijo Nora lenta y pensativamente—. Sí, porque tú tenías que llegar aquí a tiempo.

—¿Puedes esconderme? —preguntó Simón—. Vienen persiguiéndome.

—No —dijo Nora—, no puedo esconderte. Mi padre es el pastor de la iglesia de Bodö, y estoy segura de que te entregaría si supiese que habías matado a un hombre.

—Entonces —dijo Simón— dame algo para limpiarme las manos.

—¿Qué les pasa a tus manos? —preguntó Nora dando un paso hacia adelante. El extendió las manos—. ¿Es tuya esa sangre? —preguntó.

—No —contestó Simón—, es la de él. —Nora se echó hacia atrás—. ¿Me odias ahora? —preguntó el muchacho.

—No, no te odio —dijo ella—, pero pon las manos detrás de tu espalda.

Cuando Simón obedeció, la niña se acercó más a él, siempre al otro lado de la valla, le echó los brazos al cuello, apretó su joven cuerpo contra el suyo y le besó con ternura. Simón sintió la cara de Nora pegada a la suya y pensó que tenía la frialdad de la luz de la luna; cuando ella le soltó, no supo si el beso había durado un segundo o una hora. Nora permaneció inmóvil, erguida, con los ojos muy abiertos.

—Ahora —dijo lenta y orgullosamente— te prometo que, mientras viva, no me casaré con nadie. —Simón quedó parado con las manos a la espalda, como si ella se las hubiera atado—. Y ahora debes escapar, porque los hombres se acercan—. Los dos se quedaron mirándose a los ojos—. No olvides a Nora —dijo la muchacha.

Simón dio media vuelta y echó a correr.

Saltó una tapia, y al llegar al poblado comenzó a andar más despacio. No sabía donde ir. Al acercarse a una casa oyó música y ruido y cruzó lentamente su puerta. La habitación estaba llena de gente que no cesaba de bailar. La única iluminación consistía en una lámpara que colgaba del techo; la atmósfera era densa y par-

dusca a causa del polvo que se levantaba del suelo. Había algunas mujeres, pero la mayoría de las parejas estaban formadas por hombres que zapateaban seria o burlonamente. A poco de entrar Simón, todos fueron arrimándose a las paredes para dejar sitio a dos marineros que bailaban una danza típica de su país.

Simón pensó: ahora, en seguida, llegarán los hombres del barco buscando al asesino de su camarada, y mis manos me delatarán. Los cinco minutos que Simón permaneció apoyado contra la pared del salón de baile, en medio de todos aquellos alegres y sudorosos bailarines, tuvieron una importancia vital para el muchacho. Le parecía que durante aquel tiempo había madurado y se había convertido en un hombre como los demás. No se lamentó ni impetró la ayuda del destino. El estaba allí, había matado a un hombre y había besado a una muchacha. Nada más pedía a la vida, ni la vida exigiría ahora nada más de él. El era Simón, un hombre como los que le rodeaban, e iba a morir, como tienen que morir todos los hombres.

Sólo se dio cuenta de lo que ocurría en torno suyo cuando vio entrar a una mujer, que se situó en el centro del cuarto y comenzó a mirar atentamente a su alrededor. Era una vieja maciza y de baja estatura que vestía el traje de los lapones; pero había tal majestad y arrogancia en su porte que daba la impresión de que todo aquel lugar le pertenecía. Era obvio que todos la conocían y la temían un poco, aunque algunos de los hombres se echaran a reír; pero en cuanto comenzó a hablar se hizo un silencio total en el salón.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó con voz estridente y penetrante como la de un pájaro. De pronto, sus ojos se fijaron en Simón y se dirigió hacia él a través de la multitud que le iba abriendo paso; al llegar junto a Simón extendió su vieja mano, rugosa y morena, y le agarró del brazo—. Ahora mismo te vienes conmigo a casa —dijo—. No tienes por qué estar bailando aquí esta noche: quizá dances muy pronto desde más alto.

Simón retrocedió, creyendo que estaba borracha, pero cuando ella le miró fijamente con sus ojos amarillos, tuvo la impresión de que ya la conocía, y de que obraría cuerdamente obedeciéndola. La vieja fue tirando de él, y Simón la siguió sin pronunciar palabra a través de todo el salón.

—No azotes a tu chico demasiado, Sunniva —le gritó uno de los hombres—. No ha hecho nada malo, sólo quería vernos bailar un poco.

En el momento en que salían por la puerta se oyeron gritos de alarma en la calle, por la que corría un grupo de gente; un hombre que se dirigía hacia la casa tropezó con Simón, miró un momento a la extraña pareja y siguió corriendo.

Mientras caminaban por la calle, la vieja se levantó la falda y puso el borde de la misma en la mano del muchacho.

—Límpiate la mano en mi falda —dijo.

Un poco más adelante llegaron a una pequeña casucha de madera donde se detuvieron; la puerta era tan baja que hubieron de agacharse para pasar por ella. Cuando la lapona entró, sujetando aún a Simón por el brazo, este pudo mirar unos instantes hacia el cielo: la niebla comenzaba a apoderarse de la noche y un ancho anillo circundaba la luna.

El cuarto de la vieja era estrecho y oscuro y solamente tenía un ventanuco; en el suelo, una linterna despedía una luz mortecina. El cuarto estaba lleno de pieles de reno y de lobo, y también de cuernos de reno, con los que los lapones hacen sus botones labrados y las cachas de sus cuchillos; el aire era pestilente y sofocante. Tan pronto como entraron, la mujer se volvió hacia Simón, le sujetó la cabeza, y con dedos como garras le separó el cabello en crenchas y le peinó al estilo lapón. Luego le encasquetó un gorro lapón y retrocedió un poco para ver el efecto.

—Ahora siéntate en mi taburete —dijo—. Pero antes saca tu cuchillo.

Su voz y sus modales eran tan dominantes que el muchacho obedeció sin rechistar; se sentó en el taburete sin poder apartar la vista de la vieja: tenía una cara chata y morena surcada por una red de finas arrugas en cuyos pliegues parecía anidar el barro. Cuando llevaba un rato sentado, oyó acercarse por la calle un tropel de gente que se detuvo delante de la casucha. Alguien llamó con los nudillos a la puerta, esperó un momento y volvió a llamar. La vieja se incorporó y se quedó escuchando tan inmóvil como un ratón.

—No —dijo Simón levantándose—. No servirá de nada; vienen buscándome a mí y será mejor para usted que me entregue.

—Dame tu cuchillo —dijo la vieja. Cuando le entregó el cuchillo, ella se clavó su punta en el dedo pulgar y dejó que la sangre que manaba de la herida le manchase la falda—. Entren —gritó entonces.

Se abrió la puerta y dos de los marineros rusos quedaron parados en el umbral; afuera había más gente.

—¿Ha entrado alguien aquí? —preguntaron—. Andamos buscando al asesino de nuestro compañero, pero no podemos encontrarle. ¿Ha oído usted o ha visto a alguien por aquí cerca?

La vieja lapona se volvió y les miró con ojos que brillaban como el oro a la luz de la lámpara.

—¿Que si he visto u oído a alguien? —gritó—. Os he oído ir y venir por todo el pueblo sin dejar de vociferar. Nos habéis asustado tanto a mí y a este inocente y estúpido hijo mío que me he hecho un corte en el pulgar cuando desgarraba esta piel que estoy cosiendo. El chico está demasiado asustado para ayudarme y la piel se me ha estropeado completamente. Os haré pagar por ello. Si buscáis a un asesino, entrad y registrad mi casa, pero os juro que os conoceré cuando vuelva a veros. —Estaba tan furiosa que todo su cuerpo temblaba, y sacudía la cabeza con los rápidos movimientos de un ave de rapiña.

Uno de los marineros rusos entró en la habitación, echó una mirada a su alrededor y se fijó en la mano y la falda de la vieja, manchadas de sangre.

—No nos maldigas, Sunniva —dijo tímidamente—. Sabemos que si quieres puedes hacer que suceda cualquier cosa. Toma un marco como compensación por la sangre que has derramado.

La vieja extendió la mano. El marinero puso la moneda en su palma, y luego Sunniva escupió sobre ella.

—Ahora marchaos y así no habrá mala sangre entre nosotros —dijo Sunniva, y cerró la puerta tras ellos. Luego se metió el pulgar en la boca y soltó una cascada risita.

El muchacho se levantó del taburete, se puso delante de la vieja y la miró fijamente a la cara. Entonces sintió como si se estuviese balanceando en el aire, casi sin tener donde asirse.

—¿Por qué me has ayudado? —preguntó.

—¿No me conoces? —contestó ella—. ¿Todavía no me has reconocido? Sin embargo, debes acordarte del halcón peregrino

que se enredó entre los cabos de tu barco, el *Charlotte*, cuando navegabais por el Mediterráneo. Aquel día tú trepaste por la jarcia para alcanzar el juanete y soltarme, y eso lo hiciste en pleno vendaval y con mar arbolada. Ese halcón era yo. Nosotros, los lapones, volamos muchas veces así para conocer el mundo. Cuando te encontré por primera vez iba camino de Africa para ver a mi hermana y a sus hijos. Ella también puede convertirse en halcón cuando quiere. En aquellos días estaba viviendo en Takaunga, en una ruinosa torre, que allí llaman minarete. —Sunniva se enrolló el pulgar en el dobladillo de la falda y se lo mordió—. Nosotros nunca olvidamos —dijo—. Yo te piqué en el pulgar cuando me cogiste; es justo que esta noche sea yo quien se hiera en el dedo.

La vieja se acercó a Simón y le rascó cariñosamente la frente con sus dedos morenos, que más parecían garras.

—¿De modo que tú eres un muchacho que ha preferido matar a un hombre que faltar a la cita con su novia? —dijo—. Nosotras, todas las hembras de la tierra, siempre permanecemos unidas. Ahora te haré una marca en la frente y todas las muchachas del mundo te querrán, porque reconocerán la señal en cuanto te vean.

Jugueteó unos instantes con los cabellos del muchacho, ensortijándolos alrededor de sus dedos.

—Ahora escúchame, pajarito mío —dijo—. El cuñado de mi bisnieto está ahora con su bote en el embarcadero para llevar un cargamento de pieles a un barco danés. El te llevará hasta tu barco antes de que llegue tu piloto. El *Hebe* se hace a la mar mañana, ¿verdad? Pero en cuanto estés en el barco no te olvides de devolverme el gorro. —Cogió luego el cuchillo del muchacho, lo limpió en su falda y se lo devolvió—. Aquí tienes tu cuchillo —dijo—. Ya no volverás a clavárselo a ningún hombre; ya nunca tendrás necesidad de hacerlo porque de ahora en adelante surcarás los mares como un marino cabal. ¡Ya tenemos bastantes preocupaciones con nuestros propios hijos!

El asombrado muchacho comenzó a dar las gracias tartamudeando.

—Espera —dijo la vieja—. Te haré una taza de café para que recobres el juicio, y mientras tanto lavaré tu chaqueta. —Cogió un viejo hervidor de cobre y lo puso al fuego. Al cabo de un rato

le dio un bol de café puro, hirviente y cargado—. Ahora ya has bebido con Sunniva —dijo—, has bebido un poco de sabiduría —añadió—, así que de ahora en adelante todos tus pensamientos no se perderán en la mar salada como gotas de lluvia.

Cuando Simón terminó de beber y dejó el bol, la vieja le acompañó hasta la puerta y él quedó sorprendido al ver que era casi de día. La casa estaba en un alto desde donde el muchacho pudo ver la mar, cubierta por una lechosa neblina. Luego dio la mano a la vieja para despedirse.

La lapona se le quedó mirando fijamente un rato.

—Nosotros nunca olvidamos —dijo—. Tú, tú me golpeaste en la cabeza cuando estaba allá arriba en el palo. Ahora yo tengo que devolverte el golpe. —Y nada más decirlo, le dio un manotazo tan fuerte en la oreja que la cabeza le dio vueltas—. Ahora estamos en paz —dijo. dirigiéndole una mirada larga, brillante y maliciosa. Luego le dio un ligero empujón e hizo un ademán para que se alejase.

Y así, el muchacho marinero volvió a su barco, el cual se hizo a la mar a la mañana siguiente, y vivió para contar esta historia.

LA CRUZ NEGRA

EMILIA PARDO BAZAN/ESPAÑA

Emilia Pardo Bazan

A CABO DE verla, tan borrosa, tan chiquita, en la encrucijada, y por uno de esos fenómenos reflejos de la sensibilidad que difícilmente podrían explicarse, y que son una de las miserias de nuestro ser, su vista me apretó el corazón. Y, sin embargo, la persona cuya muerte conmemora esa cruz de palo pintado érame tan indiferente como la hojarasca que el último otoño arrancó del castañar, y que hoy se descompone en la superficie de la tierra labradía.

Era una mendiga, la mendiga de la encrucijada, que formaba parte del paisaje, por decirlo así. Sentada a la orilla del camino, con los pies descansando en la cuneta, el cuerpo recostado en el *cómaro* mullido de madreselva y zarzarrosa, allí estaba en todas las estaciones y con todas las temperaturas. Que el sol tostase, que bufase el vendaval, que la lluvia encharcase los baches de la carretera, la mendiga inmóvil, sin más protección contra la intemperie que uno de esos enormes paraguas escarlata, de algodón, con puño de latón dorado, que en el país suelen llamarse de *familia*.

Raro es el mendigo que no tiene instintos de vagabundo. Moverse, trasladarse, es género de libertad, y los pobres estiman mucho el sumo bien de ser libres. Hasta los semihombres que carecen de piernas lagartean velozmente sobre las manos; hasta los paralíticos, en un carro, se hacen zarandear. Una inquietud, un gigantesco espíritu aventurero suele hurgar y escarabajear a los mendigos. La de la encrucijada, por el contrario, pertenecía al número de los que se pegan, como el liquen, a las piedras, o como el insecto al rincón

sombrío donde no lo persigue nadie. Dos razones podrían explicar su carácter estadizo: tenía más de ochenta años y no tenía ojos.

Digo que no tenía ojos —y no a secas que era ciega—, porque en el sitio donde los ojos se abrirían allá en las olvidadas juventudes, sólo se veían dos encarnizados huesos. ¿Qué tragedia o qué horrible padecimiento recordaban aquellas cuencas vacías, que el cristalino globo anima aun apagado? Jamás se lo preguntamos, ni probablemente nadie lo quiso saber. No agradaba mirar de cerca los agujeros rojos que el pañuelo de algodón cubría, disimulando también en lo posible el resto de la cara; plegada por mil arrugas y bajo cuyo pergamino, endurecido, recurtido por las influencias del aire libre, se adivinaba exactamente la forma de la calavera. Las manos, siempre extendidas, eran un haz de sarmientos, y negruzcas, temblonas, ya no aferraban el paraguas; este se sostenía por medio de uno de esos puerilmente ingeniosos aparatos que sólo la pobreza discurre, y que hacen sonreír como las invenciones de los salvajes... El cuerpo carecía de forma; ¿quién adivina lo que envolvían tres o cuatro refajones de bayeta, una compacta trapería de colores muertos, secos, que, en agosto, igual que en enero, cubrían a la mendiga de la encrucijada?

Pasábase las horas silenciosas, aguzando el oído, que a la larga distancia percibía los cascabeles de los coches y el trote de los caballos. Se necesitaba gran destreza para arrojarle una moneda que recibiese, y lo más acertado era tomar la resolución de apearse y colocársela en la mano. Si la moneda caía entre el polvo o en las zarzas, perdida para la mendiga infaliblemente. La aprovecharían los golfitos de aldea, que siempre están traveseando en la carretera, a fin de agarrarse a la zaga de los carruajes y disfrutar del inefable placer de ir quince minutos en la posición más violenta, para que los cocheros los apeen de un trallazo. Estos gorriones solían comerse el grano de trigo ofrecido a la mendiga, a no ser que, viéndolos sus madres, les gritasen indignadas, prontas al estregón de orejas:

—¡Teney vergüenza! ¡Soltay los cuartos! ¡Eso es de la malpocada!

La malpocada, por su parte, no reclamaba nunca. Al percibir que le echaban limosna, que la recogiese o no en el hueco de su regazo, daba las gracias lo mismo, con interminable retahíla de bendiciones

y plegarias en que salían a relucir Nuestra Señora, los angelitos del cielo, el bienaventurado Santiago Apóstol, el Santísimo Sacramento del altar, las nobles almas que se compadecen de los desdichados, los caballeros generosos, toda la retórica de la pordiosería aldeana. Yo no sé por qué esta retórica, en la desdentada boca oscura, sonaba con sinceridad humilde, y la indiferencia ante la moneda, olvidada muchas veces entre el polvo del camino, daba mayor fuerza a la presunción de que la mendiga era verdaderamente una pobre de Cristo..., un ser que cree con toda su alma que el que pasa y le arroja una mísera suma es alguien que realiza nada menos que *una obra de caridad*...

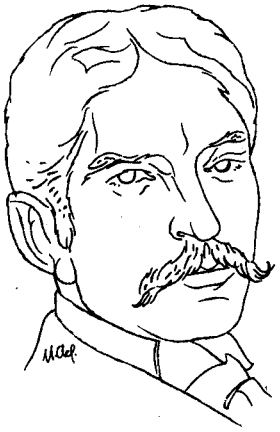
La hubiésemos sorprendido mucho; hubiésemos escandalizado su espíritu, su manso espíritu de vejezuela desvalida, si le dijésemos: «¡No somos caritativos; somos egoístas feroces! ¡Porque tú pides y porque te damos una mezquindad, ya creemos sancionado el hecho, que debiera ser inaudito, de que una mujer ciega, de más de ochenta años, esté como tú estás abandonada, desechada en la cuneta del camino, sin lazarillo, sin un perro siquiera! ¡Ya creemos legítimo pasar con tilinteo de cascabeles, con golpeteo de cascos de caballos, entre remolinos de polvo, y dejarte ahí, lo mismo que si fueses un enmohecido pedrusco, sin saber adónde te recogerás cuando salga la luna, qué reparo aguarda tu débil estómago aterido de frío, qué manta cubrirá tus áridos huesos! ¡Y todavía nos lanzas bendiciones y te deshaces en manifestaciones de gratitud! ¡Todavía tu acento, que parece balido de oveja, nos sigue y nos acompaña y resuena hasta que trasponemos los vetustos castaños, los que acaso te vieron bailar, mocita, a su sombra!»

Por eso la desaparición de la malpocada, a quien sustituye la tosca negra cruz, tuvo para mí no sé qué de trágico, algo que removió cenizas y ascuas de sentimiento... confuso, dormido, pero capaz de despertarse y de convertirse en la infinita piedad suscitada por el espectáculo del infinito dolor. Acabábamos de dejar atrás los corpulentos castaños; el sol declinaba, encendiendo al soslayo, con toques y vislumbres de cobre limpio, el pelaje de las vacas y los recentales juguetones que aguijoneaba un aldeano, de retorno sin duda de la feria. El aroma penetrante y ambiguo de la flor del saúco se confundía con el olor insulso del polvo removido por las

pezuñas del ganado. Un automóvil amarillo cruzó como alma que el diablo lleva, soltando vahos de gasolina. ¡Un automóvil! ¡Si viviese aún la malpocada! ¡Cómo pedir limosna a quien vuela en automóvil!

Y la cruz negra, de repente, la cruz que me había comprimido el pecho, me pareció consoladora, buena. Era otra súplica de la ciega... «Por amor de Dios..., acordaos todavía de mí, rezad.» Y, entre el silencio campestre, alto y religioso, que había sucedido al paso de la máquina endemoniada y al correteo de los becerrillos desmandados de susto, se me representó otra vez la mendiga, en pie, al lado de la cruz negra. Las cuencas de sus ojos ya no estaban vacías: en ellas brillaban unas pupilas azules, espléndidas, con limpidez de zafiro. Su vestimenta era blanca; y alrededor de su cuerpo derecho, casi gallardo, clareaba un halo de luz, los oros en fusión del poniente y la plata que vierte la luna nueva...

Y si no existiese esa región misteriosa donde te han engastado otra vez los ojos en las órbitas y donde tus andrajos son blancuras, ¿qué excusa, qué explicación tendría para ti este mundo, vejezuela, cuyo monumento es esa negra cruz desbastada a hachazos por un carpintero de aldea, y que el próximo invierno pudrirán las lluvias?



EL BOTE DE REMOS

STEPHEN CRANE/ESTADOS UNIDOS

Stephen Crane

NINGUNO SABÍA de los colores del cielo. Todos los ojos estaban clavados en las olas que avanzaban hacia ellos. Eran olas de color pizarra excepto sus blancas y espumantes crestas, y todos los hombres conocían los colores de la mar. La línea del horizonte se estrechaba y extendía, se elevaba y se hundía, pero siempre aparecía quebrada por las olas que sobresalían como rocas puntiagudas. En muchas casas habría bañeras mayores que el bote en que los hombres cabalgaban sobre la mar. Las olas escondían una intencionada maldad tras su bárbara y escabrosa altura.

El cocinero iba en cuclillas en el fondo, y sólo quince centímetros de borda le separaban del océano. Llevaba las mangas enrolladas en sus gruesos antebrazos, y los picos del desabrochado chaleco quedaban colgando cada vez que se agachaba para achicar el bote. De vez en cuando exclamaba: «¡Dios! De esa nos libramos por los pelos».

El engrasador, que trataba de timonear con uno de los dos remos del bote, se levantaba a veces bruscamente para esquivar el agua que saltaba por la popa. El remo, pequeño y delgado, parecía siempre a punto de quebrarse. El corresponsal, tirando del otro remo, vigilaba las olas y se preguntaba qué pintaba él allí.

El capitán, herido, iba recostado en la proa y sumido en esa profunda depresión e indiferencia que, temporalmente al menos, se apodera de los más valientes y esforzados cuando, sin poderlo remediar, la compañía quiebra, el ejército es derrotado, o el barco se hunde.

La mente del patrón de un barco está profundamente enraizada en su maderaje, y a este capitán se le había quedado grabada una escena que se desarrollaba a la luz gris del alba y en la que aparecían siete caras vueltas y, después, un trozo de mastelero con una bola blanca que azotaba desacompasadamente a las olas e iba hundiéndose poco a poco, hasta desaparecer. Por eso, la voz del capitán, aunque firme, estaba preñada de dolor y tenía ese tono que sólo se adquiere cuando se está más allá de la oración y del llanto.

—Mantenlo un poco más al sur, Billie —dijo.

—Un poco más al sur, señor —contestó el engrasador desde la popa.

Un asiento en este bote no era muy diferente de un asiento en el lomo de un potro cerril, y, desde luego, un potro salvaje no es mucho más pequeño. El bote se encabritaba y corveteaba y daba cabriolas como un animal. Cuando se aproximaba una ola se disponía a salvarla, parecía un caballo que se enfrenta a un obstáculo demasiado alto. Su forma de trepar por las murallas de agua parecía algo sobrenatural. Luego, después de chocar despreciativamente contra una cresta, se deslizaba, corría y chapoteaba por la larga pendiente hasta quedar balanceándose y cabeceando ante la siguiente amenaza.

En un chinchorro de diez pies se puede uno formar una idea del poder de la mar por la línea de las olas, lo que no es posible con una experiencia normal. Cuando se acerca un muro de agua gris-pizarra, todo lo demás desaparece de la vista, y no es extraño imaginar que esta ola en particular es el último ataque del océano, el último esfuerzo de la despiadada mar. Había una gracia terrible en el movimiento de las olas que se acercaban silenciosas, salvo en sus aullantes crestas

En la pálida luz, las caras de los hombres debían parecer grises. Sus ojos debían tener brillos extraños cuando mirasen fijamente hacia la popa. Vista desde un balcón, toda la escena debía ser sin duda fantásticamente pintoresca. Pero los hombres del bote tenían otras cosas en que ocupar sus pensamientos. El sol se había elevado firmemente en el cielo, pero fue el color de las olas que avanzaban hacia ellos, al cambiar de pizarra a verde esmeralda, lo que les había indicado que era pleno día.

El cocinero y el corresponsal, con frases entrecortadas, discutían sobre la diferencia entre una estación de salvamento y un refugio. El cocinero había dicho:

—Hay un refugio al norte del faro de la Ensenada del Mosquito, y en cuanto nos vean, su dotación saldrá a recogernos en un bote.

—Los refugios no tienen dotaciones —dijo el corresponsal—. Sólo son sitios donde se guardan ropa y comida para los náufragos. No tienen dotación.

—Sí, sí tienen —dijo el cocinero.

—No, no la tienen —contestó el corresponsal.

—De todas formas aún no hemos llegado allí —dijo el engrasador desde la popa.

—Bueno —dijo el cocinero—, quizá no sea un refugio lo que yo recuerdo que hay cerca del faro de la Ensenada del Mosquito. Quizá sea una estación de salvamento.

—Todavía no hemos llegado allí —repitió el engrasador desde la popa.

Cuando el bote saltaba desde lo alto de cada ola, el viento alborotaba los cabellos de los hombres y los salpicaba de espuma. La cresta de cada ola era como una montaña desde cuya cima los hombres podían ver, momentáneamente, una amplia y tumultuosa extensión de agua, brillante y surcada por el viento. Probablemente era algo magnífico, algo esplendoroso, este juego de la mar en libertad.

—Al menos tenemos la suerte de que el viento sople hacia tierra —dijo el cocinero—. Si no, no tendríamos ninguna probabilidad.

—Tienes razón —dijo el corresponsal.

El atareado engrasador asintió con la cabeza.

El capitán, desde proa, soltó una risita ahogada que expresaba ironía, desprecio y tragedia al mismo tiempo.

—¿Creéis que ahora tenemos muchas posibilidades, muchachos? —dijo.

Los tres quedaron en silencio. Expresar cualquier optimismo en sus circunstancias era infantil y estúpido. Por otra parte, la ética de su situación prohibía cualquier sugerencia directa de desesperanza. Así, preferían callar.

—Bueno —dijo el capitán, calmando a sus niños—, ya veréis como llegamos a tierra.

Pero había algo en su tono que hizo exclamar al engrasador:

—¡Sí! ¡Si el viento se mantiene!

El cocinero estaba achicando:

—¡Sí! Si no nos vamos al infierno en las rompientes.

Las afelpadas gaviotas se acercaban y se alejaban. Algunas veces se posaban confortablemente en el agua, cerca de mantas de algas pardas. Algunos de los hombres del bote sentían envidia de estas aves porque la ira de la mar les importaba tanto como a las bandadas de gallinas silvestres que se encontraban a mil millas tierra adentro. A menudo se acercaban mucho y miraban fijamente a los hombres con ojos como abalorios negros, y este escrutinio sin parpadeos tenía algo de misterioso y siniestro. Los hombres les gritaban con rabia y les decían que se alejasen. Una de ellas se acercó, sin duda con la intención de posarse en la cabeza del capitán. El pájaro volaba paralelo al bote y daba saltitos de costado en el aire. Sus negros ojos estaban ávidamente fijos en la cabeza del capitán.

—Bestia horrible —dijo el engrasador al pájaro. El cocinero y el corresponsal lo maldecían. El capitán hubiese querido darle un manotazo, pero todo lo que se pareciese a un movimiento brusco habría hecho zozobrar el sobrecargado bote; por eso el capitán trataba de alejarlo suave y cuidadosamente con la mano abierta. Cuando al fin se cansó de su persecución, todos respiraron más tranquilos porque aquel pájaro les había impresionado como si tuviera un significado horrible y ominoso.

Mientras tanto, el engrasador y el corresponsal continuaban remando. Ambos se sentaban en la misma bancada y cada uno bogaba con un remo. Luego el engrasador cogía los dos remos; después los cogía el corresponsal; luego el engrasador; luego el corresponsal. Y remaban y remaban. El momento más difícil era cuando al que se reclinaba en la popa le llegaba su turno en los remos. Es más fácil robar los huevos a una gallina clueca que cambiar de sitio en un chinchorro. Primero, el hombre de popa debe deslizar su mano por la bancada y comenzar a moverse. Luego, el que está a los remos tiene que deslizar la mano por la otra bancada. Todo debe hacerse

con el más extraordinario de los cuidados. En el momento de cruzarse, todos los ojos estaban fijos en la siguiente ola.

—¡Cuidado ahora! ¡Quietos! —gritaba el capitán.

Las manchas pardas de las algas que se veían de cuando en cuando eran como islas, como pedacitos de tierra. Aparentemente, no se desplazaban; para todos los efectos permanecían estacionarias, y su supuesta inmovilidad decía a los hombres del bote que estaban avanzando lentamente hacia tierra.

El capitán se incorporó cuidadosamente en la popa y, después de remontarse sobre una ola inmensa, dijo que había visto el faro de la Ensenada del Mosquito. Poco después, el cocinero dijo que también lo había visto. El corresponsal estaba a los remos y también quería mirar, pero daba la espalda a la costa y las olas eran peligrosas, así que hubo de pasar algún tiempo hasta que tuvo la oportunidad de volver la cabeza. Pero al fin llegó una ola más suave que las otras, y cuando estuvieron en su cresta, exploró rápidamente el horizonte hacia el oeste.

—¿Lo ha visto? —preguntó el capitán.

—No —repuso lentamente el corresponsal—, no he visto nada.

—Mire otra vez —dijo el capitán. Luego señaló con el dedo—. Está exactamente en aquella dirección.

Desde la cima de otra ola, el corresponsal hizo como le decían, y esta vez sus ojos descubrieron algo pequeño e inmóvil al borde del oscilante horizonte. Era como la punta de un alfiler. Sólo una mirada llena de ansiedad podría descubrir un faro tan pequeño.

—¿Cree que llegaremos, capitán?

—Si el viento no cambia y no nos hundimos, no podemos menos de llegar —dijo el capitán.

El chinchorro, elevado por las enormes olas y castigado duramente por sus crestas, continuaba avanzando. De vez en cuando, un gigantesco golpe de mar, cómo blancas llamas, se abatía sobre el bote.

—Achica, cocinero —decía el capitán tranquilamente.

—Está bien, capitán —contestaba el risueño cocinero.

La sutil hermandad de los hombres quedó aquí establecida en la mar. Ninguno la mencionaba, pero todos sentían su presencia

y su calor. Eran un capitán, un engrasador, un cocinero y un corresponsal, y estaban unidos férreamente por una amistad indestructible. El capitán, herido y recostado en la proa contra el barrilito del agua, hablaba siempre con voz calmosa y baja, pero nunca podría haber mandado una dotación más diligente y obediente que aquella mezcolanza de los tres hombres tripulantes del chinchorro. Se trataba de algo más que el mero reconocimiento de lo que era mejor para la seguridad común. Existía una camaradería, que el corresponsal, que había aprendido a desconfiar cínicamente de los hombres, reconocía incluso en aquellos momentos como la mejor experiencia de su vida. Pero nadie hablaba de ella. Nadie la mencionaba.

—Si tuviésemos una vela... —comentó el capitán—. Podríamos probar con mi capote en la punta de un remo y daros así una oportunidad para que descanséis un poco vosotros.

El cocinero y el corresponsal sujetaron verticalmente un remo y extendieron el capote. El engrasador se encargó de llevar el rumbo, y el botecito avanzó más rápido con su nuevo aparejo. A veces el engrasador tenía que cinglar a toda prisa para evitar que una ola rompiese sobre el bote, pero por lo demás todo fue bien.

Entretanto, el faro se había ido haciendo lentamente más grande. Ahora casi tenía color y se dibujaba sobre el horizonte como una pequeña sombra gris. Por fin, los hombres del zarandeado bote pudieron ver tierra desde la cresta de una ola: una alargada y negra sombra sobre la mar, más delgada que el papel.

—Debemos estar frente a New Smyrna —dijo el cocinero, que había costeado con frecuencia aquella zona en las goletas—. A propósito, capitán, creo que esa estación de salvamento está abandonada hace más de un año.

—Ah, sí —dijo el capitán.

El viento se fue quedando lentamente. El cocinero y el corresponsal no se veían ahora esclavizados para mantener el remo vertical. El chinchorro, ahora sin avanzar, luchaba penosamente con las olas. El engrasador y el corresponsal se vieron obligados a volver a coger los remos.

Los naufragios ocurren cuando menos se piensa. Si los hombres se preparasen para hacerles frente, y sólo ocurriesen cuando se está perfectamente entrenado, la mar cobraría menos víctimas. Ninguno

de los cuatro hombres del bote había dormido casi durante los dos días y dos noches que precedieron al naufragio, y con la excitación de gatear por la cubierta de un barco que se hunde, habían olvidado alimentarse debidamente.

El corresponsal se asombraba al pensar que hay gente que encuentra divertido remar en un bote. No era una diversión; era un castigo diabólico, un horror para los músculos y un crimen contra la espalda. Al dejar escapar estos pensamientos en voz alta, el extenuado engrasador le sonrió lleno de comprensión. Antes del naufragio, el engrasador había trabajado a doble guardia en el cuarto de máquinas del buque.

—Tomadlo ahora con calma, muchachos —dijo el capitán—. No os agotéis. Si tenemos que pasar las rompientes vais a necesitar todas vuestras fuerzas, porque habrá que nadar para ganar la costa. Tomadlo con calma.

La tierra se fue elevando lentamente de la mar. La línea negra se convirtió en dos, una blanca y otra negra: arena y árboles. Al cabo de un tiempo el capitán dijo que podía distinguir una casa.

—Entonces se trata del refugio —dijo el cocinero—. Pronto nos verán y vendrán a buscarnos.

La altura del faro cada vez se destacaba más en la lejanía.

—Si el torrero está mirando con un catalejo ya nos podrá distinguir —dijo el capitán—. Seguro que avisará al equipo de salvamento.

—Ninguno de los otros botes debe de haber llegado a tierra para dar la noticia del naufragio —dijo el engrasador en voz baja—. Si no ya estarían buscándonos.

La tierra fue emergiendo de la mar lenta y maravillosamente. El viento volvió a soplar; había rolado del nordeste al sudeste. Finalmente, un nuevo ruido llegó hasta los oídos de los náufragos: era el ronco tronar de las rompientes.

—Pon la proa un poco más al norte, Billie —dijo el capitán.

—Un poco más al norte, señor —contestó el engrasador.

El chinchorro viró su proa una vez más hacia el viento, y todos, excepto el que remaba, pudieron ver cómo crecía la costa. Las dudas y el terrible temor comenzaron a abandonar los pensamientos de los hombres. Dentro de una hora, quizá, ya estarían en tierra.

Los espinazos se habían acostumbrado perfectamente al balanceo del bote, y los hombres cabalgaban ahora su potro salvaje como jinetes de circo. El corresponsal creía que estaba calado hasta los huesos, pero en un bolsillo de su chaqueta encontró cuatro cigarros completamente secos. Después de cuidadosa búsqueda, alguien sacó unas cerillas, también secas, y los cuatro náufragos navegaron insolentemente en su bote y, con la seguridad de un inminente salvamento brillándoles en los ojos, aspiraron el humo de los puros. Todos bebieron un sorbo de agua.

—Cocinero —comentó el capitán—, no parece que en tu refugio haya señales de vida.

—No —contestó el cocinero—. Es raro que no nos vean.

Ante sus ojos se extendía una ancha zona de costa baja formada por dunas coronadas por una oscura vegetación. Algunas veces podían distinguir la blanca espuma de una ola avanzar por la playa. Una pequeña casita se dibujaba en negro contra el cielo. Hacia el sur, el delgado faro erguía su pequeña estatura gris.

La marea, el viento y las olas arrastraban el bote hacia el norte.

—Es raro que no nos vean —comentaban los hombres.

El rugir de las rompientes llegaba apagado, pero su tono era potente y atronador. Cuando el bote se elevaba sobre una ola, los hombres quedaban escuchando.

—Seguro que nos hundimos —decían todos.

Conviene decir ahora que no existía estación de salvamento en veinte millas a la redonda, pero los hombres no lo sabían. Su optimismo se había borrado por completo. Cuatro hombres ceñudos, sentados en un chinchorro, hacían oprobiosos e insultantes comentarios sobre la vista de los hombres del servicio de salvamento de la nación. Era fácil para sus alertadas mentes evocar escenas de toda clase de incompetencia y ceguera, y, desde luego, de cobardía. Allí, frente a ellos, estaba la costa de un populoso país, y resultaba amargo que nadie les hiciese señal alguna.

—Bueno —dijo por fin el capitán—. Supongo que habremos de intentarlo sin ayuda de nadie. Si permanecemos aquí mucho más tiempo, a ninguno nos van a quedar fuerzas para nadar cuando el bote se hunda.

El engrasador, que estaba a los remos, puso la proa del bote hacia la costa. Bruscamente, los músculos se tensaron y todos se pusieron a pensar.

—Si no llegamos todos a la costa... —dijo el capitán—. Si no llegamos todos a la costa, me figuro que todos sabéis a quién avisar de mi muerte.

Todos intercambiaron brevemente algunas direcciones y mensajes. En cuanto a los pensamientos de los hombres, todos estaban dominados por la rabia y quizá los formulasen así: «Si tengo que ahogarme..., si tengo que ahogarme, ¿por qué, en nombre de los siete dioses locos que reinan en la mar, me han dejado llegar tan lejos y contemplar la arena y los árboles? Si el Destino ha decidido ahogarme, ¿por qué no lo hizo al principio y me ahorró todo este sufrimiento? Todo esto es absurdo... Pero no, no puede querer ahogarme. No se atreverá a ahogarme después de toda esta faena». Luego, el hombre quizá hubiese tenido el impulso de amenazar con el puño a los cielos: «¡Atrévete a ahogarme ahora y te juro que oirás mis maldiciones!»

Las olas que avanzaban hacia ellos eran cada vez más formidables. Siempre parecían a punto de romper sobre el bote y envolverlo en un torbellino de espuma. La costa aún estaba lejos. El engrasador era un buen conocedor de las rompientes.

—Muchachos —dijo precipitadamente—, el bote no aguantará tres minutos más y estamos demasiado lejos para llegar nadando. ¿Pongo proa a la mar, capitán?

—Sí —dijo el capitán—. ¡Y hazlo rápido!

El engrasador, mediante una serie de rápidos milagros y un veloz y firme movimiento de los remos, hizo virar al chinchorro en las mismas rompientes y volvió a internarlo en la mar.

Cuando el bote empezó a adentrarse en aguas más profundas, chocando contra las encrespadas olas, los hombres permanecieron en silencio.

—Bueno —dijo al fin uno con voz desesperada—, de todas formas ya nos deben haber visto desde la costa.

—¿Qué opináis de los hombres del servicio de salvamento? ¿No son una monería?

—¡Quizá piensen que estamos aquí haciendo deporte! ¡Quizá

crean que estamos pescando! ¡Quizá crean que somos unos completos imbéciles!

La tarde se alargó hasta el infinito. Una nueva marea trataba de forzarles hacia el sur, pero el viento y las olas decían que hacia el norte. Y primero remaba el engrasador, y después remaba el corresponsal. Luego de nuevo el engrasador. Era un trabajo extenuante. La espalda humana es un área limitada, pero puede convertirse en teatro de innumerables conflictos musculares, tales como calambres, distensiones y otras lindezas.

—Billie, ¿te ha gustado remar alguna vez? —preguntó el corresponsal.

¡No, maldita sea! —contestó el engrasador.

Cuando alguno cambiaba su puesto en la bancada por un sitio en el fondo del bote, sufría una depresión física que le hacía despreocuparse de todo. El fondo del bote estaba lleno de agua salada y fría que chapoteaba de un lado a otro, pero uno se tumbaba allí. A veces, una ola particularmente bulliciosa saltaba la borda y volvía a calarles una vez más. Pero estas cosas no les preocupaban. Probablemente, si el bote hubiese volcado uno podría haberse dejado caer cómodamente sobre el océano como si estuviese seguro de que se trataba de un inmenso y mullido colchón.

—¡Mirad! ¡Hay un hombre en la playa!

—¿Dónde?

—¡Allí! ¿Le veis? ¿Le veis?

—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Está andando por la playa!

— Ahora se ha detenido. ¡Mirad! ¡Nos está mirando!

—¡Nos hace señas!

—¡Es verdad! ¡Por Dios que es verdad!

—¡Bueno, ahora ya estamos salvados! ¡Ahora ya estamos salvados! Dentro de media hora tendremos un bote a nuestro lado.

—¡Ha comenzado a moverse! ¡Está corriendo! ¡Va hacia aquella casa!

La remota playa parecía más baja que la mar, y era preciso tener ojos de halcón para distinguir a aquella negra figurilla. El capitán vio flotando un trozo de palo, y bogaron hacia él. En el bote apareció misteriosamente un trozo de toalla; el capitán lo ató al palo y lo hizo ondear. El que remaba no se atrevía a volver la cabe-

za, de manera que se veía obligado a preguntar una y otra vez.

—¿Qué hace ahora?

—Se ha vuelto a detener.

—¿Nos hace señales?

—No, ahora no. Pero antes sí las hizo.

—¡Mirad! ¡Allí aparece otro hombre!

—¡Fijaos qué aprisa va!

—Va en bicicleta. Ahora se ha reunido con el otro. Los dos nos están haciendo señas. ¡Mirad!

—¡Por allí llega algo!

—Parece un bote.

—No, se mueve sobre ruedas.

—Sí, es verdad. Claro, debe ser el bote salvavidas. Suelen arrastrarlos por la playa sobre un carretón.

—¡No! Es... es un ómnibus. Lo veo perfectamente. ¿No lo veis? Es un ómnibus de esos que usan los hoteles.

—¡Por Dios que tienes razón! A lo mejor están recogiendo a la tripulación del bote salvavidas.

—Sí, es posible. ¡Mirad! Hay un fulano en el estribo del ómnibus que está ondeando una banderita negra. Y ahora se acercan los otros dos tipos. Ahora están hablando todos juntos.

—No, no es una bandera. Es una chaqueta.

—Sí, eso es lo que es. Se la ha quitado y la está haciendo girar sobre su cabeza. Mirad cómo la agita.

—Bueno, aquí no hay ninguna estación de salvamento. Aquello no es sino un ómnibus de un hotel que ha traído a algunos de sus huéspedes de invierno para que vean cómo nos ahogamos.

—¿Y qué es lo que quiere decirnos el imbécil de la chaqueta?

—Parece como si quisiese indicarnos que nos dirijamos más al norte. Quizá haya por allí una estación de salvamento.

—¡No! Lo que pasa es que se cree que estamos pescando. Lo único que hace es desearnos suerte.

—¿Qué creéis que querrá decirnos?

—No quiere decirnos nada. Se está divirtiendo.

—Si al menos nos indicase que volviésemos a las rompientes o que nos adentrásemos en la mar y esperásemos, o que fuésemos hacia el norte, o hacia el sur, o hacia el infierno, habría alguna razón

en sus señales. Pero miradle. Está allí parado, sin dejar de girar su chaqueta como una hélice. ¡Es un imbécil!

—Por allí se acerca más gente.

—Casi es una multitud.

—Y el fulano aquel sigue dándole vueltas a la chaqueta.

—¿Cuánto tiempo crees que resistirá así? Ha estado dando vueltas a la chaqueta desde que nos vio. Es un idiota. ¿Por qué no se dedicará a reunir gente para echar un bote al agua? ¿Por qué no hace algo?

—Bueno, ahora ya no hay que preocuparse.

—Ahora que nos han visto tendremos un bote aquí en menos que canta un gallo.

Una tonalidad ligeramente amarillenta fue invadiendo el cielo por encima de la costa baja. Las sombras de la mar se fueron acentuando lentamente. El viento se hizo frío y los hombres comenzaron a tiritar.

—¡Maldita sea! —dijo uno—. ¡Mira que si tenemos que pasar aquí estancados toda la noche!

—¡No tendremos que permanecer aquí toda la noche! No te preocupes. Ya nos han visto y vendrán por nosotros.

La costa comenzó a oscurecerse. El hombre que agitaba su chaqueta se fundió gradualmente con la oscuridad, y de la misma forma fueron desapareciendo el ómnibus y el grupo de gente. La espuma, al saltar ruidosamente sobre la borda, hacía que los hombres se encogiesen y jurasen como si estuviesen marcándolos con un hierro candente.

—Me gustaría poder agarrar al imbécil de la chaqueta y meterle un buen puñetazo. Parecía que se estaba divirtiendo de lo lindo.

Mientras tanto, el engrasador remaba, y luego el corresponsal, y de nuevo el engrasador. Con las caras grises y encorvados, mecánicamente, se iban turnando para empuñar los pesados remos. La silueta del faro se había desvanecido del horizonte, por el sur, pero al fin vieron una estrella que parecía emerger de la mar. La tierra se había desvanecido, y la única manifestación de su presencia era el profundo y lúgubre tronar de las rompientes.

«Si tengo que ahogarme..., si tengo que ahogarme, ¿por qué, en

nombre de los siete dioses locos que reinan en la mar, me han dejado llegar tan lejos y contemplar la arena y los árboles?»

El capitán se veía obligado a hablar de vez en cuando, pacientemente, al remero de turno.

—Mantén la proa hacia el viento. Mantén la proa hacia el viento.

—La proa hacia el viento, señor. —Las voces eran roncas y cansadas.

Excepto el remero, todos estaban tumbados pesada e indiferentemente en el fondo del bote. En cuanto al hombre en los remos, sus ojos ya casi no distinguían las enormes olas negras que avanzaban hacia ellos en terrible y siniestro silencio.

El cocinero tenía la cabeza apoyada contra la bancada y miraba sin interés al agua que se movía bajo sus narices. Al fin habló:

—Billie —dijo en un susurro—, ¿qué clase de empanada te gusta más?

UNA NOCHE en la mar en un bote sin cubierta es una noche muy larga. Cuando la oscuridad fue total, el brillo de la luz que se elevaba de la mar hacia el sur se convirtió en oro. Por el norte, en el horizonte, apareció un tenue y azulado fulgor que partía del borde mismo de las aguas. Estas dos luces eran el único ajuar del universo. Todo lo demás no eran sino olas.

Las dimensiones del bote eran tan magníficas que el remero podía calentarse los pies metiéndolos debajo de los cuerpos de sus dos compañeros que iban acurrucados en la popa. Algunas veces, a pesar de los esfuerzos del remero, una ola se desbordaba sobre la banda del bote, una ola tan helada como la noche, y sus frígidas aguas les empapaban de nuevo. Entonces cambiaban un momento de postura, lanzaban un gruñido y volvían a quedarse dormidos como troncos.

El engrasador continuó tirando de los remos hasta que su cabeza cayó hacia adelante y un sueño irresistible le cegó. Y, sin embargo, continuaba bogando. Luego tocó a un hombre de los que dormían en el fondo del bote.

—¿Me puedes relevar un ratito? —preguntó tímidamente.

—Claro que sí, Billie —contestó el corresponsal, despertándose y arrastrándose hasta quedar sentado en la bancada. Cambiaron sus

sitios con todo cuidado, y el engrasador, echándose al lado del cocinero en el agua del fondo del bote, pareció dormirse inmediatamente.

La extremada violencia de la mar había amainado. Ahora las olas se acercaban sin gruñir. La obligación del hombre que remaba era mantener el bote de forma que las olas no lo volcasen y evitar que sus crestas lo inundasen cuando pasaban a sus costados.

El corresponsal se dirigió al capitán en voz baja. No estaba seguro de que el capitán estuviese despierto, aunque este hombre de hierro siempre parecía estar alerta.

—Capitán, señor, ¿mantengo la proa hacia aquella luz del norte?

La firme voz de siempre le contestó:

—Sí, manténgala por la proa, dos puntos a babor.

Luego pareció que hasta el capitán se dormía, y el corresponsal pensó que quizá fuese él el único hombre a flote sobre el océano. El viento parecía tener voz cuando soplaba sobre las olas, y era una voz más triste que la muerte.

Se oyó un fuerte y prolongado rasgón a popa, y una brillante estela de fosforescencia, semejante a una llama azulada, surcó las negras aguas. El ruido podría haber sido producido por un monstruoso cuchillo.

Luego reinó de nuevo el silencio, hasta que súbitamente se oyó otro rasgón y brilló otro largo resplandor de luz azulada. Esta vez se produjo al costado del bote y casi al alcance del remo. El corresponsal vio una aleta enorme pasar como una sombra a través de las aguas; esparcía una espuma cristalina y dejaba una larga y fosforescente estela.

El corresponsal miró sobre su hombro hacia el capitán. Tenía la cara tapada y parecía dormir. Los demás estaban todos dormidos sin duda alguna. Así, al verse privado de todo contacto humano, comenzó a maldecir a la mar en voz baja.

A proa o popa, a babor o estribor, a intervalos largos o cortos siempre volvía a aparecer el largo y burbujeante resplandor y se oía la oscura aleta que rasgaba el agua. La presencia de aquella cosa acechante no afectaba al hombre con el mismo horror que si hubiese sido un simple excursionista. El se limitaba a mirar aburridamente hacia la mar y a jurar en voz baja.

Sin embargo, no quería estar solo. Quería que alguno de sus compañeros se despertase y le hiciese compañía. Pero el capitán permanecía inmóvil, recostado contra el barrilito del agua, y el engrasador y el cocinero estaban sumidos en profundo sopor en el fondo del bote.

«Si TENGO que ahogarme..., si tengo que ahogarme, ¿por qué me han dejado llegar tan lejos y contemplar la arena y los árboles?»

Durante esta lúgubre noche, un hombre podía llegar a creer que la intención de los siete dioses locos de la mar era precisamente esa: ahogarle, a pesar de la abominable injusticia que ello suponía.

Cuando un hombre se da cuenta de que la naturaleza no le concede importancia y que el universo no va a conmoverse por su desaparición, lo primero que piensa es en apedrear el templo. Cualquier visible expresión de la naturaleza seguramente se vería bombardeada con sus sarcasmos.

Luego, quizá sintiese el deseo de enfrentarse con alguna personificación de la naturaleza, y empezó a argumentar, diciendo:

—Sí, pero yo me amo a mí mismo.

Y según él la única contestación era una estrella fría e inaccesible que brillaba en una noche de invierno. Y entonces comprendió el patetismo de su situación.

Misteriosamente, el corresponsal recordó unos versos olvidados. Había olvidado incluso que los había olvidado. La estrofa rezaba:

Agonizaba un legionario en Argel,
No había mujer que lo cuidase, ni llorase por él;
Pero estaba a su lado un camarada, y le cogió la mano,
Y dijo: «Ya no volveré a ver mi país amado.»

En su niñez, el corresponsal no había considerado nunca que fuese cosa suya el que un legionario agonizase en Argel, ni nunca le había parecido que era para ponerse triste. Para él significaba mucho menos que el hecho de que se rompiese la punta de su lápiz.

Ahora, sin embargo, el corresponsal veía claramente al soldado. Yacía sobre la arena, inmóvil y con las piernas estiradas. Mientras apretaba contra el pecho su pálida mano izquierda intentando impedir que la vida se le escapase, la sangre manaba entre sus dedos.

El corresponsal, sin dejar de remar, se sintió emocionado por una profunda y totalmente impersonal comprensión. Sentía compasión por el soldado de la Legión que estaba muriendo en Argel.

Aquella cosa que había ido siguiendo al bote, siempre al acecho, evidentemente se había cansado de esperar. Ya no se oía el crujido del agua al ser rasgada por la aleta ni se veía tampoco la llama de su larga estela. Algunas veces, el retumbar de las rompientes llegaba a los oídos del corresponsal; entonces ponía la proa hacia la mar y remaba más aprisa. El viento había arreciado, y de vez en cuando una ola saltaba hacia el bote como un gato montés; era impresionante ver el resplandor y el centelleo de su rompiente cresta.

El capitán, en la proa, hizo un movimiento y se sentó muy erguido.

—Una noche condenadamente larga —comentó. Luego miró hacia la costa—. Esos hombres del equipo de salvamento se lo han tomado con calma.

—¿Vio usted al tiburón que rondaba a nuestro alrededor?

—Sí, lo vi. No cabe duda que era un buen ejemplar.

—Ojalá hubiese sabido que estaba usted despierto.

Más tarde, el corresponsal habló hacia el fondo del bote.

—Billie. —En el fondo del bote se produjo un lento y gradual rebullir—. Billie, ¿puedes relevarme?

—Desde luego —contestó el engrasador.

Tan pronto como tocó la fría y confortable agua del fondo, el corresponsal se durmió profundamente. Este sueño fue tan pesado que le pareció que sólo había transcurrido un instante cuando oyó pronunciar su nombre por una voz que denotaba un grado increíble de agotamiento.

—¿Puedes relevarme?

—Claro, Billie.

La luz que brillaba en el norte se había desvanecido misteriosamente, pero el corresponsal mantuvo el rumbo gracias a las indicaciones del capitán, que se mantenía muy despierto.

A medida que la noche seguía su camino, el bote fue avanzando mar adentro y el capitán dijo al cocinero que pusiese un remo en la popa para dar siempre proa a las olas. Si oía el tronar de las rompientes debería dar la alarma. Este plan permitía que

el engrasador y el corresponsal descansasen al mismo tiempo.

—Así daremos a esos muchachos ocasión para que repongan sus fuerzas —dijo el capitán. Los dos se acurrucaron en el fondo del bote y volvieron a dormirse como troncos. El ominoso restallar del viento y de las olas les afectaba lo mismo que habría afectado a un par de momias.

—Muchachos —dijo el cocinero con un tono de voz que revelaba su renuencia a despertarles—, hemos abatido demasiado. Creo que alguno de vosotros debería tratar de llevarnos otra vez mar adentro.

Entonces el corresponsal oyó el estruendo de las olas al romper.

Cuando comenzó a remar, el capitán le dio un poco de whisky con agua, y esto calmó ligeramente su tiritona.

—¡Si logro llegar a tierra y alguien me enseña un remo, aunque sea en fotografía...!

Pasó el tiempo, y se reanudó el entrecortado diálogo.

—Billie... Billie, ¿puedes relevarme?

—Claro —dijo el engrasador.

CUANDO el corresponsal abrió de nuevo los ojos, la mar y el cielo tenían la gris tonalidad del amanecer. Más tarde, la mar se tiñó de oro y carmín. Al fin llegó la mañana en todo su esplendor, con un cielo de purísimo azul y la luz del sol reverberando en las cimas de las olas.

En las distantes dunas se podía ver un grupo de casitas oscuras y un blanco molino de viento que sobresalía por encima de sus tejados. Ni un hombre, ni un perro, ni una bicicleta se movían en la costa. Las casitas parecían formar parte de un pueblo abandonado.

Los hombres escudriñaron la costa.

—Bueno —dijo el capitán—, si no nos envían ayuda mejor es que intentemos atravesar las rompientes cuanto antes. Si nos quedamos aquí mucho más tiempo vamos a estar demasiado agotados para intentar salvarnos por nuestros propios medios.

Todos asintieron en silencio.

El bote puso proa hacia la playa. El corresponsal se preguntaba si alguien subiría alguna vez hasta la torre del molino para mirar hacia la mar. Esa torre representaba para él la serenidad de la na-

turaleza frente a las luchas del hombre. Pero ahora no le parecía cruel, ni benévola, ni traicionera, ni sabia; era solamente indiferente, absolutamente indiferente.

—Atención, muchachos —dijo el capitán—. El bote se hundirá seguramente. Todo lo que podemos hacer es acercarnos lo más posible y, cuando comience a hundirse, saltar y esforzarnos por ganar la costa. Permaneced tranquilos y no saltéis hasta que tengáis la seguridad de que el bote se hunde.

El engrasador se puso a los remos y miró por encima de su hombro hacia las rompientes.

—Capitán —dijo—, creo que será mejor virar y mantener la proa hacia las olas.

—Está bien, Billie —contestó el capitán—. Pon la popa hacia la costa.

El engrasador hizo virar el bote, y el cocinero y el corresponsal, sentados en la popa, se vieron obligados a mirar por encima de sus hombros para contemplar la playa solitaria e indiferente.

Las monstruosas olas que les llevaban hacia la costa elevaban el bote tan alto que los hombres podían ver las blancas sábanas de espuma deslizarse velozmente por la pendiente de la playa.

—No podremos acercarnos mucho —dijo el capitán.

El corresponsal, al observar a los demás, comprobó que no sentían miedo, pero que sus miradas no revelaban por entero sus pensamientos.

En cuanto a él, estaba demasiado agotado para analizar con serenidad su situación. Su razón se hallaba en aquel momento dominada por sus músculos, y los músculos decían que a ellos no les importaba nada. Lo único que se le ocurrió fue que si se ahogaba sería una lástima.

—Recordad que cuando saltéis debéis apartaros del bote —dijo el capitán.

Una ola rompió con horrísono estruendo, y un muro de blanca espuma avanzó rugiendo hacia el bote.

—¡Firmes ahora! —dijo el capitán. Los hombres permanecieron silenciosos; sus miradas pasaron de la playa a la ola, y esperaron. El bote trepó por la ladera de una ola, saltó en su furiosa cresta, rebotó sobre ella y se deslizó rápidamente por su empinado lomo;

había entrado agua en el bote y el cocinero comenzó a achicar.

Pero la ola siguiente también rompió. La avalancha de blanca, hirviente y espumosa agua inundó casi por completo el bote, y este, borracho con el peso del agua embarcada, se escoró y se hundió un *poco más en la mar.*

—Achica, cocinero. Achica —dijo el capitán.

—Allá voy, capitán —contestó el cocinero.

—Muchachos, la próxima nos va a dar la puntilla —dijo el engrasador—. Acordaos de quedar claros del bote.

Y avanzó la tercera ola, furiosa, inmensa, implacable. Casi se tragó el bote, y los hombres cayeron al agua. En el fondo del bote había quedado un trozo de salvavidas, y cuando el corresponsal cayó por la borda lo apretó con la mano izquierda contra su pecho.

Era enero, y el agua estaba helada. Su primer pensamiento fue que estaba más fría de lo que él esperaba encontrarla en las costas de Florida. Esta frialdad producía tristeza; era trágica. Mezclado y confundido con los sentimientos que le inspiraba su situación, este hecho, por sí solo, parecía ser razón suficiente para echarse a llorar. El agua estaba fría.

Cuando volvió a la superficie casi no se dio cuenta de nada excepto de la ruidosa presencia del agua. Luego vio a sus compañeros: el engrasador iba en cabeza de la carrera y nadaba rápida y vigorosamente; a su izquierda veía la combada espalda del cocinero que emergía del agua, y más atrás al capitán que avanzaba asido con su mano sana a la quilla del volcado bote.

Las costas tienen una cierta cualidad de inmutabilidad. El corresponsal sabía que era un largo trayecto y comenzó a bracear lentamente. El trozo de salvavidas permanecía bajo su pecho y algunas veces hacía que se deslizase por las laderas de las olas como si fuese en trineo.

Mas de pronto llegó a una zona donde aumentaron sus dificultades. No dejó de nadar para averiguar qué clase de corriente se había apoderado de él, pero su avance había cesado.

Cuando el cocinero pasó hacia su izquierda, muy lejos, el capitán le gritó:

—Cocinero, échate de espaldas, échate de espaldas y usa el remo.

—De acuerdo, señor. —El cocinero se tumbó de espaldas y, paleando con el remo, avanzó como si fuese una piragua.

Un momento después el bote también pasó a la izquierda del corresponsal, con el capitán siempre aferrado con una mano a la quilla; si no hubiese sido por los extraordinarios ejercicios circenses que el bote realizaba, habría parecido un hombre que trata de alzarse para mirar por encima de una valla de tablas. El corresponsal no podía comprender cómo se mantenía agarrado al bote.

Y todos pasaron acercándose a la costa: el engrasador, el cocinero y el capitán; y tras ellos, cabeceando alegremente entre las olas, avanzaba el barrilito de agua.

El corresponsal seguía entre las garras de su nuevo y extraño enemigo: una corriente. La playa, con su blanca pendiente de arena y su verde y escarpado promontorio coronado de blancas y silenciosas casitas, se extendía ante él como un cuadro. Estaba muy cerca, pero le parecía como si estuviese viendo un cuadro de Holanda o Bretaña en un museo.

El corresponsal pensó: «¿Voy a ahogarme? ¿Será verdad? ¿Será verdad?» Es posible que cada persona piense que su propia muerte es el fenómeno final de la naturaleza.

Pero al rato comprobó de pronto que podía avanzar hacia la playa: quizá una ola le había sacado de esta pequeña pero mortífera corriente. Más tarde se dio cuenta de que el capitán ya no miraba hacia la playa, sino que tenía la cara vuelta hacia él, y le llamaba:

—¡Acérquese al bote! ¡Acérquese al bote!

En su lucha para llegar hasta el bote, pensó que cuando uno se siente agotado, ahogarse debe de ser una solución muy cómoda, como un cese de las hostilidades acompañado de una tremenda sensación de alivio, y se alegró de que fuese así. El no quería sufrir.

De pronto vio a un hombre que corría por la playa y se iba desnudando con sorprendente rapidez: chaqueta, pantalones, camisa; todo volaba de su cuerpo como por arte de magia.

—Acérquese al bote —gritaba el capitán.

—Allá voy, capitán.

Mientras braceaba vio que el capitán se sumergía y soltaba el bote. Entonces el corresponsal realizó el único y modesto prodigio

del viaje. Una ola inmensa le alcanzó y le lanzó con fácil y suprema rapidez por encima del bote y muy lejos de él. En ese momento incluso pensó que se trataba de un verdadero milagro de la mar.

Por fin llegó a aguas que sólo le cubrían hasta la cintura, pero no pudo sostenerse en pie más que unos instantes. Las olas le derribaban como si fuese un fardo, y luego la resaca tiraba de él hacia la mar.

Vio que el hombre que había estado corriendo y desnudándose, y desnudándose y corriendo, entraba dando brincos en el agua y arrastraba al cocinero hasta la arena; luego se dirigió hacia el capitán, pero este le apartó, indicándole por señas que atendiese al corresponsal. Estaba desnudo, desnudo como un árbol en invierno, pero un halo rodeaba su cabeza y todo él resplandecía como un santo. Tiró con fuerza de la mano del corresponsal, le arrastró, le alzó...

—Gracias, camarada —dijo el corresponsal.

De pronto, el hombre gritó:

—¿Qué es aquello? —y señaló nerviosamente con el índice.

El corresponsal sólo dijo:

—¡Corra!

El engrasador yacía boca abajo en un palmo de agua. Su frente, que se apoyaba en la arena, quedaba a intervalos fuera del agua al retirarse las olas.

El corresponsal no se dio cuenta de todo lo que ocurrió después. Cuando llegó a tierra firme cayó al suelo golpeando la arena con todas las partes de su cuerpo. Era como si hubiese caído desde un tejado, pero el golpe fue agradable para él.

En lo que sólo parecieron instantes, la playa se llenó de hombres con mantas, ropas y botellas, y de mujeres con jarros de café y todos aquellos remedios consagrados por su experiencia. La bienvenida que la tierra dispensó a los hombres procedentes de la mar fue cálida y generosa, pero un cuerpo empapado e inmóvil fue llevado lentamente playa arriba, y la bienvenida que la tierra le daría sería muy diferente: la siniestra hospitalidad de la tumba.

Cuando llegó la noche, las blancas olas siguieron yendo y viniendo bajo la luz de la luna, y el viento trajo el rumor de la potente voz de la mar hasta los hombres que estaban en la costa: una voz que, a la sazón, se sentían capaces de interpretar.

SOSPECHA

DOROTHY L. SAYERS/GRAN BRETAÑA

Dorothy L. Sayers

A MEDIDA que la atmósfera del vagón se fue haciendo más espesa con el humo del tabaco, el señor Mummery se fue dando cuenta de que el desayuno no le había sentado bien.

Pero el desayuno no podía ser el culpable. Pan integral rico en vitaminas y recomendado por el especialista en salud del *Morning Star;* bacon frito hasta estar deliciosamente crujiente; huevos en su punto justo; café como solamente la señora Sutton sabía hacerlo. La señora Sutton había sido un verdadero hallazgo, y tenía que dar gracias por ello. Porque Ethel, desde su depresión nerviosa del pasado verano, no estaba capacitada para bregar con las ignorantes chicas que habían entrado y salido en tempestuosa sucesión. Bastaba ahora con muy poco para sacar a la pobre Ethel de sus casillas. El señor Mummery, tratando de olvidar su creciente malestar, tenía la esperanza de que no se tratase de ninguna enfermedad. Aparte de los inconvenientes que pudiera causar en la oficina, Ethel se preocuparía terriblemente, y el señor Mummery daría con gusto su vida anodina e insignificante con tal de ahorrar un momento de inquietud a Ethel.

Como últimamente se había acostumbrado a llevar siempre consigo algunas pastillas digestivas, se metió una en la boca y desplegó el periódico. No parecía haber muchas noticias. En la Cámara de los Comunes se había hecho una interpelación sobre las máquinas de escribir del gobierno; el príncipe de Gales, muy sonriente, había inaugurado una exposición de calzado fabricado en Inglaterra; en

el Partido Liberal se había producido una nueva escisión; la policía seguía buscando a una mujer sospechosa de haber envenenado a una familia en Lincoln; dos muchachas habían quedado atrapadas en el incendio de una fábrica; una estrella de cine había obtenido su cuarto divorcio.

El señor Mummery se apeó en la estación de Paragon y tomó un tranvía. Su malestar se estaba convirtiendo en una náusea definida. Por fortuna pudo llegar a su despacho antes de que ocurriese lo peor. Nada más sentarse a su mesa, pálido pero con perfecto dominio de sí mismo, su socio entró impetuosamente.

—Buenos días, señor Mummery —dijo Brookes con voz chillona, y añadió su inevitable—: ¿Hace frío suficiente para usted?

—Sí. Un tiempo demasiado desapacible, quizá.

—Asqueroso, asqueroso —dijo Brookes—. ¿Ha plantado todos sus bulbos?

—No todos —confesó Mummery—. La verdad es que no me he sentido...

—Es una pena —le interrumpió su socio—. Una gran pena. Debía haberlos plantado antes. Yo planté los míos la semana pasada. Mi casita parecerá un cuadro esta primavera. Se trata sólo de un jardín urbano, claro. Usted tiene la suerte de vivir en el campo. Me figuro que le gustará más que Hull, ¿verdad? Aunque aquí disfrutamos de aire puro en las avenidas. ¿Cómo está su esposa?

—Mucho mejor, gracias.

—Me alegro de ello, me alegro mucho. Espero que este invierno la tengamos tan bien como siempre. Ya sabe que no pueden pasarse sin ella en la Sociedad Teatral. Le aseguro que nunca olvidaré su actuación del último año en *Romance*. Entre ella y el joven Welbeck casi hicieron que el teatro se viniese abajo, ¿verdad? Ayer mismo los Welbeck preguntaron por ella.

—Muchas gracias. Sí, espero que pronto pueda reanudar sus actividades sociales, pero el médico dice que no debe abusar de sus fuerzas. Según él, lo importante es que no tenga preocupaciones. Tiene que tomarlo con calma, no apresurarse ni querer abarcar demasiado.

—Y tiene toda la razón, toda la razón. Las preocupaciones tienen la culpa de todo. ¡Yo dejé de preocuparme hace años y mire

cómo estoy! Me siento como un reloj, y eso que ya no volveré a cumplir los cincuenta. Pero, a propósito, usted no parece encontrarse muy bien.

—Un poco de dispepsia —dijo Mummery—. Nada de importancia. Yo lo achaco a un ligero enfriamiento del hígado.

—Eso es lo que es —dijo Brookes aprovechando su oportunidad—. ¿Merece la pena vivir esta vida? Todo depende del hígado. ¡Ja, ja! Bueno, ahora creo que podríamos trabajar un poquito, ¿no? ¿Dónde estará esa escritura de arrendamiento de Ferraby?

El señor Mummery, que no se sentía con ganas de conversación, casi se alegró de esta sugerencia, y durante media hora pudo dedicarse a realizar con tranquilidad el trabajo de un corredor de fincas. Sin embargo, al cabo de un rato el señor Brookes comenzó a hablar nuevamente.

—A propósito —dijo de pronto—. ¿No sabrá su esposa de una buena cocinera?

—Creo que no —contestó Mummery—. Hoy en día no se encuentran con facilidad. Precisamente nosotros, después de mil intentos, acabamos de tomar una muy buena. Pero, ¿por qué me pregunta eso? Me figuro que su vieja cocinera no se habrá despedido, ¿verdad?

—¡Dios mío, no! —rió ruidosamente Brookes—. Haría falta un terremoto para que nos dejase. No. Se trata de los Philipson. La chica se va a casar. Eso es lo malo de las jóvenes. Yo ya he avisado a los Philipson. «Piensen bien en lo que van a hacer», les dije. «Elijan a alguien a quien conozcan un poco, no vayan a meter en su casa a esa envenenadora, ¿cómo se llama?, ah, sí, Andrews. No querría tener que enviar flores a su entierro, al menos por ahora», les dije. El se echó a reír, pero yo le aseguré que no era cosa de risa. No me explico para qué pagamos a la policía. Ya ha pasado más de un mes y todavía no han sido capaces de echarle el guante. Todo lo que saben decir es que no debe andar muy lejos de estos contornos y que «seguramente estará tratando de colocarse como cocinera». ¡Como cocinera! ¿Qué le parece a usted?

—Entonces, ¿usted no cree que se haya suicidado? —preguntó Mummery.

—¡Qué va a suicidarse! —replicó Brookes bruscamente—. No

lo crea ni por un momento. El abrigo que apareció en el río fue sólo una pista falsa. Esa clase de personas no se suicidan.

—¿Qué clase?

—Esos maniacos del arsénico. Están demasiado enamorados de su propia piel. Tan astutos como comadrejas, eso es lo que son. Yo me conformaría con que la cogiesen antes de que haga otra prueba con alguien más. Como dije a Philipson...

—Entonces, ¿cree que la señora Andrews es culpable?

—¿Culpable? Claro que sí. Está tan claro como el día. Ella era la que cuidaba de su anciano padre, y este murió repentinamente... dejándole un poco de dinero, claro. Luego entró de ama de llaves de un viejo caballero, y también se muere repentinamente. Y ahora este matrimonio: el marido muere y su esposa enferma gravemente por envenenamiento arsenical. La cocinera huye, y usted me pregunta que si lo hizo ella. No me importaría apostar a que cuando exhumen a su padre y al otro viejo los van a encontrar rebosando arsénico. Ese tipo de persona, en cuanto empieza ya no puede detenerse. Parece que se convierte en hábito.

—Es posible que sea así —dijo Mummery. Cogió el periódico y estudió la fotografía de la mujer desaparecida—. Parece totalmente inofensiva —comentó—. Tiene un aspecto agradable; podría ser una madre de familia.

—Es mala. No hay más que mirar su boca —dijo Brookes, que mantenía la teoría de que el carácter se refleja en la boca—. Yo no me fiaría un pelo de esa mujer.

A MEDIDA que el día avanzaba, el señor Mummery se fue encontrando mejor. A la hora de la comida se había sentido bastante nervioso: eligió con sumo cuidado un poco de pescado hervido y natillas y tuvo la precaución de no apresurarse después de comer. Comprobó con satisfacción que el pescado y las natillas no daban guerra a su estómago, y tampoco experimentó el molesto dolor que durante los últimos quince días casi se había hecho habitual. Al final del día se sintió perfectamente optimista. El fantasma de la enfermedad y las facturas del médico dejaron de preocuparle.

Compró un ramo de bronceados crisantemos para llevárselos a Ethel, y cuando se bajó del tren y subió por el camino del jardín

de «Mon Abri» experimentó una sensación de agradable bienestar.

Se sintió un poco defraudado al no encontrar a su mujer en el cuarto de estar. Con el ramo de crisantemos todavía en la mano recorrió rápidamente el pasillo y abrió la puerta de la cocina.

Allí sólo estaba la cocinera, sentada de espaldas a él, y se levantó precipitadamente, casi sobresaltada, al oírle aproximarse.

—Por Dios, señor —dijo—. Me ha dado un buen susto. No le he oído abrir la puerta principal.

—¿Dónde está la señora? Vuelve a sentirse mal, ¿verdad?

—Sí, señor, otra vez le duele un poco la cabeza a la pobrecita. Hice que se echase, y a las cuatro y media le he subido una buena taza de té. Creo que ahora estará durmiendo tranquilamente.

—Vaya por Dios —comentó el señor Mummery.

—Estaba arreglando y cambiando de sitio los muebles del cuarto de estar —explicó la señora Sutton—. «Vamos, señora, no debe usted cansarse», le dije, pero ya sabe usted cómo es. Se pone nerviosa y no aguanta estar sin hacer nada.

—Lo sé —dijo el señor Mummery—. Pero usted no tiene la culpa de nada, señora Sutton; estoy convencido de que nos cuida a los dos admirablemente. Subiré a echarle un vistazo, y si está dormida no la despertaré. Por cierto, ¿qué tenemos para cenar?

—Bueno, había preparado una riquísima empanada de carne con riñones —dijo la señora Sutton con una entonación que sugería que si no era de su gusto podría convertirla en seguida en una calabaza o en una carroza tirada por cuatro caballos.

—¡Oh! —exclamó Mummery—. ¿Hojaldre?... Bueno, yo...

—Lo encontrará muy apetitoso y muy ligero —protestó la cocinera al tiempo que abría la puerta del horno para que el señor Mummery echase una ojeada—. Y lo he hecho con mantequilla, ya que usted dice que la manteca le sienta mal.

—Muchas gracias, muchas gracias —dijo el señor Mummery—. Estoy seguro de que estará deliciosa. Es que últimamente no me he encontrado muy bien y la manteca parece indigestárseme estos días.

—Bueno, no cabe duda que a algunas personas no les sienta bien —concedió la señora Sutton—. No me chocaría que hubiese cogido un poco de frío al hígado. Este tiempo es capaz de enfermar a cualquiera.

Se acercó rápidamente a la mesa y quitó de ella las revistas gráficas que había estado leyendo.

—¿Querrá la señora que le suba la cena a la cama? —sugirió.

Mummery contestó que iría a enterarse, y comenzó a subir de puntillas la escalera. Ethel estaba cómodamente arrebujada bajo el edredón, y en la cama de matrimonio parecía muy pequeña y muy frágil. Al entrar él, se rebulló un poquito y le sonrió.

—¡Hola, cariño! —dijo Mummery.

—¡Hola! ¿Ya estás de vuelta? Debo de haberme quedado dormida. Me sentí cansada y con la cabeza pesada, y la señora Sutton me obligó a meterme en la cama.

—Has estado trabajando demasiado, mi vidita —dijo su marido, cogiéndole la mano y sentándose al borde de la cama.

—Sí, parece que me he portado mal. ¡Qué flores tan preciosas, Harold! ¿Son todas para mí?

—Todas para mi Pulguita —dijo Mummery con ternura—. ¿Y yo no me merezco nada?

La señora Mummery sonrió, y Mummery cobró varias veces su premio.

—Ya está bien, viejo sentimental —dijo ella—. Ahora lárgate, que voy a levantarme.

—Es mejor que te quedes en la cama, preciosa, y dejes que la señora Sutton te suba la cena —dijo su marido.

Ethel protestó, pero su esposo se mantuvo firme. Si no se cuidaba no podría asistir a las reuniones de la Sociedad Teatral, y todos estaban deseando que volviese. Los Welbeck habían estado preguntando por ella y diciendo que sin ella no podían hacer nada.

—¿De verdad? —preguntó Ethel—. Es muy amable por su parte que me echen de menos. Bueno, quizá sea mejor que me quede en la cama. ¿Y cómo ha pasado el día mi maridito?

—No del todo mal, no del todo mal.

—¿Sin dolores de tripa?

—Bueno, solamente un poquito de dolor. Pero ya se me ha pasado por completo. No es nada por lo que mi Pulguita deba preocuparse.

MUMMERY no experimentó ningún síntoma desagradable durante los dos días siguientes. Siguió los consejos del especialista del

periódico y comenzó a tomar zumo de naranja: quedó encantado con los resultados. Sin embargo, el jueves por la noche se sintió francamente mal, y Ethel, alarmada, se empeñó en llamar al médico. Este le tomó el pulso, le miró la lengua y pareció no darle importancia al asunto. Le preguntó lo que había comido y se enteró que la cena había consistido en manitas de cerdo y un dulce de leche, y que, antes de irse a la cama, el señor Mummery había tomado un vaso grande de zumo de naranja, siguiendo las instrucciones de su nuevo régimen.

—Ahí tenemos la causa —dijo el doctor Griffiths alegremente—. El zumo de naranja es algo excelente, y también las manitas de cerdo, pero no mezclados. La combinación de cerdo y naranja es extraordinariamente mala para el hígado. Yo no sé la razón, pero es así. Le recetaré algo; aliméntese de purés durante uno o dos días y absténgase del cerdo. Y usted no se preocupe, señora Mummery, está tan sano como una manzana. Usted es la que debe cuidarse. No quiero volver a ver esas ojeras tan negras, ¿entendido? Seguro que ha pasado una mala noche. ¿Toma su tónico con regularidad? Eso está bien. No se alarme por su maridito; pronto le tendremos dando guerra otra vez.

La profecía se cumplió, pero no inmediatamente. Aunque Mummery siguió una dieta limitada a puré de niño, pan y leche y un caldo de extracto de carne cuidadosamente preparado por la señora Sutton y llevado a la cama por Ethel, el viernes aún no se encontraba bien; sólo el sábado por la tarde fue capaz de bajar las escaleras medio tambaleándose. No cabía duda de que había sufrido un serio arrechucho. Sin embargo, le fue posible estudiar algunos documentos que Brookes le había enviado desde la oficina para que los firmase, y también ocuparse de la administración de la casa. Ethel no era mujer de negocios, y Mummery siempre repasaba las cuentas de la casa con ella. Después de haber revisado las facturas del carnicero, del panadero, del lechero y del carbonero, Mummery miró a su esposa interrogativamente.

—¿Algo más, cariño?

—Bueno, me gustaría hablar sobre la señora Sutton. Ya sabes que está a punto de terminar el mes.

—Sí, pero tú estás contenta con ella, ¿no, querida?

—Sí... más bien sí. ¿Tú no? Es una buena cocinera y una viejecita amable y maternal. ¿No crees que hice bien tomándola sobre la marcha, sin preguntar nada?

—Naturalmente que sí.

—Pareció algo providencial el que apareciese de pronto, justamente después de que aquella desconsiderada Jane se marchase casi sin avisarnos. Yo estaba totalmente desesperada. Desde luego, era un poco arriesgado tomarla sin referencias, pero claro, si hasta entonces había estado cuidando de una madre viuda y enferma no se podía esperar que alguien diese informes acerca de ella.

—No... claro —dijo Mummery. Cuando entró en la casa él se había sentido un poco preocupado, pero no quiso hacer ningún comentario porque verdaderamente necesitaban a alguien. Y el experimento había resultado tan satisfactorio en la práctica que ya no era cosa de volver sobre el asunto. Una vez había sugerido tímidamente a Ethel que escribiese al pastor de la parroquia de la señora Sutton, pero su esposa le contestó que el pastor no podría informarles sobre su forma de cocinar, y eso era, después de todo, lo que más les interesaba.

El señor Mummery le entregó el dinero del mes.

—A propósito, querida —dijo—, podrías decirle a la señora Sutton que si tiene que leer el periódico de la mañana antes que yo, le quedaría muy agradecido si lo dejase bien doblado después de leerlo.

—Qué cascarrabias eres, querido —dijo su esposa.

Mummery dejó escapar un suspiro. No podía explicarle que a él le gustaba recibir el diario de la mañana flamante, impoluto, como una virgen; las mujeres no comprendían estas cosas.

El domingo por la mañana Mummery se encontró muchísimo mejor, casi como en sus buenos tiempos. Disfrutó leyendo el *News of the World* mientras desayunaba en la cama, y dedicó especial atención a la sección de sucesos. El señor Mummery gozaba leyendo las noticias sobre asesinatos, pues le producían una agradable excitación, como de vicaria aventura, porque, naturalmente, se trataba de algo muy remoto de la vida cotidiana de los alrededores de Hull.

Comprobó que Brookes estaba en lo cierto: el padre de la señora

Andrews y su anterior patrono habían sido exhumados y, como él predijera, se les había encontrado rebosantes de arsénico.

Se levantó a la hora de comer. Había rosbif con patatas, un soufflé de Yorkshire deliciosamente ligero y tarta de manzana. Después de tres días a dieta de enfermo, resultaba maravilloso poder saborear la crujiente grasa y la carne poco hecha. Comió moderadamente, pero con un placer casi sensual. Ethel, por el contrario, parecía tener poco apetito, si bien es verdad que nunca le había gustado demasiado la carne. Era bastante melindrosa y, además y sin razón alguna, tenía miedo de engordar.

Hacía una tarde estupenda y, a eso de las tres, cuando Mummery comprobó que el rosbif no le daba guerra, pensó que era una buena ocasión para plantar el resto de los bulbos. Se puso su vieja chaqueta de trabajo y se dirigió hacia el pabellón de los tiestos. Cogió una bolsa de tulipanes y un desplantador, y al recordar que llevaba los pantalones nuevos, decidió coger una estera para arrodillarse encima de ella. ¿Cuándo había utilizado aquella estera por última vez? No pudo recordarlo, pero creyó que la había guardado en un rincón, debajo del estante de los tiestos. Se agachó y comenzó a buscarla a tientas entre los tiestos. Sí, allí estaba, pero también había un bote de algo. Lo sacó cuidadosamente y comprobó que se trataba del bote del herbicida.

Mummery miró la etiqueta rosa en la que aparecía impreso en letras bien visibles: HERBICIDA ARSENICAL. VENENO. Mummery observó con cierta excitación que se trataba de la misma marca que había sido asociada con la muerte de la última de las víctimas de la señora Andrews. Casi se alegró. Aquello le daba la sensación de estar relacionado de modo concreto, aunque remoto, con acontecimientos importantes. Luego notó, sorprendido y un poco molesto, que la tapa estaba muy floja.

—¿Cómo habré podido dejarlo así? —murmuró—. No me extrañaría que hubiera perdido toda su fuerza. —Quitó la tapa, miró el interior del bote, que estaba mediado, y volvió a cerrarlo, dándole a la tapa un golpe seco con el mango del desplantador para ajustarla mejor. Después, para no correr riesgos, fue hasta el grifo de la pila y se lavó cuidadosamente las manos.

Cuando volvió de plantar los tulipanes se sintió un poco des-

concertado al ver que había visita en la sala de estar. Siempre se alegraba de ver a la señora Welbeck y a su hijo, pero habría preferido que le avisasen, y así hubiera podido quitarse la tierra de las uñas. Y no es que la señora Welbeck se fijara en esas cosas; era una mujer tan habladora que sólo prestaba atención a su propia charla. Con gran disgusto por parte de Mummery, en seguida se puso a parlotear sobre el caso del envenenamiento de Lincoln. Mummery pensó que no era tema muy adecuado para la hora del té. Su propio arrechucho estaba lo suficientemente presente en su memoria para sentirse estomagado por aquella conversación sobre síntomas de enfermedades, y además no era muy conveniente para Ethel. Al fin y al cabo, se sospechaba que la envenenadora aún se encontraba por la vecindad, y esto era ya suficiente para desasosegar a una mujer, cualquiera que fuese el estado de sus nervios. Cuando miró a Ethel vio que estaba pálida y trémula. Debía conseguir de alguna manera que la señora Welbeck se callase, o volvería a repetirse una de las viejas y horribles escenas de histeria.

Mummery intervino en la conversación bruscamente.

—Señora Welbeck, ¿recuerda lo que hablamos de los esquejes de forsitia? —dijo—. Pues ahora es el momento de plantarlos. Si tiene la bondad de acompañarme al jardín le cortaré algunos.

Vio que entre el joven Welbeck y Ethel se cruzaba una mirada de alivio. Era evidente que el muchacho comprendía la situación y estaba molesto por la falta de tacto de su madre. La señora Welbeck, cortada en seco, se levantó, tragó saliva y se dispuso con solícita prontitud a emprender el nuevo rumbo. Acompañó al señor Mummery al jardín y no dejó de charlar alegremente sobre jardinería mientras él seleccionaba y cortaba los esquejes; luego le felicitó por sus cuidados senderos de grava.

—A mí me es imposible acabar con las malas hierbas —dijo.

Mummery mencionó el herbicida y elogió su eficacia.

—¡Ese veneno! —exclamó la señora Welbeck, mirándole fijamente. Luego se estremeció—. No lo tendría en mi casa ni por un millar de libras —añadió con énfasis.

Mummery sonrió:

—Bueno, nosotros lo guardamos bien apartado de la casa —dijo—. Aunque yo fuese una persona descuidada...

Entonces se interrumpió. El recuerdo del bote mal tapado vino súbitamente a su memoria y fue como si, en lo más profundo de ella, tuviese lugar una reunión de oscuras ideas. Dejó de pensar en ello y se dirigió a la cocina para coger un periódico con que envolver los esquejes.

Desde la ventana del cuarto de estar debían haberles visto acercarse, porque cuando entraron, el joven Welbeck ya estaba de pie y se despedía de Ethel estrechándole la mano. El joven maniobró con tacto para conseguir que su madre se despidiera rápidamente, y Mummery volvió a la cocina para ordenar los periódicos que había sacado del cajón. Sabía que algo le había llamado la atención y quería comprobar lo que había sido. Los fue examinando minuciosamente, uno por uno y hoja por hoja. Efectivamente, no se había equivocado: todos los retratos de la señora Andrews, todos los comentarios y todos los titulares sobre el envenenamiento habían sido cuidadosamente recortados.

Mummery se sentó al lado del fuego. Notaba que necesitaba calor. Parecía como si en su estómago se hubiese formado un nudo helado, un algo que se sentía renuente a analizar. Trató de recordar el aspecto de la señora Andrews tal como había aparecido en los periódicos, pero no tenía una buena memoria visual. Recordaba que había dicho a Brookes que tenía una cara «maternal». Luego trató de recordar el tiempo que había transcurrido desde su desaparición. Casi un mes, había dicho Brookes, y de eso hacía ya una semana. Entonces debía de hacer algo más de un mes. ¡Un mes! Y él acababa de pagar a la señora Sutton el sueldo de un mes.

¡Ethel! fue el primer pensamiento que comenzó a llamar a la puerta de su cerebro. Fuese como fuese, no tenía más remedio que enfrentarse él solo con su monstruosa sospecha. Tenía que evitarle cualquier sobresalto o ansiedad. Y tenía que estar seguro del terreno que pisaba. El despedir a la única cocinera decente que habían tenido, sólo por puro e infundado pánico, sería una imperdonable crueldad para ambas mujeres. Si lo hacía, tendría que hacerlo de una forma arbitraria, absurda: de ningún modo podía comunicar sus temores a Ethel. Pero lo hiciese como lo hiciese, habría complicaciones. Ethel no comprendería nada y él no se atrevería a explicarle sus razones.

Pero, ¿y si por casualidad había algo de cierto en su horrible sospecha? ¿Cómo podía exponer a Ethel al terrible peligro que suponía tener a aquella mujer un momento más en la casa? Se acordó de la familia de Lincoln: el marido muerto y la mujer escapando con vida por milagro. ¿No era cualquier disgusto, cualquier riesgo, mejor que aquello?

Mummery se sintió repentinamente muy solitario y muy cansado. Su enfermedad le había dejado exhausto.

Y aquellas enfermedades, ¿cuándo habían empezado? El primer ataque lo había tenido tres semanas antes. Sí, pero él siempre había padecido de trastornos gástricos. Ataques de bilis. Quizá no tan violentos como el último, pero ataques biliosos al fin y al cabo.

Procuró sobreponerse y entró con paso cansado en el cuarto de estar. Ethel estaba acurrucada en un extremo del diván.

—¿Estás cansada, cariño?

—Sí, un poco.

—Esa mujer te ha dejado exhausta con su parloteo. No debería hablar tanto.

—No —dijo Ethel, levantando pesadamente la cabeza de los almohadones—. Todo lo referente a ese horrible caso... No me gusta que me hablen de esas cosas.

—Claro que no. Sin embargo, es inevitable que cuando una cosa así ocurre en la vecindad las gentes hablen y cotilleen. Sería un gran alivio que atrapasen a esa mujer. No es agradable pensar que...

—No quiero pensar en algo tan odioso. ¡Debe ser un monstruo!

—Horrible. Brookes me decía el otro día...

—No quiero saber lo que te dijo. No quiero oír nada sobre ello. Lo único que quiero es tranquilidad. Quiero tranquilidad.

El señor Mummery reconoció las primeras notas de la histeria.

—Mi Pulguita tendrá tranquilidad. No te preocupes, querida. No volveremos a hablar de cosas tan horrorosas.

No, no debían volver a hablar de horrores.

Ethel se acostó temprano. Los domingos, Mummery esperaba siempre levantado la llegada de la señora Sutton. Ethel no estaba muy conforme con que lo hiciese, pero él le aseguró que ya se encontraba perfectamente. Y era verdad que físicamente estaba bien,

pero su mente se sentía débil y confusa. Había decidido hacer un comentario ocasional sobre los periódicos mutilados, aunque sólo fuese para ver qué cara ponía la señora Sutton.

Mientras esperaba se permitió el pequeño lujo de servirse un whisky con soda. A las diez menos cuarto oyó el familiar ruido de la puerta del jardín y luego unas pisadas sobre la grava que se dirigían hacia la puerta trasera. A continuación escuchó el clic del pestillo, el golpe de la puerta al cerrarse y el rechinar del cerrojo. Luego reinó el silencio: la señora Sutton estaría quitándose el sombrero. Se acercaba el momento.

Sonaron unos pasos en el pasillo y se abrió la puerta. La señora Sutton, vestida con su limpio traje negro, apareció en el umbral. Sabía que no tendría fuerzas para enfrentarse con ella. Levantó la cabeza y vio una mujer de cara regordeta y ojos velados por unas gafas de gruesos cristales y montura de concha. ¿Existía, quizá, algún signo de dureza en la boca? ¿O era sólo porque le faltaban casi todos los dientes?

—¿Quiere que le sirva algo antes de irme a acostar, señor?

—No, muchas gracias, señora Sutton.

—Espero que se encuentre mejor, señor. —Su repentino interés por su salud casi le resultó siniestro, pero aquellos ojos que se escondían tras las gruesas gafas resultaban inescrutables.

—Estoy perfectamente, muchas gracias.

—La señora no estará enferma, ¿verdad? ¿Quiere que le suba un vaso de leche caliente o cualquier otra cosa?

—No, muchas gracias, no. —Mummery había contestado apresuradamente, y le pareció notar que la señora Sutton se sentía algo desilusionada.

—Está bien, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches. Por cierto, señora Sutton...

—Diga, señor.

—No, nada —contestó Mummery—. Nada.

A LA MAÑANA siguiente Mummery abrió el periódico nada más recibirlo. Le habría gustado leer que la envenenadora había sido detenida durante el fin de semana, pero no había ninguna novedad sobre el caso. El presidente de un banco se había volado la tapa

de los sesos y todas las noticias estaban dedicadas a hablar de los millones desaparecidos y de los arruinados accionistas. Tanto en el periódico que leía habitualmente como en los demás que compró camino de la oficina, la tragedia del envenenamiento de Lincoln se veía relegada a unas pocas líneas en la última página, y en ellas se informaba que la policía no tenía ninguna pista.

Los días siguientes fueron los más exasperantes que Mummery había pasado en su vida. Nada más levantarse se iba a rondar por la cocina. Esto irritaba a Ethel, pero la señora Sutton no hizo ningún comentario. Se limitaba a mirarle tolerantemente y hasta, según le parecía, ligeramente divertida. Pensándolo bien, todo aquello era ridículo. ¿Para qué servía vigilar el desayuno si tenía que estar todos los días fuera de casa desde las nueve y media hasta las seis?

En la oficina, Brookes le tomaba el pelo por la frecuencia con que telefoneaba a Ethel, pero Mummery no le hacía caso. Le tranquilizaba oír su voz y saber que se encontraba sana y salva.

Como no sucedía nada, el martes siguiente empezó a pensar que se estaba comportando como un imbécil. Aquella noche llegó tarde a casa. Brookes le había convencido para que le acompañase a la despedida de soltero de un amigo. A las once abandonó la fiesta, que seguramente se prolongaría hasta muy tarde. Cuando llegó a su casa, las mujeres ya se habían acostado, pero encontró sobre la mesa una nota de la señora Sutton en la que le decía que había cacao hecho en la cocina y que solamente tenía que calentarlo. Mummery calentó el cacao en el mismo cazo donde lo encontró, y al servírselo vio que había exactamente una taza.

Empezó a tomarlo junto al fogón, pero tan pronto bebió el primer sorbo dejó la taza. ¿Era su imaginación o tenía un sabor raro? Volvió a tomar otro sorbito y lo paladeó. Le pareció que tenía cierto gustillo metálico, desagradable y picante. Lleno de pánico, corrió hacia el fregadero y escupió.

Se quedó pensativo, sin saber qué hacer. Luego, con extraña deliberación y como si sus movimientos le fuesen dictados por alguien, cogió un frasco vacío de la estantería de la despensa, lo lavó bien y echó en él el contenido de la taza. Se metió el frasco en un bolsillo de la chaqueta y se dirigió de puntillas hacia la puerta trasera. No le fue fácil descorrer el cerrojo sin hacer ruido, pero al fin lo

logró. Andando aún de puntillas, cruzó el jardín y entró en el pabellón de los tiestos. Se agachó y encendió una cerilla. Sabía exactamente dónde había dejado el bote del herbicida: debajo del estante de los tiestos y muy al fondo. Lo encontró y lo sacó con sumo cuidado. La llama de la cerilla al consumirse le quemó los dedos, pero antes de que pudiera encender otra, su sentido del tacto ya le había informado de lo que quería cerciorarse: la tapa no estaba bien ajustada.

El pánico se apoderó de Mummery y, por un momento, permaneció inmóvil en el pabellón que olía a tierra, con el abrigo todavía puesto, el bote del herbicida en una mano y la caja de cerillas en la otra. Sentía unos deseos irrefrenables de salir corriendo y contar a alguien lo que acababa de descubrir.

Pero se contuvo, volvió a colocar el herbicida en el sitio exacto donde lo había encontrado y se dirigió a la casa. Cuando cruzaba el jardín vio que había luz en el dormitorio de la señora Sutton; eso le aterrorizó más que todo lo anterior. ¿Le estaría vigilando? La ventana del cuarto de Ethel estaba a oscuras. Si ella hubiese bebido algo envenenado, habría luces por toda la casa, movimiento, llamadas a los médicos, lo mismo que cuando él había tenido el ataque. Ataque, pensó, era la palabra idónea.

Siempre con la misma precisión y singular presencia de ánimo, volvió a la cocina, fregó los cacharros, hizo una nueva taza de cacao y la dejó en el mismo cazo. Luego se encaminó sin hacer ruido hacia el dormitorio. La voz de Ethel le saludó tan pronto abrió la puerta.

—¡Qué tarde llegas, Harold! ¡Buena pieza estás tú hecho! ¿Te has divertido?

—Así, así. ¿Y tú cómo te encuentras, cariño?

—Perfectamente. ¿Te ha dejado la señora Sutton algo para que lo tomaras caliente? Me dijo que lo haría.

—Sí, pero no tenía sed.

Ethel se echó a reír.

—De modo que ha sido una orgía, ¿verdad?

Mummery no quiso contradecirla. Se desnudó, se metió en la cama y abrazó estrechamente a su esposa como desafiando al mundo a tratar de arrebatársela. A la mañana siguiente comenzaría a actuar. Dio gracias a Dios por no haber llegado demasiado tarde.

Dimthorpe, el farmacéutico, era amigo de Mummery, y se reunían

a menudo en la desordenada rebotica para cambiar impresiones sobre sus jardines y las plagas que les afligían. Mummery contó a Dimthorpe con detalle todo lo sucedido y le entregó el frasco con el cacao. Dimthorpe le felicitó por su prudencia e inteligencia.

—Se lo tendré listo esta tarde —dijo—. Y si es lo que usted sospecha, tendremos un caso perfectamente claro y habrá que actuar en consecuencia.

Mummery le dio las gracias, y durante todo el día casi no prestó atención a su trabajo. Pero nadie lo notó, porque el señor Brookes, que se había quedado en la fiesta hasta la madrugada, no estaba en condiciones de darse cuenta de nada. A las cuatro y media dio por terminado su trabajo, alegando que tenía que acudir a una cita.

Dimthorpe le estaba esperando.

—No existe ninguna duda —dijo—. He empleado el test de Marsh, y la cantidad de arsénico es considerable: no me extraña que lo notara. Debe haber unos cuatro o cinco granos de arsénico puro en ese frasco. Mire, este es el tubo de ensayo: usted mismo puede ver el precipitado metálico.

Mummery contempló el pequeño tubo de cristal y la ominosa mancha de color púrpura oscuro.

—¿Quiere que llamemos a la policía? —preguntó el farmacéutico.

—No —dijo Mummery—. No... prefiero ir primero a casa. Dios sabe lo que estará pasando allí, y tengo el tiempo justo para coger el tren.

—Está bien —dijo Dimthorpe—. Yo me encargaré de todo y llamaré desde aquí a la policía.

El tren suburbano no iba todo lo aprisa que el señor Mummery hubiera deseado. El ruido de las ruedas resonaba en su cerebro: Ethel... envenenada... muriéndose... muerta... Ethel... envenenada... muriéndose... muerta. El camino desde la estación hasta su casa lo hizo casi corriendo. A la puerta de su casa había un automóvil. Lo vio desde el extremo de la calle y echó a correr. Ya había sucedido. El médico estaba allí. Era un imbécil, un asesino, por haber dejado las cosas hasta tan tarde.

Cuando aún estaba a unos ciento cincuenta metros de su casa, vio abrirse la puerta principal y que por ella salía un hombre acom-

pañado por Ethel. El desconocido subió al coche y se alejó; Ethel volvió a entrar en la casa. ¡Estaba a salvo, a salvo!

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse mientras colgaba el abrigo y el sombrero en el perchero. Su mujer se había recostado en la butaca que estaba cerca de la chimenea y le saludó con cierta sorpresa. En la mesa había un servicio de té.

—¿No llegas muy temprano?

—Sí, hoy había poco trabajo. ¿Ha venido alguien a tomar el té?

—Sí, el joven Welbeck. Vino a tratar de algunas cosas referentes a la Sociedad Teatral. —En su apresurada explicación había cierto tono de entusiasmo.

Mummery se vio asaltado por la duda. ¿Podría un invitado servir de protección? Su cara debió reflejar sus pensamientos, porque Ethel le miró con extrañeza.

—¿Qué te pasa, Harold? Te encuentro raro.

—Cariño —dijo Mummery—, hay algo de lo que tengo que hablarte. —Se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas—. Me temo que es algo desagradable...

—¡Señora! —interrumpió la cocinera desde la puerta—. Usted perdone, señor, pero no sabía que estuviera en casa. ¿Va a tomar el té o retiro el servicio? Y, señora, en la pescadería había un joven que acaba de llegar de Grimsby; dijo que ya han detenido a esa horrible mujer, a esa señora Andrews. Ya era hora, ¿no? Me aterrorizaba el pensar que andaba suelta por ahí, pero al fin la han cogido. Había conseguido un puesto como ama de llaves con dos señoras ancianas. Y le han encontrado ese maldito veneno. La muchacha que la reconoció se ganará la recompensa. Yo siempre he estado vigilando a ver si la localizaba, pero todo este tiempo estuvo en Grimsby.

El señor Mummery se agarró con fuerza al brazo de la butaca. Entonces todo había sido un error. Sentía deseos de gritar o llorar. Quería pedir perdón a esta cándida, amable y excitada mujer. Todo había sido un error.

Pero todavía quedaba el cacao, y Dimthorpe, y el test de Marsh, y los cinco granos de arsénico. Entonces, ¿quién...?

Se volvió a mirar a su esposa y vió en sus ojos algo que nunca había visto antes...

JOSE MATIAS

EÇA DE QUEIROZ/PORTUGAL

HERMOSA TARDE, amigo mío!... Estoy esperando el entierro de José Matías... de José Matías de Albuquerque, el sobrino del vizconde de Garmilde... Usted, amigo mío, seguramente lo conoció: un muchacho garboso, rubio como una espiga, con un bigote rizado de caballero andante sobre una boca indecisa de contemplativo, diestro jinete de elegancia sobria y fina. ¡Y espíritu curioso, muy aficionado a las ideas generales, tan agudo que comprendió mi *Defensa de la filosofía hegeliana!* Claro que esta imagen de José Matías se remonta a 1865, porque la última vez que lo encontré, metido en un portal de la rúa de San Bento, tiritaba enfundado en una levita de color de miel, con los codos gastados, y apestaba a aguardiente.

Pero ahora que caigo, amigo mío, usted cenó con él en el Pazo del Conde una vez que José Matías se detuvo en Coimbra, al volver de Oporto. Hasta Craveiro, que preparaba las *Ironías y dolores de Satán*, para atizar más la pugna entre la Escuela Purista y la Escuela Satánica, recitó aquel soneto suyo de tan fúnebre idealismo: «En la jaula de mi pecho, el corazón...» Y aún recuerdo a José Matías con una gran corbata de satén negro ahuecada entre el chaleco de hilo blanco, sin apartar los ojos de las velas de los candelabros, sonriendo pálidamente a aquel corazón que rugía en su jaula... Era una noche abrileña de luna llena. Paseamos después en grupo, con guitarras, por el puente y por la Alameda. Januario cantó fogosamente las endechas románticas de nuestra época:

Ayer tarde, al ponerse el sol
Contemplabas silenciosa
La corriente caudalosa
Que borbotaba a tus pies...

¡Y recuerdo a José Matías, apoyado en el parapeto del puente, con el alma y los ojos perdidos en la luna! ¿Por qué no acompaña, amigo mío, a este joven interesante al cementerio de los Placeres? Yo tengo un simón de alquiler, y con número, como corresponde a un profesor de Filosofía... ¡Cómo! ¡Por causa de los pantalones claros! ¡Oh, querido amigo! De todas las materializaciones de la simpatía ninguna más groseramente material que el casimir negro. ¡Y el hombre que vamos a enterrar era un gran espiritualista!

Ahí viene el féretro que sale de la iglesia... Apenas tres carruajes para acompañarlo. Pero en realidad, querido amigo, José Matías murió hace seis años en la plenitud de su esplendor. Eso que llevamos ahí, medio descompuesto, dentro de esas tablas guarnecidas de galones amarillos, son los restos de un borrachín sin historia y sin nombre, al que el frío de febrero dio muerte en el vano de un portal.

¿Que quién es el individuo de espejuelos de oro que va en aquella berlina? No lo conozco, amigo mío. Tal vez uno de esos parientes ricos que aparecen en los entierros con el parentesco correctamente vestido de luto, cuando el difunto ya no importuna ni compromete. El hombre obeso de gruesa cara amarilla que ocupa la victoria es Alves «Capón», que tiene un periódico en el que la filosofía, desgraciadamente, no abunda, y que se llama la *Piada*. ¿Qué relación le ligaba con Matías?... No lo sé. Tal vez se emborrachasen en las mismas tascas, tal vez José Matías colaborase últimamente en la *Piada*, tal vez debajo de esa gordura y de esa literatura, tan sórdidas ambas, se albergue un alma compasiva. Aquí está nuestro simón... ¿Quiere que baje el cristal?... ¿Un cigarrillo?... Yo tengo fósforos.

Pues el tal José Matías fue un hombre desconsolador para quien, como yo, ama en la vida la evolución lógica y pretende que la espiga nazca coherentemente del grano. En Coimbra siempre lo consideramos como un alma escandalosamente trivial. Quizá contribuyera a este juicio su horrenda corrección. ¡Nunca se vio un jirón

en su capa de estudiante! ¡Ni una mota de polvo en los zapatos! ¡Ni un solo pelo del cabello o del bigote que se rebelara contra aquel rígido aseo que nos desolaba! ¡Por añadidura, él fue el único intelectual de nuestra fogosa generación que no rugió con los infortunios de Polonia; que leyó sin palidecer y derramar lágrimas las *Contemplaciones;* que permaneció insensible ante la herida de Garibaldi! Y, sin embargo, jamás dio José Matías la menor prueba de sequedad o desabrimiento, de egoísmo o de aspereza. Por el contrario, era un afable camarada, siempre cordial y mansamente risueño. Toda su inquebrantable tranquilidad provenía de una inmensa superficialidad sentimental. Y en aquella época no carecíamos de motivos para poner a aquel mozo tan apacible, tan rubio y tan ligero el apodo, bastante apropiado, de «Matías Corazón de Ardilla».

Cuando terminó la carrera, como muriera su padre, y después su madre, una señora delicada y bonita de quien heredó cincuenta contos, se fue a Lisboa para alegrar la soledad de un tío que le adoraba: el general vizconde de Garmilde. Usted, amigo mío, se acordará sin duda de aquella perfecta estampa del clásico general, siempre de bigotes terriblemente engomados, los pantalones, color de la flor del romero, desesperadamente estirados por las presillas sobre las botas refulgentes, y la fusta bajo el brazo con la punta vibrante, ávida de azotar al mundo. Un guerrero grotesco y deliciosamente bondadoso...

El vizconde de Garmilde vivía por aquel entonces en Arroios, en una casa antigua de azulejos, con un jardín donde cultivaba apasionadamente soberbios canteros de dalias. El jardín subía muy suavemente hasta el muro cubierto de hiedra que lo separaba de otro jardín, el amplio y hermoso jardín de rosas del consejero Matos Miranda, cuya casa, con una aireada terraza, entre dos torrecillas amarillas, se erguía en la cima de un otero y se llamaba la «Casa de la Parra».

Estoy seguro, amigo mío, que usted conoce (por lo menos de oídas, como se conoce a Elena de Troya o a Inés de Castro) a la hermosa Elisa Miranda, a Elisa la de la Parra... Fue la sublime beldad romántica de Lisboa, a fines del período de la Regeneración. Pero en realidad Lisboa apenas si podía entreverla a través de los cris-

tales de su gran carretela; o en alguna noche de iluminación del Paseo Público, entre el polvo y la multitud; o en los dos bailes de la Sociedad del Carmen, de la que Matos Miranda era un directivo venerado.

Fuese por tener gustos caseros de provinciana; o por pertenecer a aquella burguesía seria que, en aquellos tiempos, en Lisboa, aún conservaba sus antiguas costumbres de severo encierro; o por imposición paternal del marido, ya diabético y con sesenta años... la diosa raras veces salía de Arroios y se mostraba a los mortales. Pero quien la vio con facilidad constante, casi irremediablemente, desde que se instaló en Lisboa, fue José Matías porque, como el palacete del general se hallaba en la falda de la colina, a los pies del jardín y de la Casa de la Parra, la divina Elisa no podía asomarse a una ventana, o atravesar la terraza, o coger una rosa entre las calles de boj, sin ser deliciosamente visible; tanto más cuanto que en los dos soleados jardines ningún árbol esparcía la densa cortina de su ramaje. Seguramente que usted, amigo mío, canturreó más de una vez, como todos los canturreamos, aquellos versos, ya muy gastados pero inmortales: «Era en otoño, cuando tu imagen/A la luz de la luna...»

Pues bien, lo mismo que en esa estrofa, el pobre José Matías, al regresar de la playa de Ericeira, en octubre, vio a Elisa Miranda una noche de otoño, en la terraza, a la luz de la luna. Usted, amigo mío, nunca contempló aquella preciosa figura de encanto lamartiniano. Alta, esbelta, ondulante, digna de la comparación bíblica de la palmera al viento. Cabellos negros, lustrosos y abundantes, peinados en dos crenchas onduladas. Con un cutis de camelia muy fresco. Ojos negros, brillantes, rasgados, tristes, de largas pestañas. ¡Ay, amigo mío!, incluso yo, que ya por aquella época estudiaba diligentemente a Hegel, después de encontrarla una tarde de lluvia esperando el carruaje a la puerta de los Seixas, la adoré durante tres exaltados días y compuse un soneto en su honor. No sé si Matías le dedicó sonetos. ¡Pero todos nosotros, sus amigos, nos dimos cuenta en seguida del amor fuerte, profundo, absoluto que concibió desde aquella noche de otoño, a la luz de la luna, aquel corazón que en Coimbra considerábamos de «ardilla»!

Bien comprenderá que un hombre tan comedido y tranquilo no

se desató en suspiros públicos. Ya en tiempos de Aristóteles, sin embargo, se afirmaba que el amor y el humo no pueden esconderse, y el amor comenzó presto a escapar de nuestro reservado José Matías, como la leve humareda que se escapa a través de las hendiduras invisibles de una casa cerrada presa de terrible incendio.

Bien me acuerdo de una tarde que lo visité en Arroios, a mi vuelta de Alemtejo. Era un domingo de julio. El iba a ir a cenar con una tía-abuela, una doña Mafalda Noronha que vivía en Benfica, en la Quinta de los Cedros, donde también cenaban habitualmente los domigos Matos Miranda y la divina Elisa. Hasta me parece que era la única casa en que ella y Matías se encontraban, sobre todo con las facilidades que les ofrecían alamedas recoletas y rincones de sombra.

Las ventanas del cuarto de José Matías daban a su jardín y al jardín de los Miranda; cuando entré, él aún se estaba vistiendo, lentamente. ¡Nunca admiré, amigo mío, un rostro humano aureolado por una felicidad más segura y serena! Cuando me abrazó, sonreía luminosamente con una sonrisa que brotaba de las profundidades del alma iluminada, y siguió sonriendo deleitosamente mientras le contaba todos los disgustos que había sufrido en Alemtejo; sonrió después en éxtasis aludiendo al calor y liando distraído un cigarrillo; y no dejó de sonreír, embelesado, al escoger, con escrúpulo religioso, en la gaveta de la cómoda, una corbata de seda blanca. Y a cada momento, sin poderse resistir, por un hábito ya tan inconsciente como el parpadear, sus ojos risueños, plácidamente enternecidos, se volvían hacia las ventanas cerradas... De suerte que, siguiendo a aquel rayo dichoso, pronto descubrí en la terraza de la Casa de la Parra a la divina Elisa, vestida de claro, con un sombrero blanco, que paseaba perezosamente poniéndose pensativa los guantes, y acechando también las ventanas de mi amigo que un lampo oblicuo de sol ofuscaba con manchas de oro. Entretanto, José Matías conversaba, o más bien murmuraba, a través de su sonrisa perenne, cosas afables y dispersas. Toda su atención se concentraba ante el espejo, en el alfiler de coral y perla para prenderlo en la corbata, en el chaleco blanco que abotonaba y ajustaba con la misma devoción con que un sacerdote recién ordenado, en la cándida exaltación de la primera misa, reviste la estola y el

amito para acercarse al altar. ¡Nunca había visto a un hombre echar agua de colonia en el pañuelo con tan profundo arrobamiento! ¡Y después de vestir la levita y de ponerse una magnífica rosa en el ojal, con emoción inefable y sin retener un delicioso suspiro, procedió a abrir lentamente, solemnemente, los cristales! *¡Introibo ad altare, Dei!*

Yo permanecí discretamente hundido en el sofá. Y créame, caro amigo, envidié a aquel hombre inmóvil y tieso junto a la ventana en su adoración sublime, con los ojos y el alma y todo su ser clavados en la terraza, en la blanca mujer poniéndose los guantes claros, y tan indiferente al mundo como si el mundo fuese apenas el ladrillo que él pisaba y cubría con los pies.

¡Y este éxtasis, amigo mío, duró así diez años, espléndido, puro, distante e inmaterial! No se ría... Seguramente se encontraban en la quinta de doña Mafalda; seguramente se escribían desbordantemente, arrojando las cartas por encima del muro que separaba las dos quintas; pero nunca intentaron, por encima de las hiedras de ese muro, gozar la rara delicia de una conversación robada o la delicia aún más perfecta de un silencio escondido en la sombra. Y nunca trocaron un beso... ¡No lo dude! Algún fugaz y ávido apretón de manos, bajo la arboleda de doña Mafalda, fue el límite de exaltación extrema que la voluntad marcó al deseo. Usted, amigo mío, no comprende cómo dos frágiles cuerpos pudieron mantenerse así, durante diez años, en tan terrible y mórbido renunciamiento... Sí, seguramente les faltó, para perderse, una hora de seguridad o una puertecita en el muro.

Por otra parte, la divina Elisa vivía realmente en un monasterio cuyos cerrojos y rejas eran los rígidos hábitos recoletos del diabético y tristón Matos Miranda. Pero, de todos modos, en la castidad de este amor hubo mucha nobleza moral y una superior delicadeza de sentimiento. El amor espiritualiza al hombre y materializa a la mujer. Esa espiritualización resultaba fácil para José Matías, quien (sin que nosotros lo sospecháramos) había nacido perdidamente espiritualista; pero la humana Elisa encontró también un goce delicado en aquella ideal adoración de monje, que no se atreve a rozar, con los dedos trémulos y enredados en el rosario, la túnica de la Virgen sublimada.

El, sí, él gozó en ese amor trascendentemente desmaterializado un encanto sobrehumano. ¡Y durante diez años, como el Rui Blas del viejo Hugo, caminó, vivo y deslumbrado, dentro de su sueño radiante, sueño en el que Elisa moró realmente dentro del alma de José Matías, en una fusión tan absoluta que se hizo consustancial con su ser! ¿Creerá usted, amigo mío, que dejó el cigarro, incluso durante sus solitarios paseos a caballo por los alrededores de Lisboa, tan pronto como descubrió una tarde, en la quinta de doña Mafalda, que el humo molestaba a Elisa?

Y esta presencia real en su ser de la divina criatura creó costumbres nuevas, extrañas a José Matías, derivadas de su alucinación. Como el vizconce de Garmilde cenaba temprano, a la hora vernácula del antiguo Portugal, José Matías cenaba, después de la ópera, en aquel delicioso y nostálgico Café Central, donde el lenguado parecía frito en el cielo y el vino de Colares en el mismísimo cielo embotellado. Además, nunca cenaba sin candelabros profusamente encendidos y la mesa cubierta de flores. ¿Por qué? Porque Elisa, aunque invisible, también cenaba allí. De ahí aquellos silencios bañados en una sonrisa religiosamente atenta... ¿Por qué? ¡Porque estaba siempre escuchándola!

Aún me acuerdo de haberme llevado de su cuarto tres grabados clásicos de faunos osados y ninfas rendidas... Elisa moraba idealmente en aquel ambiente; y él purificaba las paredes que mandó forrar con sedas claras. El amor arrastra al lujo, sobre todo un amor de tan elegante idealismo; y José Matías prodigó con esplendor el lujo que ella compartía. No podía andar dignamente con la imagen de Elisa en un coche de alquiler, ni consentir que la augusta imagen rozase los asientos de paja del patio de butacas del San Carlos. Por lo tanto, sólo utilizó carruajes de un gusto sobrio y puro, y abonó un palco en la ópera, donde instaló para ella una butaca pontifical, de raso blanco bordado con estrellas de oro.

Además, como descubriera la generosidad de Elisa, también él se volvió igual y suntuosamente generoso, y no hubo nadie en Lisboa por aquel entonces que gastase con más alegre facilidad billetes de cien mil reis. ¡Así derrochó rápidamente sesenta contos por el amor de aquella mujer a la que nunca diera una flor!

Y durante ese tiempo, preguntará usted, ¿qué hacía Matos Mi-

randa? ¡Ah, amigo mío, el buen Matos Miranda no descomponía ni la perfección ni el sosiego de esta felicidad! ¿Tan absoluto sería el espiritualismo de José Matías que sólo se interesase por el alma de Elisa, indiferente a las servidumbres de su cuerpo, envoltura inferior y mortal?... No lo sé. La verdad es que aquel digno diabético, tan serio, siempre con bufanda de lana oscura, con sus patillas grises, sus pesados espejuelos de oro, no sugería ideas inquietantes de marido fogoso, cuyo ardor, fatal e involuntariamente, se comparte y abrasa. ¡Nunca llegué a comprender, aunque soy filósofo, aquella consideración casi cariñosa de José Matías por el hombre que, si bien desinteresadamente, podía por derecho y por costumbre contemplar a Elisa desatando las cintas de la enagua blanca!... ¿Habría en ello agradecimiento por el hecho de que Miranda hubiese descubierto en una remota calle de Setúbal (donde José Matías nunca la habría encontrado) a aquella divina mujer, y por tenerla rodeada de comodidades, sólidamente nutrida, elegantemente vestida y transportada en carretelas de muelles suaves? ¿O acaso recibiera José Matías la confidencia acostumbrada —«no soy tuya ni de él»— que tanto consuela del sacrificio porque tanto lisonjea al egoísmo?...

No lo sé. Pero este magnánimo desdén por la presencia física de Miranda en el templo donde moraba su diosa confería, con certeza, a la felicidad de José Matías una unidad perfecta, la unidad de un cristal que brilla mucho por todos lados, igualmente puro, sin un arañazo ni una mancha. Y esta felicidad, amigo mío, duró diez años... ¡Qué lujo escandaloso para un mortal!

Pero un día toda la tierra tembló para José Matías en un terremoto de incomparable espanto. En enero o febrero de 1871, Miranda, ya debilitado por la diabetes, falleció de una pulmonía. Por estas mismas calles, en un pachorrudo simón de alquiler, acompañé su entierro concurrido, rico, con asistencia de ministros, porque Miranda era adicto a las Instituciones. Y después, aprovechando el simón, fui a visitar a José Matías, en Arroios, no por curiosidad perversa, ni para darle una enhorabuena indelicada, sino para que, en aquel lance deslumbrador, sintiese a su lado la fuerza moderadora de la filosofía...

Encontré, sin embargo, con él a un amigo más antiguo y más íntimo, aquel brillante Nicolau da Barca, al que ya acompañé tam-

bién a este cementerio donde ahora yacen, bajo lápidas, todos aquellos camaradas con quienes hice castillos en el aire... Nicolau había llegado de madrugada, procedente de la Velosa, su quinta de Santarém, reclamado por un telegrama de Matías.

Cuando entré, un criado muy atareado hacía dos maletas enormes. José Matías se marchaba aquella noche a Oporto. Hasta se había puesto ya un traje negro de viaje, con zapatos de cuero amarillo; y después de estrecharme la mano, mientras Nicolau preparaba un grog, siguió vagando por el cuarto, callado, como confuso, de un modo que no expresaba emoción, ni alegría púdicamente disfrazada, ni sorpresa por su destino bruscamente sublimado. ¡No! Si el buen Darwin no nos engaña en su libro *Expresión de las emociones,* José Matías, aquella tarde, sólo sentía y manifestaba turbación.

Enfrente, en la Casa de la Parra, todas las ventanas permanecían cerradas bajo la tristeza de la tarde cenicienta. ¡Y, sin embargo, sorprendí a José Matías lanzando a la terraza una mirada rápida en la que se transparentaba inquietud, ansiedad, casi terror! ¿Cómo diré? ¡Era aquella la mirada que se lanza hacia la jaula poco segura donde se agita una leona! Aprovechando un momento en que entró en la alcoba, susurré a Nicolau, por encima del grog:

—Matías hace muy bien en irse a Oporto.

Nicolau se encogió de hombros.

—Sí, pensó que era más delicado... Yo lo aprobé. Pero sólo durante los meses de luto riguroso...

A las siete acompañamos a nuestro amigo a la estación de Santa Apolonia. A la vuelta, en la berlina azotada por una fuerte lluvia, filosofamos. Yo sonreía contento:

—Un año de luto, y después mucha felicidad y muchos hijos... ¡Es el final de un poema!

Nicolau añadió muy serio:

—Y que termina en una deliciosa y suculenta prosa. La divina Elisa se queda con toda su divinidad y con la fortuna de Miranda, unos diez o doce contos de renta. ¡Por primera vez en nuestra vida contemplamos, tú y yo, la virtud recompensada!

¡Pero, ay, querido amigo! Transcurrieron los meses ceremoniales del luto, después otros, y José Matías no se movió de Oporto.

En agosto le encontré sólidamente instalado en el Hotel Francfort, donde entretenía la melancolía de los días abrasadores fumando (porque había vuelto al tabaco), leyendo novelas de Julio Verne y bebiendo cerveza muy fría hasta que la tarde refrescaba, y entonces se vestía, se perfumaba y, poniéndose una flor en el ojal, se iba a cenar a la Foz.

Y a pesar de que se acercaba el bendito final del luto y de la desesperada espera, no noté en José Matías ni alborozo elegantemente reprimido, ni rebelión contra la lentitud del tiempo, en ocasiones moroso y renqueante como un anciano... ¡Por el contrario! A la sonrisa de radiante certidumbre que todos aquellos años le iluminara con un nimbo de beatitud había sucedido la seriedad adusta, toda sombras y arrugas, de quien se debate en una duda insoluble, siempre presente, roedora y dolorosa.

¿Qué quiere que le diga? Aquel verano, en el Hotel Francfort, siempre me pareció que José Matías, en cada instante de su vida consciente, hasta bebiendo cerveza fresca, hasta cuando se ponía los guantes al subir a la carretela que le llevaba a Foz, preguntaba angustiadamente a su conciencia: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?»

Y después, una mañana, a la hora del almuerzo, realmente me asombró cuando, al abrir el periódico, le oí exclamar con un arrebato de sangre en el rostro:

—¡Cómo! ¿Veintinueve de agosto ya? ¡Santo Dios... ya está terminando agosto!...

Volví a Lisboa, amigo mío. Pasó el invierno, muy seco y muy azul. Yo trabajé en mis *Orígenes del utilitarismo*. Un domingo, en la plaza del Rossio, cuando ya se vendían claveles en las tabaquerías, distinguí dentro de una berlina a la divina Elisa, con plumas rojas en el sombrero. Y aquella misma semana leí en el *Diario Ilustrado* una gacetilla, casi tímida, de la boda de la señora doña Elisa Miranda... ¿Con quién cree, amigo mío?... ¡Con el conocido propietario, el señor don Francisco Torres Nogueira!

Al oír esto, mi amigo cerró la mano y, espantado, se golpeó el muslo con el puño. ¡Yo también cerré ambas manos, pero para levantar los puños hacia el cielo, donde se juzgan los hechos de la tierra, y clamar furiosamente, dando rugidos, contra la falsedad, la

inconstancia ondulante y pérfida, toda la engañadora vileza de las mujeres y en especial de aquella Elisa, llena de infamia entre las féminas! ¡Traicionar apresuradamente, de cualquier manera, apenas terminara el luto riguroso, a aquel noble, puro e intelectual Matías... y a su amor de diez años, sumiso y sublime!...

Y después de apuntar con los puños hacia el cielo, aún los apretaba contra la cabeza, gritando:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

¿Por amor? Durante años ella había amado extasiada a este joven, con un amor que no se desilusionaba ni se hastiaba, porque permanecía en suspenso, inmaterial e insatisfecho. ¿Por ambición? Torres Nogueira era un amable ocioso como José Matías, y era dueño de unas viñas hipotecadas que valían cincuenta o sesenta contos, lo mismo que José Matías heredara ahora del tío Garmilde en tierras excelentes y sin gravámenes. ¿Por qué entonces? ¡Ciertamente porque los espesos bigotes negros de Torres Nogueira excitaban más su carnalidad que el bozo rubio y pensativo de José Matías! ¡Ah! ¡Con razón enseñara San Juan Crisóstomo que la mujer es un muladar de impurezas, alzado a la puerta del infierno!

Pues bien, amigo mío, cuando yo rugía de esta forma, una tarde me encuentro en la rúa do Alecrim con Nicolau da Barca, que salta del simón, me empuja hacia un portal, agarra excitadamente mi pobre brazo y exclama atragantado:

—¿Ya lo sabes? ¡Fue José Matías quien se negó! Ella le escribió, estuvo en Oporto, lloró... ¡El no consintió en verla! ¡No quiso casarse, no quiere casarse!

Quedé traspasado.

—Entonces ella...

—Despechada, sometida por Torres a intenso cerco, cansada de viudez, con sus treinta años lozanos... ¡qué diablo, la pobre se casó!

Yo alcé los brazos hasta la bóveda del portal:

—Pero entonces ¿ese sublime amor de José Matías?

Nicolau, su íntimo amigo y confidente, juró con irrecusable seguridad:

—¡Sigue siendo el mismo! Infinito, absoluto... ¡Pero no quiere casarse!

Ambos nos miramos y luego nos separamos, encogiendo los

hombros, con el asombro resignado que es propio de los espíritus prudentes ante lo Incognoscible. Pero yo, filósofo y sin embargo espíritu imprudente, durante toda aquella noche me dediqué a penetrar la conducta de José Matías con la punta de una psicología que afilé expresamente... y, ya de madrugada, agotado, llegué a la conclusión, como se concluye siempre en filosofía, de que me encontraba ante una causa primaria y, sin embargo, impenetrable, en la que se quebraría, sin ventaja para él, para mí o para el mundo, la punta de mi instrumento.

Después, la divina Elisa se casó y siguió viviendo en la Casa de la Parra con su Torres Nogueira, con la comodidad y el sosiego que ya gozara con su Matos Miranda. A mediados del verano, José Matías regresó de Oporto a Arroios, al caserón del tío Garmilde, donde volvió a ocupar sus antiguas habitaciones con los balcones que daban al jardín ya florecido de dalias que nadie cuidaba. Llegó agosto, como siempre en Lisboa silente y caluroso. Los domingos, Matías cenaba en Benfica con doña Mafalda de Noronha, solitariamente... porque Torres Nogueira no conocía a aquella venerable señora de la Quinta de los Cedros. La divina Elisa, con vestidos claros, paseaba por la tarde entre los rosales del jardín. De suerte que el único cambio en aquel dulce rincón de Arroios parecía consistir en Matos Miranda, ocupando ahora su hermoso panteón de los Placeres, todo de mármol... y en Torres Nogueira, que ocupaba el mullido lecho de Elisa.

Había, no obstante, un tremendo y doloroso cambio... ¡el de José Matías! ¿Adivina usted, amigo mío, cómo consumía ese desgraciado sus estériles días? ¡Con los ojos, y la memoria, y el alma, y todo su ser clavados en la terraza, en las ventanas, en los jardines de la Casa de la Parra! Pero ahora no lo hacía con las ventanas abiertas de par en par, en franco éxtasis, con una sonrisa de segura beatitud; lo hacía tras las cortinas corridas, a través de una estrecha hendidura, escondido, espiando furtivamente los blancos pliegues del vestido blanco, con la cara desfigurada por la angustia y por la derrota. ¿Comprende por qué sufría así aquel pobre corazón? Ciertamente porque Elisa, desdeñada por sus brazos cerrados, corriera sin tardanza, sin lucha, sin escrúpulos hacia otros brazos más accesibles y dispuestos...

¡No, amigo mío! Y note ahora la complicada sutileza de esta pasión. José Matías seguía firmemente convencido de que Elisa, en lo más profundo de su alma —en ese sagrado hondón espiritual donde no llegan las imposiciones de las conveniencias, ni las decisiones de la razón pura, ni los ímpetus del orgullo, ni las emociones de la carne—, lo amaba a él, únicamente a él, y con un amor que no se marchitaba, que no se alteraba, que florecía en toda su lozanía, hasta sin ser regado ni cultivado, como la antigua Rosa Mística. ¡Lo que le torturaba, amigo mío, lo que en pocos meses había surcado su rostro de largas arrugas, era que un hombre, un macho, un bruto, se hubiese apoderado de aquella mujer que era suya, y que del modo más santo y más puro socialmente, bajo el patrocinio enternecido de la Iglesia y del Estado, mancillase con los ásperos bigotes negros los divinos labios que él nunca se atreviera a rozar, a causa de la supersticiosa reverencia y casi terror que le inspiraba su divinidad!

¿Cómo explicárselo? El sentimiento de este extraordinario Matías era el de un monje, postrado ante una imagen de la Vírgen, en éxtasis trascendente... cuando de repente un bestial sacrílego se encarama al altar y alza obscenamente la túnica de la imagen.

Usted sonríe, amigo mío... ¿Y entonces Matos Miranda?, me preguntará. ¡Ah, amigo mío! Ese estaba diabético, era grave y obeso, y ya vivía instalado en la Parra, con su obesidad y su diabetes, cuando Matías conoció a Elisa y le entregó para siempre vida y corazón. En cambio el Torres Nogueira ese irrumpió brutalmente a través de su purísimo amor, con los negros bigotes y los brazos carnudos, y el vigoroso arranque de un antiguo picador de toros, e inflamó a aquella mujer a la que tal vez revelara lo que es un hombre.

Pero ¡qué demonio! El había rechazado a esa mujer cuando ella se le ofreció, con la frescura y la grandeza de un sentimiento al que todavía ningún desdén desecara o abatiera.

¿Qué quiere usted? ¡Así es la espantosa tortuosidad espiritual del tal Matías! Al cabo de unos meses el había *olvidado*, positivamente *olvidado*, aquel rechazo afrentoso, como si se tratase de una ligera discrepancia de intereses materiales o sociales acaecida hacía meses, en el Norte, y cuya realidad y amargura se habían disipado con la

distancia y el tiempo. ¡Y ahora, aquí en Lisboa, con las ventanas de Elisa enfrente de las suyas y las rosas de los dos jardines unidos exhalando su fragancia en la oscuridad, el dolor presente, el dolor real consistía en que él amaba con amor sublime a una mujer a la que colocara entre las estrellas para adorarla con más pureza, y que un bruto moreno, de bigotes negros, había arrancado a esa mujer de entre las estrellas y se la había llevado a la cama!

Complicado caso, ¿eh, amigo mío? ¡Ah! ¡Mucho filosofé sobre él por deber profesional! Y llegué a la conclusión de que Matías era un enfermo, atacado de hiperespiritualismo, de una inflamación violenta y pútrida de espiritualismo que recelaba despavoridamente de las materialidades del matrimonio, las zapatillas, la piel poco fresca al despertar, una barriga enorme durante seis meses, los críos berreando en una cuna mojada... Y ahora rugía furioso y atormentado, porque cierto materialistón, allí al lado, se disponía a acostarse con Elisa en camiseta de lana. ¿Un imbécil? ¡No, amigo mío! Un ultrarromántico, locamente ajeno a las realidades de la vida, que nunca sospechó que zapatillas y pañales sucios de los críos son objetos de superior belleza en toda casa en la que entre el sol y haya amor.

¿Y sabe, amigo mío, lo que exacerbó más furiosamente este tormento? ¡El que la pobre Elisa seguía enamorada de él!... ¿Qué le parece? ¿Infernal, eh?... Por lo menos, si no sentía el antiguo amor intacto en su esencia, fuerte y único como antaño, conservaba por el pobre Matías una curiosidad irresistible y repetía los gestos de aquel amor... Tal vez fuese la fatalidad de los dos jardines contiguos. No lo sé. Pero a partir de septiembre, cuando Torres Nogueira se marchó a sus viñas de Carcavelos para asistir a la vendimia, ella reanudó, desde el borde de la terraza, por encima de las rosas y de las dalias abiertas, aquel dulce envío de dulces miradas con el que durante diez años extasiara el corazón de José Matías.

No creo que se escribiesen por encima del muro del jardín, como bajo el régimen paternal de Matos Miranda... El nuevo señor, el hombre robusto de negros mostachos, imponía a la divina Elisa, incluso de lejos, desde las viñas de Carcavelos, comedimiento y prudencia. Y sosegada por aquel marido, joven y fuerte, menos sentiría ahora la necesidad de algún encuentro discreto en la tibia os-

curidad de la noche aun en el caso de que la elegancia moral de ella y el rígido idealismo de José Matías consistiesen en aprovechar una escala contra el muro... Por lo demás, Elisa era fundamentalmente honesta y conservaba un respeto sagrado a su cuerpo —más que a su alma— por sentirlo tan hermoso y cuidadosamente hecho por Dios. Y ¿quién sabe? Tal vez la adorable mujer perteneciese a la bella raza de aquella marquesa italiana, la marquesa Julia de Malfieri, que conservaba dos enamorados a su dulce servicio, un poeta para las delicadezas románticas y un cochero para las necesidades groseras.

¡En fin, amigo mío, no divaguemos más sobre esta mujer que está viva, mientras acompañamos el cadáver de quien murió por ella! El hecho fue que Elisa y su amigo recayeron insensiblemente en su vieja unión ideal, a través de los jardines en flor. Y en el mes de octubre, como Torres Nogueira continuara vendimiando en Carcavelos, José Matías abrió de nuevo las ventanas para contemplar la terraza de la Casa de la Parra, largamente y en éxtasis.

Parece que un espiritualista tan extremoso, al reconquistar la idealidad del antiguo amor, debía de recobrar también la antigua felicidad perfecta. Si él reinaba en el alma inmortal de Elisa, ¿qué importaba que otro se ocupase de su cuerpo mortal? ¡Pero no, el pobre joven sufría angustiosamente! Y para sacudirse la aflicción de estos tormentos, acabó, él, tan sereno, de tan dulce armonía de modales, por convertirse en un ser agitado. ¡Ah, amigo mío! ¡Qué torbellino y qué vida más estrepitosa la suya! ¡Desesperadamente, durante un año, perturbó, aturdió, escandalizó a Lísboa! A esta época pertenecen algunas de sus extravagancias legendarias... ¿Conoce la de la cena? Una cena a la que invitó a treinta o cuarenta mujeres de las más tiradas y más sucias, atrapadas por las negras callejuelas del Barrio Alto y de la Morería, a las que después mandó montar en burros, y poniéndose gravemente, melancólicamente, al frente de ellas, cabalgando un enorme caballo blanco, con un látigo inmenso, las condujo a los altos del barrio de Graça, para saludar la salida del sol.

Pero todo este alboroto no disipó su dolor... ¡Y fue entonces cuando, en aquel invierno, empezó a entregarse al juego y la bebida! Pasaba todo el día encerrado en su casa (desde luego tras los

cristales, ahora que Torres Nogueira había regresado de las viñas), con los ojos y el alma clavados en la terraza fatal; después, por la noche, cuando las ventanas de Elisa se apagaban, salía en coche de punto, siempre el mismo, el simón del Gago, y corría a la ruleta de Bravo, y luego al club de Cavalheiro, donde jugaba frenéticamente hasta la tardía hora de cenar, en un reservado de restaurante, con haces de velas encendidas, y el Colares y el coñac y el champán corriendo a chorros desesperadamente.

¡Y esta vida, despedazada por las Furias, duró años, siete años! El juego y la bebida se tragaron todas las tierras que le había dejado el tío Garmilde; y sólo le quedaba el caserón de Arroios y el dinero que le prestaron, pues lo había hipotecado. Pero, repentinamente, desapareció de todos los antros de vino y de juego. ¡Y nos enteramos de que Torres Nogueira estaba moribundo a consecuencia de una anasarca!

Por aquella época y a causa de un asunto de Nicolau da Barca, que me había telegrafiado con ansiedad desde su quinta de Santarém (asunto embrollado, sobre una letra), fui a Arroios en busca de José Matías, a las diez de una cálida noche de abril. El criado, mientras me precedía por el pasillo mal iluminado, ya desprovisto de las valiosas arcas y tallas de la India del viejo Garmilde, me confesó que Su Excelencia no había acabado de cenar... ¡Y aún me acuerdo, con un escalofrío, de la desolada impresión que me produjo el desgraciado! Estaba en el cuarto que daba a los dos jardines. Delante de una ventana, que tenía corridas las cortinas de damasco, la mesa resplandecía, con dos candelabros, un cestillo de rosas blancas y algunas de las nobles piezas de plata de Garmilde; y al lado, extendido en un sillón, con el chaleco blanco desabrochado, el rostro lívido caído sobre el pecho, una copa vacía en la mano inerte, José Matías parecía adormecido o muerto.

Cuando le toqué en el hombro, irguió sobresaltado la cabeza, toda despeinada:

—¿Qué hora es?

No bien le grité con un gesto alegre para despertarlo que era tarde, que eran las diez, llenó precipitadamente la copa de vino blanco, escanciándolo de la garrafa más próxima, y bebió lentamente, con mano temblorosa.

—Entonces ¿qué hay de nuevo? —preguntó a continuación, apartándose los cabellos de la cabeza húmeda.

Con la mirada perdida, sin comprender, escuchó como en un sueño el recado que le mandaba Nicolau. Por fin, lanzando un suspiro, volvió a meter una botella de champán dentro del cubo donde se enfriaba y llenó otra copa, murmurando:

—¡Qué calor! ¡Qué sed!...

Pero no bebió; arrancó su pesado cuerpo al sillón de mimbre y, haciendo un esfuerzo, se dirigió con paso poco firme hacia la ventana, de la que descorrió violentamente la cortina y abrió después los cristales... Y se quedó rígido, como sobrecogido por el silencio y el oscuro sosiego de la noche estrellada. ¡Yo aceché, amigo mío! En la Casa de la Parra dos ventanas resplandecían, muy iluminadas, abiertas a la suave brisa. Y aquella viva claridad envolvía a una figura blanca, en los pliegues de una bata blanca, parada en la extremidad de la terraza, como absorta en una contemplación. ¡Era Elisa, amigo mío! Hacia atrás, en el fondo del cuarto iluminado, el marido seguramente jadeaba con la opresión producida por la hidropesía. Ella, inmóvil, descansaba, enviando una tierna mirada, tal vez una sonrisa, a su dulce amigo. El miserable, fascinado, sin aliento, se embriagaba con el encanto de aquella visión bienhechora. Y entre ellos exhalaban su fragancia, en la molicie de la noche, todas las flores de los dos jardines... Súbitamente, Elisa entró en la habitación a toda prisa, llamada por algún gemido o impaciencia del pobre Torres. Las ventanas se cerraron inmediatamente, y toda la luz y la vida desaparecieron de la Casa de la Parra.

Entonces José Matías, con un sollozo desgarrador, de desbordante tormento, se tambaleó, agarrándose con tal ansia a la cortina que la rasgó y cayó desvalido en los brazos que yo le tendí, y con los que le arrastré hacia el sillón pesadamente, como a un muerto o a un beodo. Mas transcurrido un momento, aquel hombre extraordinario, con gran espanto por mi parte, abrió los ojos y, con una sonrisa lenta e inerte, murmuró serenamente:

—Es el calor... ¡Hace un calor! ¿No quiere usted una taza de té?

Rechacé la invitación y me fui a escape... mientras él, indiferente a mi fuga, tumbado en el sillón, encendía temblorosamente un inmenso puro.

¡SANTO DIOS! ¡Ya estamos en Santa Isabel! ¡Qué aprisa llevan al pobre Matías hacia el polvo y la gusanera final! Pues sí, amigo mío, después de aquella curiosa noche Torres Nogueira falleció. La divina Elisa, durante el nuevo luto, se retiró a la quinta de una cuñada también viuda, Corte Moreira, cerca de Beja. En cuanto a José Matías, desapareció por completo, se evaporó, sin que tuviese noticias de él, ni siquiera inciertas, tanto más cuanto que el íntimo por quien podría conocerlas, nuestro admirable Nicolau da Barca, se había ido a la isla de Madeira, con su último pedazo de pulmón, sin esperanza, por deber clásico, casi deber social, de tuberculoso.

Todo aquel año anduve enfrascado en mi *Ensayo de los fenómenos afectivos*. Y un buen día, a principios del verano, cuando bajaba por la rúa de San Bento, con los ojos levantados buscando el número 214, donde se estaba catalogando la biblioteca del mayorazgo de Azemel, ¿a quién cree que diviso en el balcón de una casa nueva y de esquina? ¡A la divina Elisa, metiendo hojas de lechuga en la jaula de un canario! ¡Y bellísima, amigo mío, más llena y más armoniosa en su madurez, suculenta y deseable, a pesar de haber celebrado en Beja su cuadragésimo segundo aniversario! Pero esa mujer pertenece a la gran raza de Elena que, cuarenta años después del sitio de Troya, aún deslumbraba a los hombres mortales y a los dioses inmortales. Y curiosa casualidad, luego, aquella misma tarde, por Seco, el bibliotecario João Seco, que estaba haciendo el catálogo de la biblioteca del mayorazgo, me enteré de la nueva historia de esta Elena admirable.

La divina Elisa tenía ahora un amante... Y únicamente porque no podía, con su acostumbrada honestidad, tener un tercer marido legítimo, pues el afortunado joven que ella adoraba era casado... Se había casado en Beja con una española que al cabo de un año de matrimonio y otros galanteos se marchó a Sevilla, a pasar devotamente la Semana Santa, y allí se adormeció en los brazos de un ganadero riquísimo. El marido, un pacato delineante de Obras Públicas, siguió en Beja, donde además enseñaba vagamente un vago dibujo... Ahora bien, una de sus discípulas era la hija de la señora de Corte Moreira, y allí, en la quinta, mientras él guiaba el esfumino de la niña, Elisa lo conoció y se enamoró de él con una pasión tan perentoria que lo arrancó precipitadamente a las Obras Pú-

blicas y lo arrastró a Lisboa, ciudad más propicia que Beja para una felicidad escandalosa y que se esconde. João Seco es de Beja, donde pasó la Navidad; conocía perfectamente al delineante, a las señoras de Corte Moreira, y se dio cuenta del idilio, cuando desde las ventanas de la casa número 214, donde catalogaba la biblioteca del mayorazgo de Azemel, reconoció a Elisa en el balcón de la esquina, y al delineante entrando satisfecho en el portal, bien vestido, bien calzado, de guantes claros y con la apariencia de ser infinitamente más dichoso en aquellas obras particulares que en las públicas.

Y desde esa misma ventana del 214 yo conocí también al delineante. Buen mozo, sólido, blanco, de barba oscura, en magníficas condiciones de cantidad (e incluso tal vez de calidad) para llenar un corazón viudo, y por lo tanto «vacío», como dice la Biblia. Yo frecuentaba el número 214, pues estaba interesado en el catálogo de la biblioteca, ya que el mayorazgo de Azemel poseía, por irónico azar de las herencias, una colección incomparable de los filósofos del siglo XVIII.

Unas semanas después, cuando salía una noche (João Seco trabajaba de noche) de examinar esos libros, me paré en el umbral de un portal abierto para encender un puro, y a la luz temblorosa de un fósforo distinguí a José Matías hundido en la sombra. ¡Pero qué José Matías, querido amigo! Para examinarlo más detenidamente froté otro fósforo. ¡Pobre José Matías! Se había dejado crecer la barba, una barba rala, indecisa, sucia, blanda, como borra amarillenta; se había dejado crecer el cabello, que asomaba en secas greñas bajo un viejo sombrero hongo; pero todo él, por lo demás, parecía disminuido, mezquino, enfundado en una especie de manchada levita de mezcla y en unos pantalones negros, de grandes bolsillos en los que escondía las manos con el gesto tradicional, tan infinitamente triste, de la miseria ociosa. Sentí una lástima tan espantosa que apenas pude balbucir:

—¡Esta sí que es buena! ¡Usted! ¿Qué es de su vida?

Con su cortés mansedumbre, pero secamente, para desembarazarse de mí, y con una voz enronquecida por el aguardiente, dijo:

—Por aquí, esperando a un individuo.

No insistí y seguí mi camino. Después, más adelante, me detuve y comprobé lo que en un abrir y cerrar de ojos había adivinado:

¡que el oscuro portal quedaba frente al nuevo edificio y a los balcones de Elisa!

¡Sí, amigo mío, tres años vivió José Matías metido en aquel portal!

ERA UNO de esos portales de la Lisboa antigua, sin portero, siempre abiertos, siempre sucios, cavernas laterales de la calle, donde nadie expulsa a los que esconden allí su miseria o su dolor. Al lado había una taberna. Infaliblemente, al anochecer, José Matías bajaba por la rúa de San Bento, pegado a las paredes, y se sumergía como una sombra en la sombra del portal. A esa hora ya estaban iluminadas las ventanas de Elisa, en invierno empañadas por la neblina, aún abiertas en verano ventilando la habitación en el reposo y la calma. Y José Matías, con las manos en los bolsillos, permanecía inmóvil contemplándolas. Cada media hora, sutilmente, se dirigía a la taberna. Un vaso de vino, una copa de aguardiente... y, despacito, volvía a la negrura del portal, y a su éxtasis. Cuando las ventanas de Elisa se apagaban, todavía se arrastraba a través de la larga noche, incluso en las negras noches de invierno —encogido, transido, golpeando el pavimento con las suelas rotas, o sentado al fondo, en los peldaños de la escalera—, clavando los ojos turbios en la oscura fachada de aquella casa, donde él sabía que estaba durmiendo con otro.

Al principio, para fumar un cigarrillo a toda prisa, subía hasta el desierto rellano de la escalera para ocultar la lumbre que lo denunciaría en su escondrijo. Pero después, amigo mío, fumaba sin cesar, apoyado en la jamba de la puerta, dando ansiosas chupadas al cigarrillo, para que la punta brillara y lo iluminase. ¿Y comprende por qué, amigo mío?... ¡Porque Elisa ya había descubierto que, dentro de aquel portal, adorando sumisamente sus ventanas, con el alma de antaño, se hallaba el pobre José Matías!...

¿Y creerá usted, amigo mío, que todas las noches, o tras los cristales o apoyada en el balcón (con el delineante dentro del cuarto, ya en zapatillas, arrellanado en el sofá, leyendo el *Jornal da Noite)*, ella se entretenía en contemplar fijamente el portal, muy quieta, sin hacer ningún ademán, con aquella antigua mirada muda, desde la terraza, por encima de las rosas y de las dalias? José Matías, des-

lumbrado, se había dado cuenta. ¡Y ahora avivaba desesperadamente la lumbre, como un faro, para guiar en la oscuridad los ojos de la amada y demostrarle que allí estaba, todo suyo, transido y fiel!

De día nunca pasaba por la rúa de San Bento. ¿Cómo se atrevería a hacerlo con la chaqueta rota por los codos y las botas gastadas? Porque aquel joven de fina y sobria elegancia había caído en la miseria más andrajosa. ¿Dónde se procuraba a diario los tres *patacos* para el vino y la raja de bacalao que tomaba en las tascas? No lo sé... ¡Pero alabemos a la divina Elisa, amigo mío! Muy delicadamente, por caminos extraviados y astutos, aquella mujer rica procuraba fijar una pensión al mendigo en que se había convertido José Matías. Situación picante, ¿eh? ¡La señora agradecida pasando sendas mensualidades a sus dos hombres: el amante carnal y el amante del alma! El, sin embargo, adivinó de dónde procedía la horrible limosna... y la rechazó, sin indignación ni aspavientos de orgullo, incluso con enternecimiento, hasta con una lágrima en los párpados inflamados por el aguardiente.

Sólo cuando era noche cerrada se atrevía a bajar por la rúa de San Bento para meterse en su portal. ¿Adivina usted, amigo mío, en qué empleaba el día? En husmear, en acechar, en seguir al delineante de Obras Públicas. ¡Sí, amigo mío! ¡Sentía una curiosidad atroz, insaciable, frenética por aquel hombre que Elisa había escogido!

Los dos anteriores, Miranda y Nogueira, habían entrado en la alcoba de Elisa públicamente, por la puerta de la Iglesia, y para otros fines humanos más allá del amor... para tener un hogar, tal vez hijos, estabilidad y sosiego en la vida. Pero este era meramente el amante, que ella había designado y al que mantenía sólo para ser amada; y en esa unión no aparecía otro motivo racional sino el de que dos cuerpos se uniesen. No se cansaba por tanto de estudiarlo... su figura, su ropa, sus modales, ansioso por conocer bien cómo era ese hombre que, por añadidura, su Elisa prefiriera entre la multitud de los hombres.

El delineante, por decoro, vivía en el otro extremo de la rúa de San Bento, enfrente del mercado. Y esa parte de la calle, donde no vendrían a sorprenderle en su miseria los ojos de Elisa, era la que frecuentaba José Matías, ya de mañana, para husmear y acechar al

delineante cuando este regresaba de casa de Elisa, conservando todavía el calor de su alcoba. Después, ya no lo soltaba y, como un ladrón, seguía de lejos, cautelosamente, su rastro. Y yo sospecho que le seguía de este modo no tanto por curiosidad perversa como para comprobar si, en medio de las tentaciones de Lisboa, terribles para un delineante de Beja, el individuo se mantenía fiel a Elisa. ¡En servicio de la felicidad de esta, vigilaba al amante de la mujer que amaba!

¡Impetuoso refinamiento de espiritualismo y devoción, amigo mío! El alma de Elisa era suya y le rendía una adoración perenne; y ahora quería que el cuerpo de Elisa no fuese menos adorado, ni menos lealmente, por aquel a quien ella entregara su cuerpo. Pero al delineante le resultaba fácil ser fiel a una mujer tan hermosa, tan rica, con medias de seda y brillantes en las orejas, que lo deslumbraba. Y, ¿quién sabe, amigo mío?, quizá esta fidelidad, homenaje carnal a la divinidad de Elisa, fuese para José Matías la última felicidad que le concedió la vida. Estoy persuadido de ello, porque el invierno pasado encontré al delineante, una mañana de lluvia, comprando camelias a un florista de la rúa do Ouro; y, enfrente, José Matías, demacrado, desharrapado, le atisbaba con cariño, casi con gratitud. Y tal vez aquella noche en el portal, tiritando, golpeando el piso con las suelas mojadas, con los ojos enternecidos fijos en los oscuros cristales, pensase: ¡Pobrecilla, pobre Elisa! ¡Debió de quedar muy contenta porque él le trajo las flores!

Esto duró tres años.

Finalmente, anteayer, amigo mío, por la tarde, se presentó João Seco en mi casa, jadeante:

—¡Se llevaron en una camilla al hospital a José Matías, con una congestión pulmonar!

Parece ser que lo encontraron de madrugada, tendido en el suelo, todo encogido en su delgado chaquetón, jadeando, con la muerte retratada en el rostro, vuelto hacia los balcones de Elisa. Corrí al hospital. Había muerto... Subí con el médico de guardia a la sala donde se encontraba. Levanté la sábana que lo cubría. En la abertura de la camisa sucia y rota, sujeta al cuello por un cordón, conservaba una bolsita de seda, también usada y sucia. Seguramente contenía una flor, o un mechón de cabellos, o un trozo de encaje

que perteneciera a Elisa, en los tiempos del primer hechizo, y de las tardes de Benfica... Pregunté al médico, que le conocía y le compadecía, si había sufrido.

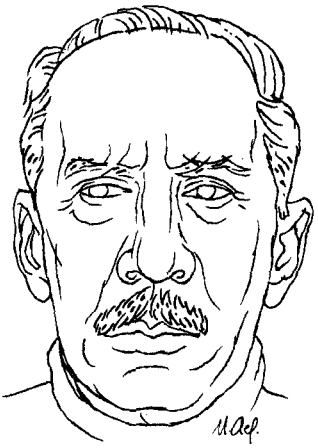
—¡No! Estuvo en coma unos momentos, después abrió los ojos desmesuradamente, exclamó «¡Oh!» con gran espanto, y murió.

¿Fue aquel el grito del alma asombrada y horrorizada por morir también? ¿O fue el del alma triunfante al saberse al fin libre e inmortal? No lo sé, amigo mío; ni lo supo el divino Platón, ni lo sabrá el postrer filósofo en la última tarde del mundo.

Hemos llegado al cementerio. Creo que cada uno debemos sostener una de las borlas del féretro... Es bien singular, en verdad, este Alves «Capón», siguiendo con tanto sentimiento a nuestro pobre espiritualista. ¡Pero, Santo Dios! ¡Mire! Allí, aquel individuo que espera, a la puerta de la capilla, de levita, con un paletó blanquecino... ¡Es el delineante de Obras Públicas! Y trae un gran ramo de violetas... Elisa mandó a su amante carnal que acompañara hasta la tumba y cubriese de flores a su amante espiritual. ¡Pero, amigo mío, pensemos que, con toda seguridad, nunca pediría ella a José Matías que esparciese violetas sobre el cadáver del delineante! ¡Y que siempre la Materia, incluso sin comprenderlo, sin obtener de él su felicidad, adorará al Espíritu, y siempre se tratará a sí propia, a través de los goces que de sí recibe, con brutalidad y desdén! ¡Gran consuelo, amigo mío, este delineante con su ramo para un metafísico que, como yo, comentó a Spinoza y a Malebranche, rehabilitó a Fichte y demostró suficientemente lo ilusorio de las sensaciones! Sólo por esto valió la pena acompañar a su tumba a este inexplicable José Matías, que era tal vez mucho más que un hombre... o quizá aún menos que un hombre... Efectivamente, hace frío... Pero ¡qué hermosa tarde!

EL POZO

AUGUSTO CESPEDES/BOLIVIA



Soy el suboficial boliviano Miguel Najaya y me encuentro en el hospital de Tarairí, recluido desde hace cincuenta días, con avitaminosis beribérica, motivo insuficiente, según los médicos, para ser evacuado hasta La Paz, mi ciudad natal y mi gran ideal. Tengo ya dos años y medio de campaña, y ni el balazo con que me hirieron en las costillas el año pasado ni esta excelente avitaminosis me procuran la liberación.

Entretanto me aburro, vagando entre los numerosos fantasmas en calzoncillos, que son los enfermos de este hospital, y como nada tengo para leer durante las cálidas horas de este infierno, me leo a mí mismo, releo mi Diario. *Pues bien, enhebrando páginas distantes, he exprimido de ese* Diario *la historia de un pozo, que está ahora en poder de los paraguayos.*

Para mí, ese pozo es siempre nuestro, acaso por lo mucho que nos hizo agonizar. En su contorno y en su fondo se escenificó un drama terrible, en dos actos: el primero, en la perforación, y el segundo, en la sima.

Ved lo que dicen esas páginas.

I

15 de enero (1933).

Verano sin agua. En esta zona del Chaco, al Norte de Platanillos, casi no llueve, y lo poco que llovió se ha evaporado. Al Norte, al Sur, a la derecha o a la izquierda, por donde se mire o se ande en la transparencia casi inmaterial del bosque de leños plomizos,

esqueletos sin sepultura, condenados a permanecer de pie en la arena exangüe, no hay una gota de agua, lo que no impide que vivan aquí los hombres en guerra. Vivimos, raquíticos, miserables, prematuramente envejecidos los árboles, con más ramas que hojas, y los hombres, con más sed que odio.

Tengo a mis órdenes unos 20 soldados, con los rostros entintados de pecas, en los pómulos costras como discos de cuero, y los ojos siempre ardientes. Muchos de ellos han concurrido a las defensas de Aguarrica y del Siete (1), de donde sus heridas o sus enfermedades los llevaron al hospital de Muños, y luego al de Ballivián. Una vez curados, los han traído por el lado de Platanillos al II Cuerpo de Ejército. Incorporados al regimiento de Zapadores, donde fui también destinado, permanecemos desde hace una semana aquí, en las proximidades del fortín Loa, ocupados en abrir una *picada*. El monte es muy espinoso, laberíntico y pálido. No hay agua.

Delante de nosotros un regimiento que se ha posesionado del monte resguarda esta zona.

17 de enero.

Al atardecer, entre nubes de polvo que perforan los elásticos caminos aéreos, que confluyen hasta la pulpa del sol naranja, sobredorando el contorno del ramaje anémico, llega el camión aguatero.

Un viejo camión, de guardafangos abollados, sin cristales y con un farol vendado, que parece librado de un terremoto, cargado de toneles negros, llega. Lo conduce un chofer, cuya cabeza rapada me recuerda a una *tutuma*. Siempre brillando de sudor, con el pecho húmedo, descubierto por la camisa abierta hasta el vientre.

—La cañada se va secando —anunció hoy—. La ración de agua *es menos* ahora para el regimiento.

—A mí, no más, agua los soldados me van a volver —ha añadido el ecónomo que lo acompaña.

Sucio como el chofer, si este se distingue por la camisa, en aquel son los pantalones aceitosos los que le dan personalidad. Por lo demás,

(1) *Siete*. Kilómetro Siete del camino Saavedra Alihuatá, donde se libró la batalla del 10 de noviembre.

es avaro y me regatea la ración de coca para mis zapadores. Pero alguna vez me hace entrega de *una* cajetilla de cigarrillos.

El chofer me ha hecho saber que en Platanillos se piensa llevar nuestra División más adelante.

Esto ha motivado comentarios entre los soldados. Hay un potosino Chacón, chico, duro y oscuro como un martillo, que ha lanzado la pregunta fatídica:

—¿Y habrá agua?

—Menos que aquí —le han respondido.

—¿Menos que aquí? ¿Vamos a vivir del aire como las *carahuatas?*

Traducen los soldados la inconsciencia de su angustia, provocada por el calor que aumenta, relacionando ese hecho con el alivio que nos niega el líquido obsesionante. Destornillando la tapa de un tonel, se nos entrega agua en dos latas de gasolina, una para cocinar y otra para beberla, y se va el camión. Siempre se derrama un poco de agua al suelo, humedeciéndolo, y las bandadas de mariposas blancas acuden sedientas a esa humedad.

A veces yo me decido a derrochar un puñado de agua, echándomelo sobre la nuca, y unas abejitas, que no sé con qué viven, vienen a enredarse entre mis cabellos.

21 de enero.

Llovió anoche. Durante el día el calor nos cerró como un traje de goma caliente. La refracción del sol en la arena nos perseguía con sus llamaradas blancas. Pero a las seis llovió. Nos desnudamos y nos bañamos, sintiendo en las plantas de los pies el lodo tibio que se metía entre los dedos.

25 de enero.

Otra vez el calor. Otra vez este flamear invisible, seco, que se pega a los cuerpos. Me parece que debería abrirse una ventana en alguna parte para que entrase el aire. El cielo es una enorme piedra debajo de la que está encerrado el sol.

Así vivimos, hacha y pala al brazo. Los fusiles quedan semienterrados bajo el polvo de las carpas y somos simplemente unos ca-

mineros que tajamos el monte en línea recta, abriendo una ruta, no sabemos para qué, entre la maleza inextricable que también se encoge de calor. Todo lo quema el sol. Un pajonal que ayer por la mañana estaba amarillo ha encanecido hoy y está seco, aplastado, porque el sol ha andado encima de él.

Desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde es imposible el trabajo en la fragua del monte. Durante esas horas, después de buscar inútilmente una masa compacta de sombra, me tiendo debajo de cualquiera de los árboles, al ilusorio amparo de unas ramas que simulan una seca anatomía de nervios atormentados.

El suelo, sin la cohesión de la humedad, asciende como la muerte blanca, envolviendo los troncos con su abrazo de polvo, empañando la red de sombras deshilachadas por el ancho torrente del sol. La refracción solar pone vibraciones magnéticas sobre el perfil del pajonal próximo, tieso y pálido como un cadáver.

Postrados, distensos, permanecemos invadidos por el sopor de la fiebre cotidiana, sumidos en el tibio desmayo que aserrucha el chirrido de las cigarras, interminable como el tiempo. El calor, fantasma transparente volcado de bruces sobre el monte, ronca en el clamor de las cigarras. Estas pueblan todo el bosque, donde tienden su taller invisible y misterioso con millones de ruedecillas, martinetes y sirenas, cuyo funcionamiento aturde la atmósfera en leguas y leguas.

Nosotros, siempre al centro de esa polifonía irritante, vivimos una escasa vida de palabras sin pensamientos, horas y horas, mirando en el cielo incoloro mecerse el vuelo de los buitres, que dan a mis ojos la impresión de figuras de pájaros decorativos, sobre un empapelado infinito.

Lejanas, se escuchan, de cuando en cuando, detonaciones aisladas.

1.º de febrero.

El calor se ha adueñado de nuestros cuerpos, identificándolos con la pereza inorgánica de la tierra, haciéndolos como de polvo, sin nexo de continuidad articulada, blandos, calenturientos, conscientes para nosotros sólo por el tormento que nos causan al transmitir desde la piel la presencia sudosa de su beso de horno. Sólo

nos recobramos al anochecer. Abandónase el día a la gran llamarada con que se dilata el sol en un último lampo carmesí, y la noche viene obstinada en dormir, pero la acosan las picaduras de múltiples gritos de animales: silbidos, chirridos, graznidos, gama de voces exóticas para nosotros, para nuestros oídos pamperos y montañeses.

Noche y día. Callamos en el día, pero las palabras de mis soldados se despiertan en las noches. Hay algunos muy antiguos, como Nicolás Pedraza, vallegrandino, que está en el Chaco desde 1930, que abrió el camino a Loa, Bolívar y Camacho. Es palúdico, amarillo y seco como una *cañahueca*.

—Los *pilas* haigan venido por la picada de Camacho, dicen —manifestó el potosino Chacón.

—Ahí sí que no hay agua —informó Pedraza, con autoridad.

—Pero los *pilas* siempre encuentran. Conocen el monte más que nadies —objetó José Irusta, un paceño áspero, de pómulos afilados y ojillos oblicuos, que estuvo en los combates de Yujra y Cabo Castillo.

Entonces un cochabambino, a quien apodan el Cosñi, replicó:

—Dicen no más, dicen no más... ¿Y a ese *pila* que le encontramos en el Siete, muerto de sed, cuando la cañada estaba ahicito, mi Sof?...

—Cierto —he afirmado—. También a otro delante del Campos lo hallamos envenenado por comer tunas del monte.

—De hambre no se muere. De sed sí que se muere. Yo he visto en el pajonal del Siete a los nuestros chupando el barro la tarde del 10 de noviembre.

Hechos y palabras se amontonan sin huella. Pasan como una brisa sobre el pajonal, sin siquiera estremecerlo.

Yo no tengo otras cosas que anotar.

6 de febrero.

Ha llovido. Los árboles parecen nuevos. Hemos tenido agua en las charcas, pero nos ha faltado pan y azúcar, porque el camión de provisiones se ha enfangado.

10 de febrero.

Nos trasladan 20 kilómetros más adelante. La picada que trabajamos ya no será utilizada, pero abriremos otra.

18 de febrero.

El chofer descamisado ha traído la mala noticia:

—La cañada se acabó. Ahora traeremos agua desde «La China».

26 de febrero.

Ayer no hubo agua. Se dificulta el transporte por la distancia que tiene que recorrer el camión. Ayer, después de haber hacheado todo el día en el monte, esperamos en la picada la llegada del camión, y el último lampo del sol —esta vez rosáceo— pintó los rostros terrosos de mis soldados, sin que viniese por el polvo de la picada el rumor acostumbrado.

Llegó el aguatero esta mañana y alrededor del «turril» se formó un tumulto de manos, jarros y cantimploras, que chocaban violentos y airados. Hubo una pelea que reclamó mi intervención.

1.º de marzo.

Ha llegado a este puesto un teniente rubio y pequeñito, con barba crecida. Me ha hablado, preguntándome de cuántos hombres dispongo.

—En la línea no hay agua —ha dicho—. Hace dos días se han insolado tres soldados. Debemos buscar pozos.

—En «La China» dice que han abierto pozos.

—Y han sacado agua.

—Han sacado.

—Es cuestión de suerte.

—Por aquí también, cerca de «Loa», ensayaron abrir unos pozos.

Entonces Pedraza, que nos oía, ha informado que efectivamente, a unos cinco kilómetros de aquí, hay un «buraco» abierto desde época inmemorial, de pocos metros de profundidad y abandonado, porque seguramente los que intentaron hallar agua desistieron de la empresa. Pedraza juzga que se podía cavar «un poco más».

2 de marzo.

Hemos explorado la zona a que se refiere Pedraza. Realmente, hay un hoyo casi cubierto por los matorrales, cerca de un gran *palobobo.*

El teniente rubio ha manifestado que informará a la Comandancia, y esa tarde hemos recibido orden de continuar la excavación del buraco, hasta encontrar agua. He destinado 8 zapadores para el trabajo, Pedraza, Irusta, Chacón, el Cosñi, y cuatro indios más.

II

3 de marzo.

El buraco tiene unos 5 metros de diámetro y unos 5 de profundidad. Duro como el cemento es el suelo. Hemos abierto una senda hasta el mismo sitio y se ha formado el campamento en las proximidades. Se trabajará todo el día, porque el calor ha descendido.

Los soldados, desnudos de medio cuerpo arriba, relucen como peces. Víboras de sudor con cabecitas de tierras les corren por los torsos. Arrojan el pico que se hunde en la arena aflojada y después se descuelgan mediante una correa de cuero. La tierra extraída es oscura, tierna. Su color optimista aparenta una fresca novedad en los bordes del buraco.

10 de marzo.

Doce metros. Parece que encontraremos agua. La tierra extraída es cada vez más húmeda. Se han colocado tramos de madera en un sector del pozo y he mandado construir una escalera y un caballete de *palomataco* para extraer la tierra mediante polea. Los soldados se turnan continuamente, y Pedraza asegura que en una semana más tendrá el gusto de invitar al General X «a sopesarse las argentinas en l'agüita del buraco».

22 de marzo.

He bajado al pozo. Al ingresar, un contacto casi sólido va ascendiendo por el cuerpo. Concluida la cuerda del sol se palpa la sensación de un aire distinto, el aire de la tierra. Al sumergirme en la sombra y tocar con los pies desnudos la tierra suave, me baña una gran frescura. Estoy más o menos a los 18 metros de profundidad. Levanto la cabeza y la perspectiva del tubo negro se eleva sobre

mí hasta concluir en la boca donde chorrea el rebalse de luz de la superficie. Sobre el piso del fondo hay barro y la pared se deshace fácilmente entre las manos. He salido embarrado y han acudido sobre mí los mosquitos, hinchándome los pies.

30 de marzo.

Es extraño lo que pasa. Hasta hace 10 días se extraía barro casi líquido del pozo y ahora nuevamente tierra seca. He descendido nuevamente al pozo. El aliento de la tierra aprieta los pulmones allá adentro. Palpando la pared se siente la humedad, pero al llegar al fondo, compruebo que hemos atravesado una capa de arcilla húmeda. Ordeno que se detenga la perforación para ver si en algunos días se deposita el agua por filtración.

12 de abril.

Después de una semana, el fondo del pozo seguía seco. Entonces se ha continuado la excavación, y hoy he bajado hasta los 24 metros. Todo es oscuro allá, y sólo se presiente con el tacto nictálope las formas del vientre subterráneo... Tierra, tierra, espesa tierra que aprieta sus puños con la muda cohesión de la asfixia. La tierra extraída ha dejado en el hueco el fantasma de su peso y al golpear el muro con el pico me responde con un toctoc sin eco, que más bien me golpea el pecho.

Sumido en la oscuridad he resucitado una pretérita sensación de soledad que me poseía de niño, anegándome de miedosa fantasía cuando atravesaba el túnel que perforaba un cerro próximo a las lomas de Capinota, donde vivía mi madre. Entraba cautelosamente, asombrado ante la presencia casi sexual del secreto terrestre, mirando a contraluz moverse sobre las grietas de la tierra los élitros de los insectos cristalinos. Me atemorizaba llegar a la mitad del túnel en que la gama de sombra era más densa, pero cuando la pasaba y me hallaba en rumbo acelerado hacia la claridad abierta en el otro extremo, me invadía una gran alegría. Esa alegría nunca llegaba a mis manos, cuya epidermis padecía siempre la repugnancia de tocar las paredes del túnel.

Ahora, la claridad ya no la veo al frente, sino arriba, elevada

e imposible como una estrella. ¡Oh!... La carne de mis manos se ha habituado a todo, es casi solidaria con la materia terráquea y no conoce de repugnancias...

28 de abril.

Pienso que hemos fracasado en la búsqueda del agua. Ayer llegamos a los 30 metros sin hallar otra cosa que polvo. Debemos detener este trabajo inútil, y con este objeto he elevado una «representación» ante el comandante de batallón, quien me ha citado para mañana.

29 de abril.

—Mi capitán —le he dicho al comandante—, hemos llegado a los 30 metros, y es imposible que salga el agua.

—Pero necesitamos agua de todos modos —me ha respondido.

—Que ensayen en otro sitio ya también, pues, mi capitán.

—No, no. Sigan no más abriendo el mismo. Dos pozos de 30 metros no darán agua. Uno de 40 puede darla.

—Sí, mi capitán.

—Además, tal vez ya estén cerca.

—Sí, mi capitán.

—Entonces, un esfuercito más. Nuestra gente se muere de sed.

No muere, pero agoniza diariamente. Es un suplicio sin merma, sostenido cotidianamente con un jarro por soldado. Mis soldados padecen, dentro del pozo, de mayor sed que afuera, con el polvo y el trabajo, pero debe continuar la excavación.

Se los notifiqué y expresaron su impotente protesta, que he procurado calmar ofreciéndoles, a nombre del comandante, mayor ración de coca y agua.

9 de mayo.

Sigue el trabajo. El pozo va adquiriendo entre nosotros una personalidad pavorosa, substancial y devoradora, constituyéndose en el amo, en el desconocido señor de los zapadores. Conforme pasa el tiempo, cada vez más les penetra la tierra mientras más la penetran, incorporándose como el peso de la gravedad al pasivo elemento,

denso e inacabable. Avanzan por aquel camino nocturno, por esa caverna vertical, obedeciendo a una lóbrega atracción, a un mandato inexorable que les condena a desligarse de la luz, invirtiendo el sentido de sus existencias de seres humanos. Cada vez que los veo me dan la sensación de no estar formados por células, sino por moléculas de polvo, con tierra en las orejas, en los párpados, en las cejas, en las aletas de la nariz, con los cabellos blancos, con la tierra en los ojos, con el alma llena de tierra del Chaco.

24 de mayo.

Se ha avanzado algunos metros más. El trabajo es lento: un soldado cava adentro, otro desde afuera maneja la polea, y la tierra sube en un balde improvisado, en un turril de gasolina. Los soldados se quejan de asfixia. Cuando trabajan, la atmósfera les apresa el cuerpo. Bajo sus plantas y alrededor suyo y encima de sí la tierra crece como la noche. Adusta, sombría, tenebrosa, impregnada de un silencio pesado, inmóvil y asfixiante, se apilona sobre el trabajador una masa semejante al valor de plomo, enterrándole de tinieblas como a gusano escondido en una edad geológica distante muchos siglos de la superficie terrestre.

Bebe el líquido tibio y denso de la caramañola, que se consume muy pronto, porque la ración, a pesar de ser doble para «los del pozo», se evapora en sus fauces, dentro de aquella *sed negra.* Busca con los pies desnudos en el polvo arduo la vieja frescura de los surcos que él cavaba también en la tierra regada de sus lejanos valles agrícolas, cuya memoria se le presenta en la epidermis.

Luego golpea, golpea con el pico, mientras la tierra se desploma, cubriéndole los pies, sin que aparezca jamás el agua. El agua que todos ansiamos en una concentración mental de enajenados que se vierte por ese agujero sordo y mudo.

5 de junio.

Estamos cerca de los 40 metros. Para estimular a mis soldados he entrado al pozo a trabajar yo también. Me he sentido descendiendo un sueño de caída infinita. Allá adentro estoy separado para siempre del resto de los hombres, lejos de la guerra, transportado

por la soledad a un destino de aniquilación que me estrangula con las manos impalpables de la nada. No se ve la luz, y la densidad atmosférica presiona todos los planos del cuerpo. La columna de oscuridad cae verticalmente sobre mí y me entierra lejos de los oídos de los hombres.

He procurado trabajar, dando furiosos golpes con el pico, en la esperanza de acelerar con la actividad veloz el transcurso del tiempo. Pero el tiempo es fijo e invariable en ese recinto. Al no revelarse el cambio de las horas con la luz, el tiempo se estanca en el subsuelo con la negra uniformidad de una cámara oscura. Esta es la muerte de la luz, la raíz de ese árbol enorme que crece en las noches y apaga el cielo, enlutando la tierra.

16 de junio.

Suceden cosas raras. Esa cámara oscura aprisionada en el fondo del pozo va revelando imágenes del agua con el reactivo de los sueños. La obsesión del agua está creando un mundo particular y fantástico que se ha originado a los 41 metros, manifestándose en un curioso suceso acontecido en ese nivel.

El Cosñi Herbozo me lo ha contado. Ayer se había quedado adormecido en el fondo de la cisterna, cuando vio encenderse una serpiente de plata, la cogió y se deshizo en sus manos, pero aparecieron otras que comenzaron a bullir en el fondo del pozo hasta formar un manantial de borbollones blancos y sonoros que crecían, animando al cilindro tenebroso, como a una serpiente encantada que perdió su rigidez para adquirir la flexibilidad de una columna de agua, sobre la que el Cosñi se sintió elevado, hasta salir al haz alucinante de la tierra.

Allá, ¡oh, sorpresa!, halló todo el campo transformado por la polución del agua. Cada árbol se convertía en un surtidor. El pajonal desapareció y era en cambio una verde laguna, donde los soldados se bañaban a la sombra de los sauces. No le causó asombro que desde la orilla opuesta ametrallasen los enemigos y que nuestros soldados se zambullesen a sacar las balas entre gritos y carcajadas. El sólo deseaba beber. Bebía en los surtidores, bebía en la laguna, sumergiéndose en incontables planos líquidos que chocaban contra su cuerpo, mientras la lluvia de los surtidores le mojaba la cabeza.

Bebió, bebió, pero su sed no se calmaba con esa agua, liviana y abundante como un sueño.

Anoche el Cosñi tenía fiebre. He dispuesto que lo trasladen al puesto de sanidad del Regimiento.

24 de junio.

El comandante de la División ha hecho detener su auto al pasar por aquí. Me ha hablado, resistiéndose a creer que hayamos alcanzado cerca de los 45 metros, sacando la tierra balde por balde con una correa.

—Hay que gritar, mi coronel, para que el soldado salga cuando ha pasado su turno —le he dicho.

Más tarde, con algunos paquetes de coca y cigarrillos, el coronel ha enviado un clarín.

Estamos, pues, atados al pozo. Seguimos adelante. Más bien, retrocedemos al fondo del planeta, a una época geológica donde anida la sombra. Es una persecución del agua a través de la masa impasible. Más solitarios cada vez, más sombríos, oscuros como sus pensamientos y su destino, cavan mis hombres, cavan, cavan atmósfera, tierra y vida, con lento y átono cavar de gnomos.

4 de julio.

¿Es que en realidad hay agua?... ¡Desde el sueño del Cosñi, todos la encuentran! Pedraza ha contado que se ahogaba en una erupción súbita del agua que creció más alta que su cabeza. Irusta dice que ha chocado su pica contra unos témpanos de hielo, y Chacón, ayer, salió hablando de una gruta que se iluminaba con el frágil reflejo de las ondas de un lago subterráneo.

¿Tanto dolor, tanta búsqueda, tanto deseo, tanta alma sedienta, acumulados en el profundo hueco, originan esta floración de manantiales?...

16 de julio.

Los hombres se enferman. Se niegan a bajar al pozo. Tengo que obligarlos. Me han pedido incorporarse al regimiento de primera línea. He descendido una vez más y he vuelto aturdido, lleno

de miedo. Estamos cerca de los 50 metros. La atmósfera, cada vez más prieta, cierra el cuerpo en un malestar angustioso, que se adapta a todos sus planos casi quebrando el hilo imperceptible, como un recuerdo que ata el ser empequeñecido con la superficie terrestre, en la honda oscuridad descolgada con peso de plomo. La tétrica pesantez de ninguna torre de piedra se asemeja a la sombría gravitación de aquel cilindro de aire cálido y descompuesto que se va lentamente hacia abajo. Los hombres son cimientos. El abrazo del subsuelo ahoga a los hombres que no pueden permanecer más de una hora en el abismo. Es una pesadilla. Esta tierra del Chaco tiene algo de raro, de maldito.

25 de julio.

Se tocaba el clarín —obsequiado por la División— en la boca de la cisterna, para llamar al trabajador, cada hora. Cuchillada de luz debió ser la clarinada, allá en el fondo. Pero esta tarde, a pesar del clarín, no subió nadie.

—¿Quién está adentro? —pregunté.

Estaba Pedraza.

Le llamaron a gritos y clarinadas:

—¡Tararii!... ¡Pedrazaaaa!

—Se habrá dormido...

—O muerto —añadí yo, y ordené que bajasen a verlo.

Bajó un soldado, y después de largo rato, en medio del círculo que hacíamos alrededor de la boca del pozo, amarrado de la correa, elevado por el cabrestante y empujado por el soldado, ascendió el cuerpo de Pedraza, semiasfixiado.

29 de julio.

Hoy se ha desmayado Chacón y ha salido izado en una lúgubre ascensión de ahorcado.

4 de septiembre.

¿Acabará esto algún día?... Ya no se cava para encontrar agua, sino para cumplir un designio fatal, un propósito inescrutable. Los días de mis soldados se sumen en la vorágine de la concavidad luc-

tuosa que les lleva ciegos, por delante de su esotérico crecimiento sordo, atornillándoles a la tierra.

Aquí arriba, el pozo ha tomado la fisonomía de algo inevitable, eterno y poderoso como la guerra. La tierra extraída se ha consolidado en grandes morros sobre los que acuden lagartos y cardenales. Al aparecer el zapador en el brocal, transfundido de sudor y de tierra, con los párpados y los cabellos blancos, llegado de un remoto país plutoniano, semeja un monstruo prehistórico, surgido de un aluvión. Alguna vez, por decirle algo, le interrogo:

—¿Y?...

—Siempre nada, mi Sof.

Siempre nada, igual que la guerra... ¡Esta nada no acabará jamás!...

. . . . . .

1.º de octubre.

Hay orden de suspender la excavación. En siete meses de trabajo no se ha encontrado agua.

Entretanto el puesto ha cambiado mucho. Se han levantado *pahuichis* y un puesto de comando de batallón. Ahora abriremos un camino hacia el Este, pero nuestro campamento seguirá ubicado aquí.

El pozo queda también aquí, abandonado, con su boca muda y terrible y su profundidad sin consuelo. Ese agujero siniestro es, en medio de nosotros, siempre un intruso, un enemigo estúpido y respetable, invulnerable a nuestro odio como una cicatriz. No sirve para nada.

. . . . . .

III

7 de diciembre. (Hospital Platanillos.)

¡Sirvió para algo el pozo maldito!...

Mis impresiones son frescas, porque el ataque se produjo el día 4 y el 5 me trajeron aquí con un acceso de paludismo.

Seguramente algún prisionero capturado en la línea, donde la existencia del pozo era legendaria, informó a los *pilas* que detrás de las posiciones bolivianas había un pozo. Acosados por la sed, los huaraníes decidieron un asalto.

A las seis de la mañana se rasgó el monte, mordido por las ametralladoras. Nos dimos cuenta de que las trincheras avanzadas habían sido tomadas solamente cuando percibimos a doscientos metros de nosotros el tiroteo de los *pilas*. Dos granadas de *stoke* cayeron detrás de nuestras carpas.

Armé con los sucios fusiles a mis zapadores y los desplegué en línea de tiradores. En ese momento llegó de carrera un oficial nuestro con una sección de soldados y una ametralladora y los posesionó en línea a la izquierda del pozo, mientras nosotros nos extendíamos a la derecha. Algunos se protegían en los montones de tierra extraída. Con un sonido igual al de los machetazos, las balas cortaban las ramas. Dos ráfagas de ametralladora abrieron grietas de hachazos en el *palobobo*. Creció el tiroteo de los *pilas* y se oía en medio de las detonaciones su alarido salvaje, concentrándose la furia del ataque sobre el pozo. Pero nosotros no cedíamos un metro, defendiéndolo *¡como si realmente tuviese agua!*

Los cañonazos partieron la tierra, las ráfagas de metralla hendieron cráneos y pechos, pero no abandonamos el pozo en cinco horas de combate.

A las 12 se hizo un silencio vibrante. Los *pilas* se habían ido. Entonces recogimos los muertos. Los *pilas* habían dejado cinco y entre los ocho nuestros estaban el Cosñi, Pedraza, Irusta y Chacón, con los pechos desnudos, mostrando los dientes siempre cubiertos de tierra.

El calor, fantasma transparente echado de bruces sobre el monte, calcinaba tronco y meninges y hacía crepitar el suelo. Para evitar el trabajo de abrir sepulturas, pensé en el pozo.

Arrastrados los trece cadáveres hasta el borde, fueron pausadamente empujados al hueco, donde, vencidos por la gravedad, daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra.

—¿Ya no hay más?...

Entonces echamos tierra, mucha tierra adentro. Pero, aun así, ese pozo seco es siempre el más hondo de todo el Chaco.

NANA BOUILLOUX

COLETTE/FRANCIA

Colette

Nana Bouilloux era tan bonita que las demás niñas nos dábamos cuenta perfectamente. No es muy corriente que unas niñas reconozcan la belleza en una de ellas y le rindan homenaje. Pero la incontestable Nana Bouilloux nos desarmaba. Cuando mi madre se la encontraba en la calle, la paraba y se inclinaba sobre ella, como hacía con su rosa azafranada, con su cactus de flor color púrpura, con la mariposa del pino, dormida confiadamente en la corteza áspera. Tocaba el pelo rizado, dorado como la castaña a medio madurar, la mejilla transparente y rosa de Nana Bouilloux, contemplaba sus pestañas desmesuradas sobre la húmeda y vasta pupila oscura, los dientes que brillaban bajo un labio sin igual, y dejaba que la niña se alejara, siguiéndola con la mirada y suspirando:

—¡Es prodigioso!...

Pasaron algunos años y los atractivos de Nana Bouilloux fueron en aumento. Algunas fechas quedaron grabadas en nuestra memoria, llenándonos de admiración: una distribución de premios en que Nana Bouilloux, recitando tímidamente en voz muy baja una fábula ininteligible, resplandeció bajo sus lágrimas como un melocotón bajo un aguacero... La primera comunión de Nana Bouilloux escandalizó a mucha gente: después de vísperas, la niña fue a beber una copa con su padre, el chiquichaque, al café del Comercio, y al anochecer bailó, femenina ya y coqueta, balanceándose con sus zapatos blancos, en el baile público.

Al día siguiente, en la escuela, con cierto orgullo, al cual ya nos tenía acostumbradas, nos advirtió que iba a colocarse de aprendiza.

—¡Ah!... ¿Con quién?

—Con la señora Adolphe.

—¡Ah!... ¿Y vas a ganar dinero en seguida?

—No, sólo tengo trece años; ganaré dinero al año que viene.

Nana Bouilloux nos dejó sin efusión, y las demás la dejamos ir fríamente. Ya su belleza la aislaba y no tenía amigas en la escuela, donde por otra parte aprendía muy poco. Los domingos y los jueves, en lugar de jugar con nosotras, los dedicaba a una familia «mal vista», a unas primas de dieciocho años de todos conocidas por su comportamiento descarado y a unos hermanos aprendices de carpinteros de carretas, que «llevaban corbata» a los catorce años y fumaban, con la hermana del brazo, entre el «tiro parisino» de la feria y la alegre taberna de la viuda Pimelle, donde había toda clase de bebidas.

Desde el día siguiente por la mañana, vi a Nana Bouilloux, cuando ella subía hacia el taller de costura y yo bajaba hacia la escuela. Llena de estupor y de admiración envidiosa, me quedé plantada en la calle de las Sœurs, viendo alejarse a Nana Bouilloux. Había cambiado su guardapolvo negro, su vestido corto de niña por una falda larga y un corpiño de satén rosa de tablas. Un delantal de muaré negro adornaba la parte delantera de la falda, y sus cabellos, revueltos antes, disciplinados ahora, retorcidos formando un «ocho», se adaptaban estrechamente a la forma nueva y encantadora de una cabeza redonda, imperiosa, que ya sólo tenía de infantil su lozanía y su impudencia, no mesurada todavía, de pequeña pueblerina desvergonzada.

En el curso superior se murmuró de lo lindo aquella mañana.

—¡He visto a Nana Bouilloux! ¡De largo, hija mía, se ha vestido de largo! ¡Y lleva moño! ¡Y de la falda le colgaba un par de tijeras!

Al mediodía, volví a casa, jadeante, con prisas de gritar:

—¡Mamá, he visto a Nana Bouilloux! ¡Pasaba por delante de casa! ¡De largo, mamá, se ha vestido de largo! ¡Y lleva moño! ¡Y tacones altos, y un par de...!

—Come, Minet-Chéri, come, se te va a enfriar la chuleta.

—¡Y un delantal, mamá, un delantal muy bonito de muaré, parecía de seda!... ¿No podría yo...?

—No, Minet-Chéri, tú no puedes.

—Pero si Nana Bouilloux puede...

—Sí, ella puede e incluso debe llevar, a los trece años, moño, delantal corto, falda larga; es el uniforme de todas las Nanas Bouilloux del mundo, a los trece años, desgraciadamente.

—Pero si...

—Sí, tú quisieras un uniforme completo de Nana Bouilloux. Se compone de todo lo que has visto y de algo más: una carta escondida en el bolsillo del delantal, un enamorado que huele a vino y a un puro de perra gorda; dos enamorados, tres enamorados... y un poco más tarde... muchas lágrimas... un niño enclenque y escondido, que la ballena del corsé aplastó durante meses... Eso es, Minet-Chéri, el uniforme completo de las Nanas Bouilloux. ¿Lo quieres?

—No, mamá... Sólo quería probar si el moño...

Mi madre meneaba la cabeza con una gravedad maliciosa.

—¡Eso no! No puedes llevar moño sin delantal, delantal sin carta, carta sin zapatos de tacón ni zapatos sin... ¡lo demás! ¡Elige!

Mi ambición se cansó rápidamente. La radiante Nana Bouilloux no fue más que una transeúnte cotidiana, que yo apenas miraba. Con la cabeza descubierta en invierno y en verano, cambiaba cada semana el color vivo de sus blusas. Cuando hacía mucho frío, apretaba sobre sus frágiles y elegantes hombros una pañoleta inútil. Derecha, deslumbrante como una rosa de espinas, las pestañas caídas sobre las mejillas o dejando al descubierto unos ojos húmedos y sombríos, cada día merecía más reinar sobre multitudes, ser contemplada, adornada, cargada de joyas. Los rizos domados de su pelo castaño se revelaban, sin embargo, en pequeñas ondas que atraían la luz, en vapor dorado sobre la nuca y cerca de las orejas. Tenía siempre un aire vagamente ofendido, las ventanillas de la nariz cortas y aterciopeladas que hacían pensar en una cierva.

Cumplió quince años, dieciséis años, y yo también. Salvo que reía mucho los domingos del brazo de sus primas y de sus hermanos, para enseñar los dientes, Nana Bouilloux se comportaba bastante bien.

—¡Para ser una Nana Bouilloux, Dios mío, no hay nada que decir!—reconocía la voz pública.

Cumplió diecisiete años, dieciocho años, un cutis como un fruto resguardado del viento, unos ojos que hacían bajar la vista, una manera de andar aprendida no se sabía dónde. Se puso a frecuentar las kermeses de las ferias y las fiestas, a bailar furiosamente, a pasearse a horas tardías por el camino de ronda, con un brazo de hombre alrededor de la cintura. Siempre maligna, pero risueña, empujaba al atrevimiento a los que se hubieran contentado con amarla.

Una noche de San Juan, estaba bailando en el tablado instalado en la plaza del Grand-Jeu, bajo la triste luz y el olor de las lámparas de petróleo. Las botas de tachuelas levantaban el polvo de la plaza, entre las maderas del tablado. Todos los muchachos bailaban con el sombrero puesto, como debe ser. Rubias jovencitas se volvían moradas en sus corpiños ceñidos, las morenas, quemadas por el sol de los campos, parecían negras. En un grupo de obreras desdeñosas, Nana Bouilloux, con un traje veraniego de florecitas, estaba bebiendo limonada con vino tinto cuando los parisienses entraron en el baile.

Dos parisienses de esos que se ven en el campo por el verano, amigos del señor de un castillo de los alrededores, que se estaban aburriendo; dos parisienses vestidos uno de sarga blanca y el otro de seda, que venían a burlarse, un momento, de una fiesta de San Juan pueblerina... Al ver a Nana Bouilloux, dejaron de reír y se sentaron en la cantina para verla más de cerca. A media voz, cambiaron unas palabras que ella fingía no oír. Pues su altivez de beldad le prohibía volver los ojos hacia ellos y soltar la carcajada como sus amigas. Nana Bouilloux oyó decir: «Cisne entre ocas... ¡Un Greuze! (1) Es un crimen dejar enterrarse aquí a esta maravilla...» Cuando el parisiense de sarga blanca invitó a Nana Bouilloux a bailar un vals, ella se levantó sin extrañeza alguna y bailó en silencio, muy seria; sus pestañas, más bellas que una mirada, tocaban a veces los pelitos de unos mostachos rubios.

Cuando terminó el vals, los parisienses se fueron y Nana Bouilloux se sentó en la cantina, abanicándose. El chico de Leriche fue a buscarla, y también Houette, e incluso Honce, el farmacéutico, y Possy, el ebanista, algo canoso ya, pero que bailaba muy bien. A todos,

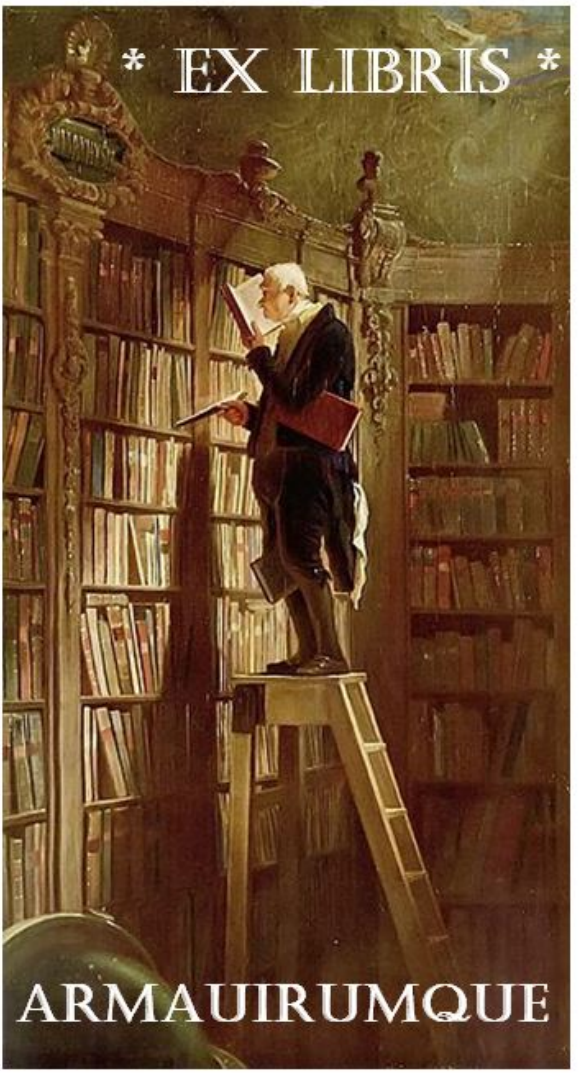
(1) Pintor francés del siglo XVIII. (N. del T.)

Nana Bouilloux contestó: «Muchas gracias, estoy cansada», y se marchó del baile a las diez y media.

Después de esto, nada le pasó a Nana Bouilloux. Los parisienses no volvieron, ni aquellos ni otros. Houette, Honce, el chico de Leriche, los viajantes de comercio con cadena de oro en la barriga, los soldados de permiso y los amanuenses del escribano subieron en vano por nuestra calle escarpada, a las horas en que bajaba la obrera bien peinada, pasando tiesa con una ligera inclinación de cabeza. También la esperaron en los bailes, donde ella bebía limonada con un aire distinguido y contestaba a todos: «Muchas gracias, no bailo, estoy cansada». Ofendidos, todos se burlaban unos días después: «¡Tiene un cansancio de treinta y seis semanas, sí!» Y empezaron a espiarle la cintura... Pero nada le pasó a Nana Bouilloux, ni eso ni otra cosa. Nana Bouilloux esperaba, simplemente. Esperaba invadida por una fe orgullosa, consciente de lo que le debía un azar que la había equipado demasiado bien. ¿Esperaba... a aquel parisiense de sarga blanca? No. Esperaba al forastero, al raptor. La orgullosa espera la hizo pura, silenciosa, y desdeñó, con una sonrisita asombrada, a Honce, que quiso elevarla al rango de farmacéutica legítima, y al primer pasante del escribano. Sin desanimarse y recogiendo de una vez lo que había prodigado otras veces —risas, miradas, pelusilla luminosa de su mejilla, corto labio infantil y rojo, pecho apenas dividido por una sombra azul— a los paletos, esperaba su reino y al príncipe que no tenía nombre.

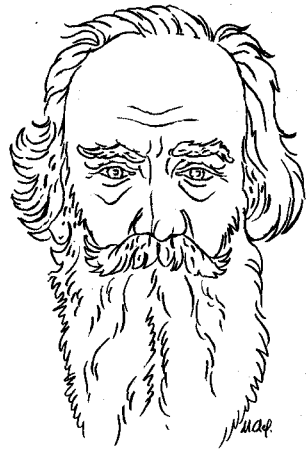
Años después, cuando pasé por mi pueblo natal, no vi la sombra de aquella que me rehusó con tanta ternura lo que ella llamaba «el uniforme de las Nanas Bouilloux». Pero cuando el automóvil que me llevaba subía despacio —no lo bastante despacio, nunca lo bastante despacio— por una calle donde ya no tengo ningún motivo de pararme, una mujer se apartó para evitar la rueda del coche. Una mujer delgada, bien peinada, con el pelo en forma de casco a la moda de otros tiempos, con unas tijeras de costurera colgando de una cadena de acero sobre su delantal negro. De ojos grandes y vengativos, boca apretada que debía callar horas y horas, con las mejillas y sienes amarillentas de las que trabajan a la luz de una lámpara; una mujer de cuarenta y cinco a... No, no; una mujer de treinta y ocho años, una mujer de mi edad, exactamente de mi

edad, no había duda... En cuanto el coche le dejó paso, Nana Bouilloux bajó por la calle, erguida, indiferente, después de que una ojeada, áspera y ansiosa le hubo revelado que el coche se alejaba, sin su raptor tanto tiempo esperado.



DIOS VE LA VERDAD, PERO ESPERA

LEON TOLSTOI/RUSIA



En la ciudad de Vladimir vivía un joven comerciante llamado Iván Dmitrich Aksionov. Tenía dos tiendas y una casa de su propiedad.

Aksionov era un hombre bien parecido, rubio, de cabello crespo, lleno de animación y muy aficionado al canto. En sus mocedades le gustaba empinar el codo, y cuando bebía mucho se volvía jaranero; pero desde su matrimonio sólo probaba el alcohol de tarde en tarde.

Un verano disponíase Aksionov a ir a la feria de Nijni, y en el momento de despedirse de su familia, su mujer le dijo:

—No te vayas hoy, Iván Dmitrich; he tenido un mal sueño que se refería a ti.

Aksionov se echó a reír y contestó:

—Tienes miedo de que cuando llegue a la feria me corra una juerga.

—No sé de qué tengo miedo; todo lo que sé es que tuve un mal sueño. Soñé que volvías de la ciudad, y cuando te quitaste la gorra vi que tu cabello había encanecido.

Aksionov rió de nuevo.

—Eso es un buen presagio. Ya verás como vendo todas mis mercancías y te traigo algunos regalos de la feria.

Y dicho esto se despidió de su familia y partió.

A mitad del camino se encontró con otro comerciante al que conocía, y aquella noche se hospedaron en la misma posada. Tomaron té juntos y luego se acostaron en habitaciones contiguas.

No era costumbre de Aksionov que se le pegaran las sábanas.

Como deseaba viajar mientras aún hiciese fresco, despertó a su cochero antes del alba y le dijo que enganchase los caballos. Luego se dirigió a la morada del dueño de la hostería, que vivía en una cabaña situada en la parte posterior, pagó la cuenta y prosiguió el viaje.

Cuando hubo recorrido algo más de cuarenta verstas, se detuvo para dar de comer a los caballos. Aksionov descansó un rato en el salón de la posada; luego salió al pórtico, mandó que le calentaran un samovar y, sacando su guitarra, se puso a tañerla.

De pronto, con gran tintineo de cascabeles, llegó una triga de la que se apeó un oficial seguido de dos soldados. Acercose a Aksionov y empezó a interrogarle, preguntándole quién era y de dónde venía. Aksionov le contestó cabalmente y le invitó:

—¿Quiere tomar una taza de té conmigo?

Pero el oficial continuó preguntándole y sonsacándole:

—¿Dónde pasó la última noche? ¿Estaba usted solo o con otro comerciante? ¿Vio usted al otro comerciante esta mañana? ¿Por qué se marchó de la posada antes del amanecer?

Aksionov se extrañaba de que le hiciese tantas preguntas, pero relató todo lo que había sucedido, y luego preguntó a su vez:

—¿Por qué me interroga como si yo fuera un ladrón o un estafador? Estoy en viaje de negocios y no hay motivo para que me interrogue así.

Entonces el oficial llamó a los soldados y dijo:

—Soy el jefe de policía de este distrito y le interrogo porque al comerciante con quien estuvo usted anoche lo encontraron degollado esta mañana. Tenemos que registrar sus pertenencias.

Entraron en la casa. Los soldados y el jefe de policía soltaron las correas del equipaje de Aksionov y lo registraron. Súbitamente el oficial sacó un cuchillo de una bolsa y gritó:

—¿De quién es este cuchillo?

Aksionov miró, y al ver que el cuchillo estaba manchado de sangre se quedó aterrado.

—¿Como es que hay sangre en este cuchillo?

Aksionov trató de contestar, pero a duras penas podía articular una palabra; sólo fue capaz de balbucir:

—No... no lo sé... no es mío.

Entonces el jefe de policía insistió:

—Esta mañana encontraron al comerciante degollado en la cama. Usted es la única persona que pudo hacerlo. La casa estaba cerrada con llave por dentro y no había nadie más allí. ¡En su bolsa ha aparecido este cuchillo con manchas de sangre, y su cara y sus ademanes le delatan! Dígame cómo lo mató y cuánto dinero le robó.

Aksionov juró y perjuró que no había sido él; que no había vuelto a ver al comerciante desde que tomaron el té juntos; que no tenía más dinero que los ocho mil rublos de su propiedad, y que el cuchillo no era suyo. Pero se le quebraba la voz, estaba pálido y su cuerpo temblaba de miedo como si fuese culpable.

El jefe de policía ordenó a los soldados que amarrasen a Aksionov y lo metiesen en el carro. Mientras le ataban los pies y lo tumbaban en el suelo del carro, Aksionov lloraba y se santiguaba. Le despojaron del dinero y las mercancías y lo llevaron a la ciudad más cercana, donde ingresó en la cárcel. En Vladimir hiciéronse pesquisas referentes a su reputación y carácter. Los comerciantes y otros vecinos de aquella ciudad declararon que en otra época solía beber y malgastar el tiempo, pero que era un buen hombre.

Aksionov fue procesado: se le acusó del asesinato de un comerciante de Riazán y de haberle robado veinte mil rublos.

Su mujer estaba desesperada y no sabía qué pensar. Sus hijos eran aún muy pequeños; el último era una criatura de pecho. Llevándoselos a todos consigo, fue a la ciudad donde estaba encarcelado su marido. Al principio no le permitieron que lo viera; pero después de mucho suplicar, obtuvo permiso de los funcionarios de la prisión y la llevaron ante él. Cuando vio a su marido con cadenas y en traje de presidiario, encerrado entre ladrones y asesinos, se desmayó y tardó largo rato en recobrar el sentido. Luego atrajo hacia sí los niños y se sentó junto a él. Le habló de cosas del hogar y le preguntó qué le había ocurrido. El se lo contó todo, y ella preguntó:

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Debemos elevar una instancia al zar pidiéndole que no permita que un inocente se pudra en la cárcel.

Su mujer le contestó que ya había enviado una súplica al zar, pero que había sido rechazada.

Aksionov no contestó; parecía deprimido. Entonces dijo su esposa:

—No en balde soñé que tu cabello había encanecido. ¿Te acuerdas?

No debiste marchar aquel día —y acariciándole el cabello con los dedos, preguntó—: Vanya, querido, dile la verdad a tu mujer, ¿fuiste tú quien lo hizo?

—¡De modo que también tú sospechas de mí! —exclamó Aksionov, y, ocultando la cara entre las manos, se echó a llorar.

En aquel momento llegó un soldado para decir que la mujer y los niños tenían que irse; y Aksionov se despidió de su familia por última vez.

Después de que se fueron, Aksionov recapituló lo que habían hablado, y al recordar que también su esposa sospechaba de él, dijo para sus adentros: «Por lo visto sólo Dios puede conocer la verdad; sólo a El debemos apelar, y sólo de El podemos esperar clemencia».

Y Aksionov no escribió más instancias; renunció a toda esperanza y se limitó a rezar a Dios.

Por fin se vio la causa. Aksionov fue condenado a la pena de azotes y a trabajos forzados en las minas. Le dieron, pues, de latigazos, y cuando las heridas causadas por el knut cicatrizaron, le llevaron a Siberia con otros penados.

Durante veintiséis años vivió Aksionov como un recluso en Siberia. Su cabello se tornó blanco como la nieve, y le creció una luenga barba, rala y gris. Toda su alegría se desvaneció; poco a poco se fue encorvando; andaba lentamente, hablaba poco y no reía jamás, pero rezaba con frecuencia.

En el presidio Aksionov aprendió a hacer botas y ganó algún dinero, con el que compró las *Vidas de los Santos*. Leía este libro mientras aún había bastante luz en la prisión, y los domingos, en la capilla de la cárcel, leía pasajes de la Biblia y cantaba en el coro, pues todavía tenía buena voz.

Las autoridades de la prisión apreciaban a Aksionov a causa de su mansedumbre, y sus compañeros de infortunio sentían gran respeto por él: le llamaban «Abuelo» y «El Santo». Cuando querían pedir algo al alcaide, siempre escogían a Aksionov como su portavoz, y cuando surgían disputas entre los presos acudían a él para que enderezase los entuertos y fallase las querellas.

Aksionov no recibió noticia alguna de su casa, y ni siquiera sabía si su mujer y sus hijos vivían aún.

Un día llegó a la cárcel una nueva remesa de penados. Por la tarde, los presos antiguos se congregaron alrededor de los nuevos y les preguntaron de qué ciudades o aldeas procedían y por qué habían sido condenados. Aksionov se sentó entre los demás, cerca de los recién llegados, y escuchó con aire abatido lo que se decía.

Uno de los nuevos convictos, un hombre alto y fuerte, como de sesenta años, con una barba gris muy corta, contaba a los otros por qué lo habían encarcelado.

—Veréis, amigos —decía—. Yo me limité a llevarme un caballo enganchado a una narria, y me detuvieron y acusaron de robo. Declaré que sólo lo había cogido para llegar antes a casa, y que después lo dejé marchar; además, el carretero era amigo mío. Así es que dije: «No hice nada malo». «Sí», me contestaron, «lo robaste.» Sin embargo, no fueron capaces de demostrar cómo y dónde lo había robado. Cierto es que una vez obré mal y que en justicia debiera estar aquí desde hace muchísimo tiempo, pero en aquella ocasión no me descubrieron. En cambio, ahora me han enviado aquí por una nadería... Je... je... No os estoy contando la verdad; ya estuve antes en Siberia, pero no por mucho tiempo.

—¿De dónde eres? —preguntó alguien.

—De Vladimir. Mi familia es de esa ciudad. Mi nombre es Macar, pero también me llaman Semionich.

—Dime, Semionich —dijo Aksionov levantando la cabeza—, ¿conoces a los comerciantes Aksionov de Vladimir? ¿Viven todavía?

—¿Que si los conozco? Claro que sí. Los Aksionov son ricos, aunque su padre está en Siberia. ¡Un pecador como nosotros, a lo que parece! En cuanto a ti, abuelo, ¿cómo viniste a parar aquí?

A Aksionov no le gustaba hablar de su infortunio. Suspiró y dijo:

—Por mis pecados llevo preso veintiséis años.

—¿Qué pecados? —preguntó Macar Semionich.

Pero Aksionov se limitó a decir:

—Bueno, bueno... ¡debo de haberlo merecido!

El mismo no habría dicho más, pero sus compañeros contaron a los recién llegados cómo había venido Aksionov a dar con sus huesos en Siberia; cómo alguien había matado a un comerciante, ocultando luego el cuchillo entre los bártulos de Aksionov, y cómo este había sido injustamente condenado.

Al oír esto, Macar Semionich miró a Aksionov, se dio una palmada en la rodilla y exclamó:

—¡Vaya! ¡Es maravilloso! ¡Verdaderamente maravilloso! ¡Pero cómo has envejecido, abuelo!

Los otros le preguntaron por qué se asombraba tanto y dónde había visto a Aksionov anteriormente; pero Macar Semionich no contestó. Se limitó a comentar:

—¡Es asombroso que nos hayamos encontrado aquí, muchachos!

Al oír estas palabras Aksionov se preguntó si aquel hombre sabría quién había dado muerte al comerciante; así pues, dijo:

—Quizá hayas oído hablar de aquel asunto, Semionich, o tal vez me hayas visto antes de ahora.

—¿Cómo no iba a oír hablar de ello? El mundo está lleno de rumores. Pero hace mucho tiempo de eso, y he olvidado lo que oí.

—¿Acaso oíste quién mató al comerciante? —preguntó Aksionov.

Macar Semionich se echó a reír y repuso:

—¡Debió de ser el dueño de la bolsa en que se encontró el cuchillo! Si alguien lo escondió allí, ya conoces el dicho: «Nadie es criminal hasta que lo atrapan». ¿Cómo iban a meter un cuchillo en tu bolsa mientras estaba debajo de tu cabeza? Sin duda te habrías despertado.

Cuando Aksionov oyó estas palabras tuvo la certeza de que aquel hombre era quien había asesinado al comerciante. Se puso en pie y se fue sin decir palabra. Durante toda aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se sentía terriblemente desgraciado, y toda clase de imágenes cruzaron por su mente. La de su mujer, tal como era cuando se separó de ella para ir a la feria. La veía como si estuviera presente; veía su cara y sus ojos, la oía hablar y reír. Después vio a sus hijos, muy pequeños, como eran en aquella época: uno envuelto en una capita, el otro al pecho de su madre. Y luego se vio a sí mismo, joven y alegre como era en aquel entonces. Recordó cómo, libre de toda preocupación, tocaba la guitarra en el pórtico de la posada donde lo arrestaron. Vio con la imaginación la plaza donde lo azotaron, al verdugo y a la gente agolpada alrededor; los grilletes, los presidiarios, los veintiséis años de su vida carcelaria y su vejez prematura. El recuerdo de todo aquello le hizo sentirse tan desdichado que estaba dispuesto a matarse.

«¡Y todo es obra de ese malvado!», pensó Aksionov. Su furia contra Macar Semionich era tan grande que ansiaba vengarse, aunque ello le costase la vida. Se pasó la noche rezando, pero no logró sosegarse. Durante el día no se acercó a Macar Semionich, y ni siquiera le miró.

Así transcurrieron dos semanas. Aksionov no podía dormir por la noche, y se sentía tan desgraciado que no sabía qué hacer.

Una noche en que vagaba por la cárcel reparó en una pella de tierra que salió rodando de debajo de una de las tablas sobre las que dormían los reclusos. Se detuvo a ver qué era. De repente, Macar Semionich surgió arrastrándose de debajo de la tabla y alzó la vista hacia Aksionov, mirándole con cara espantada. Aksionov trató de seguir su camino sin mirarle, pero Macar le asió una mano y le dijo que había cavado un hoyo bajo la pared, y que se desembarazaba de la tierra metiéndola dentro de sus botas altas, que vaciaba luego todos los días en el camino por el que conducían a los presidiarios al tajo.

—Mantén la boca cerrada, viejo, y tú también saldrás de aquí. Si te vas de la lengua me azotarán hasta quitarme la vida, pero antes te mataré.

Aksionov temblaba de ira al mirar a su enemigo. Apartó violentamente la mano y dijo:

—No quiero escapar, y no tienes necesidad de matarme. ¡Me mataste hace mucho tiempo! En cuanto a delatarte... tal vez lo haga o tal vez no, como Dios disponga.

Al día siguiente, cuando llevaban a los penados a trabajar, los soldados de la escolta se dieron cuenta de que uno de los reclusos vaciaba sus botas de la tierra que contenían. Registraron la cárcel y encontraron el túnel. El alcaide interrogó a todos los presos para descubrir quién había cavado el hoyo. Todos negaron tener el menor conocimiento del asunto. Los que estaban enterados no quisieron traicionar a Macar Semionich, pues sabían que lo azotarían hasta dejarlo medio muerto. Finalmente el alcaide se volvió hacia Aksionov, a quien tenía por un hombre recto, y le dijo:

—Tú que eres un anciano veraz, dime, en nombre de Dios, ¿quién excavó el pasadizo?

Macar Semionich, aparentando una completa indiferencia,

miraba al alcaide, sin lanzar siquiera una ojeada de soslayo a Aksionov. A este le temblaban los labios y las manos, y durante largo rato no fue capaz de articular palabra. «¿Por qué he de encubrir a quien arruinó mi vida?», pensó. «Que pague por lo que yo he sufrido. Pero si hablo, probablemente lo matarán a latigazos, y tal vez mis sospechas sean infundadas. Y, al fin y al cabo, ¿en qué me beneficiaría a mí?»

—Vamos, anciano —insistió el alcaide—, dime la verdad. ¿Quién abrió el pasadizo bajo el muro?

Aksionov miró de soslayo a Macar Semionich y repuso:

—No puedo decirlo, señoría. ¡No es voluntad de Dios que yo lo diga! Haga conmigo lo que quiera; estoy en sus manos.

Por mucho que insistió el alcaide, Aksionov no dijo más, de modo que hubo que renunciar a aclarar el caso.

Aquella noche, cuando Aksionov, acostado en su tabla, empezaba a quedarse adormilado, alguien llegó silenciosamente y se sentó sobre el catre. Escudriñó la oscuridad y reconoció a Macar.

—¿Qué más quieres de mí? —preguntó Aksionov—. ¿Por qué has venido?

Macar Semionich permaneció callado, de modo que Aksionov se incorporó y le apremió:

—¿Qué quieres? ¡Vete o llamaré al centinela!

Macar Semionich se inclinó sobre Aksionov y susurró:

—¡Perdóname, Iván Dmitrich!

—¿Qué tengo que perdonarte? —preguntó Aksionov.

—Yo maté al comerciante y escondí el cuchillo entre tus cosas. Tenía intención de matarte a ti también, pero oí ruido afuera, así que escondí el cuchillo en tu bolsa y escapé por la ventana.

Aksionov se quedó callado; no sabía qué decir. Macar Semionich se deslizó de la tarima que servía de cama y se hincó de rodillas en el suelo.

—¡Iván Dmitrich —suplicó—, perdóname! ¡Perdóname, por el amor de Dios! Confesaré que fui yo quien mató al comerciante, y a ti te pondrán en libertad y podrás volver a tu casa.

—¡Qué fácil es hablar para ti! —dijo Aksionov—. Pero yo he sufrido por tu culpa estos veintiséis años. ¿Dónde podría ir ahora?... Mi mujer ha muerto y mis hijos me han olvidado. No tengo adonde ir...

Macar Semionich permaneció arrodillado y golpeó el suelo con la frente.

—¡Perdóname, Iván Dmitrich! —gritó—. Fue más llevadero soportar los azotes con el knut que verte ahora ahí... Y, sin embargo, tú te apiadaste de mí y no me delataste. ¡En nombre de Cristo, perdóname, desventurado de mí!

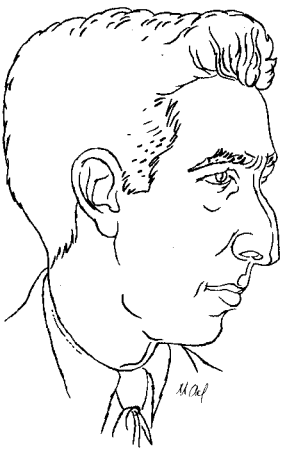
Y dicho esto prorrumpió en sollozos.

Cuando Aksionov le oyó sollozar, también él se deshizo en llanto.

—¡Dios te perdonará! —dijo—. Quizá yo sea cien veces peor que tú.

Y al pronunciar estas palabras se alivió el peso que oprimía su corazón, y su añoranza del hogar desapareció. Ya no sentía deseo alguno de dejar la prisión, y únicamente esperaba que llegase su última hora.

A pesar de lo que le dijera Aksionov, Macar Semionich confesó su culpa. Pero cuando llegó la orden de poner en libertad a Aksionov, este ya había muerto.



LOS CAIMANES

JOHN UPDIKE/ESTADOS UNIDOS

John Updike

JOAN EDISON llegó de Maryland en marzo, a mitad del quinto año. Su rostro era delgado y su expresión correspondía a la de una persona mayor. Tenía pestañas negras y largas como las de una muñeca. Todos la odiaban. Aquel mes la señorita Fritz estaba dando como tema la historia de Emmy, una niña muy mimada que siempre andaba contando a sus padres mentiras sobre su hermana gemela Annie. Parecía demasiada coincidencia; nadie sabía qué relación podría existir, pero cuando todos despreciaban más intensamente a Emmy, apareció en clase Joan, con sus vestidos llamativos, con el largo cabello cayéndole sobre el jersey en lugar de llevarlo corto o en trenzas y con su desparpajo para ponerse a discutir con cualquier profesor.

—Usted perdone —le dijo a la señorita Fritz, sin levantarse siquiera del asiento—, pero no veo la necesidad de hacer deberes. En Baltimore nunca nos obligaban a hacerlos, y allí hasta los más pequeños sabían lo que dicen estos libros.

Charlie, que hasta cierto punto disfrutaba con los deberes, se unió de buen grado al quejumbroso murmullo de los demás. La señorita Fritz frunció el ceño al oír el comentario, y Charlie sintió lástima de ella al recordar como el pasado mes de septiembre John Eberly, un poco a mala idea, derramó la purpurina sobre el suelo recién pulido; en aquella ocasión la señorita Fritz ocultó el rostro entre los brazos, apoyada en el escritorio, y rompió en sollozos. Tenía miedo de la junta escolar.

—Ahora no estás en Baltimore, Joan —respondió la señorita Fritz—, sino en Olinger, Pensilvania.

Todos los alumnos, incluido Charlie, soltaron la carcajada. Joan se sonrojó ligeramente. Nerviosa, alzó la voz para imponerse a la corriente de enemistad, pero metió aún más la pata al explicar:

—Allí, en lugar de estudiar las plantas en los libros llevábamos todos una flor que habíamos cogido nosotros mismos, la cortábamos y la observábamos al microscopio.

Tras estas palabras, la idea que los niños tenían de ella se ensombreció aún más con la imagen de grandes hojas y extrañas flores disecadas.

La señorita Fritz frunció sus labios anaranjados y después sonrió.

—En esta escuela tendrás oportunidad de hacer esos trabajos en los cursos superiores. Con paciencia todo llega, Joan.

Cuando Joan se disponía a iniciar una nueva discusión, la señorita Fritz alzó un dedo y dijo con esa gravedad que los adultos siempre guardan como reserva:

—No. Basta ya, jovencita, o de lo contrario me tendré que poner seria.

La clase se sintió reconfortada al comprobar que Joan tampoco contaba con la simpatía de la señorita Fritz.

A partir de aquel día, Joan no podía abrir la boca en clase sin que se produjese un murmullo de desaprobación. Afuera, en el patio de juegos, durante el recreo o los ejercicios para caso de incendio, o mientras esperaban a que sonase el timbre para entrar en clase por las mañanas, casi nadie le dirigía la palabra como no fuese para decirle: «Fatua», «Emmy» o «Bruja de Baltimore». Los chicos le deshacían la lazada de sus extravagantes vestidos y le arrojaban al cabello pelotillas de papel mascado. En cierta ocasión John Eberly llegó a cortarle un mechón de pelo con unas tijeras de plástico amarillas que había sacado de la clase de trabajos manuales. Fue entonces cuando Charlie la vio llorar lágrimas de verdad. El era tan malo como los demás; peor, pues los otros lo hacían porque les divertía y él, sin embargo, lo hacía siguiendo un plan calculado para ganar popularidad. En el primer año, y también en el segundo, sus relaciones con el curso habían marchado estupendamente, pero desde entonces había perdido el favor de la clase. Había una pandilla

de chicos y chicas que se reunían los sábados —solían hablar de ello los lunes— en el garaje de Stuart Morrison. Hacían excursiones y jugaban al rugby, y en invierno se deslizaban en trineos por la calle más empinada de la localidad; en primavera recorrían todo Olinger en bicicleta y hacían lo primero que se les ocurría. Charlie conocía a los cabecillas desde que entraron juntos en el jardín de infancia. Pero cuando acababan las clases, a él no le quedaba otra alternativa que marcharse rápidamente a casa, hacer los deberes, juguetear con su colección de sellos de países centroamericanos e irse él solo a ver películas de miedo. Durante los fines de semana, ganaba sistemáticamente a Darryl Johns o a Marvin Auerbach a las canicas, al ajedrez o al «palé». Tenían un año menos que él y no eran muy despabilados para su edad; ni siquiera se habría molestado en jugar con ellos de no ser vecinos suyos. Charlie pensaba que quizá le admitiesen en la pandilla si les apoyaba en todo sin que se lo pidieran.

El 5.º A daba ciencias en la clase de la señorita Brobst, al otro lado del vestíbulo, y él se sentaba justamente delante de Joan, tratando de molestarla lo más posible a pesar de que compartía con ella el sentimiento de saberse despreciado. Se dio cuenta de que no era tan lista como creía. Sus notas en los exámenes eran siempre inferiores a las suyas. Así que le dijo:

—No te sirvió de mucho cortar en trocitos todas esas flores. ¿O es que en Baltimore te enseñaron todo hace tanto tiempo que se te ha olvidado con los años?

A Charlie le gustaba dibujar. De vez en cuando hacía en su bloc, procurando que ella pudiera verlo perfectamente, un dibujo que titulaba «Joan la tonta». Era una niña de nariz afilada, boca pequeña y triste, y ojos caídos con pestañas tan espesas como podía trazarlas el lapicero; el cabello le caía en cascadas por la espalda, en unos bucles ridículos, hasta salirse del bloc.

Marzo dio paso a la primavera. Antes de que limpiaran de malas hierbas la pista de carreras y cuando todavía el campo de béisbol estaba cubierto de barro, Happy Lasker se presentó en la escuela con un complicado modelo de aeroplano en cuya construcción había derrochado todo el invierno. En los extremos de las alas llevaba la escarapela norteamericana, y dentro de la carlinga había pintado

un piloto. Funcionaba con un diminuto motor de gasolina que los sábados por la mañana atraía con su zumbido a todos los críos desde la calle Segunda hasta Lynoak. Siempre sucedía lo mismo: Happy lanzaba el avión al aire, y el aparato se elevaba con aquel molesto ruido y volaba durante un minuto; luego picaba de morro y se estrellaba. La mayoría de las veces se incendiaba en la hierba o en el fango. Pero el padre de Happy era muy rico.

En las semanas transcurridas desde su llegada, el atuendo de Joan se había ido simplificando hasta asemejarse al de las otras chicas. Una mañana se presentó en la escuela con el pelo cortado y recogido en una pequeña cola de caballo. Las carcajadas con que la recibieron fueron más estentóreas que nunca. «¡Pelona, pelona!», exclamó una niña estúpida cuando Joan entró en el cuarto de aseo, y durante toda la mañana no cesaron de repetir la misma memez en clase: «La pelona de Baltimore. ¿Por qué tiene la cara colorada nuestra querida pelona?» Y John Eberly hacía el movimiento de unas tijeras imaginarias con los dedos, mientras imitaba el sonido con la lengua. La señorita Fritz golpeó con los nudillos la repisa de la ventana hasta que tuvo que frotárselos a causa del dolor. Finalmente, envió a dos chicos al despacho del señor Lengel, lo cual causó una íntima satisfacción a Charlie.

Su reacción ante el corte de pelo de Joan había sido muy tranquila; tan sólo deseó dibujarla con su nueva fisonomía. Había guardado los otros dibujos, cuidadosamente doblados, en su pupitre, y es que por instinto le gustaba hacer colecciones completas: tebeos, sobresalientes, sellos de Costa Rica... A mitad de camino entre él y el fondo de la clase estaba Joan, muy quieta, temerosa de mover un solo dedo, con el rostro arrebolado de vergüenza. El corte de pelo hacía resaltar su frente y dejaba al descubierto su cuello; la barbilla parecía más puntiaguda y los ojos más grandes. Charlie se sentía feliz de haber nacido chico y no tener que sufrir conmociones como perder los bucles o pasar por el difícil trance de hacerse mujer. Una de las primeras preocupaciones de su vida había sido lo mucho que sufren las chicas. Esta nueva caricatura de Joan era magnífica, una verdadera obra de arte. Se la enseñó a Stuart Morrison, sentado detrás de él. Era demasiado buena para que él pudiese apreciarla; se limitó a echarle un rápido vistazo con sus ojos saltones e inexpre-

sivos. Charlie la calcó en otra hoja del bloc, dejando completamente calva a Joan. Este dibujo sí que interesó a Stuart, y lo hizo circular por toda la clase.

AQUELLA noche tuvo un sueño. Debió de ser al amanecer, porque cuando se despertó el recuerdo permanecía muy claro. Estaban en la selva. Joan llevaba una larga falda hecha jirones y nadaba en un transparente río infestado de caimanes. El, sin saber muy bien cómo, la observaba desde un árbol, y podía apreciar la gran tranquilidad con que se movían los verdes caimanes y la esbelta muchacha. Aparecían y desaparecían en la transparente superficie del agua, y el semblante de Joan tan pronto reflejaba el pánico que la invadía como una desesperanza absoluta. Su cabello flotaba suelto en las aguas y se abría en abanico cada vez que asomaba la cabeza. Charlie dejó escapar un silencioso grito de dolor. Y entonces la salvó; sin tener la sensación de haberse sumergido en las aguas, la transportaba en sus brazos. Iba en bañador, firmemente montado sobre el rugoso lomo de un caimán que se deslizaba corriente arriba bajo las sombras de gigantescos árboles, flores blancas y enredaderas, como uno de esos patines acuáticos que se ven en los reportajes cinematográficos. Parecían dirigirse hacia un puente de madera que salvaba la corriente. Se estaba preguntando cómo podrían esquivarlo cuando el río y la selva dieron paso a su cama y a su habitación. A pesar del súbito cambio, persistía, como una nota sostenida al piano, el dulce sabor y el orgullo que había sentido al salvar a la chica.

Amaba a Joan Edison. Era una mañana lluviosa, y bajo el paraguas que su madre le había obligado a llevar este descubrimiento se iba apoderando de él a medida que lo repetía una y otra vez. El amor no tenía un sabor definido, pero le agudizaba el sentido del olfato, permitiéndole diferenciar entre el olor de su impermeable de hule, sus botas de goma, los arbustos de rojas flores a lo largo de los bajos muros que delimitaban los jardines de la calle Grand e incluso el olor del barro y del musgo que crecía entre las grietas del pavimento. Le habría gustado reír, pero una pesada carga le oprimía el pecho casi a la altura de la garganta. Pensaba que no podría reír en mucho tiempo. Tenía la impresión de haber alcanzado una de esas situaciones para las que había intentado prepararle en las

clases dominicales de religión la pobre señorita West, con su pequeño bigote. *¡Quiero que Joan sea mía!*, imploró. Aquel tiempo húmedo todo lo reducía a una solemne uniformidad. Igual importancia parecía tener el autobús naranja que doblaba la esquina que los cuatro pajarillos posados en el cable del teléfono. Sin embargo él se sentía más fuerte y más ligero, como si el mundo fuese una serie de obstáculos que tenía que vencer. Si se la llevara, si la rescatara de la crueldad de los demás, retaría a la pandilla y crearía una nueva, la suya. Al principio sólo serían Joan y él, pero después irían llegando los desertores de la mezquindad y de la estupidez, hasta que su pandilla fuera más importante y el garaje de Stuart estuviese vacío los sábados. Charlie sería el rey, con su propio equipo de rugby. Todos vendrían a él pidiendo clemencia.

Su primer paso fue decir a todos los que estaban en el cuarto de aseo que amaba a Joan Edison. Teniendo en cuenta lo mucho que la odiaban, nadie pareció dar demasiada importancia al asunto. El había pensado que tendría que pelear por ella. Casi nadie se quedó a escucharle cuando empezó a contar el sueño que hubiera querido comunicar a todos sus compañeros. Aun así, aquella mañana circularía por la clase su comentario de que quería a Joan. Esto era precisamente lo que él deseaba, abrir un camino que le permitiera llegar a Joan, pero se sintió incómodo y empezó a tartamudear cuando la señorita Fritz le hizo salir al encerado.

A la hora del almuerzo, Charlie se quedó escondido en unos almacenes hasta que la vio pasar. Sabía que la chica que iba con ella, bastante fea por cierto, se desviaba al llegar a la primera bocacalle. Esperó un rato y luego corrió para alcanzar a Joan en la manzana siguiente, antes de que él mismo tuviera que cruzar y doblar la esquina para ir a su casa. Había dejado de llover y llevaba el paraguas como si fuera un fusil con la bayoneta calada. Se acercó a ella por la espalda y gritó: «¡Bang, bang!».

Joan se volvió y le miró, y Charlie, sabiendo que ella conocía su declaración, enrojeció y bajó la vista.

—¡Vaya, Charlie! —le dijo con su acento de Maryland, arrastrando las palabras—. ¿Qué haces en este lado de la calle?

Carl, el guardia, estaba apostado ante la escuela elemental para ayudar a los niños a cruzar la calle Grand. Ahora Charlie

tendría que pasar al otro lado de la avenida en la peligrosa intersección de las cinco calles que confluían en el Bend.

—Nada —contestó, y a continuación empleó la única frase que tenía preparada de antemano—: Me gusta como llevas el pelo ahora.

—Gracias —dijo ella, y se detuvo.

No cabía la menor duda de que había recibido lecciones de urbanidad en Baltimore. Sus ojos se encontraron, y la mirada de Charlie retrocedió como si se hubiese asomado a un precipicio. No obstante, en torno de Joan había espacio más que suficiente como para encontrarse a gusto, y Charlie tuvo la sensación de estar asomado a una ventana contemplando la primera nevada del año.

—También me gustaba como lo llevabas antes.

—¿Sí?

Una respuesta muy peculiar. Como también resultaba peculiar el tono moreno de su cutis. Ya había notado anteriormente, aunque nunca desde tan cerca, que cuando se ruborizaba el color dominante no era el rojo, sino un suave tinte tostado. También llevaba perfume en la ropa.

—¿Te gusta Olinger? —preguntó.

—Sí, es muy bonito.

—¿Bonito? Sí, bueno, puede que sí. En realidad no lo sé; nunca he estado en otro sitio.

Por fortuna esto le hizo gracia y se echó a reír. Pero Charlie no quiso arriesgarse a decir algo que no resultase divertido; así pues, decidió jugar con el paraguas manteniéndolo en equilibrio en la punta del dedo. Cuando vio que esto se le daba bien, empezó a caminar de espaldas y a pasarse el paraguas de una mano a otra, recortado el negro puño en los azules claros del cielo. Al llegar a la esquina donde debían separarse, le dio por imitar a un petimetre apoyándose en su bastón, con tan mala fortuna que la empuñadura se dobló de manera irreparable. El gesto de admiración de Joan, sin embargo, bien merecía aguantar la reprimenda que le echaría su madre.

Decidió acompañarla de nuevo por la tarde, a la salida de la escuela, esta vez un trecho más largo. Durante la comida no dejó de hacer proyectos. Su padre y él pintarían la bicicleta. La próxima vez que se cortara el pelo se peinaría con la raya al otro lado para que le desapareciese el remolino. Cambiaría por completo; todo

el mundo se preguntaría qué le había sucedido. Aprendería a nadar y llevaría a Joan a la presa.

Pero su entusiasmo se enfrió aquella misma tarde. Ahora que no le quitaba la vista de encima comprobó, con una sensación de náuseas, que al pasar del aula de la señorita Brobst al de la señorita Fritz, Joan no estaba sola, sino charlando animadamente con sus compañeros. También durante la clase se puso a cuchichear. Abrumado de vergüenza —una vergüenza mayor que su asombro— pensó que ya ni siquiera podría mirar a sus padres a la cara. A través del escaparate de los almacenes la vio pasear en compañía de la pandilla. Stuart Morrison y ella reían y gritaban, y Morrison estaba imitando a alguien. También vio al lerdo de John Eberly, que los seguía pegado a sus talones. Charlie los contempló hasta que se perdieron de vista tras un alto seto. No existía consuelo en su mundo derruido. Comprendió de pronto que lo que él había tomado por crueldad no era más que amor, que lejos de odiarla todos la querían desde el principio, y que incluso los más estúpidos se habían dado cuenta semanas antes que él. Y comprendió también que ella era la reina de la clase, y que por lo que a él se refería era como si no existiese.

SENTADO EN EL ESTRIBO

AZORIN (JOSE MARTINEZ RUIZ)/ESPAÑA

Azorín.

JUAN VALFLOR se había despedido ya dos veces del toreo. Volvía ahora por tercera vez al redondel. No había podido resistir la tentación. Durante el invierno no se había acordado de los toros. De tarde en tarde los amigos charlaban de toros y Juan permanecía indiferente. Los periódicos comenzaron a publicar informaciones de toros. Se celebraban las primeras corridas. Todo esplendía, rejuvenecido, en el aire. La luz era intensa y los árboles se vestían nuevo follaje. Juan Valflor se sentía fuerte y ágil. No había perdido ni la menor de sus facultades. El impulso de la primavera le arrastraba. Evocaba sin quererlo sus pasadas hazañas. La plaza, henchida de un público fervoroso, llena de luz y de colores, se le presentaba a cada momento. Y Juan se ponía triste. No podía coger un periódico en que se hablara de toros, ni podía soportar una conversación sobre el arte. Su tristeza aumentaba. En la familia observaban todos su cambio con vivísima contrariedad. Juan no podía continuar de este modo. Casi era preferible que volviese al toreo a que continuase con esta murria dolorosa. Al fin, una voz femenina le dijo:

—Torea, y pase lo que pase.

Juan repuso vivamente, como saltando de alegría:

—Toreo y no pasa nada.

JUAN VALFLOR está en el cuarto del hotel, vistiéndose para torear la primera corrida de la temporada. Con él se encontraba su íntimo amigo Pepe Inesta. Desde la muchachez, Pepe ha ayudado en todas

sus luchas a Juan. Le ayudó pecuniariamente cuando principiaba de novillero. Le ha aleccionado con sus consejos. No se aparta de él ni un minuto. Le acompaña a todas las corridas.

—Pepe —dijo Juan—, tú no me has visto todavía torear. No me has visto torear nunca. No te rías. Esta tarde me vas a ver torear por primera vez. A gusto mío no he toreado yo nunca. Y no he toreado porque no he tenido toros. No podía yo retirarme sin torear bien, aunque no fuera más que un toro. Me habéis hablado del cuarto de esta tarde. Decís que es un toro noble, claro y poderoso. Si los hechos responden a la lámina, esta tarde tú y toda la plaza me veréis torear. Juan Valflor toreará por primera vez esta tarde. ¿Te sigues riendo?

—¿No me he de reír, Juan? Tú has toreado siempre superiormente. ¿El toro de esta tarde? ¿El toro cuarto? Un gran toro. *Careto* es un toro soberbio.

Juan Valflor hizo un movimiento brusco al ponerse las medias, y un espejito de mano que había sobre la mesa cayó al suelo y se hizo pedazos. Juan y Pepe quedaron absortos. Durante unos instantes reinó en la estancia un silencio profundo.

Pepe continuó luego hablando. No daba importancia al accidente. Juan había olvidado ya la aciaga rotura. La conversación proseguía cordial y animada. Un perro se puso a aullar en la casa de enfrente. Su aullido era largo, triste, plañidero. En los primeros instantes, ni Juan ni Pepe advirtieron tan fúnebres aullidos. La persistencia en el ladrar hizo que los dos amigos pararan su atención en el hecho. En el silencio resonaban malagoreros los ladridos del can. Pepe salió un momento del cuarto y volvió al cabo de un rato.

—¿No podías hacer que callara ese perro? —dijo Juan.

—Ya he mandado recado —contestó Pepe—; pero resulta que los dueños de la casa se han marchado y han dejado el perro en el balcón.

El tiempo pasaba. Se iba acercando la hora de la corrida. La expectación en toda la ciudad por ver a Juan Valflor era enorme. Los pasillos del hotel estaban llenos de amigos y admiradores que aguardaban a que Juan acabara de vestirse para irle acompañando a la plaza. Pepe había dado orden terminante de que no entrase nadie en el cuarto. El perro continuaba aullando lúgubremente. La alegría

con que antes se deslizaba la conversación de los dos amigos había cesado. Juan se iba vistiendo con movimientos lentos. Había en el ambiente algo que causaba tenaz preocupación.

De pronto, la puerta se abrió y se precipitó en el cuarto un caballero que se arrojó en los brazos de Juan. Era un antiguo e íntimo amigo, a quien Juan no había visto desde hacía muchos años. Cuando se separaron, Juan pasó por su amigo la vista de arriba abajo y vio que iba vestido de riguroso luto. Se le había muerto a este caballero un deudo cercano hacía poco tiempo. No sabía Juan lo que decir. Pepe no decía nada. Callaba el recién venido. En este denso y embarazoso silencio los persistentes aullidos del perro resaltaban trágicamente. Todo había cambiado ya. Juan no era el mismo. Ni Pepe era el mismo. A veces Pepe, violentamente, con alegría forzada, soltaba algún chiste. No se reía nadie. Otras veces, venciendo su emoción, evocaba recuerdos pasados. Nadie le secundaba en la charla. La hora de partir estaba próxima. Faltaban sólo algunos momentos para abandonar el cuarto. El caballero enlutado había desaparecido. Ante el espejo, Juan daba los últimos toques a su atavío. Durante un instante, al volverse del espejo, Juan se encontró cara a cara con Pepe. Fue este un momento largo, interminable, eterno. Los dos entrañables amigos parecía que se estaban viendo por primera y por última vez. Lo que Juan estaba pensando no quería decirlo. Y Pepe, por nada del mundo hubiera dicho lo que él tenía en este minuto en el cerebro. Lentamente, sin quererlo ni uno ni otro, avanzó el uno hacia el otro y se fundieron en un estrechísimo y silencioso abrazo.

En la puerta resonaron unos golpes.

—En marcha —dijo Juan.

Y dejaron el cuarto. En el pasillo, el tropel de los admiradores envolvía a Juan. El cariño y el halago afectuoso de todos lograron atenuar momentáneamente la preocupación penosa de Juan. Aquí estaba ya Juan Valflor, el gran torero, el único. Y se encontraba dispuesto a torear, bien toreado, como no había toreado nunca, a ese toro que había de saltar al redondel en cuarto lugar. Sí, se despedía para siempre, con esta temporada, de los toros. Pero se despedía después de haber toreado bien al menos un solo toro. Los demás no contaban. Y ya en el automóvil, camino de la plaza, bajo

el cielo azul, al pasar raudo por la calle, la mirada de Juan se detuvo un instante en una mancha negra. Al mismo tiempo, Juan se estremecía profundamente. Lo había olvidado todo y todo volvía. La mancha negra era un féretro. El entierro se cruzaba un momento con el coche, camino de la plaza. Y de nuevo Pepe y Juan sintieron en el espíritu un peso formidable. La plaza estaba atestada de un público pintoresco y clamoroso. En el momento de despedirse de Pepe, Juan dijo en voz baja, casi imperceptible:

—Pepe, daría cualquier cosa por no torear esta tarde.

Estaba ya Juan en el redondel. Había tirado con desgaire su rico capote de paseo a una barrera. Desde tendidos le saludaban a voces. Había hecho el paseo de un modo desgarbado. Parecía que se le desmadejaban los miembros. Pero en este momento de abrir el capote por primera vez ante el toro, Juan era otro. Se había transformado. De desmañado y caído se había trocado en un hombre rígido, apuesto, señoril en todos sus ademanes. Despacio, con elegancia insuperable, parados los pies, Juan, en la cabeza del toro, iba llevando a este suavemente de un lado para otro entre los pliegues de la tela. Su primer toro lo toreó bien. Llegó el cuarto.

El toro salió lentamente del toril y se paró con la cabeza alta en medio de la plaza. Su actitud era soberbia. El magnífico animal entusiasmó a todos. La plaza entera vibraba de pasión. Y allí estaba Juan, reposado, elegante, con un gesto de supremo estoicismo. Con ese mismo gesto lento cogió la muleta y el estoque. El momento supremo había llegado. En la plaza se produjo un profundo silencio. Arriba, el cielo purísimo esplendía en su azul. Los primeros trasteos arrancaron ovaciones entusiásticas. Juan Valflor no había toreado nunca como toreaba ahora. Dueño de sí mismo y dueño del toro, sin alegrías inoportunas, sobriamente, con elegancia austera, el gran torero jugaba con el noble animal. La muleta pasaba y repasaba y las astas del toro cruzaban bajo los brazos de Juan. Y, de pronto, sobrevino la tragedia.

Juan estaba con la muleta desplegada a un paso del toro. En la barrera que ocupaba Pepe Inesta se produjo un ligero rumor. Los espectadores cercanos a Pepe se levantaban y le rodeaban. Juan se apartó del toro y fue hacia la barrera. Transcurrieron unos minutos de confusión. Al fin se vio que se llevaban a Pepe entre varios espec-

tadores. Comprendió Juan lo que había sucedido. Las voces de los circunstantes lo decían.

—¿Ha muerto Pepe? —preguntó Juan a uno de los peones—. Dime la verdad. No me engañes.

—Sí —repuso el peón—. Ha muerto.

Juan Valflor estaba intensamente pálido. Impasible, más erguido que antes, volvió al toro y continuó la faena. El silencio en la plaza era imponente. Juan Valflor, pálido, inmóvil, citó a recibir y consumó la suerte de un modo prodigioso. El toro se desplomó en el acto. En la plaza resonó una ovación delirante. Bajó Juan la cabeza y levantó la muleta en señal de saludo. Lentamente se fue al estribo, se sentó, puso los codos en los muslos, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar como un niño.

MATERNIDAD

LILIKA NAKOS/GRECIA

Lilika Nakos

HACÍA MÁS de un mes que estaban en Marsella, y el campo de refugiados armenios, en las afueras de la ciudad, parecía ya un pueblecito. Se habían instalado como habían podido; los más ricos en tiendas, otros en derruidos cobertizos, pero la gran mayoría, como no encontrara nada mejor, se refugió bajo alfombras sostenidas con palos en las cuatro esquinas. Si podían conseguir unas sábanas para colgar por los lados y mantenerse al abrigo de miradas fisgonas, se consideraban muy afortunados y poco menos que en su casa. Los hombres encontraron trabajo, no importa de qué tipo, pero lo suficiente para no morirse de hambre y poder dar algo de comer a sus pequeños.

De todos ellos, el único que no podía hacer nada era Mikali. Comía el pan que los vecinos le ofrecían aunque le daba apuro, ya que era un muchacho de catorce años, robusto y lleno de salud. Pero, ¿cómo iba a buscar trabajo si llevaba literalmente sobre sus espaldas la carga de un recién nacido? Desde la venida al mundo de la criatura, que había causado la muerte de su madre, no paraba de llorar de hambre de la mañana a la noche. ¿Quién aceptaría los servicios de Mikali si hasta sus compatriotas lo habían echado de su lado porque no podían sufrir los incesantes alaridos que les mantenían en vela toda la noche? El propio Mikali estaba trastornado por aquellos llantos. Sentía vacía la cabeza y vagaba como alma en pena, muerto de sueño y de cansancio, pero siempre arrastrando con él la ensordecedora carga que, para su desgracia y la de la propia

criatura, había elegido tan mal momento para llegar al mundo. Todos le escuchaban impacientes, pues eran muchos los problemas particulares de cada uno, y en el fondo deseaban que se muriese para bien de todos. Pero las cosas no iban por esos derroteros, ya que el recién nacido luchaba con desesperación por vivir y pregonaba su hambre ruidosamente. Las mujeres, enloquecidas, se tapaban los oídos, y Mikali iba de aquí para allá como un beodo. No tenía un céntimo en el bolsillo para comprar leche para el bebé y ninguna de las mujeres del campamento estaba en condiciones de darle el pecho. ¡Lo bastante para volver loco a cualquiera!

Cierto día, incapaz de resistir más, Mikali se dirigió al otro extremo del lugar, donde se encontraban los anatolios —también ellos habían huido de las matanzas turcas en el Asia Menor. Le habían dicho a Mikali que había entre ellos una madre que estaba criando y que probablemente se compadecería de su bebé. Así pues, allá se dirigió lleno de esperanzas. El campamento era igual que el suyo, con la misma miseria. Las ancianas estaban agachadas en jergones sobre el suelo; los niños, descalzos, jugaban en los charcos de agua sucia. Se le acercaron varias viejas para saber qué quería, pero él no se detuvo hasta llegar a la puerta de una tienda de la que pendía un icono de la Virgen y en cuyo interior se oía el llanto de un crío.

—En el nombre de María Santísima—dijo en griego—, ten piedad de este pobre huérfano y dale un poco de leche. Yo soy un pobre armenio...

A su llamada apareció una mujer morena de gran belleza. En sus brazos sostenía un rorro que mamaba con gran fruición y que tenía los ojos medio entornados.

—Veamos a la criatura, ¿es niño o niña?

El corazón de Mikali se estremeció de alegría. Varios vecinos se habían acercado para mirar y ayudarle a descargar de las espaldas el saco donde iba el bebé. Todos se arremolinaron con curiosidad, y él levantó la toquilla. Las mujeres lanzaron alaridos de terror. El crío no tenía nada de humano. ¡Parecía un monstruo! La cabeza era enorme y el cuerpo, increíblemente flaco, estaba completamente arrugado. Como hasta entonces sólo había chupado su dedo gordo, lo tenía hinchado y ya no le cabía en la boca. ¡Era un espectáculo horrible! El mismo Mikali retrocedió espantado.

—¡Virgen Santa! —exclamó una de las viejas—, pero si es un vampiro, un auténtico vampiro. Aunque tuviera leche para darle de mamar no tendría valor para hacerlo.

—Un anticristo —confirmó otra al tiempo que se santiguaba—, un auténtico hijo del turco.

Otra vieja comadre se acercó al grupo, y al ver al recién nacido chilló con desesperación:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Es el mismo diablo! —y volviéndose a Mikali le gritó—: ¡Fuera de aquí, hijo de la desgracia! No vuelvas a poner los pies en este lugar. ¡Nos vas a traer mala suerte!

Y todos le echaron con amenazas. Sus ojos se inundaron de lágrimas y se marchó con el pequeño sollozando de hambre entre sus brazos.

No había nada que hacer. El bebé estaba condenado a morir de inanición. El propio Mikali se sentía terriblemente solo y perdido. Sólo de pensar que llevaba a cuestas tal monstruo, un escalofrío recorría su espina dorsal. Se tumbó a la sombra de un cobertizo. Todavía hacía mucho calor. Ante él se extendía una interminable zona yerma y desolada cubierta de inmundicias. De algún lado le llegó el sonido de las campanas del mediodía, y esto le hizo recordar que no había probado bocado desde el día anterior. Tendría que merodear solapadamente por calles y terrazas de cafés para hurtar algún panecillo a medio comer o hurgar entre la basura en busca de algo que hubieran despreciado los perros. Por un momento, la vida le apesadumbró tanto que se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar desesperado.

Al levantar la cabeza, vio a un hombre parado delante de él que le observaba. Mikali reconoció al chino que iba con frecuencia al campamento a vender baratijas de papel y amuletos que nadie le compraba. A menudo se reían de él por el color de su piel y sus ojos oblicuos. Los muchachos le perseguían gritando: «El chino Li-Link es un guarrín».

Mikali notó que le miraba curiosamente y que sus labios se movían como si quisiese hablarle. Finalmente, el chino dijo:

—No llores, muchacho... —y con gran timidez añadió—: Ven conmigo...

La única respuesta de Mikali fue mover negativamente la cabeza.

Le hubiera gustado desaparecer. ¡Había oído tantos horrores sobre la crueldad de los orientales! En el campamento habían llegado a decir que tenían la costumbre —como los judíos— de robar niños cristianos para matarlos y beber su sangre.

No obstante, el hombre permanecía expectante, y el angustiado Mikali decidió seguirle. ¿Qué podía ocurrirle que fuera peor que la situación en que se hallaba? A medida que caminaba, su debilidad le hacía tropezar a cada paso, y más de una vez estuvo a punto de dar en tierra con el crío. El chino se acercó a él, cogió en brazos al bebé y lo estrechó tiernamente contra su pecho.

Atravesaron varios solares hasta llegar a un callejón que los llevó hasta una especie de cabaña de madera rodeada por un jardincito. El chino se paró ante la puerta y dio unas palmadas. Se oyeron unos pasos ágiles en el interior, y una mujer menudita abrió la puerta. Al ver a los hombres, su rostro se ruborizó y luego se iluminó con una sonrisa de felicidad, al tiempo que les hacía una rápida reverencia. Pero como Mikali permaneciera dubitativo en el umbral, el chino le dijo:

—Entra, no tengas miedo. Es mi mujer.

Mikali entró en la habitación. Era más grande de lo que parecía. Estaba dividida en el centro por un biombo de papel pintado. Todo estaba muy limpio y ordenado, aunque tenía un aspecto muy pobre. En una esquina descubrió una cuna de paja.

—Es mi hijo —dijo la joven, ladeando con gracia la cabeza para sonreírle—. Es tan pequeño como hermoso. ¡Ven a verle!

Mikali se acercó y le contempló en silencio. Era un bebé gordinflón, de pocos días, y dormía plácidamente, tapado con un paño de brocado de oro, como un principito.

Poco después, el marido llamó a su mujer, le ofreció asiento en una esterilla y, sin pronunciar una palabra, colocó en su regazo al pequeño hambriento, haciendo una profunda reverencia ante ella. La mujer se inclinó con sorpresa, y al levantar la toquilla que arropaba al bebé pudo contemplarlo en todo su esquelético horror. Dio un grito, un grito de infinita piedad, estrechó a la criatura contra su seno y le dio el pecho. Luego, con un gesto de recato, se tapó con el borde del vestido, cubriendo el seno hinchado de leche y al pequeño glotón que se afanaba en su tarea.

EL JOVEN ARQUIMEDES

ALDOUS HUXLEY/GRAN BRETAÑA

Aldous Huxley

Fue la vista lo que nos decidió a alquilarla, si bien era innegable que la casa tenía sus inconvenientes. Estaba bastante lejos de la ciudad y no tenía teléfono. El alquiler era muy caro y los desagües deficientes. En las noches de viento, cuando los cristales mal ajustados en las ventanas traqueteaban, la luz eléctrica solía irse por alguna razón misteriosa, dejándole a uno en ruidosa oscuridad. Había un excelente cuarto de baño, pero la bomba eléctrica, que teóricamente debía elevar el agua de lluvia desde los tanques instalados en la terraza, no funcionaba. Con asombrosa puntualidad, todos los otoños se secaba el pozo de agua potable. Y nuestra casera mentía y nos timaba.

Pero estos son los pequeños inconvenientes de todas las casas alquiladas en cualquier parte del mundo. Para Italia no eran, en verdad, muy graves. He visto muchas casas con todos estos y cien más, sin tener las ventajas de la nuestra: el jardín orientado hacia el mediodía, así como la terraza para poder disfrutar en invierno y primavera, las amplias y frescas habitaciones protegidas de los calores del estío, el aire que corría en la cima de la colina, la ausencia de mosquitos y, finalmente, la vista.

¡Y qué vista! O mejor, ¡qué sucesión de vistas! Cada día eran diferentes. Había días de otoño en que los valles se llenaban de niebla y las cumbres de los Apeninos surgían misteriosas de la planicie de un lago blanco. Había días en que la niebla invadía la cima de nuestra colina y nos veíamos envueltos en un suave vapor, y los

únicos puntos firmes y definidos de nuestro pequeño y vago mundo eran dos altos cipreses negros que crecían en una pequeña terraza saliente a unos treinta metros cuesta abajo. Se alzaban negros y afilados, robustos cual gemelas columnas de Hércules en el confín del mundo conocido; más allá, tan sólo había nubes pálidas.

Eso era en los días de invierno; pero había días de primavera y otoño, días de azul permanente, sin una sola nube, y otros aún más bellos, constantemente cambiantes a causa de las descomunales y flotantes masas de vapor que paulatinamente se iban desenvolviendo contra el pálido y límpido azul del cielo, por encima de las lejanas crestas nevadas. El sol aparecía y desaparecía tras las nubes, y la ciudad, abajo en el valle, tan pronto desaparecía en la sombra hasta casi esfumarse como resplandecía con brillo propio, cual piedra preciosa engastada entre colinas.

Había días en que el aire estaba húmedo de haber llovido o de próximas lluvias; entonces desaparecían las distancias y todo parecía cercano y nítido. Los olivos se diferenciaban unos de otros perfectamente en las lejanas laderas; las distantes aldeas resultaban preciosas y conmovedoras como las más exquisitas miniaturas.

Había días en verano, cuando amenazaba tormenta, en que las casas blancas y las colinas, resplandecientes, iluminadas por el sol, recortándose contra una masa de nubes negras y purpúreas, brillaban con un fulgor incierto, con un esplendor moribundo, como al borde de alguna pavorosa calamidad.

¡Cómo se transformaban las colinas! Resultaban distintas cada día, cada hora. Había momentos en que al mirar en dirección a la llanura de Florencia el paisaje carecía de profundidad; era como un telón pintado sin perspectiva alguna con los símbolos de unas montañas esquemáticas. Cambiante en su belleza, el ancho paisaje conservaba siempre una calidad humana y familiar que lo hacía, al menos desde mi punto de vista, el más idóneo para vivir. Día tras día, uno recorría sus diferentes maravillas, pero siempre resultaba un viaje a través de la civilización. En cada montaña, ladera escarpada o profundo valle se aprecian las huellas del hombre. Despojado de sus frondosos bosques, sembrado, terraplenado y cultivado casi hasta las cimas de las montañas, el paisaje toscano resulta humanizado y seguro.

Me pareció que esta casa en lo alto de la colina era el lugar ideal para vivir, pues se podía gozar de la soledad que uno quisiera, aunque los vecinos más próximos vivían muy cerca. En realidad teníamos dos grupos de vecinos, casi en la misma casa con nosotros. Uno lo constituía la familia campesina que vivía en una construcción alargada y baja, mitad vivienda, mitad establos, contigua a la villa. Nuestros otros vecinos, tan sólo intermitentes, porque no se aventuraban a salir de Florencia para ir a la colina más que de cuando en cuando, eran los propietarios de la villa, que se habían reservado para ellos el ala más pequeña del descomunal caserón en forma de L.

Resultaban una pareja curiosa nuestros caseros. El marido, anciano, encanecido, descuidado, tembloroso, tenía por lo menos setenta años; la *signora*, de unos cuarenta, bajita, regordeta, con pies y manos diminutos y unos ojos muy grandes y muy negros. Si hubiera resultado posible canalizar su vitalidad, sin duda habría proporcionado energía eléctrica para una ciudad entera. Es enorme la cantidad de energía vital que almacenan las mujeres desocupadas y de temperamento sanguíneo, y que generalmente emplean de modo deplorable, entremetiéndose en asuntos ajenos, organizando escenas emocionales, pensando en el amor y haciéndolo y molestando a los hombres hasta hacer que no puedan proseguir su trabajo.

La *signora* Bondi quemaba su energía residual, entre otras formas, «timando» a sus inquilinos. El anciano caballero, que era un comerciante retirado de intachable reputación, no estaba autorizado para tratar con nosotros. Cuando vinimos a ver la casa, nos la enseñó su esposa. Fue ella la que con un derroche de amabilidad, con su irresistible caída de ojos, se explayó sobre las maravillas del lugar, entonó loas a la bomba eléctrica, glorificó el cuarto de baño (a la vista del cual, insistió ella, la renta era notablemente moderada), y cuando sugerimos la posibilidad de llamar a un perito para que inspeccionase la casa, nos rogó encarecidamente que no gastásemos sin necesidad nuestro dinero. «Después de todo», manifestó, «somos personas honradas. Ni en sueños se me pasaría por la imaginación alquilarles la casa si no estuviera en perfectas condiciones. ¡Tengan confianza!» Me miró con una expresión apenada, suplicante, en sus magníficos ojos, como pidiéndome que no la ofen-

diera con mi vulgar desconfianza. Y sin darnos tiempo para continuar discutiendo el asunto, comenzó a alabarnos a nuestro hijo, diciendo que era el ángel más hermoso que había visto en su vida. Cuando nuestra entrevista con la *signora* Bondi tocaba a su fin, estábamos decididos a alquilar la casa.

—¡Qué mujer tan encantadora! —dije al salir. Pero creo que Elizabeth no estaba tan segura como yo.

Después comenzó el episodio de la bomba.

La tarde de nuestra llegada a la casa, conectamos la electricidad. La bomba soltó un zumbido muy profesional, pero de los grifos del cuarto de baño no salió una sola gota. Nos miramos dominados por la duda.

—¿Encantadora? —dijo Elizabeth arqueando las cejas.

Solicitamos varias entrevistas, pero siempre sucedía que por una razón u otra el anciano caballero no podía recibirnos, y la *signora* estaba siempre fuera o indispuesta. Dejamos recados escritos, pero quedaron sin contestación. Finalmente, llegamos a la conclusión de que la única forma de comunicarnos con nuestros caseros, que vivían en la misma casa que nosotros, era bajar a Florencia y enviarles una carta certificada y urgente. Al entregársela tenían que firmar dos recibos diferentes, así no habría disculpas, como con las notas o las cartas corrientes, de que no las habían recibido. Por fin empezamos a recibir respuestas a nuestras quejas. La *signora*, que escribía todas las cartas, comenzó por decirnos que era perfectamente lógico que no funcionase la bomba porque las cisternas estaban vacías a consecuencia de la larga sequía. Tuve que andar cinco kilómetros hasta la estafeta de correos a fin de certificar mi carta recordándole que había habido una violenta tormenta el pasado miércoles y que, por tanto, los depósitos estaban más que mediados. Llegó la respuesta; en el contrato no se garantizaba el agua del baño, y si la deseaba, ¿por qué no había hecho examinar la bomba antes de alquilar la casa? Otra caminata hasta la ciudad para informar a la *signora* de la casa contigua que la existencia de un cuarto de baño en una casa constituía una implícita garantía de que habría agua para este servicio. La respuesta fue que la *signora* no podía seguir manteniendo correspondencia con personas que le escribían con tal falta de delicadeza. Después de esto, puse el asunto en manos de

un abogado. Dos meses más tarde cambiaron la bomba. Pero tuvimos que notificar la orden judicial a la señora antes de que accediera, y el costo fue bastante elevado.

Cierto día, hacia el final de este episodio, me encontré con el anciano caballero en la carretera. Paseaba a su gran perro blanco, aunque quizá fuera el can quien le sacase a pasear a él, pues el anciano se veía obligado a seguir la dirección en que tiraba el perro. Cuando se paraba, el anciano tenía que esperar. Pasé delante de él, que pacientemente esperaba a un lado de la carretera mientras el perro olfateaba las raíces de un gran ciprés al tiempo que gruñía muy indignado. El viejo *signor* Bondi esperaba atraillado al perro. Apoyado en su bastón, contemplaba el paisaje con mirada perdida y triste. El blanco de sus ojos cansados había perdido color, y más parecían vetustas bolas de billar. Su bigote blanco, desigual y amarillento en los bordes, caía en una melancólica curva. En su corbata negra llevaba prendido un grueso diamante; quizá fuera eso lo que más había atraído de él a la *signora* Bondi.

Me quité el sombrero al acercarme. El anciano me miró distraído, y ya le había adelantado cuando se dio cuenta de quién era.

—¡Espere! —me gritó—. ¡Espere! —y se apresuró a bajar el pequeño tramo de carretera que nos separaba. Superlativamente sorprendido, el perro se dejó llevar—. ¡Espere!

Esperé.

—Mi querido señor —dijo el anciano, sujetándome por la solapa de la chaqueta—, deseo disculparme. —Miró a su alrededor, como temeroso de que incluso allí pudiera ser escuchada su conversación—. Deseo disculparme —prosiguió— por el asunto de la bomba estropeada. Le aseguro que si hubiera dependido de mí solamente, habría solucionado el asunto tan pronto como usted lo pidió. Pero a mi esposa —al decir esto bajó la voz— le gusta este tipo de cosas, aun a sabiendas de que está equivocada y de que tiene que perder. Y además esperaba, ¡me imagino!, que se cansarían de reclamar y terminarían efectuando la reparación por su cuenta. Ahora ya está convencida de que hay que hacerlo. Dentro de dos o tres días tendrán agua en el baño. No obstante, he pensado que me gustaría decirle cuánto... —Mas el perro, recuperado de la sorpresa inicial, se lanzó gruñendo cuesta arriba. El anciano trató de sujetarle por la correa,

pero se tambaleó inseguro, cedió y finalmente se dejó arrastrar—... lamento —y continuó mientras se iba alejando— este pequeño incidente... —Pero era inútil—. Adiós —sonrió con cortesía, hizo un ademán ligeramente implorante y se entregó por completo al perro.

Efectivamente, una semana más tarde comenzó a correr el agua, y al día siguiente a nuestro primer baño la *signora* Bondi vino a visitarnos, vestida con un traje de raso gris tórtola y luciendo todas sus perlas.

—¿Paz? —preguntó con encantadora campechanería mientras nos daba la mano.

Le aseguramos que, por lo que a nosotros concernía, efectivamente estaban hechas las paces.

—Pero ¿por qué me han escrito esas cartas tan terriblemente descorteses? —nos dijo mirándome con reproche—. Y luego aquel mandamiento judicial... ¿Cómo pudo hacer usted eso? A una señora...

Mascullé algo acerca de la bomba y de nuestra necesidad de bañarnos.

—Pero ¿cómo podía esperar que le escuchase? ¿Por qué no intentaron solucionarlo de forma diferente? Con delicadeza y buenos modos... —Me sonrió al tiempo que entornaba sus trémulos párpados.

Consideré preferible cambiar de conversación, ya que es desagradable que le hagan a uno parecer equivocado cuando se está en lo cierto.

Unas semanas más tarde recibimos una carta, debidamente certificada y urgente, en la que la *signora* nos preguntaba si pensábamos renovar el contrato (que era sólo por seis meses), al mismo tiempo que nos notificaba que, en caso afirmativo, el alquiler se elevaría un veinticinco por ciento, a consecuencia de las mejoras efectuadas. Nos consideramos muy dichosos, después de mucho regatear, al obtener la renovación del contrato durante un año con un aumento de la renta de sólo el quince por ciento.

Fue principalmente a causa de la vista por lo que transigimos con tan intolerable extorsión. Pero a los pocos días de vivir en la casa ya teníamos otras razones para encontrarnos a gusto. De todas ellas, la más poderosa era haber encontrado el perfecto compañero de

juegos para nuestro hijo en el menor de los hijos del colono. Entre el pequeño Guido, así se llamaba, y el menor de sus hermanos o hermanas había una diferencia de seis o siete años. Sus dos hermanos mayores trabajaban con su padre en el campo; después de la muerte de su madre —dos o tres años antes de que los conociéramos—, la hermana mayor llevaba la casa. La más joven, que acababa de dejar la escuela, se encargaba de Guido, quien por entonces, sin embargo, apenas si necesitaba que velasen por él; contaba entre seis y siete años y era tan precoz, tan seguro de sí mismo y responsable como lo son, en general, los hijos de los pobres, dejados a su aire casi desde que pueden dar los primeros pasos.

Aunque tenía dos años y medio más que el pequeño Robin, y a esa edad treinta meses representan el volumen experimental de media vida, Guido no se aprovechaba de su superior inteligencia y fuerza. No he visto jamás un niño más tolerante, paciente y menos tirano. No incordiaba o amenazaba a su pequeño compañero; por el contrario, le ayudaba cuando tenía dificultades y le explicaba lo que no comprendía. Robin le adoraba y le imitaba servilmente.

Los heroicos esfuerzos de Robin, generalmente infructuosos, por ejecutar las demostraciones de fuerza y habilidad que Guido efectuaba con facilidad resultaban de lo más cómico. Y sus cuidadosas y prolongadas imitaciones de las costumbres y gestos de Guido no eran menos divertidas. Las más jocosas eran las que pretendían reflejar a Guido cuando se quedaba pensativo, quizá por lo incongruente del imitador. Guido era un niño de lo más reflexivo, muy dado a abstraerse repentinamente. A veces se le encontraba uno sentado en un rincón, con la barbilla apoyada en la mano, el codo o la rodilla, sumido, según todas las apariencias, en la más profunda de las meditaciones. En ocasiones, en medio de sus juegos, súbitamente los interrumpía y permanecía quieto, con las manos a la espalda y el ceño fruncido, mirando fijamente al suelo. Cuando esto sucedía, Robin se quedaba intimidado y un tanto inquieto. Perplejo y silencioso, miraba a su compañero y en voz muy baja le decía: «Guido, Guido». Pero generalmente Guido estaba demasiado preocupado para contestarle, y Robin, no osando insistir, se acercaba silenciosamente y, adoptando una posición lo más idéntica posible a la de Guido, intentaba meditar también. Pero al minuto comenzaba a

impacientarse: la meditación no era su fuerte. «Guido», gritaba cada vez más alto, «¡Guido!» Y le tomaba de la mano intentando llevárselo a tirones. En ocasiones Guido abandonaba su ensueño y volvía al juego interrumpido, pero en otras no prestaba la menor atención. Robin, melancólico y perplejo, no tenía más remedio que irse a jugar solo. Y Guido, de pie o sentado, continuaba estático en la misma posición, y sus ojos, al contemplarlos, eran de una belleza singular en su grave y pensativo reposo.

Eran unos ojos grandes, muy separados y, cosa extraña en un niño italiano de cabellos oscuros, de un azul grisáceo muy pálido y luminoso; pero no siempre estaban en reposo y graves. Cuando jugaba, hablaba o reía, se iluminaban, y la superficie de aquellos dos claros y pálidos lagos de meditación parecía agitarse con oleadas de refulgente sol. Sobre los ojos, una hermosa frente alta y despejada se arqueaba en una curva que era como la sutil curva de un pétalo de rosa. La nariz era recta, la barbilla pequeña y algo afilada. La boca de comisuras caídas, ligeramente triste.

Tengo una instantánea de los dos niños sentados en la balaustrada de la terraza. Guido está sentado casi frente a la cámara, pero con la mirada sesgada y hacia abajo. Tiene las manos cruzadas sobre las piernas y su expresión es grave y meditabunda. Es el Guido de esos momentos de abstracción en que solía entrar, incluso en medio de sus risas o juegos, súbitamente y de forma tan absoluta, como si de repente se le hubiera metido en la cabeza marcharse y hubiera dejado atrás su hermoso y silencioso cuerpo, como una casa vacía esperando su regreso. Junto a él está sentado el pequeño Robin, con la cabeza vuelta, para mirarle, y el rostro medio desviado de la cámara, pero por la curva de la mejilla se nota que está riendo; una de sus manitas agarra la manga de Guido, como si le invitase a ir a jugar. Las piernas colgando de la balaustrada dan la sensación de impaciente balanceo, está a punto de tocar el suelo y salir corriendo al jardín para jugar al escondite. Todas las características fundamentales de ambos niños están recogidas en la foto.

«Si Robin no fuera Robin», solía decir Elizabeth, «casi desearía que fuera Guido.»

Y yo estaba de acuerdo. Guido me parecía uno de los niños más encantadores que jamás había conocido.

Pero no éramos los únicos en admirarle. La *signora* Bondi, que venía a visitarnos en los intervalos entre disputa y disputa, hablaba de él constantemente. «Qué niño tan hermoso, ¡qué hermosura!», pregonaba con entusiasmo. «Es una pena que sea hijo de campesinos que no pueden vestirle debidamente. Si fuera hijo mío le vestiría de terciopelo negro; o con un pantaloncito blanco y un jersey de punto de seda blanca; o quizá un traje blanco de marinero sería ideal. Y en invierno un abriguito de piel y tal vez unas botas rusas...» Y su imaginación volaba. «Le dejaría crecer el pelo, como a un paje, y le rizaría un poco las puntas. Todo el mundo se volvería a mirarlo, y lo llevaría conmigo a la Via Tornabuoni.»

«Lo que usted desea», me hubiera gustado decirle, «no es un niño, sino una muñeca mecánica o un mono amaestrado.» Pero no lo dije, en parte porque no encontraba el equivalente en italiano de *muñeca mecánica*, y en parte porque no quería arriesgarme a que me aumentase otro quince por ciento la renta.

—¡Ah!, si yo tuviera un niño como ese. —Suspiró y entornó los ojos con humildad—. Me chiflan los niños. A veces pienso en adoptar uno, siempre que mi marido me lo permitiera. —Y durante unos segundos permaneció en silencio, como dándole vueltas a una nueva idea.

Unos días más tarde, estábamos sentados en el jardín después del almuerzo tomando café, y el padre de Guido, en vez de pasar de largo tras el alegre ¡buenos días! acompañado de una inclinación de cabeza, se detuvo y comenzó a hablarnos. Era un hombre guapo y atractivo, no muy alto pero bien proporcionado, de gran viveza y elasticidad en sus movimientos, lleno de vida. Su rostro, enjuto y moreno, estaba iluminado por los ojos grises de mirada más inteligente que jamás haya visto. Cuando intentaba sacar algo a uno o engañarle, lo cual era bastante frecuente, adoptaba una apariencia de infantil inocencia o de total franqueza y sus ojos brillaban con malicia, deleitándose en ello.

Sin embargo, hoy no había ese brillo peligroso en sus ojos. No deseaba nada de nosotros, nada de valor: sólo consejo, un artículo del que la mayoría de la gente está deseando deshacerse. Pero quería consejo sobre un asunto que para nosotros era extremadamente delicado: la *signora* Bondi. Carlo se nos había quejado de ella en varias

ocasiones. «El viejo es bueno», nos dijo, «muy bueno y atento.» Lo que significaba —supongo— que, entre otras cosas, se dejaba engañar con facilidad. «Pero su mujer...» Y nos narraba cuentos sobre su insaciable rapacidad; siempre reclamaba más de la mitad de la cosecha, que, según la ley, era lo que correspondía al propietario. Se quejaba de su suspicacia: ella le acusaba constantemente de trapisondista, de ladrón; ¡a él!, el espíritu de la honradez. (Decía esto golpeándose el pecho.) Se quejaba de su miope avaricia; no quería gastar lo necesario en abonos, no quería comprarle otra vaca o instalar luz eléctrica en los establos. Le compadecimos, pero con prudencia, sin expresar demasiado claramente nuestra opinión sobre el asunto. Los italianos son maravillosamente evasivos en su conversación; no soltarán prenda a la persona interesada hasta estar completamente seguros de que lo apropiado y necesario, y sobre todo lo seguro, es hacerlo así. Habíamos vivido suficiente tiempo entre ellos como para imitar su prudencia.

Hoy Carlo estaba menos quejoso que perplejo. La *signora* le había llamado para preguntar si le gustaría que ella le hiciese una oferta —todo ello con el cauteloso estilo italiano—: la de adoptar al pequeño Guido. El primer impulso de Carlo fue decir que no le agradaría en absoluto, pero eso hubiera resultado demasiado comprometedor, amén de descortés. Había contestado pues que lo pensaría, y ahora nos pedía consejo.

«Haga lo que le parezca mejor», fue, en realidad, nuestra contestación. No obstante, le dimos a entender, reservada pero inequívocamente, que a nuestro parecer la *signora* Bondi no resultaría la madre adoptiva ideal para el niño. Y Carlo parecía estar de acuerdo. Además, quería mucho al niño.

—Pero la cosa es que —terminó de decir con tristeza— si se le ha metido entre ceja y ceja quedarse con el niño, no habrá nada que la detenga. ¡Nada!

Sin embargo, pensaba yo, mientras se alejaba a grandes pasos por la terraza, en esos miembros tan elásticos, tras esos ojos grises tan brillantes, hay fuerza y vida suficiente como para oponer buena resistencia a las acumuladas energías vitales de la *signora* Bondi.

Algunos días después de este incidente, llegaron de Inglaterra mi gramófono y dos o tres cajas de discos. Nos vino muy bien en

la colina, ya que era lo único que nos faltaba para colmar esa soledad espiritualmente fértil de la montaña: música, que, gracias al genio de Edison, ahora se puede llevar en una caja y sacar en cualquier soledad que uno elija visitar. Se puede vivir en el Sahara y oír cuartetos de Mozart, o selecciones de *El clave bien temperado*.

Carlo, que había bajado a la estación con su carro y su mula a buscar el bulto, estaba muy interesado por el aparato.

—Oiremos música de nuevo —dijo mientras yo desempaquetaba el gramófono y los discos—. Resulta difícil hacerla uno mismo.

A pesar de todo, pensaba yo, él se las arreglaba para hacer bastante. En las noches cálidas solíamos oírle tocar la guitarra y cantar suavemente, sentado a la puerta de su casa; el hijo mayor entonaba estridentemente la melodía acompañado de la mandolina, y en ocasiones se les unía toda la familia a coro; entonces la oscuridad se llenaba con sus voces guturales y apasionadas.

—Yo solía ir a las óperas del Politeama —prosiguió Carlo—. ¡Ah!, eran magníficas. Pero ahora cuesta cinco liras la entrada.

—Demasiado caro —asentí yo.

—¿Tiene usted *Trovatore?* —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—*¿Rigoletto?*

—Me temo que no.

—*¿Bohème? ¿Fanciulla del West? ¿Pagliacci?*

Tuve que seguir decepcionándole.

Puse «La ci darem» de *Don Giovanni*. Estuvo de acuerdo en que el canto era excelente, pero pude apreciar que no le agradaba mucho la música.

—No tiene comparación con *Pagliacci* —dijo por fin.

Carlo y sus hijos mayores dejaron de interesarse por el aparato y su música el primer día o a lo sumo el segundo. Preferían su guitarra y sus propias canciones.

Guido, por el contrario, se sintió muy interesado. El primer disco que escuchó, recuerdo bien, fue el tiempo lento del Concierto en Re Menor para dos violines de Bach. Ese fue el disco que puse en el plato giratorio tan pronto como me dejó Carlo. Me parecía, por decirlo de alguna forma, la pieza más musical con que refres-

car mi sediento espíritu, la más fresca y cristalina de todas las bebidas. El primer movimiento acababa de iniciarse, y estaba empezando a desplegar sus puras y melancólicas bellezas cuando los dos niños, Guido primero y el pequeño Robin a continuación, sin aliento, entraron con gran estrépito procedentes del pórtico.

Guido se detuvo delante del gramófono y se quedó inmóvil, escuchando. Sus ojos, de un pálido azul grisáceo, se abrieron excepcionalmente. Me miró unos segundos con una mirada inquisidora, sorprendida y extasiada, sonrió ligeramente y se volvió en dirección a la fuente de aquellos increíbles sonidos. Imitando servilmente a su compañero, Robin se situó delante del gramófono, en la misma postura de Guido, al que miraba de cuando en cuando para asegurarse de que actuaba correctamente. Pero al poco tiempo se cansó.

—Soldados —dijo, volviéndose hacia mí—. Quiero soldados como en Londres.

Se acordaba de las alegres marchas a cuyo ritmo le encantaba desfilar dando vueltas por la habitación, imaginando que era un regimiento.

—Después —le susurré, llevándome un dedo a los labios.

Robin fue capaz de permanecer en silencio por lo menos otros veinte segundos. Después agarró a Guido por un brazo al tiempo que gritaba:

—*Vieni, Guido. Soldati. Vieni giocare soldati!*

Fue la primera vez que vi a Guido impaciente:

—*Vai!* —murmuró con enojo, desasiéndose de la mano de Robin y empujándole sin contemplaciones. Y al mismo tiempo se aproximó un poco más al aparato.

Robin le miró atónito. Nunca había sucedido tal cosa. Entonces se echó a llorar y se me acercó en busca de consuelo.

Cuando se pasó el disgusto (Guido estaba sinceramente arrepentido al finalizar la música y con su mente libre para ocuparse de Robin) le pregunté sobre su interés por la música. Me respondió que era bella. Pero *bello* en italiano es una palabra demasiado vaga que puede significar muchas cosas.

—¿Qué ha sido lo que más te ha gustado? —insistí.

Permaneció en silencio durante unos segundos, con el ceño fruncido. Al fin dijo:

—Bueno, me gustó la parte que... sonaba así. —Y tarareó un largo fragmento—. Y hay otras cosas que suenan al mismo tiempo... pero... ¿qué son esas cosas que suenan así?

—Se llaman violines —le dije.

—Violines —asintió—. Bien, el otro violín hacía así. —Volvió a tararear—. ¿Por qué no los puede uno cantar al mismo tiempo? Y, ¿qué hay en esa caja? ¿Qué es lo que le hace sonar así? —el borbotón de preguntas no cesaba.

Le contesté lo mejor que pude, enseñándole las espirales grabadas en el disco, la aguja y el diafragma. Le recordé cómo vibra la cuerda de una guitarra cuando uno la puntea, el sonido es una vibración en el aire. Intenté explicarle cómo se imprimen esas vibraciones en el disco negro. Guido me escuchaba muy serio, asintiendo de vez en cuando. Tuve la impresión de que comprendió perfectamente cuanto decía.

Por entonces el pobre Robin estaba tan terriblemente aburrido que me compadecí de él y los mandé a los dos a jugar al jardín. Guido se marchó obediente, pero me di cuenta de que hubiera preferido permanecer dentro escuchando música.

Después de almorzar, cuando Robin había subido a su habitación a dormir la siesta, reapareció Guido.

—¿Puedo escuchar música ahora? —preguntó. Y durante una hora se sentó delante del aparato, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, mientras escuchaba los discos que yo iba poniendo uno tras otro.

Desde entonces vino todas las tardes. Muy pronto conoció toda mi discoteca; tenía sus preferencias y sus antipatías, y podía pedir lo que deseaba escuchar tarareando el tema principal.

—Ese no me gusta —decía del *Till Eulenspiegel* de Strauss—. Es parecido a lo que cantamos en casa. No es exactamente lo mismo, pero se parece mucho, ¿comprende? —Nos miraba perplejo e implorante, como rogándonos que comprendiéramos lo que quería decir. Nosotros asentimos con la cabeza y Guido prosiguió—: Y además, el final no parece corresponder bien al principio. —Tarareó un par de compases del Concierto en Re Menor de Bach.

Wagner estaba entre los que no le agradaban, y lo mismo Debussy. Cuando puse un disco con los arabescos de Debussy, me dijo:

—¿Por qué dice siempre la misma cosa?

Mozart le embelesaba. El dúo del *Don Giovanni*, que su padre encontró un poco vibrante, le encantaba a Guido. Pero prefería los cuartetos y las piezas para orquesta.

—Me gusta más la música que el canto —decía.

Y yo pensaba: a la mayoría de la gente le gusta más el canto que la música y encuentran a la orquesta impersonal, menos conmovedora que el solista. El pianista es la pulsación humana y el Do de pecho de la soprano es la nota personal. Por esa pulsación y esa nota, acuden los aficionados a millares a los conciertos.

Guido, en cambio, prefería la música. La obertura de las *Bodas de Fígaro* era una de sus favoritas. Casi al principio hay un pasaje en que el primer violín se eleva súbitamente, como un cohete, a las alturas de la belleza; cuando la música se acercaba a ese pasaje yo veía siempre una sonrisa que iluminaba el rostro de Guido, y cuando la música llegaba a la frase en cuestión, él aplaudía y reía con deleite.

Una tarde, cuando estábamos en medio de uno de nuestros conciertos, apareció la *signora* Bondi. Inmediatamente comenzó a mostrarse irresistiblemente afectuosa con el niño, le besó, le acarició la cabeza e hizo los más encendidos elogios sobre su aspecto. Guido se alejó de ella.

—¿Y te gusta la música? —le preguntó.

El niño asintió.

—Creo que tiene un don especial —afirmé—; en todo caso, tiene un oído perfecto y una capacidad para escuchar y analizar que jamás había visto en un niño de su edad. Estamos pensando alquilar un piano para que aprenda.

Instantes después, maldecía el momento en que se me ocurrió elogiar al niño con tanta franqueza, ya que inmediatamente la *signora* Bondi comenzó a hacer protestas de que si ella pudiera encargarse de la educación del niño, le daría los mejores profesores, revelaría su talento y haría de él un auténtico maestro y, de paso, un niño prodigio. Y en ese preciso momento, estoy seguro de que ya se veía sentada maternalmente, vestida con traje de raso negro y gran abundancia de perlas, al amparo de un gigantesco Steinway, mientras que un angélico Guido, vestido como el pequeño lord Fauntleroy, interpretaba a Liszt y a Chopin con el estrepitoso deleite de un

atestado auditorio. Veía los complicados tributos florales y escuchaba las palabras con que los veteranos *maestri*, con lágrimas de emoción en los ojos, aclamaban el advenimiento del pequeño genio. Resultaba más importante que nunca para ella conseguir al niño.

—Has despertado su codicia —comentó Elizabeth cuando se hubo marchado la *signora* Bondi—. Será mejor que le digas la próxima vez que te equivocaste, que el niño no tiene ningún talento musical.

En su oportunidad, llegó el piano. Después de dar a Guido una mínima instrucción preliminar, le dejé a solas y en libertad. Comenzó por tocar de oído las melodías que anteriormente había escuchado, reconstruyendo la armonía sobre la que estaban basadas. Tras unas pocas lecciones, comprendió los rudimentos de la notación musical, y con sólo ver un pasaje podía leerlo, aunque despacio. El proceso completo de la lectura le resultaba difícil todavía; había aprendido a unir las letras de un modo u otro, pero nadie le había enseñado aún a leer palabras y frases enteras.

La primera vez que volví a ver a la *signora* Bondi aproveché para decirle que Guido me había defraudado. Su talento musical era realmente nulo. Afirmó que le afligía mucho oír aquello, pero me di cuenta de que no me creyó ni por un momento. Es probable que pensase que también nosotros andábamos tras el niño, para quedarnos con él, privándola así de lo que consideraba poco menos que un derecho feudal, porque después de todo, ¿no se trataba de sus colonos? Pues entonces, si alguien debía aprovecharse de la adopción del niño debería ser ella.

Con gran tacto y diplomacia reanudó sus gestiones con Carlo. Y le aseguró que el niño tenía genio. El señor extranjero se lo había dicho. Así pues, si Carlo le dejaba adoptar al muchacho, ella se encargaría de educarlo. Llegaría a ser un gran maestro y conseguiría contratos en Estados Unidos, París y Londres. Ganaría millones y más millones, y buena parte de esos millones serían, naturalmente, para Carlo. Pero antes el muchacho tenía que prepararse, y esos estudios eran muy caros. En su propio interés, así como en el de su hijo, debería permitir que ella se hiciese cargo del muchacho. Carlo respondió que lo pensaría y volvió a recurrir a nosotros para que le aconsejáramos. Le sugerimos que lo mejor, en todo caso, era

esperar un poco hasta ver los progresos que hacía el muchacho.

A pesar de mis comentarios a la *signora* Bondi, sus progresos eran evidentes. Todas las tardes, mientras Robin dormía la siesta, Guido asistía a su concierto y su lección. Progresaba en su lectura, y sus diminutos dedos adquirían fuerza y agilidad. Pero lo más interesante desde mi punto de vista era que había comenzado a componer piececitas originales. Algunas las pasé a papel pautado mientras las tocaba y aún las conservo. La gran mayoría son cánones, por muy sorprendente que me pareciese entonces. Sentía pasión por ellos, y cuando le expliqué los fundamentos de esa forma se quedó encantado.

—¡Es hermoso! —dijo con admiración—, es realmente hermoso. ¡Y tan fácil!

Esta palabra me sorprendió, ya que después de todo el canon no es tan evidentemente sencillo. A partir de entonces, se pasó la mayoría del tiempo que dedicaba al piano componiendo cánones para entretenerse. Algunos eran notablemente ingeniosos. Pero en la composición de otros tipos de música no demostró un ingenio tan fértil como yo había esperado. Compuso y armonizó un par de tonadas solemnes como si fueran himnos y otras piezas más alegres al estilo de las marchas militares. «No es un Mozart», conveníamos, mientras volvíamos a tocar sus piezas. Debo confesar que yo me sentía poco menos que defraudado. Casi no merecía la pena preocuparme, así me lo parecía, por algo que no fuese al menos un Mozart.

No era un Mozart, no, pero era alguien tan genial como más tarde descubriría. Fue una mañana de comienzos de verano. Estaba sentado a la fresca sombra de nuestra terraza trabajando; Guido y Robin jugaban en el jardincillo cercado de abajo. Enfrascado en mi trabajo, tardé bastante tiempo en darme cuenta de que los niños apenas hacían ruido, y como por experiencia sé que cuando los niños guardan silencio es generalmente porque están entretenidos en alguna deliciosa travesura, me levanté y eché una mirada por encima de la balaustrada, esperando verles encendiendo una hoguera, chapoteando en el agua o cubiertos de alquitrán. Pero lo que vi fue a Guido que, con un palo quemado, demostraba sobre las lisas piedras del camino que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados.

Arrodillado en el suelo, dibujaba sobre los adoquines con la punta del palo tiznado. Y Robin, arrodillado junto a él por imitarle, comenzaba a impacientarse, según pude observar por el lento desarrollo del juego.

—Guido —le dijo, pero Guido continuó con su dibujo—. ¡Guido! —Y el pequeño estiró el cuello para poder mirar la cara de Guido de abajo arriba.

—¿Por qué no dibujas un tren?

—Después —contestó Guido—. Antes voy a enseñarte esto. Es tan bello —añadió con aire zalamero.

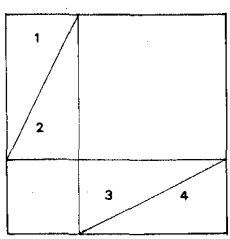
—Pero yo quiero un tren —insistió Robin.

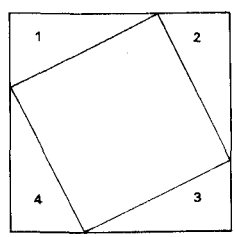
—En seguida, pero espera un poco —el tono era poco menos que suplicante.

Robin se armó de paciencia, y al minuto Guido había terminado sus dos dibujos.

—¡Ya está! —gritó triunfalmente, enderezándose para verlos—. Ahora te lo explico.

Y comenzó a demostrar el teorema de Pitágoras, por el simple y satisfactorio método que probablemente emplease el propio Pitágoras. Había dibujado un cuadrado y lo había dividido con un par de perpendiculares cruzadas en dos rectángulos iguales y dos cuadrados. Los dos rectángulos iguales los dividió, trazando sus diagonales, en cuatro triángulos rectángulos idénticos entre sí. Los dos





consecuentemente se ven como cuadrados junto a los dos lados que no sean la hipotenusa de cualquiera de estos triángulos. Esto en cuanto al primer diagrama; en el siguiente tomó los cuatro triángulos rectángulos en que fueron divididos los anteriores rectángulos y los dispuso alrededor del cuadrado original, de forma que sus ángulos rectos ocupasen las esquinas del cuadrado, con las hipotenusas dirigi-

das hacia dentro, de forma que cada uno de los lados de este cuadrado estuviese formado por un lado grande y otro pequeño de los triángulos (que son igual a la suma de los lados). De este modo, el cuadrado original está dividido en cuatro triángulos rectángulos y el cuadrado que forman las hipotenusas. Los cuatro triángulos son iguales a los dos rectángulos del diagrama original. Por consiguiente, el cuadrado que forman las hipotenusas es igual a la suma de los dos cuadrados —los cuadrados de los dos catetos— en que fue dividido, junto con los rectángulos, el cuadrado original.

Con un vocabulario nada técnico, pero con claridad y con una lógica implacable, Guido expuso su demostración. Robin le escuchaba con una expresión de total incomprensión en su radiante y pecoso rostro.

—*Treno* —solía repetir de vez en cuando—. *Treno*. Haz un tren.

—En seguida —suplicó Guido—. Espera un momento y mira esto, por favor —y le halagaba y engatusaba—. Es tan bonito y tan fácil.

Tan fácil... El teorema de Pitágoras parecía explicarme la predilección de Guido por la música. No era un pequeño Mozart a quien habíamos estado protegiendo; se trataba de un pequeño Arquímedes, que, al igual que la mayoría de sus congéneres, tenía una cierta propensión musical.

—*Treno, treno* —gritaba Robin cada vez más impaciente, a medida que avanzaba el desarrollo de la demostración.

Y cuando Guido insistió en proseguir la explicación, Robin perdió la paciencia, gritó y comenzó a darle puñetazos.

—Está bien —dijo Guido resignado—, te haré un tren. —Y con su palo quemado comenzó a garabatear en las piedras.

Seguí observando en silencio. No era un tren muy acertado. Guido podía ser capaz de inventar y demostrar el teorema de Pitágoras, pero no valía gran cosa como dibujante.

—Guido —le llamé, y los dos niños se volvieron a la vez, levantando la cabeza—. ¿Quién te ha enseñado a dibujar esos cuadrados? —Era posible, por supuesto, que alguien se lo hubiese enseñado.

—Nadie —y negó con la cabeza. Luego, con cierta ansiedad, intentó disculparse y explicar—. ¿Sabe usted?, ¡a mí me parecen tan bonitos! Porque esos cuadrados —y señaló los dos cuadrados pe-

queños del primer dibujo— son igual de grandes que este —y alzó los ojos hacia mí con una sonrisa implorante.

—Sí, es maravilloso —y asentí con la cabeza, al tiempo que añadía—: Es realmente maravilloso.

En su rostro apareció una expresión de alivio y se echó a reír con ganas.

—Pero yo quiero un tren —protestó Robin.

Apoyado en la balaustrada de la terraza, miraba a los niños jugar abajo, y medité sobre la cosa extraordinaria que acababa de presenciar y su significado.

Pensaba en las grandes diferencias existentes entre los seres humanos. Clasificamos a los hombres por el color de sus ojos o de su pelo, o por la forma de sus cráneos. ¿No sería más juicioso dividirlos en especies intelectuales? Seguramente habría abismos más hondos entre los tipos mentales extremos de esta división que entre un bosquimano y un escandinavo. Este niño, seguí pensando, cuando crezca, será intelectualmente con respecto a mí lo que un hombre es comparado con un perro. Y posiblemente haya hombres y mujeres que comparados conmigo son casi perros.

Quizá los hombres geniales sean los únicos hombres auténticos. En toda la historia de la humanidad tan sólo ha habido algunos miles de hombres verdaderos. El resto de nosotros ¿qué somos? Animales capaces de aprender. Sin la ayuda de los auténticos hombres no hubiéramos descubierto casi nada. Casi todas las ideas con las que estamos familiarizados nunca habrían surgido de cerebros como los nuestros. Sembrad en ellos las semillas y se desarrollarán, pero nuestros cerebros nunca habrían llegado a engendrarlas espontáneamente.

Han existido naciones de perros, pensaba, épocas completas en que no nació un solo hombre. Los griegos tomaron de los egipcios su tosca experiencia, sus métodos empíricos, y crearon las ciencias. Antes de que Arquímedes tuviese un digno sucesor, pasaron mil años. Tan sólo ha existido un Buda, un solo Jesús, conocemos un solo Bach y un único Miguel Angel.

¿Será casualidad —me preguntaba— que sólo nazca un hombre de tarde en tarde? ¿Qué motivará que aparezca toda una constelación de ellos en una misma época y procedentes del mismo

pueblo? Taine consideraba que Leonardo, Miguel Angel y Rafael nacieron en la misma época porque el momento estaba maduro para la aparición de grandes pintores y el paisaje italiano era adecuado.

La doctrina resulta extrañamente mística, pero, no obstante, puede ser cierta. Pero, ¿qué decir de los que nacen a destiempo? ¿Cómo explicar esos casos? Por ejemplo, Beethoven nacido en la Grecia clásica se habría tenido que contentar con tocar melodías menores en la flauta o la lira; en aquellas circunstancias intelectuales a duras penas le habría sido posible concebir la naturaleza de la armonía.

Este niño, pensé, ha tenido la suerte de nacer en una época en la que podrá hacer excelente uso de sus dones. Imaginemos que Guido hubiera nacido en plena Edad de Piedra; habría quemado toda una vida en el descubrimiento de los principios, intuyendo vagamente lo que ahora puede tener la posibilidad de probar. Si hubiera nacido cuando la conquista normanda, habría tenido que luchar con todas las dificultades preliminares nacidas de un simbolismo impropio; le hubiera costado un montón de tiempo, por ejemplo, aprender a dividir MMMCCCCLXXXVIII entre MCMXIX. Ahora, en cinco años, aprenderá el resultado de los descubrimientos de múltiples generaciones.

De dibujar trenes en el jardín, los niños habían pasado a jugar a ellos. Robin hacía puf-puf y Guido arrastraba los pies tras él dando pitidos. Avanzaban, retrocedían, paraban en estaciones imaginarias, cambiaban de vía, cruzaban puentes con gran estrépito, se precipitaban a través de túneles y en ocasiones hasta descarrilaban o chocaban. El joven Arquímedes parecía tan feliz como el pequeño bárbaro de pelo rubio. Unos minutos antes, había estado muy ocupado con el teorema de Pitágoras. Ahora, pitando infatigablemente a lo largo de imaginarios raíles, se sentía contento arrastrando los pies hacia adelante o marcha atrás entre los cuadros de flores y las columnas del pórtico, o entrando y saliendo de los sombríos túneles que formaban los laureles. El hecho de que uno vaya a ser Arquímedes no impide ser mientras tanto un niño alegre y normal.

En las semanas siguientes, alterné las lecciones diarias de piano con las de matemáticas; más que lecciones eran insinuaciones, ya que tan sólo le hacía sugerencias, le indicaba métodos y le dejaba desarro-

llar sus ideas detalladamente. De esta forma, le puse en contacto con el álgebra enseñándole otra demostración del teorema de Pitágoras. Guido quedó tan encantado con los principios de álgebra que le enseñé como si le hubiera regalado una locomotora de vapor, quizá más ilusionado, porque la máquina permanece idéntica siempre, y en todo caso perdería su atractivo, mientras que los principios de álgebra continuarían creciendo y floreciendo con exuberancia en su cerebro. El nuevo juguete era inagotable en sus potencialidades.

Alternando con la aplicación del álgebra el segundo libro de Euclides, experimentábamos con círculos; clavábamos unos palos de bambú en la tierra reseca y medíamos sus sombras a distintas horas del día; de esas observaciones obteníamos conclusiones sensacionales. En ocasiones, para divertirnos, recortábamos y doblábamos papeles para formar pirámides y cubos. Cierta tarde, se presentó Guido con un endeble dodecaedro que sostenía cuidadosamente entre sus manos bastante sucias.

—*È tanto bello!* —decía mientras nos lo mostraba.

Cuando le pregunté cómo se las había arreglado para hacerlo, se limitó a sonreír y contestó que había sido tan fácil... Miré a Elizabeth y me eché a reír. Pero hubiera resultado un símbolo más acertado para la ocasión, al menos eso me parecía, haberme puesto a cuatro patas y ladrar de admiración.

Fue un verano excepcionalmente caluroso. A principios de julio nuestro pequeño Robin, poco acostumbrado a soportar temperaturas tan elevadas, comenzó a ponerse pálido y a fatigarse; se mostraba indiferente y perdió el apetito y la energía. El médico aconsejó que respirase aires de montaña, por lo que decidimos pasar las diez o doce semanas siguientes en Suiza. Mi regalo de despedida a Guido fueron los seis primeros libros de Euclides en italiano. Comenzó inmeditamente a pasar páginas, quedándose extasiado con los grabados.

—Si yo pudiese leer como es debido... —dijo—. Pero soy tan estúpido... Ahora me pondré a aprender de verdad.

Desde nuestro hotel cerca de Grindelwald le enviamos, en nombre de Robin, varias tarjetas postales de vacas, trompas de los Alpes, chalets suizos, flores de edelweiss y cosas por el estilo. No recibimos ninguna respuesta, pero tampoco la esperábamos. Guido apenas

sabía escribir y no había motivo para que su padre o sus hermanas se molestasen en escribirle las cartas. Consideramos como buenas noticias el que no las hubiera. Y un día de comienzos de septiembre llegó al hotel una extraña carta. El gerente del hotel la había clavado en el tablón de anuncios del hall. Al pasar por delante del tablón a la hora de comer, Elizabeth se detuvo a mirar.

—Debe de ser de Guido —dijo.

Me acerqué y por encima de su hombro miré el sobre. No iba franqueado y estaba negro a fuerza de estampillas. La dirección estaba escrita con lápiz, y las letras grandes e inseguras, todas mayúsculas, se desparramaban por el sobre. En la primera línea se leía: AL BABBO DI ROBIN, y a continuación una versión muy libre del nombre del hotel y del lugar. Alrededor de la dirección los desconcertados funcionarios de correos habían garabateado posibles correcciones. La carta había estado rodando de un extremo a otro de Europa durante más de una quincena.

«*Al babbo di Robin.* Al padre de Robin.» Me eché a reír. El que la carta hubiese llegado hasta aquí decía mucho en favor de la habilidad de los carteros. Me acerqué a la oficina del gerente, alegué las razones que tenía para reclamar la carta y, tras pagar cincuenta céntimos de recargo por la falta de sello, me entregaron la carta, y fuimos a almorzar.

—La letra es excelente —convinimos entre risas mientras examinábamos de cerca la carta—. Gracias a Euclides —añadí—. Es el resultado de entregarse a la pasión dominante.

Pero al abrir el sobre y ver el contenido dejé de reírme. La carta, de estilo casi telegráfico, no podía ser más breve. *Sono dalla Padrona. Non mi Piace ha Rubato il mio Libro non Voglio Suonare piu Voglio Tornare a Casa Venga Subito Guido,* decía.

—¿Qué dice?

—Esa maldita mujer se ha apoderado de él —respondí, pasando la carta a Elizabeth.

Bustos de hombres con sombreros flexibles, estatuas de niñitas, querubines, figuras cubiertas con velos; los más raros y variados ídolos gesticulaban y nos hacían señas cuando pasábamos. Fotos amarillentas, estampadas indeleblemente en estaño y empotradas

en la roca viva, nos miraban a través de los cristales desde las más humildes cruces, lápidas y columnas derruidas. Señoras difuntas ataviadas a la moda de hace treinta años sonreían con tristeza desde sus recuadros de mármol. Caballeros de negros bigotes, señores de blancas barbas, jóvenes pulcramente afeitados contemplaban fijamente o desviaban la mirada, mostrando un perfil romano. Niños muy tiesos en sus negros trajes abrían mucho los ojos y sonreían trabajosa y obedientemente porque así se les había dicho que lo hicieran. Los difuntos más ricos reposaban en puntiagudas construcciones góticas de mármol. La gran mayoría, menos próspera, reposaba en comunidades atestadas, pero perfectamente alojada bajo ininterrumpidos y lisos suelos de mármol, en los que cada losa cubría una tumba diferente.

Estos cementerios del Continente, pensaba mientras Carlo y yo caminábamos entre los muertos, son más aterradores que los nuestros, porque estas gentes prestan mayor atención a los difuntos que nosotros. Aquí hay un centenar de estatuas gesticulantes por cada una que haya en un cementerio inglés. Hay muchos más panteones familiares, «más lujosos y mejor equipados» (como se dice de los hoteles o de los transatlánticos) de los que pueden encontrarse en nuestro país. Y en cada lápida hay fotografías incrustadas para recordar a los pulverizados huesos la forma que deberán adoptar el Día del Juicio Final; a un lado de cada una de ellas cuelgan lamparillas destinadas a arder esperanzadoramente el día de Todos los Santos.

—Si lo hubiera sabido —repetía Carlo—. ¡Si por lo menos lo hubiera sabido! —Su voz me llegaba como muy lejana—. Entonces no le importó nada. ¿Cómo podía haberme imaginado que luego lo tomaría tan a pecho? ¡Y ella! Ella me engañó, me mintió.

Le aseguré una vez más que no era culpa suya. Aunque en realidad lo era en parte, como también lo era mía. Yo debería haber previsto esa posibilidad e intentado protegerle de algún modo contra ella. Y él no debía haber dejado marchar al niño, ni siquiera provisionalmente durante un período de prueba, aunque la mujer le hubiera presionado para que accediese. Y la presión había sido considerable. Los hombres de la familia de Carlo venían trabajando en aquella tierra arrendada desde hacía más de un siglo, y ahora la *signora* Bondi había hecho que el viejo le amenazase con echarlos

a la calle. Hubiera sido terrible abandonar aquel lugar, amén de que encontrar otro no era nada fácil. Se le dio a entender, no obstante, con toda claridad que podría quedarse si permitía a la *signora* que se encargase del pequeño. Para empezar sería un período corto, lo suficiente como para ver qué tal le iba. No se ejercería sobre él coacción de ningún género si no quería quedarse. Y todo sería en beneficio de Guido y, a fin de cuentas, de su padre también. Todo lo que el inglés había dicho acerca de que el niño no tenía tanta disposición para la música como en principio le había parecido no era cierto, evidentemente. Tan sólo se trataba de envidia y mezquindad de espíritu; el hombre quería atribuirse el mérito de lo que llegase a ser Guido, eso era todo. Y era obvio que el muchacho no aprendería nada con él. Lo que realmente necesitaba era un auténtico profesor. Toda la energía de la *signora* se volcó en esta campaña. Comenzó cuando nosotros dejamos la casa. Sin ningún género de dudas, pensó que era esencial quedarse con el niño antes de que nosotros pudiéramos hacer nuestra oferta, porque para ella era obvio que nosotros deseábamos tener a Guido tanto como ella lo deseaba.

Día tras día repetía el ataque. Al final de la primera semana, envió a su marido para que se quejase del estado de las cepas; estaban en estado lamentable, y había decidido, o medio decidido, despedir a Carlo. Sumiso, avergonzado, obedeciendo órdenes superiores, el anciano lanzó sus amenazas. Al día siguiente, la *signora* Bondi volvió a la carga. El *padrone*, manifestó, estaba furioso, terriblemente irritado, pero ella haría todo lo que pudiese, todo lo posible para ablandarle. Y tras una pausa significativa continuó parloteando de Guido.

Al fin Carlo cedió. La mujer era demasiado porfiada y tenía demasiados triunfos en la mano. El chico podría pasar con ella uno o dos meses a prueba. Después, si él expresaba su deseo de quedarse, podría adoptarle con todas las de la ley. Ante la idea de pasar unas vacaciones en la playa, y fue a la playa donde le dijo la *signora* Bondi que iban, Guido se emocionó, loco de alegría. Había escuchado a Robin muchas veces hablar del mar, «*tanta acqua*». Y ahora iba a tener la oportunidad de ver esa maravilla. Muy contento, se despidió de su familia.

Pero una vez finalizadas las vacaciones junto al mar, cuando la

signora Bondi le llevó a su casa de Florencia, comenzó a sentir nostalgia. La *signora*, evidentemente, le trataba con demasiada bondad, le compró ropa nueva, le llevó a tomar el té a la Via Tornabuoni y le atiborraba de pasteles, helados de fresa, nata batida y chocolatinas. Pero le hacía practicar el piano más de lo que a él le gustaba, y lo que era peor, le quitó sus libros de Euclides con el pretexto de que perdía mucho tiempo con ellos. Y cuando dijo que quería volver a casa lo fue retrasando con falsas promesas y excusas. Le dijo que no podía llevarlo inmediatamente, pero que la próxima semana, si entretanto era bueno y trabajaba al piano... Y cuando llegó el momento le dijo que su padre no quería que volviese a casa. Y redobló sus mimos, le hizo regalos muy valiosos y le atiborró con toda clase de alimentos de lo más malsano para un niño. Todo era inútil, a Guido no le gustaba su nueva vida, no quería hacer escalas, suspiraba por sus libros y deseaba ardientemente volver con sus hermanos. Entretanto, la *signora* Bondi continuaba albergando la esperanza de que el tiempo y las golosinas terminarían por ganarle al niño. Para mantener alejada a su familia, escribía con cierta frecuencia a Carlo cartas que en apariencia venían de la playa (se tomó la molestia de enviárselas a una amiga, que las franqueaba y reexpedía a Florencia) y en las que describía un panorama encantador acerca de la felicidad que rodeaba a Guido.

Fue entonces cuando Guido me escribió su carta. Abandonado, según creía, por su familia, debió de recurrir a mí como su única y última esperanza. Y la carta, con su fantástica dirección, había tardado una quincena en llegar. Una quincena debió parecerle una eternidad; y al igual que un siglo sucede a otro poco a poco, sin duda el pobrecito llegó a convencerse de que yo también le había abandonado. No le quedaba ninguna esperanza.

—Aquí es —dijo Carlo.

Levanté la mirada y me encontré frente a un enorme monumento. Y con letras de bronce roblonadas en la lápida, una larga leyenda en la que se explicaba que el inconsolable Ernesto Bondi había erigido aquel monumento en memoria de su amada Anunziata, su primera esposa, arrebatada de su lado por una muerte prematura.

—Aquí le han enterrado.

Permanecimos en silencio durante largo rato. Las lágrimas se me saltaron al pensar en el pobre niño que yacía enterrado allí. Pensé en aquellos ojos, luminosos y graves, en la curva de su hermosa frente, en la caída de su melancólica boca, en la expresión radiante que iluminaba su rostro cuando aprendía una nueva cosa que le agradase, o cuando escuchaba una pieza de música que le gustaba. Y esa hermosa criatura había muerto, y el espíritu que habitaba en esa forma, aquel prodigioso espíritu, también había sido destruido casi antes de que hubiera comenzado a existir.

Y la tristeza que debió de anteceder al acto final, la desesperación del niño, su convicción de estar completamente abandonado... eran cosas terribles para pensar en ellas.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dije al fin, y toqué el brazo de Carlo.

Permanecía inmóvil como un ciego; de entre sus párpados, entornados, brotaron las lágrimas, que durante unos segundos permanecieron suspendidas para luego rodar a lo largo de sus mejillas. Sus labios temblaban.

—Vamos —insistí.

El rostro, que había permanecido tranquilo en su dolor, repentinamente se crispó; abrió los ojos y a través de las lágrimas relampaguearon con violenta cólera.

—La mataré —dijo—. La mataré. Cuando pienso en él lanzándose al abismo... cayendo por los aires... —hizo un ademán violento con las dos manos y las bajó velozmente desde más arriba de la cabeza, deteniéndolas con un súbito espasmo a la altura del pecho— para estrellarse contra el suelo. —Se estremeció—. Ella es tan responsable como si le hubiera empujado. La mataré. —Y apretó los dientes con fiereza.

Es más fácil encolerizarse que estar triste, es menos doloroso. Pensar en la venganza es confortador.

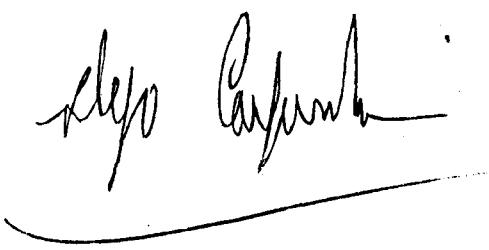
—No hable así —le dije—. No es bueno. Resulta estúpido, y además ¿para qué? —Ya anteriormente había tenido accesos parecidos, cuando el dolor se hacía tan intenso que había intentado evadirlo. Antes de esto, yo había tenido que persuadirle para que aceptase el más arduo camino del dolor—. Es estúpido hablar de ese modo —le repetía al tiempo que le conducía por el lúgubre la-

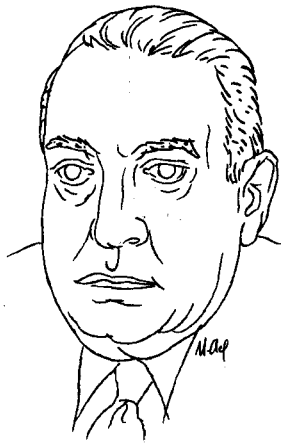
berinto de tumbas, donde la muerte parecía aún más pavorosa de lo que es.

Cuando salimos del cementerio se había calmado bastante. Su ira se había apaciguado, dando paso a la aflicción de la que se derivaba toda su fuerza y su amargura. Durante unos segundos nos detuvimos a contemplar Florencia, que se extendía en el valle a nuestros pies. Era un día de nubes fluctuantes: grandes masas grises, blancas y doradas, entre las cuales se veían trozos de un azul claro y transparente. El sol del atardecer caía suave y suntuosamente sobre los innumerables tejados pardos y rosáceos de la ciudad. Y las torres parecían barnizadas, esmaltadas en oro viejo. Pensé en todos los hombres que habían vivido aquí, que habían dejado huellas evidentes de su espíritu, de su genio, y concebido cosas extraordinarias. Pensé en el niño muerto.

LOS FUGITIVOS

ALEJO CARPENTIER/CUBA





EL RASTRO moría al pie de un árbol. Cierto era que había un fuerte olor a negro en el aire, cada vez que la brisa levantaba las moscas que trabajaban en oquedades de frutas podridas. Pero el perro —nunca lo habían llamado sino Perro— estaba cansado. Se revolcó entre las hierbas para desrizarse el lomo y aflojar los músculos. Muy lejos, los gritos de los de la cuadrilla se perdían en el atardecer. Seguía oliendo a negro. Tal vez el Cimarrón estaba escondido arriba, en alguna parte, a horcajadas sobre una rama, escuchando con los ojos. Sin embargo, Perro no pensaba ya en la batida. Había otro olor ahí, en la tierra vestida de bejuqueras que un próximo roce borraría tal vez para siempre. Olor a hembra. Olor que Perro se prendía del lomo, retorciéndose patas arriba, riendo por el colmillo, para llevarlo encima y poder alargar una lengua demasiado corta hacia el hueco que separaba sus omóplatos.

Las sombras se hacían más húmedas. Perro se volteó, cayendo sobre sus patas. Las campanas del ingenio, volando despacio, le enderezaron las orejas. En el valle, la neblina y el humo eran una misma inmovilidad azulosa sobre la que flotaban, cada vez más siluetadas, una chimenea de ladrillos, un techo de grandes aleros, la torre de la iglesia y luces que parecían encenderse en el fondo de un lago. Perro tenía hambre. Pero hacia allá olía a hembra. A veces lo envolvía aún el olor a negro. Pero el olor de su propio celo, llamado por el olor de otro celo, se imponía a todo lo demás. Las patas traseras de Perro se espigaron, haciéndole alargar el cuello. Su

vientre se hundía, al pie del costillar, en el ritmo de un jadear corto y ansioso. Las frutas, demasiado llenas de sol, caían aquí y allá con un ruido mojado, esparciendo, a ras del suelo, efluvios de pulpas tibias.

Perro echó a correr hacia el monte, con la cola gacha, como perseguido por la tralla del mayoral, contrariando su propio sentido de la orientación. Perro olía a hembra. Su hocico seguía una estela sinuosa que a veces volvía sobre sí misma, abandonaba el sendero, se intensificaba en las espinas de un aromo, se perdía en las hojas demasiado agriadas por la fermentación, y renacía, con inesperada fuerza, sobre un poco de tierra recién barrida por una cola. De pronto, Perro se desvió de la pista invisible, del hilo que se torcía y destorcía, para arrojarse sobre un hurón. Con dos sacudidas que sonaron a castañuela en un guante, le quebró la columna vertebral, arrojándolo contra un tronco. Perro se detuvo de súbito, dejando una pata en suspenso. Unos ladridos, muy lejanos, descendían de la montaña.

No eran los de la jauría del ingenio. El acento era distinto, mucho más áspero y desgarrado, salido del fondo del gaznate, enronquecido por fauces potentes. En alguna parte se libraba una batalla de machos que no llevaban, como Perro, un collar de púas de cobre con una placa numerada. Ante esas voces desconocidas, mucho más alobonadas que todo lo que hasta entonces había oído, Perro tuvo miedo. Echó a correr en sentido inverso, hasta que las plantas se pintaron de luna. Ya no olía a hembra. Olía a negro. Y ahí estaba el negro, en efecto, con su calzón rayado, boca abajo, dormido. Perro estuvo por arrojarse sobre él siguiendo una consigna lanzada de madrugada, en medio de un gran revuelo de látigos, allá donde había calderos y literas de paja. Pero arriba, no se sabía dónde, proseguía la pelea de machos. Al lado del cimarrón quedaban huesos de costillas roídas. Perro se acercó lentamente, con las orejas desconfiadas, decidido a arrebatar a las hormigas algún sabor a carne. Además, aquellos otros perros, de un ladrar tan feroz, lo asustaban. Más valía permanecer, por ahora, al lado del hombre. Y escuchar. El viento del sur, sin embargo, acabó por llevarse la amenaza. Perro dio tres vueltas sobre sí mismo y se ovilló, rendido. Sus patas corrieron un sueño malo. Al alba, Cimarrón le echó un brazo por encima,

con gesto de quien ha dormido mucho con mujeres. Perro se arrimó a su pecho, buscando calor. Ambos seguían en plena fuga, con los nervios estremecidos por una misma pesadilla.

Una araña, que había descendido para ver mejor, recogió el hilo y se perdió en la copa del almendro, cuyas hojas comenzaban a salir de la noche.

POR HÁBITO, Cimarrón y Perro se despertaron cuando sonó la campana del ingenio. La revelación de que habían dormido juntos, cuerpo con cuerpo, los enderezó de un salto. Después de adosarse a dos troncos, se miraron largamente. Perro ofreciéndose a tomar dueño. El negro ansioso de recuperar alguna amistad. El valle se desperezaba. A la apremiante espadaña, destinada a los esclavos, respondía ahora, más lento, el bordón armoriado de la capilla, cuyo verdín se mecía de sombra a sol sobre un fondo de mugidos y relinchos, como indulgente aviso a los que dormían en altos lechos de caoba. Los gallos rondaban a las gallinas para cubrirlas temprano, en espera de que el meñique de la mayorala se cerciorase de la presencia de huevos aún sin poner. Un pavo real hacía la rueda sobre la casa-vivienda, encendiéndose, con un grito, en cada vuelta y revuelta. Los caballos del trapiche iniciaban su largo viaje en redondo. Los esclavos oraban frente a cazuelas llenas de pan con guarapo. Cimarrón se abrió la bragueta, dejando un reguero de espuma entre las raíces de una ceiba. Perro alzó la pata sobre un guayabo tierno. Ya asomaban machetazos en los cortes de caña. Los dogos de la jauría cazadora de negros sacudían sus cadenas, impacientes por ser sacados al batey.

—¿Te vas conmigo? —preguntó Cimarrón.

Perro lo siguió dócilmente. Allá abajo había demasiados látigos, demasiadas cadenas, para quienes regresaban arrepentidos. Ya no olía a hembra. Pero tampoco olía a negro. Ahora, Perro estaba mucho más atento al olor a blanco, olor a peligro. Porque el mayoral olía a blanco, a pesar del almidón planchado de sus guayaberas y del betún acre de sus polainas de piel de cerdo. Era el mismo olor de las señoritas de la casa, a pesar del perfume que despedían sus encajes. El olor del cura, a pesar del tufo de cera derretida y de incienso, que hacía tan desagradable la sombra, tan fresca, sin embargo, de la capilla. El mismo que llevaba el organista encima, a

pesar de que los fuelles del armonio le hubiesen echado encima tantos y tantos soplos de fieltro apolillado. Había que huir ahora del olor a blanco. Perro había cambiado de bando.

En lo primeros días, Perro y Cimarrón echaron de menos la seguridad del condumio. Perro recordaba los huesos, vaciados por cubos, en el batey, al caer la tarde. Cimarrón añoraba el congrí (1), traído en cubos a los barracones, después del toque de oración o cuando se guardaban los tambores del domingo. Por ello, después de dormir demasiado en las mañanas sin campanas ni patadas, se habituaron a ponerse a la caza desde el alba. Perro olfateaba una jutía (2) oculta entre las hojas de un cedro; Cimarrón la tumbaba a pedradas. El día en que se daba con el rastro de un cochino jíbaro, había para horas y horas, hasta que la bestia, desgarradas las orejas, aturdida por tantos ladridos, pero acometiendo aún, era acorralada al pie de una peña y derribada a garrotazos. Poco a poco, Perro y Cimarrón olvidaron los tiempos en que habían comido con regularidad. Se devoraba lo que se agarrara, de una vez, engullendo lo más posible, a sabiendas de que mañana podría llover y que el agua de arriba correría entre las piedras para alfombrar mejor el fondo del valle. Por suerte, Perro sabía comer frutas. Cuando Cimarrón daba con un árbol de mango o de mamey, Perro también se pintaba el hocico de amarillo o de rojo. Además, como siempre había sido huevero, se desquitaba, con algún nido de codorniz, de la incomprensible afición del amo por los langostinos que dormían a contracorriente, a la salida del río subterráneo que se alumbraba de una boca de caracoles petrificados.

Vivían en una caverna, bien oculta por una cortina de helechos arborescentes. Las estalactitas lloraban isócronamente, llenando las sombras frías de un ruido de relojes. Un día, Perro comenzó a escarbar al pie de una de las paredes. Pronto sus dientes sacaron un fémur y unas costillas, tan antiguas que ya no tenían sabor, rompiéndose sobre la lengua con desabrimiento de polvo amasado. Luego, llevó a Cimarrón, que se tallaba un cinto de piel de majá, un cráneo humano. A pesar de que quedasen en el hoyo unos restos de alfa-

(1) *Congrí:* guiso popular cubano, compuesto de arroz y fríjoles.
(2) *Jutía:* mamífero roedor parecido a la rata.

ría y unos rascadores de piedra que hubieran podido aprovecharse, Cimarrón, aterrorizado por la presencia de muertos en su casa, abandonó la caverna esa misma tarde, mascullando oraciones, sin pensar en la lluvia. Ambos durmieron entre raíces y semillas, envueltos en un mismo olor a perro mojado. Al amanecer buscaron una cueva de techo más bajo, donde el hombre tuvo que entrar en cuatro patas. Allí, al menos, no había huesos de aquellos que para nada servían, y sólo podían traer ñeques (1) y apariciones de cosas malas.

Al no haber sabido de batidas en mucho tiempo, ambos empezaron a aventurarse hacia el camino. A veces, pasaba un carretero conocido, una beata vestida con el hábito de Nazareno, o un punteador de guitarra, de esos que conocen el patrón de cada pueblo, a quienes contemplaban de lejos, en silencio. Era indudable que Cimarrón esperaba algo. Solía permanecer varias horas, de bruces, entre las hierbas de Guinea, mirando ese camino poco transitado, que una rana-toro (2) podía medir de un gran salto. Perro se distraía en esas esperas dispersando enjambres de mariposas blancas, o intentando, a brincos, la imposible caza de un zunzún (3) vestido de lentejuelas.

Un día que Cimarrón esperaba así algo que no llegaba, un cascabeleo de cascos lo levantó sobre las muñecas. Una volanta venía a todo trote, tirada por la jaca torda del ingenio. De pie sobre las varas, el calesero Gregorio hacía restallar el cuero, mientras el párroco agitaba la campanilla del viático a sus espaldas. Hacía tanto tiempo que Perro no se divertía en correr más pronto que los caballos, que se olvidó al punto de la discreción a que estaba obligado. Bajó la cuesta a las cuatro patas, espigado, azul bajo el sol, alcanzó el coche y se dio a ladrar por los corvejones de la jaca, a la derecha, a la izquierda, delante, pasando y volviendo a pasar, enseñando los dientes al calesero y al sacerdote. La jaca se abrió a galopar por lo alto, sacudiendo las anteojeras y tirando del bocado. De pronto, quebró una vara, arrancando el tiro. Luego de aspaventarse como peleles, el párroco y el calesero se fueron de cabeza contra el puentecillo de piedra. El polvo se tiñó de sangre.

(1) *Ñeques:* sorpresas, golpes imprevistos.
(2) *Rana-toro:* batracio cuyo croar semeja un bramido.
(3) *Zunzún:* especie de colibrí.

Cimarrón llegó corriendo. Blandía un bejuco para azotar a Perro, que ya se arrastraba pidiendo perdón. Pero el negro detuvo el gesto, sorprendido por la idea de que no todo era malo en aquel percance. Se apoderó de la estola y de las ropas del cura, de la chaqueta y de las altas botas del calesero. En bolsillos y bolsillos había casi cinco duros (1). Además, la campanilla de plata. Los ladrones regresaron al monte. Aquella noche, arropado en la sotana, Cimarrón se dio a soñar con placeres olvidados. Recordó los quinqués, llenos de insectos muertos, que tan tarde ardían en las últimas casas del pueblo, allí donde, por dos veces, lo habían dejado pedir el aguinaldo de Reyes y gastárselo como mejor le pareciera. El negro, desde luego, había optado por las mujeres.

La primavera los agarró a los dos, al amanecer. Perro despertó con una tirantez insoportable entre las patas traseras y una mala expresión en los ojos. Jadeaba sin tener calor, alargando entre los colmillos una lengua que tenía filosas blanduras de lapa. Cimarrón hablaba solo. Ambos estaban de pésimo genio. Sin pensar en la caza, fueron temprano hacia el camino. Perro corría desordenadamente, buscando en vano un olor rastreable. Mataba insectos que siempre lo habían asqueado, por el placer de destruir, desgranaba espigas entre sus dientes, arrancaba arbustos tiernos. Acabó de exasperarse cuando un sapo le escupió los ojos. Cimarrón esperaba, como nunca había esperado.

Pero aquel día nadie pasó por el camino. Al caer la noche, cuando los primeros murciélagos volaron como pedradas sobre el campo, Cimarrón echó a andar lentamente hacia el caserío del ingenio. Perro lo siguió, desafiando la misma tralla y las mismas cadenas. Se fueron acercando a los barracones por el cauce de la cañada. Ya se percibía un olor, antaño familiar, de leña quemada, de lejía de melaza, de limaduras de cascos de caballo. Debían estarse haciendo las pastas de guayaba, ya que un interminable dulzor de mermeladas era esparcido por el terral. Perro y Cimarrón seguían acercándose, lado a lado, la cabeza del hombre a la altura de la cabeza del perro.

De pronto, una negra de la dotación atravesó el sendero de la herrería. Cimarrón se arrojó sobre ella, derribándola entre las albahacas. Una ancha mano ahogó los gritos. Perro avanzó, ya solo,

(1) *Duro:* moneda de un peso cubano.

hasta el lindero del batey. La perra inglesa, adquirida por don Marcial en una exposición de París, estaba allí. Hubo un intento de fuga. Perro le cortó el camino, erizado de la cola a la cabeza. Su olor a macho era tan envolvente, que la inglesa olvidó que la habían bañado, horas antes, con jabón de Castilla.

Cuando Perro regresó a la caverna, clareaba. Cimarrón dormía, arrebozado en la sotana del párroco. Allá abajo, en el río, dos manatíes retozaban entre los juncos, enturbiando la corriente con sus saltos que abrían nubes de espuma sobre los limos.

CIMARRÓN se hacía cada vez más imprudente. Rondaba, ahora, en torno a los caseríos, acechando a cualquier hora una lavandera solitaria, o una santera que buscaba culantrillo, retama o pitahaya (1) para algún despojo. También, desde la noche en que había tenido la audacia de beberse los duros del capellán en un parador del camino, se hacía ávido de monedas. Más de una vez, en los atajos, se había llevado el cinturón de un guajiro, luego de derribarlo de su caballo y de acallarlo con una estaca. Perro lo acompañaba en esas correrías, ayudando en lo posible. Sin embargo, se comía peor que antes y, más que nunca, era necesario desquitarse con huevos de codorniz, de gallinuela o de garza. Además, Cimarrón vivía en un continuo sobresalto. Al menor ladrido de Perro, echaba mano al machete robado o se trepaba a un árbol.

Pasada la crisis de primavera, Perro se mostraba cada vez más reacio a acercarse a los pueblos. Había demasiados niños que tiraban piedras, gente siempre dispuesta a dar de patadas y, al oler su proximidad, todos los perros de los patios lanzaban gritos de guerra. Además, Cimarrón volvía, esas noches, con el paso inseguro, y su boca despedía un olor que Perro detestaba tanto como el del tabaco. Por ello, cuando el amo entraba en una casa mal alumbrada, Perro lo esperaba a una distancia prudente. Así se fue viviendo hasta la noche en que Cimarrón se encerró demasiado tiempo en el cuarto de una mondonguera (2). Pronto, la choza fue rodeada de hombres cautelosos, que llevaban mochas en claro (3). Al poco rato, Cima-

(1) *Pitahaya:* cacto trepador.
(2) *Mondonguera:* mondonga, despectivo de criada.
(3) *Mochas en claro:* machetes desenvainados.

rrón fue sacado a la calle, desnudo, dando tremendos alaridos. Perro, que acababa de oler al mayoral del ingenio, echó a correr al monte, por la vereda de los cañaverales.

Al día siguiente, vio pasar a Cimarrón por el camino. Estaba cubierto de heridas curadas con sal. Tenía hierros en el cuello y en los tobillos, y lo conducían cuatro números de la Benemérita de San Fernando, que le daban un baquetazo a cada dos pasos, tratándolo de ladrón, de borracho y de malnacido.

SENTADO sobre una cornisa rocosa que dominaba el valle, Perro aullaba a la luna. Una honda tristeza se apoderaba de él a veces, cuando aquel gran sol frío alcanzaba su total redondez, poniendo tan desvaídos reflejos sobre las plantas. Se habían terminado, para él, las hogueras que solían iluminar la caverna en noches de lluvia. Ya no conocería el calor del hombre en el invierno que se aproximaba, ni habría ya quien le quitara el collar de púas de cobre, que tanto le molestaba para dormir —a pesar de que hubiera heredado la sotana del párroco—. Cazando sin cesar, se había hecho más tolerante, en cambio, con los seres que no servían para ser comidos. Dejaba escapar el majá entre las piedras calientes, sin ladrar siquiera, desde que Cimarrón no estaba ahí para azuzarlo, con la esperanza de hacerse un cinturón o de recoger manteca para untos. Además, el olor de las serpientes lo asqueaba; cuando había agarrado alguna por la cola, era en virtud de esas obligaciones a que todo ser que depende de alguien se ve constreñido. Tampoco —salvo en caso de hambre extrema— podía atreverse ya con el cochino jíbaro. Se contentaba ahora con aves de agua, hurones, ratas, y una que otra gallina escapada de los corrales aldeanos. Sin embargo, el ingenio estaba olvidado. Su campana había perdido todo sentido. Perro buscaba ahora el amparo de mogotes casi inaccesibles al hombre, viviendo en un mundo de dragos que el viento mecía con ruido de albarda nueva, de orquídeas, de bejucos lombriz, donde se arrastraban lagartos verdes, de orejeras blancas, de esos que tan mal saben y, por lo mismo, permanecen donde están. Había enflaquecido. Sobre sus costillares marcados en hueco, la lana apresaba guisasos que ya no tenían espinas.

Con los aguinaldos, volvió la primavera. Una tarde en que lo des-

velaba un extraño desasosiego, Perro dio nuevamente con aquel misterioso olor a hembra, tan fuerte, tan penetrante, que había sido la causa primera de su fuga al monte. También ahora caían ladridos de la montaña. Esta vez, Perro agarró el rastro en firme, recobrándolo luego de pasar un arroyo a nado. Ya no tenía miedo. Toda la noche siguió la huella, con la nariz pegada al suelo, largando baba por el canto de la lengua. Al amanecer, el olor llenaba toda una quebrada. El rastreador estaba frente a una jauría de perros jíbaros. Varios machos, con perfil de lobos, se apretaban ahí, relucientes los ojos, tensos sobre sus patas, listos para atacar. Detrás de ellos, se cerraba el olor a hembra.

Perro dio un gran salto. Los jíbaros se le echaron encima. Los cuerpos se encajaron, unos en otros, en un confuso remolino de ladridos. Pero pronto se oyeron los aullidos abiertos por las púas del collar. Las bocas se llenaban de sangre. Había orejas desgarradas. Cuando Perro soltó al más viejo, con la garganta desgajada, los demás retrocedieron, gruñendo con rabia inútil. Perro corrió entonces al centro del palenque, para librar la última batalla a la perra gris, de pelo duro, que lo esperaba con los colmillos fuera. El rastro moría a la sombra de su vientre.

Los JÍBAROS cazaban en bandada. Por ello buscaban las piezas grandes, de más carne y más huesos. Cuando daban con un venado, era tarea de días. Primero, el acoso. Luego, si la bestia lograba salvar una barranca de un salto, el atajo. Luego, cuando una caverna venía en ayuda de la presa, el asedio. A pesar de herir y entortar, el animal moría siempre en dientes de la jauría, que iniciaba la ralea sobre un cuerpo vivo aún, arrancándole tiras de pelo pardo, y bebiendo una sangre, fresca a pesar de su tibieza, en las arterias del cuello o en las raíces de una oreja arrancada. Muchos de los jíbaros habían perdido un ojo, sacado por un asta, y todos estaban cubiertos por cicatrices, mataduras y peladas rojas. En los días de celo, los perros combatían entre sí, mientras las hembras esperaban, echadas, con sorprendente indiferencia, el resultado de la lucha. La campana del ingenio, cuyo diapasón era traído a veces por la brisa, no despertaba en Perro el menor recuerdo.

Un día, los jíbaros agarraron un rastro habitual en aquellas sel-

vas de bejucos, de espinas, de plantas malvadas que envenenaban al herir. Olía a negro. Cautelosamente, los perros avanzaron por el desfiladero de los caracoles, donde se alzaba una vieja piedra con cara de muerto. Los hombres suelen dejar huesos y desperdicios por donde pasan. Pero es mejor cuidarse de ellos, porque son los animales más peligrosos, por ese andar sobre las patas traseras que les permite alargar sus gestos con palos y objetos. La jauría había dejado de ladrar.

De pronto, el hombre apareció. Olía a negro. Unas cadenas rotas, que le colgaban de las muñecas, ritmaban su paso. Otros eslabones, más gruesos, sonaban bajo los flecos del pantalón rayado. Perro reconoció a Cimarrón.

—¡Perro! —alborozó el negro—. ¡Perro!

Perro se le acercó lentamente. Le olió los pies, aunque sin dejarse tocar. Daba vueltas en torno a él, moviendo la cola. Cuando era llamado, huía. Y cuando no era llamado parecía buscar aquel sonido de voz humana que había entendido un poco, en otros tiempos, pero que ahora le sonaba tan raro, tan peligrosamente evocador de obediencia. Al fin Cimarrón dio un paso, adelantando una mano blanda hacia su cabeza. Perro lanzó un extraño grito, mezcla de ladrido sordo y de aullido, y saltó al cuello del negro.

Había recordado, de súbito, una vieja consigna dada por el mayoral del ingenio, el día que un esclavo huía al monte.

Como no olía a hembra y los tiempos eran apacibles, los jíbaros durmieron el hartazgo durante dos días. Arriba, las auras pasaban sobre las ramas, esperando que la jauría se marchara sin concluir el trabajo. Perro y la perra gris se divertían como nunca, jugando con la camisa listada de Cimarrón. Cada uno halaba por su lado, para probar la solidez de los colmillos. Cuando se desprendía una costura, ambos rodaban por el polvo. Y volvían a empezar, con el harapo cada vez más menguado, mirándose a los ojos, las narices casi juntas. Al fin, se dio la orden de partida. Los ladridos se perdieron en lo alto de las crestas arboladas.

Durante muchos años, los monteros evitaron, de noche, aquel atajo dañado por huesos y cadenas.

EL CIRCULO DE TIZA

BERTOLT BRECHT/ALEMANIA

En tiempos de la guerra de los Treinta Años había un protestante suizo llamado Zingli que poseía una gran tenería y un almacén de curtidos en la ciudad libre de Augsburgo, a orillas del Lech. Estaba casado con una augsburguesa que le había dado un hijo. Cuando los católicos iniciaron su avance sobre la ciudad, sus amigos le aconsejaron que huyese inmediatamente, pero bien porque le retenía su reducida familia o porque no quería abandonar la tenería, el caso es que no se marchó a tiempo.

Ocurrió, pues, que todavía se hallaba en la ciudad cuando la tomaron por asalto las tropas imperiales, y cuando estas empezaron a saquearla por la tarde, el curtidor se escondió en un foso del patio donde guardaba los tintes. Su esposa debía haberse marchado con el niño a casa de sus parientes en las afueras de la ciudad, pero se entretuvo demasiado empaquetando sus cosas —vestidos, joyas y ropas de cama—, y de pronto vio desde una ventana del primer piso cómo un pelotón de soldados imperiales irrumpía en el patio. Atenazada por el miedo, abandonó todo y salió corriendo por la puerta trasera de la finca.

El niño también quedó en la casa. Yacía en su cuna, en el gran zaguán, jugando con una pelota de madera que colgaba de una larga cuerda sujeta al techo.

Sólo quedó en la casa una criada joven. Estaba ocupada en la cocina con las cacerolas de cobre cuando oyó ruido procedente de la calle. Se abalanzó hacia la ventana y vio cómo desde el primer

piso de la casa de enfrente los soldados arrojaban a la calle toda clase de despojos. Fue corriendo al zaguán, y se disponía a sacar de la cuna al niño cuando oyó un fuerte golpeteo contra la puerta principal, que era de roble. Presa del pánico, huyó escaleras arriba.

Irrumpió en el zaguán una turbamulta de soldados borrachos que lo destrozaron todo. Sabían que aquella era la casa de un protestante. Fue un verdadero milagro que en el registro y el saqueo no descubrieran a Ana, la criada. Por fin se marchó el pelotón, y Ana salió del armario en que se había ocultado. Inmediatamente fue en busca del niño, que se encontraba sano y salvo en su cuna. Lo cogió apresuradamente y salió al patio con todo género de precauciones. Entretanto había anochecido, pero el resplandor rojizo de una casa que ardía en las inmediaciones iluminaba el patio, y Ana descubrió horrorizada el cadáver de su amo. Los soldados lo habían sacado de su escondite y lo habían matado a palos.

Entonces comprendió el peligro que correría si la descubrían en la calle con el hijo del protestante. Apesadumbrada, lo volvió a dejar en la cuna, le dio un poco de leche, lo meció hasta que se quedó dormido y se puso en camino hacia el barrio donde vivía su hermana casada. Hacia las diez de la noche, acompañada por su cuñado, se abría paso entre la turbamulta de soldados que celebraban la victoria. Iban camino de las afueras, en busca de la señora Zingli, la madre de la criatura. Llamaron a la puerta de una casa de imponente aspecto, y al cabo de algún tiempo se abrió una rendija. Un anciano de corta estatura, el tío de la señora Zingli, asomó la cabeza. Ana, casi sin aliento, le dijo que el señor Zingli había muerto, pero que el niño se hallaba sano y salvo en la casa. El anciano la miró fríamente con sus ojos saltones y repuso que su sobrina ya no se encontraba allí; añadió que él mismo no quería saber nada de aquel bastardo protestante y, sin más, cerró la puerta. Mientras se alejaban de allí, el cuñado de Ana vio que en una ventana se movía una cortina, y llegó a la conclusión de que la señora Zingli estaba en aquella casa. Al parecer no le avergonzaba repudiar a su hijo.

Durante algún tiempo Ana y su cuñado caminaron juntos sin pronunciar palabra. Luego la muchacha le dijo que se proponía volver a la tenería y recoger al niño. El cuñado, un hombre respetable y tranquilo, la escuchó horrorizado y trató de disuadirla de tan

peligroso proyecto. ¿Qué tenía ella que ver con esa gente? Ni siquiera la habían tratado con consideración.

Ana le escuchó sin interrumpirle y luego le prometió que no cometería ninguna imprudencia. No obstante, tenía que volver rápidamente a la tenería para ver si el niño necesitaba algo. Y quería ir sola.

Al fin se salió con la suya. En medio del destrozado zaguán el niño dormía plácidamente en la cuna. Ana, agotada, se sentó a su lado y lo contempló. No se atrevía a encender una luz, pero la casa cercana todavía estaba ardiendo y a su resplandor veía perfectamente a la criatura. Tenía un diminuto lunar en el cuello.

Y así pasó una hora, observando cómo respiraba y se chupaba la manecita, cuando comprendió que había permanecido allí demasiado tiempo y había visto demasiado para poder marcharse sin aquel niño. Se levantó pesadamente, y con movimientos lentos lo envolvió en el cobertor de hilo, lo cogió en brazos y salió del patio, mirando temerosa a su alrededor, como una persona que tuviera la conciencia sucia, como una ladrona.

Tras largas deliberaciones con su hermana y su cuñado, dos semanas más tarde llevó al niño al campo, al pueblo de Grossaitingen, donde su hermano mayor cultivaba unas tierras. La granja pertenecía a su mujer, él era simplemente el consorte. Habían acordado que quizá fuera preferible decirle únicamente al hermano quién era la criatura, pues ninguno de ellos conocía a la joven campesina y no sabían cómo acogería a tan peligroso huésped.

Ana llegó al pueblo hacia el mediodía. Su hermano, la mujer de este y la servidumbre estaban comiendo. El recibimiento que le dispensaron no fue malo, pero bastó que echara un vistazo a su nueva cuñada para que Ana se sintiera impelida a presentar a la criaturita como su propio hijo. Sólo cuando hubo contado que su marido trabajaba en un molino situado en un pueblo lejano y que allí aguardaba a madre e hijo en un par de semanas se mostró más abierta la campesina, y el niño fue debidamente admirado.

Aquella tarde acompañó a su hermano al bosque a recoger leña. Mientras descansaban sentados en unos tocones, Ana le contó toda la verdad. Pudo comprobar que él no se sentía muy tranquilo. Su posición en la granja todavía no era segura, y alabó calurosa-

mente a Ana por haber ocultado el secreto a su mujer. Era evidente que no confiaba en que su esposa mostrara una actitud liberal respecto al pequeño protestante. Así pues, insistió en que se mantuviese el engaño.

A la larga, sin embargo, esto no resultó sencillo.

Ana ayudaba en la recolección, y en los ratos libres cuidaba de «su» hijo, corriendo del sembrado a la casa mientras los demás descansaban. El niño medró, e incluso se puso gordo; reía cada vez que veía a Ana, y hacía grandes esfuerzos por levantar la cabeza. Pero llegó el invierno, y la cuñada empezó a interesarse por el paradero del marido de Ana.

Nada impedía a la joven quedarse en la granja, pues podía desempeñar distintas tareas. Lo malo era que los vecinos hacían cábalas sobre el padre del niño y se preguntaban por qué no venía nunca a verlo. Si Ana no podía presentar al padre de su hijo, la granja pronto sería objeto de chismorreo.

Cierto domingo por la mañana el campesino enganchó el caballo al carro y pidió a Ana que le acompañara a recoger un ternero en un pueblo vecino. Mientras recorrían el desigual camino, le comunicó que había buscado y encontrado un marido para ella. Se trataba de un bracero desahuciado que apenas pudo levantar la cabeza de la mugrienta sábana cuando ambos entraron en su mísera choza.

Estaba dispuesto a casarse con Ana. A la cabecera de la cama se hallaba su madre, una anciana de piel amarillenta, que sería recompensada por el servicio que su hijo iba a prestar a Ana.

Todo quedó arreglado en diez minutos, y Ana y su hermano siguieron su camino y compraron el ternero. La boda se celebró a finales de aquella misma semana. Mientras el cura susurraba el ritual, el enfermo no posó ni una sola vez sus vidriosos ojos en Ana, cuyo hermano no dudaba que en pocos días tendrían el certificado de defunción. Entonces podrían decir que el marido de Ana, el padre de la criatura, había muerto por el camino en un pueblo cercano a Augsburgo, y a nadie extrañaría que la viuda se quedara en casa de su hermano.

Ana volvió contenta de su extraña boda, en la que no hubo ni repique de campanas ni banda de música, ni madrina ni invitados. A modo de ágape engulló en el comedor un trozo de pan con una

lonja de tocino, y luego, en compañía de su hermano, se dirigió al arca donde dormía el niño, que al fin tenía un nombre. Remetió las ropas de la cama y sonrió a su hermano.

El certificado de defunción, sin embargo, no acababa de llegar. Ni la semana siguiente ni la otra recibieron comunicación alguna de la anciana. Ana había dicho a los de la granja que su esposo se encontraba en camino, y cuando le preguntaban qué era lo que le retrasaba ahora, explicaba que sin duda la espesa capa de nieve dificultaba el viaje. Pasaron otras tres semanas, hasta que al fin su hermano, presa de gran preocupación, decidió acercarse al pueblo.

Regresó ya muy entrada la noche. Ana, que aún estaba levantada, corrió a la puerta cuando oyó el traqueteo de las ruedas del carro en el patio. Vio que su hermano desenganchaba lentamente el caballo, y el corazón le dio un vuelco.

El campesino traía malas noticias. Cuando entró en la choza encontró al desahuciado cenando a la mesa, en mangas de camisa y masticando a dos carrillos. Se había recuperado totalmente.

Prosiguió su relato sin mirar a Ana a la cara. El bracero —que, a propósito, se llamaba Otterer— y su madre parecían igualmente sorprendidos por el curso de los acontecimientos, y todavía no habían decidido lo que debían hacer. Otterer no le había causado una impresión desagradable. Habló poco, pero en una ocasión pidió a su madre que se callara cuando esta empezó a lamentarse de que ahora tenía que pechar con una mujer indeseada y el hijo de un extraño. Durante la conversación no dejó de comer cachazudamente su plato de queso, y seguía comiendo cuando el campesino se marchó.

Durante los días siguientes Ana, como es de suponer, anduvo muy preocupada. En los ratos que le dejaban libres las labores de la casa enseñaba a andar al niño. Cuando este soltaba la rueca e iba hacia ella con paso vacilante y los brazos extendidos al frente, Ana reprimía un sollozo, lo abrazaba y lo retenía con fuerza. Una vez preguntó a su hermano: «¿Cómo es él?» Sólo lo había visto en el lecho mortuorio y al anochecer a la débil luz de una vela. Ahora supo que su marido era un cincuentón ajado por el duro bregar, cosa que a nadie podía sorprender tratándose de un bracero.

Poco después tuvo ocasión de verle. Un vendedor ambulante

le comunicó con gran despliegue de misterio que «cierto conocido» deseaba verla tal y tal día, a tal y tal hora, cerca de tal y tal pueblo, en el punto donde partía el camino a Landsberg. Así se encontraron los cónyuges en el campo nevado, a mitad de camino de sus respectivos pueblos, como los antiguos caudillos entre sus huestes.

El hombre no fue del agrado de Ana. Tenía unos dientecillos grises, y la miraba de arriba abajo a pesar de que estaba envuelta en una piel de cordero y no había mucho que ver. Luego empleó las palabras «sacramento del matrimonio». Ella le comunicó brevemente que tenía que meditar el asunto, y añadió que hiciera saber a su cuñada —por medio de algún comerciante o matarife que fuera a pasar por Grossaitingen— que él, su marido, había enfermado durante el camino pero ya no tardaría en llegar.

Otterer asintió a su modo tranquilo. Le sacaba más de una cabeza, y Ana comprobó con exasperación que mientras hablaba no apartaba la vista del lado izquierdo de su cuello.

El mensaje, sin embargo, no llegó, y Ana estuvo dándole vueltas a la idea de marcharse de la granja con el niño y buscar empleo más hacia el sur, en Kempten o en Sonthofen. Sólo la retuvieron la inseguridad de los caminos, de la que tanto se hablaba, y el hecho de que el invierno estaba en pleno apogeo.

La estancia en la granja, sin embargo, se hacía cada vez más difícil. A la hora de comer su cuñada le hacía preguntas suspicaces acerca de su marido en presencia de toda la servidumbre. Cierto día, mirando a la criatura con fingida compasión, exclamó en voz alta: «¡Pobre gusanillo!», y Ana decidió marcharse a pesar de todo; pero entonces ocurrió que el niño se puso enfermo.

Yacía intranquilo en el arca, con el rostro encendido y los ojos empañados, y Ana, entre angustiada y esperanzada, se pasaba noches enteras velándolo. Una mañana, cuando empezaba a recuperarse y volvía a sonreír, llamaron a la puerta: era Otterer.

En la estancia sólo se encontraban Ana y el niño, de modo que no se vio obligada a fingir, cosa que por otra parte, dado el susto que se llevó, le habría resultado imposible. Durante un buen rato permanecieron ambos en silencio, hasta que al fin Otterer dijo que él ya había meditado el asunto y había venido a llevársela. Volvió a mencionar el sacramento del matrimonio.

Ana se enfureció. En voz baja aunque firme repuso que no tenía intención de vivir con él, que sólo se había casado por el niño, y únicamente quería que les diese su nombre.

Cuando Ana habló del niño, Otterer se limitó a echar una mirada fugaz en dirección al arca, donde balbucía el pequeño, pero no hizo ademán de acercarse. Esto aumentó el antagonismo que la muchacha ya sentía hacia él.

El hombre hizo unos cuantos comentarios: debía volver a considerar la cuestión; en su casa no abundaba la comida, pero su madre podía dormir en la cocina. Entonces entró la cuñada de Ana, lo saludó con curiosidad y lo invitó a comer. Sentado ya a la mesa, saludó al campesino con una negligente sacudida de cabeza que tanto podía significar que lo conocía como que no. Las preguntas de la campesina las contestó con monosílabos, sin levantar la vista del plato. Afirmó que había encontrado empleo en Mering y que Ana podía ir a vivir con él. Sin embargo, no volvió a decir que esta medida debía adoptarse inmediatamente.

Por la tarde eludió la compañía del campesino y se puso a cortar leña detrás de la casa, aunque nadie le había pedido que lo hiciera. Después de la cena, en la que una vez más apenas pronunció palabra, la cuñada de Ana metió en su alcoba un grueso edredón que debía servir de cama a Otterer, pero entonces este se levantó desmañadamente y dijo en un murmullo que debía marcharse aquella misma noche. Antes de su partida se acercó al arca y miró al niño con ojos ausentes, pero no lo tocó ni le dijo nada.

Por la noche Ana se sintió enferma y se vio sumida en una fiebre que se prolongó varias semanas. La mayor parte del tiempo yacía en una apatía total, y sólo un par de veces, cuando cedió la fiebre hacia el mediodía, se arrastró hasta el arca y remetió la manta.

Durante la cuarta semana de su enfermedad, Otterer llegó a la granja con un carro para recoger a Ana y al niño. La muchacha ni siquiera trató de protestar.

Tardó mucho en recuperar las fuerzas, cosa que a nadie debe extrañar, pues en casa del bracero la sopa era poco más que agua. Pero una mañana, al ver lo sucio que tenían al niño, Ana se levantó resueltamente.

La criatura la recibió con su simpática sonrisa, heredada, según

había recalcado más de una vez su hermano, de Ana. Había crecido bastante, y gateaba con increíble rapidez por la estancia, manoteando el suelo y emitiendo breves gritos cuando caía de cara. La joven recobró la confianza en sí misma después de lavarlo en una tina de madera.

A los pocos días, como era de esperar, ya no podía soportar la vida en la choza. Envolvió al niño en unas mantas, se metió en el bolsillo un pan y un poco de queso y huyó de allí.

Se proponía llegar a Sonthofen, pero no le fue posible recorrer mucho camino. Todavía sentía gran debilidad en las piernas; la nieve derretida enfangaba la carretera, y a consecuencia de la guerra los aldeanos se habían vuelto sumamente desconfiados y tacaños. Al tercer día de caminata se dislocó un pie en un bache. Tras interminables horas en que vivió aterrorizada por la suerte del niño, la recogieron y la llevaron a una granja, donde tuvo que acostarse en el establo. La criatura se puso a gatear por entre las patas del ganado, y se echaba a reír cada vez que ella gritaba atemorizada. Por fin se vio obligada a revelar a aquellas gentes el nombre de su marido, quien pasó a recogerla y la llevó de nuevo a Mering.

A partir de entonces aceptó su suerte y ya no volvió a intentar huir. Trabajaba con denuedo. Era difícil arrancarle algo al pequeño sembrado y administrar los menguados ingresos. Sin embargo, el hombre no la trataba mal, y el pequeño comía hasta hartarse. También venía de cuando en cuando su hermano y le traía alguna cosa, y en cierta ocasión incluso pudo hacer que tiñeran de rojo una chaquetita del niño. Esto, pensó, le iría muy bien al hijo de un tintorero.

Con el tiempo aceptó de buen grado su situación, y la educación del niño le proporcionó grandes alegrías. Así pasaron varios años.

Pero un día fue al pueblo a buscar arrope, y cuando volvió el niño ya no estaba en la choza. Su marido le comunicó que una mujer elegantemente vestida había llegado en un carruaje y se lo había llevado. Dominada por el terror, tuvo que apoyarse en la pared para no caer, y aquella misma tarde, llevando tan sólo un hatillo con comida, se puso en camino para Augsburgo.

Nada más llegar a la ciudad imperial se dirigió a la tenería. No la dejaron entrar y le fue imposible ver al niño.

Su hermana y su cuñado trataron de consolarla, pero fue en vano. Corrió a ver a las autoridades y, fuera de sí, gritó que la habían robado su hijo. Incluso dio a entender que los raptores eran protestantes. Entonces supo que ahora corrían otros tiempos, y que entre católicos y protestantes se había firmado la paz.

Poco habría conseguido de no ser por un extraordinario golpe de suerte. Su causa fue encomendada a un juez que era un hombre excepcional.

Se trataba del juez Ignaz Dollinger, célebre en toda Suabia por su rudeza y erudición. El príncipe elector de Baviera, con quien había tenido que solventar una disputa legal actuando en nombre de la ciudad libre, le había calificado de «ese destripaterrones latino», pero el pueblo llano había compuesto una larga balada ensalzándolo.

Acompañada de su hermana y su cuñado, Ana se presentó ante él. El viejo juez, de baja estatura pero extraordinariamente corpulento, estaba sentado entre montones de pergaminos en una sala diminuta y desnuda y sólo la escuchó un breve instante. Luego escribió algo en una hoja de papel y refunfuñó:

—¡Colócate allí enfrente, y date prisa! —y con su mano pequeña y rechoncha le señaló un lugar de la estancia en el que caía un rayo de luz a través de la estrecha ventana. Estuvo contemplando detenidamente su rostro durante unos minutos y luego, soltando un gruñido, le indicó con un gesto de la mano que se retirara.

Al día siguiente envió un ujier a buscarla, y todavía no había traspuesto Ana el umbral cuando le gritó:

—¿Por qué no me dijiste que andas detrás de una tenería y de una propiedad bastante considerable?

Ana repuso pertinazmente que lo único que le interesaba era el niño.

—Quítate de la cabeza la idea de que vas a poder quedarte con la tenería —gritó el juez—. Si el niño es realmente tuyo, la propiedad pasa a los parientes de Zingli.

Ana asintió con la cabeza, sin mirarle, y dijo:

—El no necesita la tenería.

—¿Es tuyo? —rugió el juez.

—Sí —repuso Ana en voz baja—. Si tan sólo pudiera conservarlo

hasta que sepa todas las palabras... Hasta ahora únicamente sabe siete.

El juez tosió y ordenó los pergaminos que tenía sobre la mesa. Luego, algo más tranquilo pero todavía con tono irritado, dijo:

—Tú quieres quedarte con el arrapiezo, y esa arpía que lleva cinco faldas de seda también lo quiere. Pero lo que él necesita es su verdadera madre.

—Sí —repuso Ana mirando al juez.

—Ahora lárgate —refunfuñó su interlocutor—. El sábado celebro juicio.

Aquel sábado la calle principal y la plaza a la que daban el ayuntamiento y la torre de Perlach estaban atestadas de gente que quería asistir al proceso en el que se iba a dilucidar la suerte del niño protestante. El singular caso había despertado desde el primer momento gran expectación, y tanto en las casas como en las tabernas se discutía acerca de cuál era la verdadera madre y cuál la falsa. Además, el juez Dollinger era célebre en toda la comarca por sus procedimientos populares y sus comentarios mordaces y refranes. Muchos eran los que preferían sus juicios a los charlatanes y las ferias.

Así pues, ante el ayuntamiento se agolpaban no sólo innumerables augsburgueses, sino también muchos campesinos de los alrededores. El viernes era día de mercado, y habían pernoctado en la ciudad en espera del juicio.

La sala en que actuaba el juez Dollinger se denominaba Sala Dorada. Era famosa por ser la única de sus dimensiones en toda Alemania que no tenía columnas; el techo colgaba mediante cadenas de las vigas del tejado.

El juez Dollinger, una pequeña bola de carne, estaba sentado ante una puerta de hierro cerrada, en una de las paredes más largas de la sala. Una cuerda vulgar y corriente mantenía a raya al público. Pero el juez se sentaba en el suelo y no tenía ante sí una mesa. Había adoptado esta decisión hacía unos años, pues concedía gran importancia a la teatralidad.

Dentro del recinto acordonado se encontraba la señora Zingli con sus padres, los parientes suizos del difunto señor Zingli, que habían venido expresamente al juicio —dos hombres elegantemente vestidos, de aspecto digno, que parecían comerciantes acomodados—

y Ana Otterer con su hermana. Junto a la señora Zingli veíase un aya con el niño.

Todos, litigantes y testigos, estaban de pie. El juez Dollinger solía decir que los juicios se abreviaban si los participantes tenían que permanecer así. Pero quizá lo hacía únicamente para que le taparan a la vista del público, de modo que los curiosos sólo podían verle poniéndose de puntillas y estirando el cuello.

Nada más comenzar el proceso se produjo un incidente. Cuando Ana vio al niño, emitió un grito y dio unos pasos hacia él, y el pequeño, que estaba deseando ir a su encuentro, se debatió en los brazos del aya y se puso a gritar. El juez ordenó que lo sacaran de la sala.

Luego llamó a la señora Zingli. Esta se adelantó con gran revuelo de faldas y relató —llevándose de cuando en cuando un pañuelito a los ojos— cómo los soldados imperiales le habían arrebatado el niño durante el saqueo. Aquella misma noche la criada se había presentado en casa de su padre para decir que el pequeño todavía estaba en la tenería, esperando probablemente que su servicio sería recompensado. Sin embargo, una cocinera de su padre, a la que enviaron a la curtiduría para recoger al niño, no lo encontró allí, y ella suponía que esta persona (señaló a Ana) se había apoderado del niño para conseguir dinero de un modo u otro. Sin duda habría presentado tarde o temprano alguna exigencia de esta índole si no se lo hubieran quitado antes.

El juez Dollinger llamó a los dos parientes del señor Zingli. Quería saber si a la sazón habían preguntado por la suerte del señor Zingli y lo que les había contestado la mujer de este.

Declararon ambos que la señora Zingli les envió recado de que su marido había sido muerto y que había confiado el niño a una criada que lo cuidaría bien. Hablaron de ella con palabras muy poco amables, cosa nada extraña por otra parte, pues la propiedad pasaría a sus manos si la señora Zingli perdía la causa.

Después de esta declaración el juez se dirigió de nuevo a la señora Zingli. Le preguntó si cuando se produjo el asalto no había perdido la cabeza, abandonando al niño.

La señora Zingli le miró con sus pálidos ojos azules, como asombrada, y repuso en tono dolido que ella no había abandonado a su hijo.

El juez Dollinger carraspeó e inquirió con visible interés si ella creía que ninguna madre sería capaz de abandonar a su hijo.

Sí, lo creía, fue la firme respuesta.

¿Creía entonces, prosiguió el juez, que una madre que lo hiciera a pesar de todo merecía que se le azotara el trasero, sin tener en cuenta el número de faldas que pudiera llevar?

La señora Zingli no contestó, y el juez llamó entonces a la antigua sirvienta Ana. Esta se adelantó rápidamente y repitió en voz baja lo que ya había dicho en el sumario. Hablaba, empero, como si estuviera escuchando al mismo tiempo, y de cuando en cuando miraba fugazmente hacia la gran puerta por la que habían sacado al niño, como si temiese que todavía estuviera chillando.

Declaró que, si bien había ido aquella noche en busca de la señora Zingli, no había vuelto después a la curtiduría, por temor a las tropas imperiales y porque estaba preocupada por su propio hijo ilegítimo, que había dejado en casa de unas buenas gentes del vecino pueblo de Lechhausen.

El viejo Dollinger la interrumpió con rudeza y dijo mordazmente que por lo menos una persona en la ciudad había sentido algo así como miedo. Le alegraba oírlo, pues demostraba que por lo menos había habido una persona que conservó algo de sentido común. La testigo había obrado mal al preocuparse únicamente por su propio hijo; ahora bien, la sangre tira mucho, según se dice, y una verdadera madre sería capaz de robar por su hijo; esto, sin embargo, estaba prohibido por la ley, pues la propiedad es la propiedad, y el que roba también miente, y la mentira está asimismo prohibida por la ley. Y a continuación soltó uno de sus rudos y doctos discursos sobre la infamia de quienes engañaban a la corte hasta que la cara se les tornaba azul, y después de una breve digresión sobre los campesinos que aguaban la leche de vacas inocentes y sobre el ayuntamiento de la ciudad, cuyos impuestos de mercado eran abusivos —temas que nada tenían que ver con el juicio—, anunció que el interrogatorio de los testigos había terminado sin resultado positivo.

Luego hizo una breve pausa y dio muestras de estar desconcertado, mirando en torno suyo como si esperara que alguno de los presentes le aconsejase sobre el modo de llegar a una conclusión.

La gente se miraba estupefacta, y más de uno estiró el cuello

para echar un vistazo al desvalido juez. Pero en la sala reinaba un silencio absoluto; el único ruido que se oía era el de la multitud en la calle.

Entonces, con un suspiro, el juez prosiguió:

—No se ha podido establecer quién es la verdadera madre. El niño es digno de lástima. Todos hemos oído decir que los padres a menudo eluden su obligación y no quieren ser los padres, los muy canallas, pero aquí resulta que son dos madres las que reclaman un niño. El tribunal ha escuchado sus declaraciones como se merecen, a saber, cinco minutos cumplidos cada una, y ha llegado al convencimiento de que ambas mienten descaradamente. Sin embargo, como ya dijimos, hay que tener en cuenta al niño, que necesita una madre. Así pues, es preciso, dejando a un lado meras charlatanerías, averiguar quién es su verdadera madre.

Y con tono irritado llamó al ujier y le ordenó que trajera una tiza.

El ujier salió y volvió con la tiza.

—Traza con la tiza, ahí en el suelo, un círculo en el que quepan tres personas de pie —le indicó el juez.

El ujier se arrodilló y dibujó el círculo con la tiza según se le había pedido.

El juez ordenó:

—Ahora trae al niño.

Cuando trajeron al pequeño, empezó de nuevo a berrear y trató de ir con Ana. El viejo Dollinger, sin hacer caso del griterío, se limitó a hablar en voz más alta.

—La prueba que ahora se va a realizar —anunció— la encontré en un viejo libro, y se considera que es muy útil. La sencilla idea básica de la prueba del círculo de tiza estriba en que se reconocerá a la verdadera madre por su amor hacia el niño. Así pues, es preciso poner a prueba la fuerza de este amor. Ujier, coloca al niño en ese círculo de tiza.

El ujier tomó al niño, que seguía gimoteando, de la mano del aya y lo llevó al círculo. El juez se dirigió a la señora Zingli y a Ana:

—Colocaos también vosotras en el círculo de tiza, coged cada una al niño de una mano, y cuando yo diga «ya» tratad de sacarlo del círculo. Aquella de vosotras cuyo cariño sea mayor tirará también con mayor fuerza, y para ella será la criatura.

En la sala se produjo algún revuelo. Los espectadores se pusieron de puntillas y empezaron a discutir con los que tenían delante.

Cuando ambas mujeres entraron en el círculo de tiza y cada una cogió una mano del niño, sin embargo se hizo un silencio de muerte. También la criatura había enmudecido, como si adivinara lo que estaba en juego. Volvió su carita surcada de lágrimas hacia Ana. Entonces el juez dio la orden:

—¡Ya!

Y de un violento tirón sacó la señora Zingli al niño del círculo de tiza. Desconcertada, sin poder dar crédito a sus ojos, Ana lo siguió con la vista. Por temor de que pudiese sufrir algún daño si le tiraban de ambos bracitos al mismo tiempo en direcciones opuestas, lo había soltado inmediatamente.

El viejo Dollinger se levantó.

—Y así sabemos —dijo levantando la voz— quién es la verdadera madre. Quitadle el niño a esa bruja. Sería capaz de reducirlo a trizas a sangre fría.

Luego, haciendo una inclinación de cabeza a Ana, salió rápidamente de la sala para ir a tomar su desayuno.

Y en las semanas siguientes los campesinos de la comarca, que eran bastante despabilados, contaban que el juez, al adjudicar el niño a la mujer de Mering, le había hecho un guiño con los ojos.

REGRESO A BABILONIA

F. SCOTT FITZGERALD/ESTADOS UNIDOS

—¿Y qué es del señor Campbell? —preguntó Charlie.

—Se marchó a Suiza. El señor Campbell está enfermo, señor Wales.

—Lo lamento. ¿Y George Hardt? —insistió Charlie.

—Regresó a América, tenía trabajo. De todos modos, su amigo el señor Schaeffer se encuentra en París.

Sólo un nombre conocido de la larga lista de año y medio antes. Charlie garrapateó una dirección en su agenda y arrancó la página.

—Si ve usted al señor Schaeffer, dele esto —explicó—. Es la dirección de mi cuñado. Todavía no me he instalado en un hotel.

En realidad no le contrariaba mucho encontrar París tan vacío. Pero la tranquilidad del bar del Ritz se le antojaba extraña y hasta de mal agüero. Ya no era una cafetería americana; se sentía en el local como de visita, no como si fuese de su propiedad. Lo había reabsorbido Francia.

Charlie preguntó por el camarero jefe, Paul, que en los últimos días del alza del mercado se había presentado a trabajar en su propio automóvil, construido especialmente para él. Pero Paul ese día estaba en su casa de campo, y era Alix quien le informaba.

—No, no me eches más —dijo Charlie—. No bebo mucho estos días.

Alix le felicitó:

—Pues hace un par de años bebía de lo lindo.

—Ahora pienso mantenerme firme —le aseguró Charlie—. Va para año y medio que apenas pruebo nada de alcohol.

—¿Cómo van las cosas por Estados Unidos?

—Hace meses que no pongo allí los pies. Tengo negocios en Praga; represento a un par de firmas. Allí nadie sabe nada de mí.

Alix sonrió.

—¿Se acuerda de la cena de despedida de soltero de George Hardt? —dijo Charlie—. A propósito, ¿qué ha sido de Claude Fessenden?

Alix bajó la voz a un tono confidencial:

—Está en París; pero ya no viene por aquí. Paul no se lo permite. Tenía una cuenta de treinta mil francos de bebidas, almuerzos y cenas de más de un año. Y cuando al final Paul le dijo que tenía que pagar, le dio un cheque falso. —Alix meneó la cabeza tristemente—. No lo comprendo, un tipo tan elegante. Ahora está totalmente abotagado por el alcohol.

Charlie se sentía como asfixiado en el local. Pidió los dados y se jugó la copa con Alix.

—¿Mucho tiempo por aquí, señor Wales?

—Estaré unos cuatro o cinco días para ver a mi hija.

—¡Oh! ¿Tiene usted una hija?

Afuera, los anuncios luminosos rojo ígneo, azul etéreo, verde espectral, brillaban neblinosos a través de la lluvia tranquila. Ya estaba avanzada la tarde y las calles aparecían muy animadas. Tomó un taxi en la esquina del bulevar de Capuchinos.

Indicó al chófer que tirase para la avenida de la Opera, aunque no estaba en su camino. Pero deseaba contemplar el tinte melancólico de la soberbia fachada e imaginar que las bocinas de los coches eran las trompetas del Segundo Imperio. Estaban cerrando la cancela de hierro ante la librería de Brentano, y ya había gente cenando tras el pequeño seto recortado y burgués de Duval. Nunca había comido en un restaurante verdaderamente económico en París. Y por alguna extraña razón lo lamentó ahora.

Cruzaron el Sena, y Charlie experimentó de pronto el aura provinciana de la orilla izquierda. He echado a perder esta ciudad para mí, pensó. Yo no me daba cuenta, pero iban pasando los días uno tras otro, y transcurrieron dos años al fin, y todo pasó, y yo también.

Contaba treinta y cinco años, y su aspecto aún era atractivo. Un surco profundo entre los ojos atemperaba la expresividad irlandesa de su rostro. Al llamar al timbre de su cuñado, en la calle Palatine, el surco pareció ahondarse hasta contraer sus cejas; notó una sensación de espasmo en el vientre. Detrás de la doncella que abrió la puerta, divisó una niña encantadora de nueve años que chilló: «¡Papá!», y corrió hacia él, y se arrojó, debatiéndose como un pez, entre sus brazos. La chiquilla le hizo volver la cabeza tirando de una oreja, y juntó la mejilla con la de su padre.

—Pequeña mía —dijo él.

—¡Oh, papá, papá, papá, papá, papi, papi!

La niña le llevó al salón, donde esperaba toda la familia: un niño y una niña de la edad de su hija, su cuñada y su esposo. Saludó a Marion modulando escrupulosamente la voz para evitar todo entusiasmo fingido, a la vez que cualquier inflexión de desagrado, pero la respuesta de ella fue más franca, en su tibieza, pese a disimular la expresión de inalterable desconfianza volviendo la mirada hacia la niña. Los dos hombres se estrecharon amistosamente la mano, y la de Lincoln Peters se apoyó por un instante en el hombro de Charlie.

La habitación era cálida y acogedora, al estilo norteamericano. Los tres niños se movían a sus anchas en ella, jugando por entre las mamparas amarillas que daban paso a otras habitaciones; la animación de las seis se manifestaba en los vivos chasquidos del fuego y los rumores de actividad de la cocina. Pero Charlie no se relajaba; estaba que no le cabía el corazón en el pecho, y no le inspiraba confianza nadie más que su hija, que de cuando en cuando se le acercaba con la muñeca que le había traído en brazos.

—De perlas, lo que se dice de perlas —contestó a una pregunta de Lincoln—. Hay allí infinidad de negocios totalmente parados, pero a nosotros cada vez nos va mejor. El mes que viene traigo a mi hermana de América para que atienda la casa. Ya sabes, los checos...

Su alarde tenía una finalidad concreta, pero a poco, apreciando un asomo de impaciencia en la mirada de Lincoln, cambió de tema.

—Son muy agradables estos niños tuyos, tan educados, de tan buenos modales.

—También Honoria nos parece a nosotros una niña estupenda.

Marion Peters volvió de la cocina. Era una mujer alta, de ojos inquietos, que en tiempos poseyó esa lozana belleza peculiar de las jóvenes norteamericanas. Charlie nunca se había mostrado sensible a tales encantos, y no dejaba de experimentar sorpresa cuando la gente hablaba de lo hermosa que había sido. Siempre hubo una antipatía instintiva entre los dos.

Ella preguntó:

—Bueno, ¿cómo encuentras a Honoria?

—De maravilla. Me asombra lo que ha crecido en diez meses. Tienen los tres muy buen aspecto.

—Hace un año que no pisa aquí un médico. ¿Cómo te sientes de nuevo en París?

—Resulta sorprendente ver por aquí tan pocos americanos.

—Yo estoy encantada —afirmó Marion con vehemencia—. Ahora puedes ir a una tienda sin que te tomen por millonaria. Nosotros lo hemos sentido, claro, como todo el mundo, pero en general es mucho mejor.

—Sin embargo, mientras duró fue estupendo —afirmó Charlie—. Eramos una especie de príncipes, infalibles casi, aureolados de una magia especial. Esta tarde en el bar del Ritz... —al darse cuenta de su error, vaciló— no encontré ni a un solo conocido.

Ella le miró con suspicacia.

—¿No estás ya harto de los bares?

—Sólo estuve allí un minuto. Tomo una copita por las tardes, y nada más.

—Pues a ver si no pasas de ahí —dijo Marion.

En la frialdad con que hablaba se traslucía su desagrado, pero Charlie se limitó a sonreír; sus proyectos eran mucho más amplios. La misma agresividad de ella le confería una ventaja, y él sabía lo bastante como para poder esperar. Así que como no ignoraban lo que le había traído a París, aguardó que iniciasen ellos la discusión.

Durante la cena no le fue posible decidir si Honoria se parecía más a él o a su madre. Suerte tendría si no sacaba los rasgos temperamentales de ambos que les llevaron a la catástrofe. Se sintió arrebatado por un imperativo afán protector. Creía saber muy bien lo

que tenía que hacer por ella. Su fe en el carácter era firme, y estaba dispuesto a dar un salto atrás de toda una generación y volver a creer en el carácter como elemento de valor eterno. Todo lo demás es efímero.

Se marchó poco después de la cena, pero no se dirigió a casa. Tenía curiosidad por ver París de noche con una visión más depurada que la de otros días. Se fue dando un paseo hacia Montmartre, calle Pigalle arriba hasta la plaza Blanche. Había cesado la lluvia y se veía gente con traje de noche, apeándose de los taxis a la entrada de los cabarets. Pasó junto a una puerta iluminada de la que salía música, y se detuvo embargado por un sentimiento evocador. Era Bricktop, donde había dilapidado tantas horas y tanto dinero. Unas puertas más allá encontró otro viejo y conocido refugio, e incautamente se asomó al interior. Inmediatamente una orquesta impaciente rompió a tocar, un par de bailarinas profesionales empezaron a mover los pies, y el encargado del local se precipitó sobre él, gritando:

—¡Dentro de poco el local estará lleno, señor!

Pero él se retiró rápidamente.

Tiene uno que estar muy borracho para meterse en un sitio así, pensó.

Zelli estaba cerrado, y oscuros los hoteles baratos, desapacibles y siniestros que le rodean. Las grandes fauces del Café del Cielo y del Café del Infierno seguían abiertas, y hasta devoraron, delante de sus ojos, el parvo pasaje de un autobús turístico: un alemán, un japonés y una pareja norteamericana. Estos últimos le echaron una mirada recelosa. Para bien poco, pues, habían quedado la industria y el ingenio de Montmartre. Todos sus recursos de vicio y desenfreno se hallaban reducidos a un grado completamente pueril, y entonces descubrió, de repente, el significado de la palabra «disiparse»: disiparse en el aire sutil; anonadarse.

Recordaba los billetes de mil francos ofrecidos a una orquesta por interpretar una sola pieza; los billetes de cien francos arrojados a un portero por llamar un taxi.

Pero se habían dado por algo. Se habían dado, aun las sumas más locamente derrochadas, como ofrenda a un destino que le vedara evocar las cosas más dignas de recordarse, las que ahora no

podía desterrar de la memoria: su hija separada de su lado, su esposa enterrada en Vermont.

Se despertó en un espléndido día otoñal. Había desaparecido la depresión de la víspera, y miraba con agrado a los transeúntes que llenaban las calles. A mediodía se vio sentado con Honoria en Le Grand Vatel.

—¿Y la verdura? ¿No debes tomar algo de verdura?

—Bueno, sí.

—¿No preferirías dos clases de verdura?

—Normalmente sólo tomo una en la comida.

El camarero fingía una desmedida afición por los niños:

—*Qu'elle est mignonne la petite? Elle parle exactement comme une française.*

—¿Y de postre? ¿Esperamos a ver?

El camarero desapareció. Honoria miró a su padre con expectación.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero ir a una tienda de juguetes a comprarte todo lo que quieras. Después iremos al espectáculo del Empire.

Ella vaciló:

—Conforme con ir al teatro, pero no a la tienda de juguetes.

—¿Por qué no?

—Bueno, ya me has traído la muñeca. —La llevaba consigo—. Ya tengo un montón de cosas. Y ya no somos ricos, ¿verdad?

—Nunca lo fuimos. Pero hoy vas a tener todo lo que desees.

—Perfectamente —convino ella resignada.

Cuando estaban su madre y una nodriza francesa, él se mostraba más inclinado al rigor; ahora se sentía más liberal, proclive a una nueva tolerancia; tenía que ser padre y madre a un tiempo, y no cortar ningún medio posible de comunicación.

—Tengo ganas de conocerte —afirmó él con seriedad—. Permíteme que me presente primero. Me llamo Charlie J. Wales, de Praga.

—¡Caramba, papá! —estalló la niña en una carcajada.

—¿Y usted quién es, por favor? —persistió.

La niña aceptó su papel inmediatamente:

—Honoria Wales, calle Palatine, París.

—¿Casada o soltera?

—No, casada no. Soltera.

El señaló la muñeca.

—Pero observo que tiene usted una niña, señora.

Ella la estrechó contra su pecho y explicó rápidamente:

—Sí, estuve casada; pero ya no. Mi marido ha muerto.

El insistió sin dar tregua:

—¿Y cómo se llama la niña?

—Simone. Igual que mi mejor amiga de la escuela.

—Me complace mucho que te vaya tan estupendamente en el colegio.

—Este mes estoy la tercera —alardeó—. Elsie —se refería a su prima— está la dieciocho, y Richard de los últimos.

—Tú quieres a Richard y a Elsie, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí. A él le quiero mucho, y a ella también.

Cautelosamente y como sin darle importancia, preguntó:

—¿Y a quién quieres más, a la tía Marion o al tío Lincoln?

—Al tío Lincoln, me parece.

Cada vez se sentía más penetrado de la presencia de la niña. Cuando llegaron, un murmullo de «...adorable, adorable» siguió sus pasos, y ahora los ocupantes de la mesa inmediata no le quitaban ojo, contemplándola como si fuese algo no más consciente que una flor.

—¿Por qué no vivo contigo? —preguntó la niña de repente—. ¿Porque ha muerto mamá?

—Tienes que seguir aquí y aprender más francés. A papá le hubiera sido muy difícil cuidarte tan bien como lo hacen aquí.

—Yo ya no necesito tanto que me cuiden, la verdad. Todo lo hago sola.

Al salir del restaurante, un hombre y una mujer les saludaron inesperadamente.

—¡Vaya, el amigo Wales!

—Qué tal, Lorraine... Dunc.

Súbitos espectros del pasado: Duncan Schaeffer, un compañero de instituto. Lorraine Quarrles, pálida y encantadora rubita de treinta años; una de las muchas personas que contribuyeron a que

los meses se le hicieran días en los tiempos pródigos de tres años antes.

—Mi esposo no ha podido venir este año —dijo ella—. Estamos en las últimas. Así que me pasa doscientos al mes, y me ha dicho que haga lo que me dé la gana... ¿Es esta tu hija?

—¿Y si volvemos y nos sentamos? —preguntó Duncan.

—No puedo. —Le venía de perlas tener una excusa. Aún acusaba, como siempre, la atracción provocativa y apasionada de Lorraine, pero su moral ahora era diferente.

—¿Y si cenáramos juntos? —preguntó ella.

—Estoy comprometido. Dame tu dirección y te llamaré.

—Charlie, creo que ya no bebes —dijo ella—. Tiéntale, Dunc, a ver si es verdad.

Charlie señaló a Honoria con la cabeza. Los dos se rieron.

—¿Dónde te hospedas? —inquirió Duncan con tono escéptico.

Vaciló, poco dispuesto a revelar el nombre de su hotel.

—No estoy instalado todavía. Será mejor que te llame yo. Vamos a ver las variedades del Empire.

—¡Hombre! Eso sí que me gusta —afirmó Lorraine—. Tengo ganas de ver pasayos, y acróbatas e ilusionistas. Eso es lo que vamos a hacer, Dunc.

—Pero primero tenemos que resolver un asunto —dijo Charlie—. Seguramente os veremos allí.

—Perfectamente, so esnob... Adiós, nena preciosa.

—Adiós —saludó Honoria con toda corrección.

Un encuentro bastante inoportuno. Ellos le admiraban porque era activo, porque era serio; y querían verle porque ahora era más fuerte que ellos, porque necesitaban el sostén de su fortaleza.

En el Empire, Honoria se negó a sentarse sobre el abrigo doblado de su padre. Mostraba ya el orgullo de una persona con sus principios propios e inalienables, y a Charlie cada vez le acuciaba más el deseo de infundirle algo suyo antes de que la niña cristalizara definitivamente. Era imposible conocerla a fondo en un tiempo tan breve.

En el descanso, encontraron a Duncan y Lorraine en el foyer, donde estaba tocando la banda.

—¿Una copa?

—Muy bien, pero no en la barra. La tomaremos en una mesa.

—El padre perfecto.

Mientras escuchaba distraídamente a Lorraine, Charlie observaba los ojos de Honoria, ausentes de la mesa, y los siguió anhelante por todo el salón, preguntándose qué verían. Sus miradas coincidieron y ella sonrió.

—Me ha gustado la limonada —dijo la niña.

Volviendo más tarde para casa en un taxi, Charlie atrajo hacia sí a su hija hasta que la cabeza de la chiquilla descansó en su pecho.

—Pobre hijita mía, ¿sigues acordándote de tu madre?

—Sí, a veces —contestó ella vagamente.

—No quiero que la olvides. ¿Tienes alguna foto de ella?

—Sí, creo que sí. De todos modos, tía Marion la tiene.

—Ella te quería mucho.

—Yo también la quería.

Guardaron silencio unos momentos.

—Papá, yo quiero ir a vivir contigo —dijo ella súbitamente.

El corazón le dio un brinco en el pecho; había deseado que todo sucediera así.

—¿Es que no eres totalmente feliz?

—Sí, pero yo te quiero más que nadie. Y tú me quieres más que nadie, ¿verdad?, ahora que ha muerto mamá...

—Desde luego que sí; pero no siempre me querrás así, hija mía. Crecerás, y conocerás a un chico de tu edad, te casarás con él y olvidarás que tuviste padre.

—Sí, es verdad —afirmó ella tranquilamente.

Charlie no entró en la casa. Volvería luego, a las nueve, y quería mantenerse despejado y lúcido para lo que tenía que decir.

—Cuando estés arriba te asomas a esa ventana.

—Muy bien. Adiós, papá, papá, papá, papá.

Esperó en la calle oscura hasta que apareció ella, cálida y resplandeciente, en la alta ventana, y con los dedos lanzó sus besos hacia la noche.

LE ESPERABAN. Marion, sentada tras el servicio de café, con un decoroso vestido negro que sugería vagamente el luto. Lincoln, pa-

seando por el cuarto con la fogosidad de quien ya ha discutido previamente. Charlie entró en materia casi en seguida:

—Supongo que sabréis por qué he venido en realidad a París.

Marion jugueteó con su collar y frunció el entrecejo.

—Me muero de ganas de tener casa —prosiguió—. Y más todavía de que Honoria me acompañe en ella. Os agradezco que os hicierais cargo de la niña en nombre de su madre, pero las circunstancias han cambiado para mí radicalmente. —Vaciló, continuando después en tono más perentorio—: Quiero pediros que consideréis de nuevo el asunto. Sería tonto negar que hace tres años observaba un comportamiento lamentable...

Marion le miró con ojos glaciales.

—... pero todo aquello pasó. Como os he dicho, llevo más de un año sin tomar más de una copa al día, y esa copa la tomo a propósito para que la idea del alcohol no adquiera proporciones desmesuradas en mi imaginación. ¿Comprendéis la idea?

—No —declaró Marion sucintamente.

—Es una especie de truco. Mantiene las cosas en sus justos límites.

—Ya entiendo —dijo Lincoln—. No quieres admitir que te sigue tentando.

—Algo así. A veces lo olvido y no bebo. Pero me esfuerzo por tomar esa copa. De todos modos, en mi posición no puedo permitirme la bebida. La gente a quien represento está más que satisfecha con mi actuación, y voy a traer a mi hermana de Burlington para que me atienda la casa. Claro, estoy rabiando por tener también a Honoria conmigo. Ya sabéis que ni siquiera cuando su madre y yo no nos llevábamos demasiado bien dejamos nunca que nuestras cosas pudiesen afectar a Honoria. Sé que ella me tiene afecto y yo me considero capaz de ocuparme de ella y... bueno, vosotros diréis. ¿Qué os parece?

Sabía lo que se le venía encima. El vapuleo duraría una hora, dos, pero si adoptaba la actitud inocente del pecador convertido, quizás al final se saliera con la suya.

Procura contenerte, se dijo. Tú no pretendes justificarte. Lo que quieres es a Honoria.

Lincoln fue el primero en hablar:

—No hemos dejado de dar vueltas a este asunto desde que recibimos tu carta el mes pasado. Honoria es una niña encantadora y estamos muy contentos de tenerla con nosotros; pero ese no es el problema, claro...

—¿Cuánto tiempo vas a seguir sin beber, Charlie? —interrumpió Marion.

—Esto es definitivo, espero.

—¿Y quién puede estar seguro de una cosa así?

—Ya sabes que yo nunca había bebido demasiado hasta que abandoné los negocios y me vine aquí sin tener nada que hacer. Después Helen y yo empezamos a...

—No metas a Helen en esto, por favor.

Charlie la miró torvamente; nunca había sabido con certeza hasta qué punto llegaba el afecto mutuo de las dos hermanas.

—Lo de la bebida duró sólo año y medio o cosa así; desde que llegué aquí hasta que me hundí del todo.

—Fue bastante tiempo —dijo ella—. Y yo me debo por completo a Helen. Me esfuerzo por adivinar lo que habría querido ella que yo hiciese. Francamente, desde la noche en que hiciste aquello dejaste de existir para mí. No puedo evitarlo. Era mi hermana.

—Sí.

—Antes de morir me pidió que cuidase de Honoria. Si no hubieras estado entonces en un sanatorio, las cosas hubiesen sido de otra manera.

No supo qué contestar.

—En mi vida podré olvidar aquella mañana en que Helen llamó a mi puerta, calada hasta los huesos y tiritando, para decirme que no la habías dejado entrar en casa.

Charlie se agarró a los brazos del sillón. Estaba dispuesto a embarcarse en una larga discusión y explicación, pero no dijo más que:

—La noche en que yo le cerré la puerta...

Porque ella le interrumpió tajante:

—No tengo el menor deseo de volver sobre el asunto.

Tras un momento de silencio dijo Lincoln:

—Nos estamos apartando de la cuestión. Tú deseas que Marion renuncie a su tutela legal y te entregue a Honoria. Creo que para ella lo principal es saber si tiene o no confianza en ti.

—No se lo reprocho a Marion —explicó Charlie lentamente—, pero creo que puede tener entera confianza en mí. Hasta hace tres años yo era hombre de antecedentes irreprochables. Desde luego entra dentro de las posibilidades humanas que en algún momento pueda uno errar. Pero si seguimos dejando pasar el tiempo, yo perderé la oportunidad de vivir con Honoria, ahora que todavía es niña, y de tener un hogar. —Meneó la cabeza—. La perderé por completo, ¿no comprendes?

—Sí, lo comprendo —dijo Lincoln.

—¿Por qué no pensaste antes en todo eso? —preguntó Marion.

—Cuando yo consentí en la tutela estaba totalmente derrumbado y los negocios me habían dejado en la ruina. Sabía que había obrado mal, y acepté todo lo que me proponían. Pero ahora es distinto. Voy tirando. Pero si me porto estupendamente, hombre, maldita sea...

Marion le interrumpió:

—No admito expresiones de mal gusto.

El la miró asombrado. Con cada observación se hacía más evidente su hostilidad. Había hecho un muro de todos sus temores frente a la vida, y ese muro era el que ahora interponía entre los dos. Charlie, cada vez más alarmado, consideraba la posibilidad de tener que dejar a Honoria en aquella atmósfera de rencor contra él. Pero supo refrenarse, y no llegó a traslucirse su cólera; había avanzado un paso, ya que Lincoln advirtió lo absurdo del veto de Marion y le preguntó desde cuándo le molestaba lo de «maldita sea».

—Otra cosa —continuó Charlie—: Ahora estoy en condiciones de ofrecerle ciertas ventajas. Voy a contratar en Praga una institutriz francesa. Acabo de alquilar un nuevo apartamento...

Calló, dándose cuenta de que estaba metiendo la pata. No podía esperarse que ellos aceptasen con ecuanimidad el hecho de que sus ingresos hubieran vuelto a ser el doble que los de ellos.

—Supongo que podrás darle más lujos que nosotros —dijo Marion—. Cuando tú te dedicabas a tirar el dinero, nosotros teníamos que mirar hasta el último franco... Es de suponer que vuelvas a las andadas.

—¡Quia! —aseguró él—. Ya he aprendido. Trabajé de firme diez años seguidos, ya sabéis, hasta que tuve suerte en la bolsa, como

tantos otros. Me pareció entonces que no tenía por qué seguir trabajando, de modo que lo dejé. No volverá a suceder.

Siguió un largo silencio. Todos tenían los nervios en tensión, y, por primera vez en un año, Charlie sintió necesidad de una copa. Ahora estaba seguro de una cosa: Lincoln Peters deseaba que la niña se fuera con su padre.

Marion de pronto se estremeció; en parte comprendía que Charlie pisaba terreno firme, y con su propio sentir de madre, reconocía lo natural de su deseo; pero había vivido mucho tiempo con un prejuicio fundado en la extraña sensación de que su hermana no era feliz, prejuicio que, en la conmoción de una noche terrible, se trocó en aversión hacia él.

—¡No puedo evitar el pensarlo! —exclamó de repente—. Hasta qué punto fuiste responsable de la muerte de Helen, no lo sé. Habrás de responder ante tu conciencia.

Fue como una descarga eléctrica de alta tensión; por un momento casi se levantó angustiado, con el eco de un son inarticulado en la garganta. Se contuvo un momento, otro momento más...

—Olvídalo —dijo Lincoln con desasosiego—. Yo nunca he creído que fueras tú responsable.

—Helen murió del corazón —afirmó Charlie como en un marasmo.

—Sí, del corazón —recalcó Marion como si la frase tuviese otro significado para ella.

Después, en la calma que siguió a su arrebato, la mujer le observó con más desapasionamiento y reconoció que de algún modo Charlie se había hecho el amo de la situación. Volviendo la mirada a su esposo, no encontró en él apoyo alguno, y sin pensarlo más, como si fuera cosa sin importancia, se dio por vencida.

—¡Haz lo que quieras! —gritó levantándose como por resorte—. Hija tuya es. No soy yo quién para oponerme. Creo que si fuera hija mía hubiese preferido verla... —logró dominarse—. Decididlo vosotros. Yo no puedo hacer nada.

Salió como un cohete de la habitación; al rato dijo Lincoln:

—Ha sido un día muy duro para ella. Ya sabes lo convencida que está de que... —su tono era casi de disculpa—. Cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza...

—Desde luego.

—Todo irá bien. Creo que ella se da cuenta de que ahora puedes ocuparte de la niña, de modo que no podemos oponernos a tus deseos ni a los de Honoria.

—Muchas gracias, Lincoln.

—Voy a ver cómo se encuentra.

—Yo también me voy.

Cuando salió a la calle todavía temblaba, pero un paseo por la orilla del río le sosegó, y cuando cruzó el Sena no cabía en sí de júbilo. Pero de regreso en su cuarto no le fue posible dormir. La imagen de Helen le obsesionaba. Helen, a quien tanto había querido hasta que neciamente comenzó a deteriorarse y hacerse jirones el amor que antes les uniera. En aquella terrible noche de febrero que Marion recordaba tan a lo vivo, una pelea sorda se había prolongado varias horas. Ya tuvieron una escena en el Florida, y entonces él trató de llevársela a casa, y Helen besó al joven Webb, que estaba en una mesa... y los comentarios que hizo luego, histérica. Cuando volvió a casa, él solo, cerró la puerta con llave, ciego de ira. ¿Cómo iba a saber que una hora después llegaría ella sola, que habría una borrasca de nieve, y que andaría por la calle, con sus zapatitos de raso, demasiado aturdida para buscar un taxi? Luego vino la segunda parte, el librarse por un milagro de la pulmonía, y todas las horribles consecuencias. Se «reconciliaron», pero fue el principio del fin, y Marion, suponiendo que aquella sería una de las muchas escenas del martirio de su hermana, jamás olvidó.

Con todos estos recuerdos volvió a sentir a Helen más cerca, y en esa luz blanca y suave que se desliza entre el duermevela y las primeras luces del amanecer, se encontró hablando con ella de nuevo. Le dijo Helen que tenía toda la razón en lo de Honoria, y que era su deseo que la niña estuviese con él. Dijo que se alegraba de que se encontrase bien, y de que le fueran bien los negocios. Dijo otras muchas cosas —todas muy propicias—, pero estaba sentada en un columpio con su vestido blanco, y se columpiaba cada vez más aprisa, de forma que al final no pudo oír con claridad lo que decía.

CUANDO DESPERTÓ se sentía feliz. Se habían abierto de nuevo las puertas del mundo. Hizo planes, perspectivas, previsiones, para Ho-

noria y para sí mismo, pero de pronto se sintió triste, al recordar todos los planes que Helen y él hicieron siempre. Ella no había contado con la muerte. Pero lo que importaba era el presente: tener trabajo y un ser querido a quien amar. Aunque no demasiado, porque sabía el daño que un padre puede hacer a una hija, o una madre a un hijo, con un exceso de vinculación y de cariño: luego, en el mundo, la criatura buscaría en su cónyuge la misma ternura ciega, y si no la encontraba, como era probable, se revolvería contra el amor y la vida.

Era otro día resplandeciente, tonificante. Llamó a Lincoln Peters al banco donde trabajaba y le preguntó si podría llevarse a Honoria cuando volviese a Praga. Lincoln convino en que no había razón alguna para demorarlo. Había otra cosa: la tutela legal. Marion deseaba conservarla algún tiempo. El sentir ella que seguía siendo árbitro de la situación un año más suavizaría las cosas. Charlie se mostró de acuerdo; lo único que quería era la niña: la niña visible y tangible.

Almorzó con Lincoln Peters en Griffons, esforzándose por contener su entusiasmo.

—No hay nada como un hijo propio —dijo Lincoln—. Pero comprende tú también los sentimientos de Marion.

Charlie declaró:

—Marion olvida todo lo que trabajé durante siete años. Sólo se acuerda de una noche.

—Otra cosa. —Lincoln vaciló—. Mientras Helen y tú recorríais Europa derrochando el dinero, nosotros nos limitábamos a ir tirando. Creo que Marion veía en ello una especie de injusticia... Al final tú no trabajabas siquiera, y te hacías cada vez más rico.

—Se fue todo tan aprisa como vino —dijo Charlie.

—Sí, la mayor parte del dinero se quedó en manos de los saxos y los maitres de hotel... Vamos, que se acabó la juerga definitivamente. Lo decía sólo por explicar lo que piensa Marion de todos aquellos años locos. Si vienes por casa sobre las seis, ultimaremos los detalles.

De vuelta en el hotel, Charlie encontró una nota remitida desde el bar del Ritz, donde había dejado su dirección con el propósito de localizar a una persona determinada.

Querido Charlie:

Te comportaste de un modo tan raro cuando te vimos el otro día que me pregunto si hice algo que pudiera ofenderte. Si fue así, lo haría sin darme cuenta. La verdad es que he pensado muchísimo en ti el año pasado, y siempre tuve el presentimiento de que si venía aquí te vería. Lo pasamos fenómeno aquella primavera loca, como la noche en que robamos tú y yo el triciclo del carnicero. Todos están hechos unos viejos, de cierto tiempo a esta parte, pero yo no me siento ni pizca de vieja. ¿Podríamos vernos en recuerdo de los viejos tiempos? En estos momentos tengo una resaca infame, pero esta tarde me encontraré mejor, y te esperaré a las cinco en la bombonería que hay junto al Ritz.

Con todo afecto,
Lorraine

Su primer sentimiento fue de horror al recordar aquello: que él, ya un hombre maduro, hubiese robado un triciclo y pedaleado con Lorraine por toda la Étoile en horas de la madrugada. Era como una pesadilla. El no dejar a Helen entrar en casa era un acto que no admitía parangón con ningún otro de su vida, pero el incidente del triciclo no fue sino uno de tantos. ¿Cuántas semanas o meses de disipación habían sido precisos para llegar a tal estado de completa irresponsabilidad?

Trató de rememorar cómo conoció entonces a Lorraine, tan atractiva; Helen no se sintió con ello muy feliz, pero no dijo nada. La víspera, en el restaurante, Lorraine le había parecido trivial, borrosa, gastada. Decididamente, no tenía la menor intención de volver a verla. Era un alivio, por el contrario, pensar en Honoria; pensar en los domingos que iba a pasar con ella, y en que podría darle los buenos días, por las mañanas, y saber que se encontraba allí, en casa, por las noches, respirando en la oscuridad.

A las cinco tomó un taxi y llevó regalos a todos los Peters: una seductora muñeca de trapo, una caja de soldados romanos, flores para Marion y grandes pañuelos de hilo para Lincoln.

Cuando llegó al apartamento se dio cuenta de que Marion había aceptado ya lo inevitable. Ahora le saludó como a la oveja negra de la familia, más que como a un extraño amenazador. Ya le habían dicho a Honoria que se iba con su padre, y Charlie se alegró de ver el tacto con que la niña disimulaba su desbordante felicidad. Sólo

al oído le confió lo feliz que se sentía, y le preguntó que cuándo antes de escabullirse con los demás niños.

Marion y él se quedaron solos un momento en la habitación, y en un impulso Charlie tuvo la osadía de decir:

—Los disgustos familiares son mala cosa. No se ajustan a norma alguna. No son como los dolores o como las heridas; son más bien como grietas en la piel que no pueden cicatrizar por falta de sustancias orgánicas. Quisiera que nos llevásemos mejor tú y yo.

—Algunas cosas son difíciles de olvidar —repuso ella—. Es cuestión de confianza. —No había nada que responder a eso, y por último la mujer se limitó a preguntar—: ¿Cuándo piensas llevártela?

—En cuanto tenga una institutriz. Pasado mañana seguramente.

—Antes del sábado no. Tengo que dejar arregladas sus cosas.

Charlie se mostró de acuerdo. Entró Lincoln en la sala y le ofreció una copa.

—Tomaré mi whisky de todos los días —dijo.

Aquello era cálido, acogedor; era un hogar; seres humanos al calor de una lumbre. Los niños se sentían seguros e importantes; la madre y el padre eran serios, estaban al tanto. Tenían cosas que hacer por los niños. Cosas más importantes que la visita de él a la casa. Una cucharada de medicina importaba más, a fin de cuentas, que la tirantez de relaciones entre Marion y él. No es que fueran rústicos o adocenados, pero estaban muy apegados a la vida común y a sus circunstancias. Se preguntó si no podría hacer algo por liberar a Lincoln de la rutina del banco.

Sonó un prolongado repique del timbre de la puerta; la criada para todo cruzó el salón y salió por el pasillo. Se abrió la puerta por fin, tras un nuevo y prolongado timbrazo, y a poco se oyeron voces, acogidas con indecible asombro por los tres que estaban en el salón. Marion se levantó. La sirvienta se acercaba por el corredor, seguida de cerca por las voces, que un instante después se personificaban en Duncan Schaeffer y Lorraine Quarrles.

Estaban alegres, bulliciosos; estallaban en risas ruidosas. Charlie se quedó atónito un momento, incapaz de comprender cómo habrían podido averiguar la dirección de los Peters.

—¡Aaah! —exclamó Duncan, amonestando pícaramente a Charlie con un dedo.

Ambos dejaron escapar otra cascada de risas. Impaciente y perplejo, Charlie les estrechó rápidamente la mano y les presentó a Lincoln y a Marion. Marion les saludó con la cabeza, ahorrando palabras. Dio un paso atrás, hacia la chimenea; su hija se arrimó a su lado, y Marion le pasó un brazo por los hombros.

Con creciente disgusto por la intromisión, Charlie esperó a que se explicaran. Después de concentrarse un poco, Duncan puntualizó:

—Hemos venido para invitarte a cenar. Lorraine y yo insistimos en que debe acabar de una vez el misterioso asunto de tu dirección.

Charlie se acercó más a ellos, como obligándolos a retroceder por el pasillo.

—Lo siento, pero no me es posible. Decidme dónde vais a estar y yo os telefonearé dentro de media hora.

Sus palabras no surtieron efecto. Lorraine se sentó de golpe en el brazo del sillón, y mirando a Richard gritó:

—¡Huy, qué niño tan guapo! Ven aquí, rico.

Richard echó una ojeada a su madre, pero no se movió. Con un perceptible encogimiento de hombros, Lorraine se volvió hacia Charlie.

—Vamos a cenar —dijo con voz estropajosa de borracha—. Seguro que a tus primos no les importará. Te vemos tan poco... O con tanta etiqueta...

—No puedo —se disculpó Charlie bruscamente—. Id a cenar vosotros y yo os llamaré por teléfono.

La voz de la mujer se hizo de pronto desagradable:

—Está bien. Pero no me he olvidado de una vez que aporreaste mi puerta a las cuatro de la madrugada. Y yo fui lo bastante generosa como para ofrecerte encima una copa. Vamos, Dunc.

Con desesperante lentitud, la expresión estúpida, iracunda, y el paso vacilante, se marcharon por el pasillo.

—Buenas noches —dijo Charlie.

—¡Buenas noches! —recalcó Lorraine, melodramática.

Cuando volvió al salón, Marion no se había movido, pero ahora tenía abrazado a su hijo con el otro brazo.

—¡Qué atropello! —estalló Charlie—. ¡Esto es una verdadera ofensa!

Ninguno de los Peters respondió. Charlie se desplomó en una butaca, tomó su vaso, volvió a dejarlo y explicó:

—Unos tipos a los que hace más de dos años que no veo, y tienen la desfachatez increíble...

Se interrumpió. Marion exhaló una interjección breve, furibunda, se apartó de él con vivo desplante y salió airada de la habitación.

—Niños, ya podéis ir a cenar —ordenó Lincoln, y cuando se fueron, dijo a Charlie—: Esta clase de gente pone a Marion verdaderamente enferma.

—Yo no les dije que viniesen aquí. Habrán sacado vuestra dirección a alguien. Ellos, a sabiendas...

—Bien, esto no arregla las cosas, precisamente. Perdóname un minuto.

Charlie quedó solo, sentado en el sillón como sobre ascuas. En la habitación contigua oía cenar a los niños, hablando con monosílabos, ya olvidados de la escena que se había desarrollado entre los mayores. Escuchó el murmullo de una conversación que procedía de un cuarto más alejado, y llevado del pánico hizo un movimiento instintivo, como para apartarse donde no pudiera llegar a sus oídos.

Al cabo de un rato volvió Lincoln.

—Mira, Charlie. Creo que será mejor dejar la cena para otra ocasión. Marion está indispuesta.

—¿Está enfadada conmigo?

—Algo por el estilo —repuso con cierta rudeza.

—¿Quieres decir que ha cambiado de opinión acerca de Honoria?

—En estos momentos tiene muy exacerbados los ánimos. No lo sé. Llámame al banco mañana.

—Quisiera que le explicases que ni por lo más remoto me figuraba que esa gente pudiera presentarse aquí. Estoy tan disgustado como tú.

—Ahora no podría explicarle nada.

Charlie se levantó. Tomó su abrigo y su sombrero y salió por el pasillo. Abrió luego la puerta del comedor y dijo con voz extraña:

—Buenas noches, pequeños.

Honoria se levantó y dio la vuelta a la mesa para abrazarle y besarle.

—Buenas noches, cariñito mío —dijo él con tono maquinal, y después, tratando de hacer más tierna su voz, como en un intento conciliatorio—: Buenas noches, hijos.

Charlie se fue derecho al bar del Ritz con el furibundo propósito de encontrar a Lorraine y a Duncan, pero no estaban allí, y en cualquier caso, pensó, ya no podía hacer nada. No había tocado la copa que le ofrecieron en casa de los Peters, y ahora pidió un whisky con soda. Paul se le acercó a saludarle.

—Esto ha dado un cambio tremendo —dijo con tristeza—. Venimos a hacer la mitad del negocio que antes. He sabido de muchos que volvieron a los Estados Unidos y lo perdieron todo, si no en el primer golpe, en el segundo. Su amigo George Hardt perdió hasta el último centavo, según me han dicho. ¿Volvió usted a los Estados Unidos?

—No, tengo negocios en Praga.

—Oí decir que perdió usted mucho en la depresión.

Ceñudo, él confesó:

—En efecto, pero perdí todo lo que más quería en los buenos tiempos.

Volvió a él el recuerdo de aquellos días como una pesadilla: las gentes que conocieron de paso en sus viajes; gentes incapaces de hacer una suma ni de decir una frase coherente. El infeliz con quien Helen se avino a bailar en la fiesta del barco, y que la insultó a cuatro pasos de la mesa; las mujeres y las chicas a quien sacaban por fuerza de los lugares públicos, chillando como histéricas, víctimas de la bebida o de las drogas...

...Los maridos que dejaban a sus mujeres en la calle, con toda la nieve, porque la nieve del veintinueve no era de verdad. Si no querías que fuera nieve, bastaba con pagar.

Se dirigió al teléfono y llamó a Lincoln.

—Te llamo porque no puedo quitármelo de la cabeza. ¿Ha dicho Marion algo definitivo?

—Marion está enferma —respondió brevemente Lincoln—. Ya sé que todo eso, al fin y al cabo, no es culpa tuya, pero tampoco puedo consentir que cause a Marion un trastorno. Me temo que vamos a

tener que dejarlo por unos seis meses; no puedo exponerme a que caiga de nuevo en este estado.

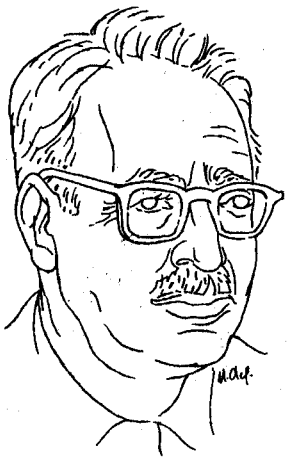
—Comprendo.

—Lo siento, Charlie.

Volvió a su mesa. Su vaso de whisky estaba vacío, pero negó con la cabeza cuando Alix lo señaló con un gesto interrogante. No le quedaba más que hacer sino enviarle a Honoria algunas cosas; al día siguiente le mandaría un montón de regalos. Reflexionó con bastante amargura que al fin y al cabo era cuestión de dinero, sólo de dinero... y había dado dinero a tanta gente...

—No, ya no más —dijo a otro camarero—. ¿Qué le debo?

Algún día volvería; no podrían hacérselo expiar eternamente. Pero él quería a su hija, y aparte de eso ninguna otra consideración tenía mayor importancia. Ya no era joven para alimentar un mundo de bellos pensamientos y ensueños. Estaba absolutamente seguro de que Helen hubiese querido que no estuviera tan solo.



MI COMPLEJO DE EDIPO

FRANK O'CONNOR/IRLANDA

Frank O'Connor

PADRE ESTUVO en el ejército desde el principio hasta el fin de la guerra —me refiero a la primera—, de modo que hasta después de cumplir los cinco años nunca le vi mucho, y lo que vi no me preocupó. A veces me despertaba y veía una figura grande vestida de caqui que, inclinada sobre mí, me contemplaba a la luz de una vela. A veces, muy de mañana, oía cerrarse de golpe la puerta de entrada y un ruido de botas claveteadas sobre los adoquines de la calle. Así eran las entradas y salidas de padre. Iba y venía misteriosamente como Santa Claus.

En realidad me gustaban bastante sus visitas, aunque yo apenas cabía entre madre y él cuando me metía en la cama grande a primeras horas de la mañana. El fumaba, lo que le daba un agradable olor a rancio, y se afeitaba, una operación de interés despampanante. En cada visita dejaba un rastro de recuerdos —tanques en miniatura, cuchillos gurkhas con mangos hechos con casquillos de balas, cascos alemanes, insignias de gorros, tiras metálicas para no manchar el uniforme al bruñir los botones y arreos militares de todas clases—, cuidadosamente guardados en una caja larga encima del armario ropero para el caso de que alguna vez se necesitasen. Padre tenía algo de urraca; confiaba en que todo, fuera lo que fuera, podría llegar a ser útil algún día. Cuando volvía la espalda, madre me dejaba subirme a una silla y revolver en sus tesoros. No parecía tenerlos en tan alta estima como él.

La guerra fue el período más pacífico de mi vida. La ventana de

mi buhardilla daba al sudeste. Mi madre le había puesto cortinas, pero apenas servían de nada. Siempre me despertaba con la primera luz del día y, desvanecidas ya todas las responsabilidades de la víspera, me sentía casi semejante al sol, dispuesto a iluminar y alegrar. La vida nunca me pareció tan sencilla, clara y llena de posibilidades como entonces. Sacaba los pies de debajo de las sábanas —yo los llamaba don Izquierdo y don Derecho— e inventaba para ellos situaciones dramáticas en las que hablaban sobre los problemas del día. Al menos don Derecho así lo hacía; era muy abierto, pero no tenía yo el mismo dominio sobre don Izquierdo, de modo que la mayoría de las veces se limitaba a inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Trataban de lo que madre y yo debíamos hacer durante el día, de lo que Santa Claus debiera traerle a uno por Navidades y de qué pasos debieran darse para alegrar la casa. Había, por ejemplo, ese asuntillo del crío. Madre y yo nunca nos poníamos de acuerdo acerca de eso. Nuestra casa era la única de aquella hilera en la que no había un nuevo crío, y madre decía que no podíamos permitirnos tener uno hasta que padre volviese de la guerra porque los niños costaban diecisiete chelines y seis peniques.

Esto demostraba lo bobalicona que era; los Geney, que vivían unas casas más arriba, tenían un crío, y todo el mundo sabía que no podían pagar diecisiete chelines y seis peniques. Probablemente se trataba de un crío barato, y madre quería algo verdaderamente bueno, pero a mí me parecía que era demasiado exigente. El crío de los Geney habría sido pintiparado para nosotros.

Una vez trazados mis planes para el día, me levantaba, colocaba una silla bajo la ventana de la buhardilla y alzaba el marco lo suficiente para asomar la cabeza. La ventana tenía vista a los jardines delanteros de la hilera de casas que había detrás de la nuestra, y más allá de estas, por encima de un profundo valle, a las altas casas de ladrillo rojo de la colina de enfrente, las cuales aún se hallaban casi en la penumbra, mientras las de nuestro lado del valle estaban totalmente iluminadas, aunque con largas y extrañas sombras que las hacían parecer irreales.

Después entraba en el cuarto de madre y me encaramaba a la cama grande. Ella se despertaba y yo empezaba a contarle mis

proyectos. Para entonces, aunque nunca me pareció haberlo notado, yo estaba helado en mi camisón, y me descongelaba mientras hablaba hasta que, ya derretida la última escarcha, me quedaba dormido junto a ella y sólo volvía a despertar cuando la oía abajo en la cocina, haciendo el desayuno.

Después de desayunar íbamos al pueblo; oíamos misa en San Agustín, rezábamos una oración por padre y hacíamos la compra. Por la tarde, si hacía buen tiempo, salíamos a dar un paseo por el campo o a visitar a la gran amiga de madre en el convento, la madre Santo Domingo. Madre las hacía rezar a todas por padre, y cada noche, al acostarme, pedía yo a Dios que nos lo devolviese de la guerra sano y salvo. ¡No sospechaba entonces lo que estaba pidiendo!

Una mañana me metí en la cama grande y allí estaba padre, con su habitual proceder de Santa Claus; pero más tarde, en vez del uniforme, se puso su mejor traje azul, y madre estaba como unas castañuelas. Yo no comprendía el motivo de su alegría, porque sin el uniforme padre era mucho menos interesante; ella, sin embargo, estaba radiante y explicaba que nuestras oraciones habían sido escuchadas. A continuación nos fuimos a misa para dar gracias a Dios de que hubiera traído felizmente a padre al hogar.

¡Qué ironía! Aquel mismo día, cuando vino a comer, se quitó las botas y se calzó las zapatillas, se caló el sucio gorro viejo que llevaba en casa para protegerse de los resfriados, cruzó las piernas y empezó a conversar seriamente con madre, que parecía desasosegada. Como es natural, no me gustó su aspecto inquieto, que la hacía menos bonita, de modo que le interrumpí.

—¡Un momento, Larry! —dijo ella dulcemente.

Eso era lo que solía decir cuando teníamos visitantes pelmazos, así que no le concedí importancia y seguí charlando.

—¡Cállate, Larry! —me dijo, impaciente ahora—. ¿No ves que estoy hablando con papá?

Era la primera vez que oía aquellas ominosas palabras: «hablando con papá», y no pude menos de pensar que si era así como respondía Dios a las oraciones, no debía de escucharlas con mucha atención.

—¿Y por qué estás hablando con papá? —pregunté con la mayor indiferencia de que pude hacer gala.

—Porque papá y yo tenemos asuntos que tratar. ¡Así es que no vuelvas a interrumpirnos!

Por la tarde, a petición de madre, padre me llevó a dar un paseo. Esta vez fuimos a la ciudad en vez de ir al campo, y al principio pensé, con mi acostumbrado optimismo, que aquello podría representar un adelanto. Pero nada de eso. Padre y yo teníamos ideas completamente diferentes de lo que es un paseo por la ciudad. El no sentía verdadero interés por tranvías, barcos y caballos, y lo único que parecía distraerle era hablar con tipos tan viejos como él. Cuando yo quería pararme él seguía adelante, arrastrándome de la mano; pero cuando era él quien quería detenerse no me quedaba otra alternativa que hacer lo mismo. Me dio la impresión de que cuando se apoyaba en una pared era señal de que quería pararse largo rato. La segunda vez que le vi hacerlo me enfurecí. Parecía haberse instalado para siempre. Le tiré de la chaqueta y de los pantalones, pero a diferencia de madre, que si uno insistía demasiado montaba en cólera y decía: «Larry, si no te portas bien vas a ganarte un buen sopapo», padre tenía una extraordinaria capacidad de no darse por enterado. Le tomé las medidas y me pregunté si debía echarme a llorar, pero parecía estar demasiado distante para que ni siquiera eso le molestase. ¡Era en verdad como ir de paseo con una montaña! O no hacía ningún caso de mis tirones y puñetazos, o bien me miraba con una sonrisa divertida desde su altura. Nunca había conocido a nadie tan ensimismado como él.

A la hora del té empezó de nuevo eso de «hablando con papá», complicado esta vez con el hecho de que él tenía un periódico de la tarde y lo posaba a cada minuto para comunicar a madre alguna noticia. Me pareció que aquello era jugar sucio. De hombre a hombre yo estaba dispuesto a contender con él en cualquier momento para ganar la atención de madre, pero cuando estaba respaldado por otras personas no me quedaba la menor oportunidad. Varias veces intenté cambiar el tema, pero todo fue en vano.

—Debes estarte callado cuando papá lee, Larry —decía madre con impaciencia.

Estaba claro que prefería sinceramente charlar con padre que conmigo, o bien que él ejercía algún terrible dominio sobre ella que la atemorizaba, impidiéndole confesar la verdad.

—Mamá —le dije esa misma noche cuando estaba remetiéndome la ropa de la cama—, ¿crees que si rezase mucho Dios enviaría de nuevo a papá a la guerra?

Pareció meditar un rato y luego dijo sonriendo:

—No, tesoro. No creo que lo hiciera.

—¿Por qué no, mamá?

—Porque ya no hay guerra, tesoro mío.

—Pero, mamá, ¿no podría Dios hacer otra guerra si quisiera?

—No querría. No es Dios quien hace las guerras, sino la gente mala.

—¡Oh! —exclamé.

Me sentía desilusionado. Empecé a pensar que Dios no estaba a la altura de los poderes que se le atribuían.

La mañana siguiente desperté a la hora de costumbre, sintiéndome como una botella de champaña. Me destapé los pies e inventé una larga conversación en la que don Derecho hablaba de las dificultades que había tenido con su propio padre hasta que lo metió en el asilo. Yo no sabía muy bien lo que era el asilo, pero me parecía el lugar adecuado para padre. Luego alcancé la silla y asomé la cabeza por la ventana de la buhardilla. Precisamente estaba apuntando el día, con un aire de culpabilidad que me hizo sentir que lo había pillado in fraganti. Mi cabeza hervía de planes y maquinaciones. Entré a trompicones en la habitación contigua, y en la penumbra trepé a la cama grande. No había sitio al lado de madre, así es que tuve que meterme entre ella y padre. Por un momento había olvidado la existencia de este, y durante varios minutos permanecí sentado, recto como una flecha, devanándome los sesos para saber qué podría hacer con él. Ocupaba más espacio del que le correspondía en la cama y yo no podía acomodarme, de suerte que le propiné varias patadas que le hicieron gruñir y estirarse. Sin embargo, acabó por hacerme sitio. Madre despertó y me buscó a tientas. Yo me instalé cómodamente en el tibio lecho, con el pulgar en la boca.

—¡Mamá! —dije ruidosa y placenteramente.

—¡Chist, tesoro! —susurró—. ¡No despiertes a papá!

Esto era una nueva monserga que amenazaba ser aún más grave que lo de «hablando con papá». La vida sin mis charlas matutinas era inconcebible.

—¿Por qué? —pregunté severamente.

—Porque el pobre papá está cansado.

Me pareció una razón que no venía a cuento, y el sentimentalismo de lo de «el pobre papá» me dio náuseas. Nunca me gustaron esa clase de efusiones; siempre me dieron una impresión de hipocresía.

—¡Oh! —dije despreocupadamente. Y luego, en mi tono más persuasivo—: ¿Sabes adónde quiero ir hoy contigo, mamá?

—No, tesoro mío —suspiró.

—Quiero bajar al estuario a pescar nocas con mi red nueva, y luego quiero llegar hasta el Zorro y los Sabuesos y...

—¡No despiertes a papá! —siseó airadamente, tapándome la boca con la mano.

Pero era demasiado tarde. Se había despertado, o poco le faltaba. Refunfuñó y alcanzó las cerillas. Luego, incrédulo, consultó su reloj.

—¿Quieres una taza de té, mi vida? —preguntó madre con una voz sumisa y apaciguadora que nunca le había oído hasta entonces. Sonaba casi como si estuviera atemorizada.

—¿Té? —exclamó padre indignado—. ¿Sabes qué hora es?

—Y después de eso quiero ir a la carretera de Rathcooney —dije en voz alta, temeroso de haber olvidado algo con todas aquellas interrupciones.

—¡Duérmete en seguida, Larry! —dijo madre con tono áspero.

Empecé a lloriquear. La manera de comportarse de aquella pareja me impedía concentrarme, y sofocar mis proyectos mañaneros era como enterrar a una familia desde la cuna.

Padre no dijo nada; encendió su pipa y dio unas chupadas, mirando a las sombras sin hacer caso de madre ni de mí. Yo sabía que estaba furioso. Cada vez que hacía una observación, madre, irritada, me mandaba callar. Me sentí humillado. Aquello no me parecía justo; tenía incluso algo de siniestro. Varias veces había señalado a madre el derroche de tiempo que suponía hacer dos camas cuando podíamos dormir los dos en una, y ella siempre me había contestado que era más sano así. ¡Y ahora llegaba este hombre, este desconocido, y dormía con ella sin la menor consideración por su salud!

Padre se levantó temprano e hizo té, pero aunque trajo una taza a madre, se olvidó de mí.

—Mamá —grité—, yo también quiero una taza de té.

—Sí, tesoro —dijo ella pacientemente—. Puedes tomar un poco del platillo de mamá.

Aquello fue el colmo. O padre o yo tendríamos que abandonar la casa. Yo no quería beber del platillo de mamá; quería que me trataran como un igual en mi propia casa, de modo que, simplemente para mortificarla, me lo bebí todo y no dejé nada para ella. Madre aceptó aquello con tranquilidad, con demasiada tranquilidad. Pero aquella noche, cuando estaba metiéndome en la cama, dijo dulcemente:

—Larry, quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué es? —pregunté.

—Que no entres a molestar al pobre papá por la mañana. ¿Me lo prometes?

¡Otra vez «el pobre papá»! Se me estaba haciendo sospechoso todo lo referente a este hombre tan insoportable.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque el pobre papá está preocupado y cansado y no duerme bien.

—¿Y por qué no duerme, mamá?

—Bueno, tú sabes, ¿verdad?, que mientras estuvo en la guerra mamá recibía dinero de la oficina de correos.

—¿De la señorita MacCarthy?

—Exacto. Pero ahora a la señorita MacCarthy ya no le queda dinero, ¿comprendes?, de modo que papá tiene que salir a buscarlo para nosotros. ¿Sabes lo que ocurriría si no pudiese hacerlo?

—No —contesté—; dímelo.

—Bueno, creo que tendríamos que salir a mendigar como la pobre vieja de los viernes. Eso no nos gustaría, ¿verdad?

—No —reconocí—. No nos gustaría.

—Entonces... ¿me prometes que no volverás a entrar a despertarle?

—Te lo prometo.

Y lo dije muy en serio. Yo sabía que el dinero no era cosa de broma, y desde luego estaba en contra de tener que salir a pedir

como la vieja de los viernes. Madre dispuso todos mis juguetes formando un círculo completo alrededor de la cama, de modo que, saliera por donde saliera, tenía fatalmente que tropezar con alguno de ellos.

Al despertar recordé mi promesa, por supuesto. Me levanté, me senté en el suelo y jugué horas enteras... al menos eso me pareció. Luego me encaramé a la silla y miré por la ventana de la buhardilla durante varias horas más. Estaba deseando que padre despertase; quería que alguien me hiciese una taza de té. No me sentía en lo más mínimo semejante al sol; por el contrario, ¡estaba aburrido, y sentía tanto, tanto frío! Suspiraba por el calorcillo y la blandura de la gran cama de plumas.

Al fin no pude aguantar más tiempo. Entré en el cuarto contiguo. Como todavía no había sitio al lado de madre, me encaramé sobre ella. Se despertó sobresaltada y, sujetándome con fuerza por el brazo, susurró:

—Larry, ¿qué fue lo que prometiste?

—Pero si lo cumplí, mamá —gemí, cogido in fraganti—. He estado callado muchísimo tiempo.

—¡Oh, Dios mío, estás helado! —dijo ella tristemente, palpándome el cuerpo—. Bueno, ¿me prometes no hablar si te dejo quedarte?

—Pero es que yo quiero hablar, mamá —me lamenté.

—Eso no tiene nada que ver —dijo con una firmeza que era nueva para mí—. Papá necesita dormir, ¿no lo comprendes?

Lo comprendía demasiado bien. Yo quería hablar, él quería dormir... Pero bueno, ¿de quién era la casa?

—Mamá —dije con igual firmeza—, creo que sería más saludable para papá dormir en su propia cama.

Esto pareció hacerla vacilar, pues no dijo nada durante un rato.

—Bueno, por última vez —prosiguió luego—, vas a estarte muy quietecito o te vuelves a tu cama. ¿Qué prefieres?

La injusticia de aquello me deprimió. Con palabras que ella misma pronunciara yo le había demostrado su inconsecuencia y falta de razón, y ella ni siquiera me había contestado. Lleno de despecho, di una patada a padre; ella no lo advirtió, pero a él le hizo gruñir y abrir los ojos alarmado.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz sobrecogida de terror, sin mirar a madre sino a la puerta, como si viera allí a alguien.

—Aún es temprano —respondió ella tranquilizadoramente—. Es el niño. Duérmete otra vez... Vamos, Larry —añadió saltando del lecho—; has despertado a papá y debes volver a tu cama.

Esta vez, a pesar de su aire apacible, supe que hablaba en serio, y me di cuenta también de que mis derechos y privilegios esenciales podían darse por perdidos a menos de que los hiciese valer en el acto. Cuando me cogió en brazos, solté un chillido capaz de despertar a un muerto, y no digamos a padre.

—Pero ¿es que no duerme nunca este maldito chiquillo? —refunfuñó.

—Es que ha cogido esa costumbre, amor mío —dijo madre sosegadamente, aunque yo comprendí que estaba enojada.

—Bueno, pues ya es hora de que la pierda —gritó padre, empezando a dar vueltas en la cama.

De repente atrajo hacia sí todas las sábanas y mantas y se volvió hacia la pared; luego miró por encima del hombro, mostrando únicamente sus ojos oscuros, pequeños y malévolos. Aquel hombre parecía muy perverso.

Para abrir la puerta del dormitorio, madre tuvo que posarme en el suelo, y entonces me zafé de ella y me precipité chillando al rincón más alejado. Padre se sentó en la cama de un salto.

—¡Cállate, monigote! —dijo con voz ahogada.

Me quedé tan asombrado que dejé de chillar. Jamás, jamás me había hablado nadie en aquel tono hasta entonces. Le miré con incredulidad y vi su cara crispada de rabia. Sólo entonces me di plena cuenta de la broma que me había gastado Dios al escuchar mis oraciones para que regresase sano y salvo este monstruo.

—¡Cállate tú! —vociferé fuera de mí.

—¿Qué has dicho? —gritó padre, y saltó de la cama hecho una fiera.

—¡Mick, Mick! —imploró madre—. ¿No ves que el niño no está acostumbrado a ti?

—Lo que veo es que está mejor alimentado que educado —rezongó padre, moviendo frenéticamente los brazos—. Necesita una buena azotaina en el trasero.

Todos sus gritos anteriores no fueron nada en comparación con estas obscenas palabras referentes a mi persona. En verdad que me hicieron hervir la sangre.

—¡Azótate el tuyo! —chillé histéricamente—. ¡Azótate el tuyo! ¡Cállate! ¡Cállate!

Al oír esto perdió la paciencia y se abalanzó hacia mí para zurrarme. Ante los ojos horrorizados de madre, lo hizo con la falta de convicción que era de esperar, y todo terminó en una débil nalgadita; pero la mera afrenta de ser azotado, aunque fuera poco, por un extraño, un completo extraño que a fuerza de engatusamientos había conseguido regresar de la guerra e introducirse en nuestra cama grande como resultado de mi cándida intercesión, me sacó de quicio. Chillé y chillé, saltando sobre mis pies descalzos, y padre, desmañado y velludo en su corta camisa gris del ejército, me miraba echando chispas por los ojos como una montaña asesina. Creo que debió de ser entonces cuando me di cuenta de que también él estaba celoso. A madre, en camisón ante nosotros, parecía partírsele el corazón. Yo confiaba en que sintiese lo que aparentaba; me parecía que lo tenía muy merecido.

A partir de aquella mañana mi vida fue un infierno. Padre y yo éramos enemigos declarados. Librábamos una serie de escaramuzas, tratando de robarnos mutuamente el tiempo que pasábamos con madre. Cuando ella estaba sentada sobre mi cama contándome un cuento, llegaba padre y se ponía a buscar un par de botas viejas que según decía había dejado por ahí al principio de la guerra. Cuando él hablaba con madre, yo jugaba ruidosamente con mis juguetes para demostrar mi absoluta falta de interés. Una tarde hizo una escena terrible cuando al volver del trabajo me encontró con su caja, jugando con las insignias militares, los cuchillos gurkhas y los cascos alemanes. Madre se levantó y me quitó la caja.

—No debes jugar con los juguetes de papá a menos que él te dé permiso —me dijo con severidad—. Papá no juega con los tuyos.

Por alguna razón desconocida, padre la miró como si ella le hubiese abofeteado y luego volvió la espalda con el ceño fruncido.

—Eso no son juguetes —rezongó, bajando otra vez la caja para ver si yo le había quitado algo—. Algunos de estos objetos son muy raros y valiosos.

Pero a medida que pasaba el tiempo yo veía que él se las ingeniaba cada vez más para malquistarme con madre. Lo que agravaba el asunto era que yo no lograba entender su método ni descubrir qué encanto ejercía sobre madre. Desde todos los puntos de vista él era menos atrayente que yo. Tenía un acento vulgar y hacía ruidos al tomar el té. Por algún tiempo creí que podrían ser los periódicos los que despertaban el interés de madre, de modo que empecé a inventar noticias para leérselas. Luego pensé que quizá fuese el fumar, que a mí personalmente me parecía muy atractivo, y cogí sus pipas y me puse a andar por toda la casa baboseándolas hasta que me atrapó. Incluso hice ruidos al sorber el té, pero madre se limitó a decirme que aquello era repugnante. Todo parecía girar en torno a la malsana costumbre de dormir juntos, de suerte que entraba a menudo en su dormitorio para husmear, hablando conmigo mismo a fin de que no supieran que les estaba vigilando; por lo que vi, sin embargo, nunca hacían nada importante. Al fin me di por vencido. Todo parecía estribar en ser mayor y en dar anillos a la gente, y me di cuenta de que tendría que esperar.

Pero al mismo tiempo yo quería que padre comprendiese que se trataba sólo de una tregua, no de una rendición. Cierta noche en la que se mostraba particularmente odioso, parloteando muy por encima de mi cabeza, decidí soltarlo.

—Mamá, ¿sabes lo que voy a hacer cuando sea mayor? —pregunté.

—No, tesoro —respondió—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a casarme contigo —dije tranquilamente.

Padre lanzó una estentórea carcajada, pero no me engañó. Sabía que era mero fingimiento. Y madre, a pesar de todo, estaba contenta. Probablemente sentía alivio al saber que algún día quedaría roto el dominio que padre ejercía sobre ella.

—¿Verdad que será bonito? —dijo madre sonriendo.

—Será muy bonito —repuse confiadamente—. Porque vamos a tener muchos, muchísimos críos.

—Claro que sí, tesoro —dijo ella en tono apacible—. Creo que pronto tendremos uno, y entonces no te faltará compañía.

Eso me complació infinitamente porque demostraba que pese al modo en que cedía ante padre todavía tenía en cuenta mis deseos. Además aquello pondría a los Geney en su puesto.

Mi optimismo, sin embargo, resultó infundado. En primer lugar, ella estaba muy preocupada —supongo que cavilando acerca de dónde sacaría los diecisiete chelines y seis peniques—, y aunque padre dio en volver tarde por las noches, esto no me benefició particularmente. Madre dejó de sacarme de paseo, se volvió la mar de quisquillosa y me sacudía por cualquier cosa. Más de una vez llegué a desear no haber mencionado nunca al dichoso crío... Yo parecía tener una aptitud especial para atraer la desgracia sobre mí.

¡Y qué desgracia! Sonny llegó en medio del más aterrador alboroto —ni siquiera eso podía hacer sin armar escándalo— y desde el primer momento le detesté. Era un niño difícil —en lo que a mí respecta siempre fue difícil— y exigía demasiada atención.

Madre estaba sencillamente embobada con él, y no era capaz de distinguir cuándo estaba haciendo el paripé. Decir que como compañía era inútil es quedarse corto. Se pasaba el día durmiendo, y yo tenía que andar por casa de puntillas para no despertarle. Ya no se trataba de no despertar a padre. La consigna era ahora: «¡No despiertes a Sonny!» Yo no comprendía por qué el niño no dormía a la hora apropiada, de modo que le despertaba tan pronto como madre volvía la espalda. A veces también le pellizcaba para que se mantuviera despierto. Madre me sorprendió un día y me dio la más despiadada de las zurras.

Una tarde, cuando padre volvió del trabajo, yo estaba jugando a los trenes en el jardín de delante de la casa. Hice como si no lo hubiera visto y fingí estar hablando conmigo mismo. En voz alta dije:

—Si entra en esta casa otro maldito crío, yo me voy.

Padre se paró en seco y me miró por encima del hombro.

—¿Qué es lo que has dicho? —me preguntó severamente.

—Estaba hablando para mí —contesté, tratando de disimular mi pánico—. Es un asunto personal.

Dio media vuelta y entró en casa sin decir palabra. Ahora bien, yo dije aquello como una solemne advertencia, pero su efecto fue muy distinto. Padre empezó a mostrarse muy amable conmigo. Yo, por supuesto, le comprendía. El comportamiento de madre con Sonny era repugnante. Incluso a la hora de las comidas se levantaba para ir a contemplarlo en la cuna como una pazguata, con una sonrisa idiota, y decía a padre que hiciese lo mismo. El se mostraba

siempre cortés, pero por su expresión de perplejidad se veía bien a las claras que no sabía de lo que le estaban hablando. Padre se lamentaba de lo que Sonny lloraba por la noche, pero ella se enfadaba y respondía que Sonny nunca lloraba salvo cuando le dolía algo, lo cual era una mentira como una casa, porque a Sonny nunca le dolía nada y únicamente lloraba para llamar la atención. Resultaba en verdad penoso ver lo cándida que era. Padre no era atractivo, pero tenía una inteligencia muy despierta. Calaba las intenciones de Sonny, y ahora sabía que yo también calaba las suyas.

Una noche me desperté sobresaltado. Había alguien a mi lado en la cama. Por un emocionante momento me sentí seguro de que debía de ser madre que había recobrado la razón, dejando a padre para siempre; pero luego oí la rabieta de Sonny en la habitación contigua, y a madre que decía: «¡Ea! ¡Ea! ¡Ea!», y comprendí que no era ella. Era padre. Estaba acostado junto a mí, muy despierto, respirando trabajosamente y al parecer loco de ira.

Al cabo de un rato comprendí lo que le había enfurecido. Ahora le había llegado su turno. Después de expulsarme a mí de la cama grande, él mismo había sido expulsado. Madre ya no tenía consideración por nadie salvo Sonny, ese ponzoñoso cachorro. No pude menos de compadecerme de padre. Yo había pasado ya por todo aquello, y aun a esa edad me mostré magnánimo. Me puse a acariciarle y dije: «¡Ea! ¡Ea! ¡Ea!» La verdad es que él no era demasiado expansivo.

—¿Tampoco tú estás dormido? —refunfuñó.

—Ah, ven, acércate y abrázame, ¿quieres? —le dije.

Y él lo hizo, hasta cierto punto. Cautelosamente, supongo que es la palabra que se emplearía. Era muy huesudo, pero más vale algo que nada.

Para Navidad me regaló nada menos que un tren de juguete.

EL VENADO

ARTURO USLAR PIETRI/VENEZUELA

Los cuatro hombres estaban en cuclillas junto a la puerta. Las cabezas gachas, las manos descolgadas por entre las piernas jugueteando con yerbas y guijarros. Los sombreros de cogollo sobre la nuca.

—¡Sale perro! ¡Sale Corneta!

El perro cazador de largas orejas y ojos lagrimosos que se había acercado a husmear se alejó asustado.

—Buen perro ese, Damián.

—¿Cuál, Corneta? Muy bueno es.

—Como para echárselo al de las doce puntas por esa costa de monte y cogerlo cansado.

Damián sonrió con la cabeza en el pecho.

—Ese es otro cantar. Ese venado se les ha ido a todos.

—Le han salido los mejores perros y las mejores escopetas y se les ha ido el condenado. ¿Tú lo has visto, Damián?

Las manos morenas, huesudas y largas de Damián se alzaron hasta el sombrero. Lo empujó más hacia atrás y enderezó la cabeza. Los ojos negros y mortecinos pasaron por sobre las cabezas de los otros y vieron hacia el bosque tupido que rodeaba la casa y cubría en marejada toda la poderosa forma del cerro.

—¿Yo? Yo no le he visto. Si lo hubiera visto quién sabe.

De dentro de la casa salió un quejido despacioso.

—No se le quita la puntada a Benita.

Los hombres volvieron la cabeza hacia la torcida casa de bahareque y techo de paja. Se oía temblar la queja.

—No se le quita. Ahí está tumbada desde hace tres días con ese mal.

—¿Y no le has dado nada, Damián? Hay un cocimiento muy bueno para esa puntada.

—¡Guá! Cómo no. Si se le ha dado. Ahí está con ella Domitila, su hermana, y es mucho el cocimiento y el emplasto que la ha dado. Pero no se alienta. Se ha ido poniendo peor. Hoy amaneció en ese solo grito. Así como ustedes la oyen. Estará de Dios que se muera la mujer.

Los otros parecieron doblarse más, con la cabeza más metida en el pecho.

—¿Y no ha venido a verla el curandero?

—¿José del Carmen? Lo llamé desde ayer, pero no pudo venir. Le mandó un pañuelo y unas yerbas para que se lo pusieran. Hoy debe venir por ahí.

Al rato de silencio se oyeron unos ladridos lejanos. Venían de abajo, del pie del monte. Los hombres oyeron con ansiedad.

—Es por la Madre Vieja.

Se levantaron, dieron vuelta a la casa y se llegaron a la parte posterior, donde el plano volvía a derrumbarse en pendiente verde y boscosa hacia el valle.

—Es allá abajo, allá en la Madre Vieja. Oigan.

Damián se puso la mano ahuecada en el oído. Eran ladridos guturales, entrecortados, anhelosos.

—Han echado bastantes perros. Oigan el tronido.

—Han debido levantar. Levantaron venado.

Se oían, junto con los ladridos, gritos lejanos que azuzaban los perros.

Los hombres miraban hacia la cuesta cercana con inquieta fijeza. Se oían más claros los ladridos y los gritos.

—Cogieron la Quebrada de la Danta. Es buen lance. ¿Será el de las doce puntas?

—Buen día.

Se volvieron a la voz. Un indio viejo y flaco, con el sombrero oscuro metido hasta los ojos, había salido al claro junto a la casa.

Damián se adelantó a encontrarlo.

—Buen día, José del Carmen.

Los otros se acercaron.

—¿Cómo que está enferma la mujer?

—Tiene una puntada que la está matando.

—Ajá. ¿Y cuándo le empezó?

—Hace unos tres días.

—¿De noche o de día?

—Fue por la madrugadita cuando me despertó con el quejido.

—¿Había luna?

—Una luna así de grande, como para velar dantas.

—Ajá.

Los ladridos y los gritos reaparecieron más claros y más cerca. Todos callaron de nuevo.

—Parece que están echando un lance de venado por la quebrada para arriba, pero no se ha oído ni un tiro.

—Será el de las doce puntas y se les habrá ido. A ese no lo cogen tan fácil.

—Quién sabe —dijo Damián maquinalmente.

—Mejor así —dijo el curandero.

—¿Mejor por qué, José del Carmen?

—Porque esos animales así no son como los otros y traen desgracia. Mejor es que no lo encuentren.

Al callar se dieron cuenta de que los ladridos y los gritos se habían apagado nuevamente.

—Vamos a ver a la mujer.

—Nosotros nos vamos, Damián. Que se aliente Benita.

—Que se aliente Benita.

—Adiós, pues.

Damián llegó a la puerta con el curandero.

—Mejor es que entre usted solo, José del Carmen. Con ella está su hermana Domitila.

Con las manos a la espalda se arrecostó a la pared. Podía oír las voces del curandero y de las mujeres, pero no parecía entenderlas. Se habían vuelto a oír los ladridos de la jauría y los gritos de los perreros. Se alejaban faldeando. Se oían ladridos y voces dispersas en varias direcciones.

—Perdieron el rastro del venado. Ese ladrido no es de venado. De seguro que los perros levantaron algún zorro.

Más lejos aún se oía una corneta llamando. Los perreros gritaban los nombres de los perros.

—¡To, to, to...!

Al rato todo volvió a quedar en silencio. Se oía a veces algún ruido vago que volaba desfigurado desde la distancia.

Damián dio la vuelta a la casa. Abrió una puerta pequeña que cerraba un candado. Entró sin hacer ruido. Tomó la escopeta que colgaba de un clavo; el cuerno de la pólvora, el zurrón de las municiones.

Al volver a salir apareció el perro Corneta moviendo el rabo. Lo llamó en voz baja y lo ató con una soga de una estaca. El perro aulló mirándole alejarse.

Tomó la vereda bosque arriba sin volverse a mirar la casa.

A poco de andar ya estaba solo entre árboles, entre sombras de árboles, entre sonidos de árboles, entre profundidad de árboles. Altos guamos, cedros de hojas menudas y voladoras, bejucos colgados y enredados, arbustos, tupidos helechos entre la tierra negra y las yerbas. La vereda subía faldeando en vueltas inesperadas perdiéndose entre matojos y troncos. Una vibración de hojas le hacía alzar la cabeza hacia una rama alta por donde pasaba la mancha fugaz de una ardilla. En dos tonos de cansancio, repetidos, como resuello fatigoso, como anuncio, el canto de un pájaro lo acompañaba.

Damián se detuvo a quitarse las alpargatas. Se las ató al cinturón. Los dedos de los pies desnudos apretaron la tierra húmeda y negruzca. Fresca estaba. El pie se hundía un poco con el ligero temblor de la marcha.

—¿Para dónde va? Si saliera ahora el venado de las doce puntas. El que trae desgracia, José del Carmen. El año de la sequía habían matado un venado de doce puntas. Mejor es que no lo encuentren, dice José del Carmen. Pero ¿para dónde va? Ya está lejos del rancho. ¿Qué le estará haciendo José del Carmen a Benita? Está muy enferma Benita con esa puntada en el costado. Se ha puesto vieja Benita.

Damián, mejor es que se vaya con su rochela para otra parte.

Entonces estaba muchacha. Y hacía una morisqueta muy graciosa con la boca. Y siempre tenía el mechón de pelo sobre los ojos. Si esta no es rochela. De verdadita verdadita es la cosa. Si no me quieres, este hombre se va a malograr. Me voy a malograr, Benita, por culpa tuya. Quítate el pelo de los ojos que no te veo la cara.

Se detuvo. Unas huellas de animal cruzaban la vereda. Se puso en cuclillas para observarlas mejor. Eran recientes. Son de danta. Gorda la condenada. Iba para abajo, para la quebrada. Por entre las yerbas y los helechos iba el rastro. Pero se puso de nuevo en pie y siguió subiendo.

Venirse a enfermar Benita. Una mujer tan sana. Nunca se cansaba. Nunca se ponía triste. Siempre estaba haciendo algo. Estaba pilando el maíz y cantaba. Estaba barriendo y cantaba. Estaba lavando y cantaba. Sino una vez. Mejor es que yo me vaya, Damián. Estás loca, mujer. No estoy loca. Yo sé que tú quieres tener hijos. Yo te lo conozco. Tú quieres tener hijos como todos los hombres. Y yo no los voy a tener. Ya llevamos muchos años juntos para saberlo. Yo soy como una vaca horra, Damián. No sirvo para nada. Las vacas horras no sirven para nada. ¿Para qué sirven? Cállate, Benita, no digas eso. Tú eres una mujer muy buena y yo te quiero mucho.

Escupió. La boca le sabía amarga.

Yo te quiero mucho, Benita. ¿Qué me importa a mí no tener hijos? Eso lo dispone Dios. Yo no te cambio por ninguna. Por ninguna con todos los hijos del mundo. Tú eres la que yo quiero. Si no tenemos hijos, no importa.

Se le iba haciendo la respiración fatigosa. Debía llevar largo rato marchando. La escopeta empezaba a molestarle en la espalda. La tomó en la mano. Todo parecía quieto y silencioso. Cerca se oía el menudo latido de un hilo de agua. Salía de entre los helechos y cruzaba la vereda. Se arrodilló para tomar. Sintió el fresco del agua penetrarle por la garganta reseca y por el pecho.

Así había sido cuando estuvo muriendo con la calentura. Se tocaba la cabeza caliente como una piedra de fogón. Todo lo veía oscuro. Eran lo mismo el día y la noche. Pero Benita no lo desamparaba. Cuando abría los ojos la veía al lado. Le daba miedo que-

darse dormido. Le daba miedo quedarse solo. Se dormía con la mano de Benita agarrada y se despertaba dando un salto. Benita, Benita, ¿dónde estás? Ahí estaba. Ahí le hablaba. Quédate quieto, Damián. Quédate tranquilo. Tranquilo. No pasa nada. Nada. No pasa nada. Duerme, Damián. Duerme tranquilo. Tranquilo. Aquí estoy yo. Y se volvía a despertar sofocado, caliente como una brasa, dando manotazos en lo oscuro. Benita, Benita, ¿dónde estás? Estate quieto, Damián. Estate quieto. ¿No me ves? Aquí estoy yo.

Iba caminando con más lentitud, con más pesadez. Afirmaba pesadamente los pies y los arrastraba un poco. Llevaba la escopeta por el cañón, y la culata también arrastrada por la tierra. El zurrón le golpeaba en la espalda. Ya hacía rato que no se oía ni el canto de un pájaro. Tan sólo la raya verde de una culebra cruzó la vereda ondulando. Pero él siguió sin detenerse.

Ya debía ir lejos. Iban clareando los helechos. Los árboles eran menos altos. En los pies sentía la tierra más seca. Llevaba mucho tiempo caminando. Estaba lejos del rancho. Allá estaría Benita con Domitila y con José del Carmen el curandero. Y con esa puntada metida como una lanza. Y él caminando por el monte arriba. Tan lejos. ¿Y qué iba a hacer en el rancho? ¿Qué hace un hombre en el rancho? ¿Para qué sirve? Oía el quejido de Benita. Lo mismo que cuando degüellan un becerro. Yo sé que me voy a morir, Damián. Está de Dios. Y es lo mejor. No hables tanta zoquetada, Benita. Es lo mejor, Damián. Es lo mejor. No digas tanta zoquetada, Benita. Cállate. Yo sé que me voy a morir, Damián, y es lo mejor. Benita, por Dios, cállate. Tú puedes encontrar otra mujer. Benita, no digas eso que el Señor te va a castigar. Puedes encontrar otra mujer mejor que yo. Una mujer buena que te dé hijos. Cállate, Benita, que pareces una condenada. Una mujer que te dé hijos, Damián, para que cuando se muera no te vayas a quedar solo. No hables más de eso, Benita, por Dios. Tú no te vas a morir. Tú no te vas a morir. Tú te vas a alentar. Tú verás que te vas a alentar. No hables más de eso. Mira que eso es malo.

Se paró en seco. Estaba en el borde de una cuchilla. Cerca, en una explanada, se abría un claro estrecho. En medio estaba el venado de las doce puntas. Era él. Grande, oscuro, viejo. Había alzado la cabeza y parecía ventear. La enmarañada cornamenta se

desplegaba abierta. Damián le contó las puntas. Diez, once y doce. Qué animal tan lindo.

Con mucho sigilo se arrodilló sin ruido. El animal parecía inquieto. Tendió la escopeta cargada. La culata cubierta de barro fresco le tocó la mejilla. Por la mira le veía la paleta delantera junto al costillar. El animal y él se habían quedado en una quietud maravillosa. Reventó el trueno del disparo sacudiendo el aire. El venado dio un gran salto y cayó en tierra. Quedó medio oculto entre las yerbas que cubrían el claro.

Damián se puso de pie. Había matado el venado. Aquella mancha marrón entre la yerba era el venado de las doce puntas. Todo estaba quieto, pero el disparo seguía resonando en las lejanías y en los ecos. Eran como otros disparos más pequeños, más lejanos, más sordos. Ya parecía que se apagaba uno y venía resonando otro, de otra quiebra, de otra loma, de otra cuesta. Damián movía la cabeza alelada al son de los ecos que se iban sucediendo y respondiendo en la distancia. Todo resonaba con el eco del disparo. Santo Dios, que tiro para sonar. Oyelo, por allá vuelve otra vez. En todo el monte estaba. Saltaba de un lado a otro por sobre la cabeza de Damián. Damián movía la cabeza asustado y sobrecogido. Allá, lejísimo, sonaba todavía un eco.

Era muy poco lo que se destinguía del venado muerto entre la yerba. Pero Damián no daba un paso para acercarse. Tenía la boca abierta descolgada y la respiración corta y silbosa como de perro. Maté al de las doce puntas. Lo que son las cosas. Muerto, muertico de un solo tiro. Sin buscarlo. Todos lo buscaban y va Damián y lo encuentra. Para él estaba. Lo estaba esperando en aquella loma. Sería para avisarle. No ha debido matarlo. Traen desgracia esos animales raros. Como lo dijo José del Carmen. Allá estaría Benita con su puntada. Ave María Purísima. No. Mejor es no tocarlo. Mejor es dejarlo. Mejor es irme. Esto trae desgracia.

Tomó el camino del regreso apresuradamente. Sentía prisa por llegar a la casa. Ahora regresando ligero se daba cuenta de lo lejos que había ido. Caminaba y caminaba. No se veía ni el techo del rancho. Había que pasar la cuchilla y caer en la otra quebrada. Tú no te vas a morir, Benita. Mejor es no hablar de eso. No. No. No digas tantas zoquetadas. Tú te vas a alentar. Aquí estoy yo. Aquí

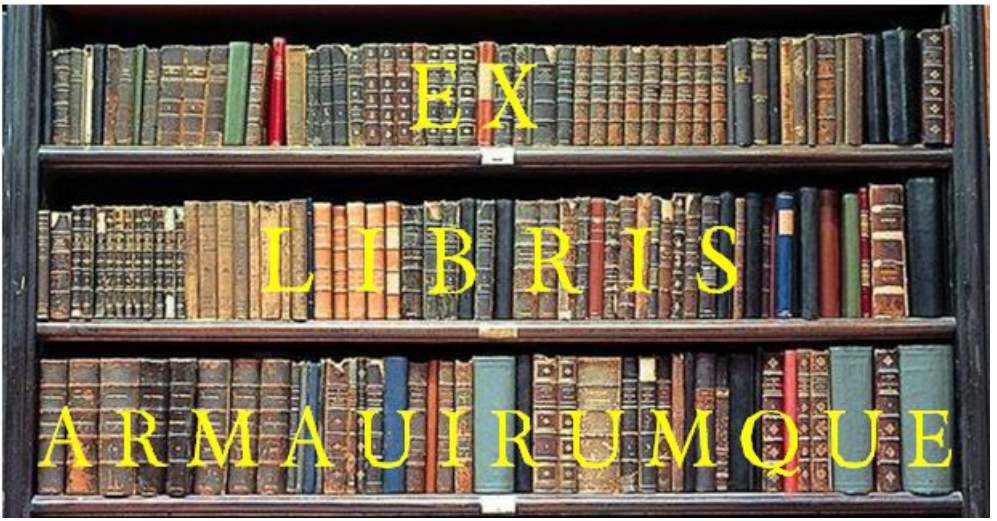
estoy yo, Benita. Casi iba corriendo. Una vez pasada la cuchilla abandonó la vereda y se lanzó cuesta abajo en línea recta por lo espeso del monte. Así llegaría más pronto. La escopeta se le enredaba en los bejucos y en los troncos. Pero él empujaba con el pecho y braceaba abriéndose camino.

Hasta que salió de los últimos matorrales sobre la loma de la casa. Allí estaban los hombres que habían vuelto. Cruzados de brazos y en fila recostados a la pared. Y se oía el grito de Domitila y el llanto de varias mujeres adentro. Se le cortó la prisa. Poco a poco se fue acercando. Los hombres lo veían sin hablarle con unas caras serias.

—¿Se murió?

—Se murió Benita, hace rato.

Dejó caer la escopeta, el zurrón y el cuerno al suelo. Entró a la habitación. Sobre la cama estaba Benita ya amortajada. Parecía muy tranquila. Junto a la cama Domitila y otras mujeres lloraban a gritos. Venía humo del fogón. Estaban cocinando guarapo. Damián se apretó los dientes sobre el labio y se torció con fuerza los dedos. Al rato se quitó el sombrero y se persignó. En los dedos sintió la frente bañada de sudor.



EL GRABADO AL AGUATINTA

MONTAGUE RHODES JAMES/GRAN BRETAÑA

M. R. James

Hace algún tiempo creo que tuve el gusto de contarles la historia de un lance que acaeció a un amigo mío, llamado Dennistoun, durante su búsqueda de objetos de arte para el museo de Cambridge.

A su regreso a Inglaterra no divulgó mucho su aventura; pero aun así llegó a conocimiento de un buen número de amigos suyos, entre ellos el caballero que a la sazón dirigía un museo de arte de otra universidad. Era de esperar que aquella historia impresionase considerablemente el espíritu de un hombre cuya profesión era, en líneas generales, similar a la de Dennistoun, y que se afanara por obtener alguna explicación del asunto que hiciese improbable que él mismo tuviera algún día que enfrentarse con una peripecia tan perturbadora. Claro es que le tranquilizaba bastante pensar que no era misión suya adquirir manuscritos antiguos para su institución; eso incumbía a la Biblioteca Shelburniana. Las autoridades de esa institución podían, si así les placía, registrar a fondo los más oscuros rincones del Continente con tal objeto. El se alegraba de verse obligado por el momento a concentrar su atención en ampliar la ya excelente colección de grabados y dibujos topográficos ingleses que poseía su museo. Sin embargo, como veremos, hasta un departamento tan rutinario y familiar como este puede tener sus rincones oscuros, y el señor Williams trabó inesperadamente conocimiento con uno de ellos.

Todo aquel que se haya tomado un interés, aunque sólo sea superficial, por la adquisición de grabados topográficos sabe muy bien

que hay un comerciante en Londres cuya ayuda es indispensable en su labor de investigación. El señor J. W. Britnell edita a breves intervalos admirables catálogos de un vasto y constantemente renovado surtido de grabados, planos y croquis de mansiones, iglesias y pueblos de Inglaterra y el país de Gales. Tales catálogos eran, por supuesto, el abecé de su profesión para el señor Williams; pero como su museo contenía ya un enorme cúmulo de láminas topográficas, era un comprador más asiduo que copioso, y acudía al señor Britnell más bien para llenar lagunas en su colección que para proveerla de curiosidades.

Ahora bien, en febrero del año pasado apareció sobre el escritorio del señor Williams un catálogo procedente de la tienda del señor Britnell, acompañado de una esquela escrita a máquina por el propio comerciante. La nota decía así:

> Estimado señor:
> Nos permitimos llamarle la atención sobre el núm. 978 de nuestro catálogo adjunto, y celebraremos enviárselo a prueba.
>
> Su seguro servidor,
> J. W. Britnell

Consultar el número 978 del catálogo adjunto fue para el señor Williams (como se dijo a sí mismo) cosa de un momento, y en el lugar indicado encontró la siguiente anotación:

> 978. Desconocido. Interesante grabado al aguatinta: Vista de una casa solariega. Principios de siglo. 15 por 10 pulgadas; marco negro. 2 libras 2 chelines.

No le pareció tan interesante al señor Williams, y el precio era más bien alto. Sin embargo, como el señor Britnell, que conocía su negocio y a su cliente, parecía concederle valor, escribió una postal pidiendo que le mandasen el artículo a prueba, junto con algunos otros grabados y bocetos que figuraban en el mismo catálogo. Y después, sin esperar gran cosa de su encargo, pasó a ocuparse de las rutinarias tareas cotidianas.

Los paquetes siempre llegan un día más tarde de lo que se espera, y el del señor Britnell no fue, como creo que reza la frase, una excepción a la regla. Lo entregaron en el museo con el correo de la tarde del

sábado, cuando ya el señor Williams había dejado el trabajo, y un bedel lo llevó a sus habitaciones en el colegio universitario, a fin de que no tuviese que esperar hasta el lunes para examinarlo y devolver los ejemplares con que no pensara quedarse. Y allí lo encontró cuando fue a tomar el té con un amigo.

El único artículo que a mí me interesa es el grabado al aguatinta, bastante grande, en marco negro, del cual ya he transcrito la descripción que hacía el catálogo del señor Britnell. Les daré algunos detalles más acerca del mismo, si bien no puedo pretender hacerles ver el aspecto del grabado tan diáfanamente como está presente en mis propios ojos. Grabados parecidísimos pueden contemplarse en la actualidad en las salas de buen número de antiguas posadas o en los pasillos de mansiones campestres cuya disposición original no se ha modificado. Era un aguatinta más bien mediana, y un aguatinta mediana es quizá la peor especie de grabado que se conoce. Presentaba una vista completa de una casa solariega, no muy grande, del siglo pasado, con tres hileras de sencillas ventanas de guillotina rodeadas de rústicos adornos de mampostería, una barandilla con bolas o jarrones en las esquinas y un pequeño pórtico en el centro. A ambos lados había árboles, y delante una extensión considerable de césped. En el angosto margen aparecía grabada la leyenda *A. W. F. sculpsit;* esta era la única inscripción. El conjunto daba la impresión de que era obra de un aficionado. Lo que se proponía el señor Britnell al fijar un precio de 2 libras y 2 chelines a un objeto como aquel era algo que el señor Williams no alcanzaba a comprender. Lo volvió con gesto desdeñoso; en el dorso había un marbete de papel cuya mitad izquierda había sido arrancada. Todo lo que quedaba eran los extremos de dos líneas escritas a mano: la primera conservaba las letras *—ngley Hall;* la segunda *—ssex.*

Tal vez valiese la pena identificar aquel lugar, lo que podría hacerse fácilmente con la ayuda de un nomenclador geográfico, y devolver luego el grabado al señor Britnell con algunas observaciones que hiciesen desmerecer la opinión de este caballero. Encendió las velas, pues había oscurecido, hizo el té y se lo sirvió al amigo con quien había estado jugando al golf (pues creo que las autoridades de la universidad a que me refiero se entregan a este ejercicio por vía de esparcimiento); así pues, tomaron el té sumidos en una conversación

que las personas que juegan al golf pueden imaginar por sí mismas, pero que un escritor escrupuloso no tiene derecho a infligir a quienes no son aficionados a este deporte.

Llegaron a la conclusión de que ciertos golpes podrían haber sido mejores, y de que en ciertos lances ninguno de los dos había conocido la suerte que todo ser humano tiene derecho a esperar. Fue entonces cuando el amigo —llamémosle profesor Binks— cogió el grabado y preguntó:

—¿Conoces este lugar, Williams?

—Eso es precisamente lo que me propongo averiguar —contestó Williams, acercándose al estante en busca de un nomenclador—. Mira en el dorso. Es algo que termina en *—ngley Hall*, y está en Sussex o en Essex. Como ves, la mitad del nombre ha desaparecido. ¿Lo conoces tú por casualidad?

—Supongo que proviene de ese Britnell, ¿no es así? —dijo Binks—. ¿Es para el museo?

—Bueno, creo que lo compraría si costase cinco chelines —repuso Williams—, pero por alguna razón inexplicable pide dos guineas, no concibo por qué. Es un grabado pésimo, y ni siquiera tiene alguna figura para animarlo un poco.

—A mi juicio no vale dos guineas, pero no creo que sea tan malo. La luz de la luna me parece bastante lograda; y juraría que sí tiene figuras, por lo menos una, justo en la parte baja.

—Veamos —dijo Williams—. Bueno, es cierto que la luz está bastante lograda. ¿Dónde está la figura? ¡Ah, sí! Unicamente la cabeza, en la parte baja del grabado.

Y, en efecto, en el borde inferior del grabado veíase apenas un borrón negro, la cabeza de un hombre o de una mujer muy arrebujada, dando la espalda al espectador y mirando hacia la casa. Williams no lo había advertido antes.

—Sin embargo —dijo—, aunque es mejor de lo que yo creía, no puedo gastar dos guineas de los fondos del museo en una lámina de un lugar no identificado.

El profesor Binks tenía trabajo y no tardó en marcharse. Hasta casi la hora de la cena, Williams se enfrascó en un vano intento de identificar el tema de su lámina. Si se hubiera conservado la vocal anterior al grupo *ng*, pensó, habría sido bastante fácil lograrlo; pero

tal como estaba, el nombre podía ser cualquiera desde Guestingley hasta Langley, y había muchos más nombres acabados en *—ngley* de los que él creía; además, aquella birria de libro no tenía índice de terminaciones.

En el colegio universitario de Williams la cena era a las siete. No es necesario extenderse sobre lo que se habló durante la misma, tanto menos cuanto que Williams se reunió allí con colegas que habían pasado la tarde jugando al golf y las conversaciones que mantuvieron —todas referentes a este deporte— no nos interesan en absoluto.

Calculo que después de la cena pasaron una hora o más de tertulia en lo que llamaban el casino. Ya avanzada la velada, algunos acompañaron a Williams a sus habitaciones, y no me cabe la menor duda de que se jugó al *whist* y se fumaron puros. Durante un momento de calma en estas operaciones, Williams recogió el grabado de la mesa, sin mirarlo, y se lo alargó a una persona que se interesaba moderadamente por el arte, contándole de dónde procedía y los demás detalles que ya conocemos.

El caballero lo cogió con indiferencia, lo miró y luego, en un tono que denotaba cierto interés, dictaminó:

—Es en verdad una obra de excelente factura, Williams; capta muy bien el ambiente del período romántico. La luz está admirablemente lograda, a mi juicio, y la figura, aunque bastante grotesca, no deja de ser imponente.

—Sí, ¿verdad? —dijo Williams, que estaba ocupado en servir whisky con soda a sus huéspedes y no pudo cruzar la estancia para contemplar de nuevo el grabado.

Se había hecho ya bastante tarde, y los visitantes se despidieron. Después de que se marcharon, Williams tuvo que escribir una o dos cartas y resolver algún cabo suelto en su trabajo. Por fin, pasada ya la medianoche, se dispuso a acostarse, y apagó el quinqué después de encender la vela de su alcoba. El grabado estaba vuelto hacia arriba sobre la mesa donde lo dejara el último que lo había examinado, y le llamó la atención en el momento en que se extinguía la luz del quinqué. Lo que vio estuvo a punto de hacer que dejase caer al suelo la vela, y ahora confiesa que si en aquel momento se hubiese quedado a oscuras le habría dado un ataque. Pero como no fue así, pudo dejar

la vela sobre la mesa y contemplar largo rato el grabado. No cabía duda; era totalmente imposible pero absolutamente cierto. En medio del césped, delante de la mansión desconocida, había una figura donde a las cinco de aquella tarde no se veía ninguna. Arrebozada en una extraña vestidura negra con una cruz blanca en la espalda, se dirigía a gatas hacia la casa. Ignoro cuál es el método ideal que debe seguirse en una situación de esta índole. Sólo puedo decirles lo que hizo el señor Williams. Cogió el grabado por una esquina y lo llevó a una segunda serie de habitaciones de su pertenencia, en el lado opuesto del pasillo. Allí lo guardó bajo llave en un cajón y cerró las puertas de las dos series de cuartos. Luego se acostó, no sin antes redactar y firmar declaración del extraordinario cambio que había experimentado el grabado desde que llegara a sus manos.

Tardó bastante en conciliar el sueño; pero resultaba confortante pensar que el comportamiento del grabado no se basaba única y exclusivamente en su propio testimonio.

Era evidente que el sujeto que lo examinara aquella noche había visto algo similar a lo que él vio; de no ser así, habría podido pensar que sus ojos o su cerebro estaban gravemente afectados. Mas como tal posibilidad quedaba por fortuna excluida, dos tareas le aguardaban a la mañana siguiente. Tenía que hacer un cuidadoso inventario del contenido del grabado, llamando a un testigo con este objeto, y tenía que hacer un decidido esfuerzo para averiguar qué casa era la que reproducía el grabado. Invitaría por tanto a su vecino Nisbet a desayunar con él, y a continuación se pasaría la mañana consultando el nomenclador.

Nisbet no tenía ningún compromiso y llegó a eso de las nueve y media. Pese a lo avanzado de la hora, su anfitrión aún no estaba completamente vestido. Mientras desayunaban, Williams no mencionó para nada el grabado, excepto para decir que tenía uno sobre el que deseaba que Nisbet le diese su opinión. Pero aquellos que estén familiarizados con la vida universitaria podrán imaginar la vasta y deliciosa serie de temas sobre los que probablemente versaría la conversación de dos colegas de la universidad de Canterbury durante el desayuno de una mañana dominical. Apenas dejaron sin tocar un solo tópico en materia de golf o de tenis. No obstante, me veo obligado a confesar que Williams estaba bastante distraído, pues

su interés, como es natural, se centraba en el extrañísimo grabado que ahora descansaba, boca abajo, en el cajón de la habitación de enfrente.

Por fin encendieron la pipa matinal y llegó el ansiado momento. Tan agitado que casi temblaba, cruzó el pasillo, abrió el cajón, sacó el grabado, todavía vuelto hacia abajo, regresó a toda prisa a su cuarto y lo puso en manos de Nisbet.

—Ahora —dijo— quiero que usted me diga con exactitud lo que ve en ese grabado. Descríbalo, si no le importa, minuciosamente. Luego le dire por qué.

—Bueno, tenemos aquí una vista de una casa de campo, inglesa, supongo, al claro de luna.

—¿Al claro de luna? ¿Está usted seguro?

—Segurísimo. La luna parece estar en cuarto menguante, ya que quiere usted detalles, y hay nubes en el cielo.

—Muy bien. Continúe. Juraría —añadió Williams en un aparte— que no había luna cuando lo vi por primera vez.

—Bueno, no hay mucho más que decir —prosiguió Nisbet—. La casa tiene una... dos... tres hileras de ventanas, cinco en cada hilera, excepto en la de abajo, donde hay un pórtico en lugar de la ventana del centro, y...

—Pero, ¿y las figuras? —preguntó Williams con evidente interés.

—No hay ninguna; pero...

—¡Cómo! ¿No hay una figura delante, sobre la hierba?

—Ni rastro.

—¿Lo juraría usted?

—Ciertamente. Pero hay otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Una de las ventanas del piso bajo, la de la izquierda de la puerta, está abierta.

—¿De veras? ¡Dios mío! Debe de haber entrado —dijo Williams con gran excitación.

Se precipitó hacia el respaldo del sofá en que estaba sentado Nisbet, le arrebató el grabado y comprobó el cambio con sus propios ojos. Era cierto. No había figura alguna, y la ventana estaba abierta. Enmudecido por la sorpresa, Williams se dirigió a la mesa de despacho y escribió apresuradamente unas líneas. Luego entregó dos hojas de papel a Nisbet y le pidió primero que firmase una de ellas, la que

contenía la descripción del grabado que acaban ustedes de oír; a continuación le hizo leer la otra, que era la declaración que había escrito la noche anterior.

—¿Qué significará todo esto? —preguntó Nisbet.

—Eso quisiera saber yo... Bueno, hay una cosa que tengo que hacer..., mejor dicho, tres. Debo enterarme de lo que vio Garwood —este era su visitante de la noche pasada—, luego debo hacer que fotografíen el grabado antes de que experimente un nuevo cambio y, por último, tengo que descubrir de qué lugar se trata.

—Yo mismo puedo fotografiarlo —dijo Nisbet—, y lo haré con mucho gusto. Pero, ¿sabe usted?, tengo la impresión de que estamos asistiendo al desarrollo de una tragedia en algún sitio. La cuestión es esta: ¿ha sucedido ya o está a punto de suceder? Tiene que descubrir de qué lugar se trata. Sí —añadió mirando de nuevo el grabado—, creo que tiene usted razón; ha entrado en la casa. Y si no me equivoco se va a armar la de Dios es Cristo en una de las habitaciones de arriba.

—Le diré lo que voy a hacer: llevaré el grabado al viejo Green —se refería al colega más antiguo del colegio universitario, del que había sido tesorero muchos años—. Es muy probable que él conozca la mansión. Tenemos propiedades en Essex y en Sussex, y en sus buenos tiempos debió de recorrer de cabo a rabo los dos condados.

—Sí, es probable que él lo sepa. Pero antes déjeme tomar la fotografía. Aunque, ahora que me acuerdo, me parece que Green no está aquí hoy. Anoche no cenó con nosotros, y creo que le oí decir que iba a pasar fuera el domingo.

—Es verdad —asintió Williams—; ha ido a Brighton. Bien, si usted va a tomar la fotografía, iré a buscar a Garwood para obtener su declaración. Y no lo pierda de vista mientras estoy fuera... Empiezo a creer que dos guineas no es un precio exorbitante.

Al poco rato volvió, acompañado por Garwood. Este decía en su declaración que la figura, cuando él la vio, estaba separada del borde inferior del grabado, pero que no se había adentrado mucho en el césped. Recordaba una marca blanca en la espalda del ropaje, aunque no podía asegurar que fuese una cruz. Se redactó y firmó un documento en tal sentido, y Nisbet fotografió el grabado.

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer? —preguntó—. ¿Se va a quedar sentado todo el día observándolo?

—No, creo que no —contestó Williams—. Me inclino a pensar que estamos predestinados a presenciarlo todo desde el principio hasta el fin. Entre la hora que yo lo vi anoche y esta mañana ha habido tiempo suficiente para que sucedan muchas cosas, pero la figura se limitó a entrar en la casa. Podría fácilmente haber realizado sus propósitos en ese tiempo y haber vuelto a su sitio: no obstante, el hecho de que la ventana siga abierta significa, a mi juicio, que aún está dentro. De suerte que me siento bastante tranquilo abandonándolo por el momento. Y además, no sé por qué, me parece que no cambiará mucho, si es que cambia, mientras sea de día. Podríamos salir a dar un paseo esta tarde y volver a la hora del té, o cuando oscurezca. Lo dejaré aquí, sobre la mesa, y cerraré la puerta. Mi criado es el único que puede entrar.

Los tres coincidieron en que era un buen plan. Además, si pasaban la tarde juntos sería menos probable que hablasen del asunto a otras personas; cualquier rumor que se filtrase acerca de una operación como la que se estaba llevando a cabo haría caer sobre ellos a todos los miembros de la Sociedad Fantasmológica.

Démosles, pues, un respiro hasta las cinco de la tarde.

A esa hora, poco más o menos, subían los tres la escalinata del alojamiento de Williams. Al principio se sintieron ligeramente alarmados al ver que la puerta de sus habitaciones estaba entreabierta, pero recordaron al punto que los domingos los sirvientes del colegio universitario venían a recibir instrucciones una hora más temprano que los días de semana. No obstante, les aguardaba una sorpresa. Lo primero que vieron fue el grabado apoyado contra una pila de libros sobre la mesa, tal y como lo habían dejado, y a continuación al sirviente de Williams, sentado en un sillón delante del cuadro, contemplándolo con ojos horrorizados. ¿Cómo era posible? Filcher —el nombre no es invención mía (1)— era un sirviente de categoría, cuyas normas de etiqueta servían de modelo a todos los demás criados del colegio y aun a los de otros colegios vecinos; nada podía ser más contrario a su modo de comportarse que encontrarle sentado en el sillón de su amo o demostrando un particular interés

(1) Filcher, en inglés, significa «ratero». (N. del T.)

por sus muebles o sus cuadros. A decir verdad, el propio Filcher parecía sentir lo mismo. Dio un violento respingo cuando los tres entraron en la habitación y se levantó haciendo un visible esfuerzo. Luego dijo:

—Ruego al señor que me perdone por haberme tomado la libertad de sentarme.

—No tiene importancia, Robert —le tranquilizó el señor Williams—. Precisamente quería preguntarle lo que pensaba usted de ese grabado.

—Bueno, señor, por supuesto no pretendo equiparar mi opinión a la suya, pero no es un cuadro que yo colgaría donde mi hijita pudiese verlo.

—¿No lo haría, Robert? ¿Y por qué?

—No, señor. No lo haría porque recuerdo que mi pobre niña, en una ocasión, vio una Biblia con estampas que no eran ni la mitad de impresionantes que esa y tuvimos que pasar con ella tres o cuatro noches en vela, y puedo asegurarle que no exagero. Si llegase a ver ese esqueleto, o lo que sea, llevándose al pobre crío, le daría un soponcio. Ya sabe usted lo que pasa con los niños, lo nerviosos que se ponen con cualquier cosita. Pero yo diría que no me parece un cuadro apropiado para dejarlo por ahí, señor, donde pueda verlo cualquier persona propensa a asustarse. ¿Necesitará usted algo esta tarde? Gracias, señor.

Con estas palabras el buen hombre se fue para proseguir la ronda por las habitaciones de sus amos, y el lector puede estar seguro de que los tres caballeros no perdieron tiempo en congregarse en torno al grabado. Allí seguía la casa, bajo el menguante de la luna y las nubes errantes. La ventana anteriormente abierta estaba ahora cerrada, y la figura se hallaba de nuevo en el césped; pero esta vez no andaba a gatas, cautelosamente, sino que iba erguida, caminando a grandes trancos hacia la parte baja del grabado. Tenía la luna a sus espaldas, y el negro ropaje le tapaba en parte el rostro; los espectadores se sintieron profundamente agradecidos de que sólo fueran visibles unos cuantos cabellos dispersos y una blanca frente abombada. Tenía la cabeza inclinada y los brazos aferraban con fuerza un borroso objeto que podía identificarse como una criatura, aunque era imposible saber si estaba viva o muerta. Tan sólo

las piernas de la figura se distinguían con claridad, y eran horriblemente flacas.

Desde las cinco hasta las siete los tres amigos se turnaron para vigilar el grabado. Pero no se produjo el menor cambio. Por fin acordaron que no habría inconveniente en dejarlo y que volverían después de la cena para esperar ulteriores acontecimientos.

Cuando se reunieron de nuevo, lo más pronto posible, el grabado seguía allí, pero la figura había desaparecido y la casa aparecía tranquila bajo los rayos de la luna. No había nada que hacer salvo pasar la velada consultando nomencladores y guías de viaje. Finalmente fue Williams el afortunado, y tal vez lo mereciese. A las once y media leyó en la *Guía de Essex*, de Murray, el siguiente párrafo:

> 16 ½ millas, *Anningley*. La iglesia es una interesante construcción de la época normanda, pero fue ampliamente restaurada en el siglo pasado, imitando el estilo clásico. Contiene la tumba de la familia Francis, cuya mansión, Anningley, sólido edificio de la época de la reina Ana, se alza inmediatamente detrás del cementerio parroquial, en medio de un parque de unas 35 hectáreas. La familia se ha extinguido, pues en 1802 desapareció misteriosamente cuando era niño el último heredero. El padre, Arthur Francis, era conocido en los alrededores como un talentoso grabador al aguatinta aficionado. Tras la desaparición de su hijo vivió en total aislamiento en la mansión, y fue hallado muerto en su taller al cumplirse el tercer aniversario de la desgracia, cuando acababa de terminar un grabado que representa la casa y del que apenas existen ejemplares.

Parecía haber acertado; y en efecto, cuando regresó el señor Green, indentificó en el acto la casa del grabado como Anningley Hall.

—¿Existe alguna explicación para lo de la figura, Green? —fue la pregunta que naturalmente hizo Williams.

—La verdad es que no lo sé, Williams. La versión que corría por el lugar la primera vez que lo visité, mucho antes de que viniera aquí, era sencillamente esta: el viejo Francis tenía gran inquina a los cazadores furtivos, y siempre que se le presentaba una oportunidad no paraba hasta conseguir que el individuo que consideraba sospechoso fuera expulsado de sus dominios; y así, poco a poco, logró desembarazarse de todos excepto uno. Los hacen-

dados podían hacer en aquel entonces muchas cosas que ahora ni siquiera se atreverían a imaginar. Pues bien, ese hombre que quedó era lo que se encuentra muy a menudo en esa comarca... el último superviviente de una familia muy antigua. Creo que en otra época fueron los señores de la solariega mansión. Recuerdo un caso exactamente igual que se dio en mi propia parroquia.

—Como el personaje de *Teresa de los Urbervilles* —comentó Williams.

—Supongo que sí; es un libro que nunca fui capaz de leer. Pero el individuo en cuestión podía mostrar en la iglesia una hilera de tumbas de sus antepasados, y todo aquello acabó por amargarle un poco; en cuanto a Francis, según se decía, no podía acusarle de nada, pues siempre se las arreglaba para mantenerse dentro de la ley... hasta que una noche los guardabosques le sorprendieron con las manos en la masa en un bosque situado en un extremo de la finca. Aun ahora podría mostrarle el lugar exacto; linda con unas tierras que pertenecieron a un tío mío. Como podrá suponer hubo trifulca; y aquel hombre... Gawdy... sí... así se llamaba con toda seguridad, sabía que me acordaría, fue lo bastante infortunado, ¡pobre diablo!, para matar de un tiro a un guardabosque. Bueno, esto era lo que necesitaba Francis, y un gran jurado... ya imaginará usted lo que serían por aquel entonces. Pues bien, al pobre Gawdy lo ahorcaron visto y no visto. Me enseñaron el sitio donde está enterrado, en el lado norte de la iglesia... Ya conoce usted la costumbre en aquella comarca: a los que mueren en la horca y a los suicidas los entierran en ese lado. Y lo que se creía era que algún amigo de Gawdy (no un pariente, porque el pobre diablo no los tenía, era el último de su estirpe, una suerte de *spes ultima gentis)* debió de planear apoderarse del niño de Francis y acabar también con su linaje. No sé, me parece muy inverosímil que a un cazador furtivo de Essex se le ocurriera algo así... pero ahora diría que fue el propio Gawdy quien llevó a cabo la tarea. ¡Resulta odioso pensar en ello! Tome un whisky, Williams.

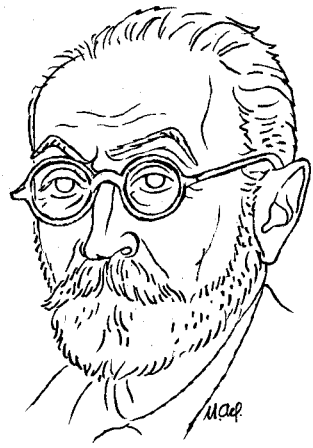
Williams comunicó los hechos a Dennistoun, y por medio de él a un abigarrado grupo del que formamos parte el catedrático saduceo de Ofiología y yo. Lamento tener que decir que cuando preguntaron a este lo que pensaba del asunto, se limitó a decir: «Oh,

hay gente capaz de inventar cualquier cosa», opinión que fue acogida como se merecía.

Solamente me resta añadir que el grabado se encuentra actualmente en el Museo Ashleiano; que se ha analizado para descubrir el posible empleo de tinta simpática, pero sin resultado; que el señor Britnell no sabía nada acerca del grabado salvo que estaba seguro de que se salía de lo corriente, y que, aunque cuidadosamente vigilado, no se tienen noticias de que haya vuelto a producirse ningún cambio.

SOLEDAD

MIGUEL DE UNAMUNO/ESPAÑA



SOLEDAD NACIÓ de la muerte de su madre: ya Leopardi cantó que es riesgo de muerte el nacimiento,

nasce l'uomo a fatica
ed è rischio di morte il nascimento,

riesgo de muerte para el que nace, riesgo de muerte para quien le da el ser.

La pobre Amparo, la madre de Soledad, había llevado en sus cinco años de casada una vida penumbrosa y calladamente trágica. Su marido era impenetrable y parecía inseparable. No sabía la pobre cómo se habían casado; se encontró ligada por matrimonio a aquel hombre como quien despierta de un sueño. Su vida toda de soltera se perdía en una lejanía brumosa, y cuando pensaba en ella se acordaba de sí misma, de la que fue antes de casarse, como de una persona extraña. No podía saber si su marido la quería o la detestaba. Se detenía en casa no más que para comer y dormir, para todo lo animal de la vida; trabajaba fuera, hablaba fuera, se distraía fuera. Jamás dirigió a su pobre mujer una palabra más alta o más agria que otra; jamás la contrarió en nada. Cuando ella, la pobre Amparo, le preguntaba algo, consultaba su parecer, obtenía de él invariablemente la misma respuesta: «¡Bueno, sí; déjame en paz; como tú quieras!» Y este insistente «¡como tú quieras!» llegaba al corazón de la pobre Amparo, un corazón enfermo, como un agudo puñal. «¡Como tú quieras! —pensaba la pobre—; es decir, que mi voluntad no merece ni siquiera ser contradicha.»

Y luego el «¡déjame en paz!», ese terrible «¡déjame en paz!» que amarga tantos hogares. En el de Amparo, en el que debía ser hogar de Amparo, esa terrible y agorera paz lo entenebrecía todo.

Al año de casada tuvo Amparo un hijo; pero en el triste desamparo de su hogar ceniciento ansiaba una hija. «¡Un hijo! —pensaba—. ¡Un hombre! ¡Los hombres siempre tienen que hacer fuera de casa!» Y así, cuando volvió a quedar encinta, no soñaba sino en la hija. Y habría de llamarse Soledad. La pobre cayó en cama, gravemente enferma. Su corazón desfallecía por momentos. Comprendió que no vivía sino para dar a luz a su hija, hasta ponerla en el hogar tenebroso. Llamó a su marido y dijo: «Mira, Pedro; si, como espero, es hija, le pondrás por nombre Soledad, ¿eh?» «Bueno, bien —respondió él—; tiempo habrá de pensar en ello», y pensaba que aquel día, con aquello del parto, iba a perder su partida de dominó. «Es que yo me muero, Pedro; es que no voy a poder resistir esto», añadió. «¡Aprensiones!», replicó él. «Sea —contestó Amparo—; pero si sale niña, la llamaréis Soledad, ¿eh?» «¡Bueno, sí; déjame en paz; como tú quieras!», concluyó él.

Y le dejó en paz para siempre. Después de haber dado a luz a su hija sólo tuvo tiempo para percatarse de que era niña. Y sus últimas palabras fueron: «Soledad, ¿eh, Pedro? ¡Soledad!»

El hombre quedó suspenso y se habría anonadado si fuera él algo. ¡Viudo, a su edad, y con dos hijos pequeños! ¿Quién le cuidaría ahora la casa? ¿Quién se los criaría? Porque hasta que la niña se hiciese mayorcita y pudiera encargarse de las llaves y el gobierno... ¡Y cómo volver a casarse! No, no volvería a hacerlo. Ya sabía lo que era estar casado. ¡Si lo hubiese sabido antes! Eso no le resolvía nada. No, decididamente no; no volvería a casarse.

Hizo que llevasen a Soledad a un pueblo, a criarla fuera de casa. No quería molestias de niños e impertinencias de nodrizas. Harto tenía con el otro, con Pedrín, el niño, de tres años ya.

Soledad apenas se acordaba de los primeros años de su infancia. Allá, en la lejanía, sus últimos recuerdos eran los de aquel hogar hosco y ceniciento y aquel padre hermético, aquel hombre que comía junto a ella en la mesa y a quien veía un momento al levantarse y otro momento al ir a acostarse. Y aquellos besos litúrgicos, forzados. La única compañía le era Pedrín, su hermano. Pero Pedrín

jugaba con ella en el más estricto sentido, es decir, que no jugaba en compañía de ella, sino que jugaba con ella como se juega con una muñeca. Ella, Soledad, Solita, era su juguete. Y era, como hombre que había de ser, un bruto. Como eran sus puños más fuertes, quería tener siempre razón. «Vosotras, las mujeres, no servís para nada. ¡Los que mandan son los hombres!», le dijo una vez.

Era Soledad una naturaleza exquisitamente receptiva, un genio de sensibilidad. Se da con frecuencia en las mujeres este genio de receptividad, que como nada produce, se extingue sin que nadie lo haya conocido. Al principio acudió Soledad, llorosa y herida en lo más vivo, a su padre, a la esfinge, demandando justicia; pero el inflexible varón le contestaba secamente: «¡Bueno, bien; déjame en paz! ¡Daos un beso, y cuidado con que esto se repita!» Así creía arreglarlo, quitándose de encima la molestia. Y acabó ello porque Soledad no volvió a quejarse a su padre de las brutalidades de su hermano, y lo soportó todo en silencio, dejando a aquel en paz y evitándose los fraternales besos de humillación.

Fue espesándose y entenebreciéndose la tristeza cenicienta de su hogar. Sólo descansaba en el colegio, en el que le metió su padre como medio pensionista para quitársela así más tiempo de encima. Allí, en el colegio, supo que sus compañeras todas tenían o habían tenido madre. Y un día, a la hora de cenar, se atrevió a molestar a su padre preguntándole: «Di, papá, ¿he tenido madre?» «¡Vaya una pregunta! —respondió el hombre—. Todos hemos tenido madre. ¿Por qué lo preguntas?» «¿Y dónde está mi madre, papá?» «Se murió cuando tú naciste». «¡Ay qué pena!», prorrumpió Soledad. Y entonces el padre rompió por un momento su salvaje taciturnidad, le dijo cómo su madre se había llamado Amparo, y le enseñó un retrato de la difunta. «¡Qué guapa era!», exclamó la niña. Y el padre añadió: «¡Sí, pero no tanto como tú!» En esta exclamación, que se le escapó, iba el fondo de una de sus petulancias; creía que el ser su hija más guapa que la madre se lo debía a él. «Y tú, Pedrín —dijo Soledad a su hermano, animada por aquel fugitivo rescoldillo de hogar—, ¿te acuerdas tú de ella?» «¿Y cómo me he de acordar, si cuando murió no tenía yo más que tres años?» «Pues yo, en tu caso, me acordaría», fue la respuesta de la niña. «¡Claro, las mujeres sois más listas!», exclamó el hombrecillo en ciernes. «No,

pero sabemos recordar mejor.» «Bueno, bueno, no digas tonterías y déjame en paz.» Y se acabó el coloquio de aquella noche memorable en que Soledad supo que había tenido madre.

Y tanto dio en pensar en ella, que casi la recordó. Pobló su soledad con ensueños maternales.

Fueron corriendo los años, todos iguales, todos cenicientos y tristes en aquel hogar apagado. El padre no envejecía ni podía envejecer. A las mismas horas hacía todos los días las mismas cosas, con una regularidad mecánica. Y el hermano empezó a disiparse, a dar que hablar en el pueblo. Hasta que desapareció de él; Soledad no supo adónde. Quedaron padre e hija solos, solos y separados; viviendo, es decir, comiendo y durmiendo bajo el mismo techo.

Por fin pareció que un día se le abriera el cielo a Soledad. Un gallardo mozo, que desde hacía algún tiempo la devoraba con los ojos cuando la veía en la calle, se dirigió a ella solicitando ser admitido a prueba como novio. La pobre Soledad vio que se le abría la vida, y aunque con unos ciertos presentimientos, que en vano quería rechazar de sí, lo admitió. Y fue como una primavera.

Empezó Soledad a vivir, empezó más bien a nacer. Descubrióse le el sentido de muchas cosas que hasta entonces no lo tuvieron para ella; empezó a entender mucho que oyó a sus maestras y a sus compañeras de colegio, mucho que había leído. Todo parecía cantar dentro de ella. Pero a la vez descubrió toda la horrura de su hogar, y si no hubiera sido por la imagen, siempre en ella presente, de su novio, se habría arrecido allí junto a aquel hombre granítico.

Fue un verdadero deslumbramiento aquel noviazgo para la pobre Soledad. Y el padre parecía no haberse enterado de nada o no querer enterarse: ni la más leve alusión de su parte. Si al salir de casa cruzaba con el novio de su hija que se acercaba a la reja, a las horas de sabroso coloquio, hacía como que no se enteraba. La pobre Soledad tuvo más de una vez intención de insinuar algo a su padre en la mesa, a la hora de cenar; pero las palabras se le cuajaban en la boca antes de salir. Y calló, siguió callando.

Empezó Soledad a leer en libros que le traía su novio; empezó, gracias a él, a conocer el mundo. Y aquel joven no parecía hombre. Era cariñoso, alegre, abierto, irónico, y hasta la contradecía a las veces. De su padre, del padre de ella, no le habló nunca.

Fue la iniciación en la vida y fue el sueño del hogar. Soledad empezó, en efecto, a soñar lo que sería un hogar, a entrever lo que eran los hogares, los verdaderos hogares de sus compañeras que lo tenían. Y este conocimiento, este sentimiento más bien, acreció en ella el horror a la madriguera en que vivía.

Y de repente, un día, cuando menos lo esperaba, vino el hundimiento. Su novio, que hacía un mes estaba ausente, le escribió una larga carta muy llena de expresiones de cariño, muy alambicadas, muy tortuosas, en que a vuelta de mil protestas de afecto le decía que aquellas sus relaciones no podían continuar. Y acababa con esa frase terrible: «Acaso llegue algún día otro que te pueda hacer feliz mejor que yo». Soledad sintió un tenebroso frío que le envolvía el alma, y toda la brutalidad, toda la indecible brutalidad del hombre, es decir, del varón, del macho. Pero se contuvo, devorando en silencio y con ojos enjutos su humillación y su dolor. No quería aparecer débil ante su padre, ante la esfinge.

¿Por qué? ¿Por qué la había dejado su novio? ¿Es que se había cansado de ella? ¿Por qué? ¿Es que puede un hombre cansarse de amar? ¿Cabe cansarse de amar? No, no; es que nunca la había querido. Y ella, la pobre Soledad, sedienta de amor desde que naciera, comprendió que no la había querido nunca aquel otro hombre. Y se hundió en sí misma, refugiándose en el culto a su madre, en el culto a la Virgen. Y no lloró, porque su dolor no era de lágrimas: era un dolor seco y ardiente.

Una noche, a la hora de cenar, la esfinge paternal abrió la boca para decir: «¿Qué? ¡Según parece, se ha acabado ya eso!» Y Soledad sintió como si le atravesasen el corazón con una espada de hielo. Se levantó de la mesa, se fue a su cuarto y exclamó: «¡Madre mía!»; cayó en un espasmo convulsivo. Y desde entonces el mundo le supo a vacío.

Y pasaron dos años, y una mañana se encontraron muerto en su cama al padre, a don Pedro. El corazón se le había parado. Y su hija, sola ahora en el mundo, no le lloró.

Quedó sola Soledad, enteramente sola. Y para que su soledad fuese mayor vendió cuantas fincas le dejó su padre, realizó una modestísima fortunilla y se fue a vivir lejos, muy lejos, donde nadie la conociera y donde ella a nadie conociera.

Y esta es esa Soledad, hoy ya casi anciana, esa mujercita sencilla y noble que veis todas las tardes ir a tomar el sol a orillas del río; esa mujercita misteriosa de la que no se sabe ni de dónde vino ni de dónde es. Esa es la solitaria caritativa que en silencio remedia las necesidades ajenas que conoce y puede remediar; esa es la buena mujercita a la que alguna vez se le escapa uno de esos dichos amargos delatores del desconsuelo encallecido.

Nadie sabía su historia, y se llegó a propagar la leyenda de una terrible tragedia en ella. Pero, como veis, no hay en su vida tragedia alguna representable, sino, a lo más, esta tragedia vulgar, vulgarísima, irrepresentable, callada, que tantas vidas humanas destroza: la tragedia de la soledad.

Sólo se recuerda que hace unos años vino en busca de Soledad un hombre avejentado, de prematura decrepitud, encorvado como bajo el peso del vicio, y a los pocos días de llegar murió en casa de la mujercita. «¡Era mi hermano!» Es lo único que a esta se le oyó.

Y ahora, ¿comprendéis lo que es la soledad en un alma de mujer, y de mujer sedienta de cariño y hambrienta de hogar? El hombre tiene en nuestras sociedades campos en que distraer su soledad; pero una mujer que no quiere encerrarse en un convento, ¿qué ha de hacer solitaria entre nosotros?

Esa pobre mujercita, a la que veis vagar a orillas del río, sin fin ni objeto, ha sentido toda la enorme brutalidad del egoísmo animal del hombre. ¿Qué piensa? ¿Para qué vive? ¿Qué lejana esperanza la mantiene?

He trabado relación, no digo amistad, con Soledad, y he procurado sonsacarle su sentimiento total de la vida y del destino, lo que alguien llamaría su filosofía. Hasta hoy, poco o nada he conseguido; mas espero conseguirlo. Todo lo que he logrado es saber su historia, la que os acabo de contar. Fuera de esto, no le he oído sino reflexiones llenas de buen sentido, pero de un buen sentido frío y al parecer rastrero. Es mujer de extraordinaria cultura de libros, porque ha leído mucho, y de una gran clarividencia. Pero lo que es sobre todo es extremadamente sensible a las groserías y brutalidades de toda clase. Vive así, solitaria y retraída, por no sufrir los empellones de la brutalidad humana.

De nosotros, los hombres, tiene una singular idea. Cuando le he

sacado la conversación al respecto de los hombres, se ha limitado a exclamar: «¡Pobrecillos!» Parece que nos compadece, como quien compadeciera a un cangrejo. Me ha prometido hablarme alguna vez de los hombres y del magno, del máximo, del supremo problema de la relación entre hombre y mujer. «No de la relación sexual —me dijo—, ¿eh?, entienda usted bien; no de eso, sino de la relación general entre hombre y mujer; lo mismo que sean madre e hijo, hija y padre, hermana y hermano, amiga y amigo, respectivamente, como que sean marido y mujer, novio y novia o amante; lo importante, lo capital, es la relación general, es cómo ha de sentir un hombre a una mujer, sea su madre, su hija, su hermana, su mujer o su querida, y cómo ha de sentir una mujer a un hombre, sea su padre, su hijo, su hermano, su marido o su amante.» Y espero el día en que Soledad me hable de esto.

Una vez hablé con ella de esa profusión de libros eróticos con que ahora nos inundan, porque con la buena Soledad se puede hablar de todo cuidando de no herirla. Cuando le saqué esa conversación me miró inquisitivamente con sus grandes ojos claros, ojos eternamente juveniles, y con una sombra de sonrisa sobre su boca me preguntó: «Diga usted. Usted comerá. ¿No es así?» «¡Claro que como!», respondí, sorprendido por la pregunta. «Pues bien; si a usted, que come, le sorprendiera leyendo un libro de cocina y pudiese yo mandar, le enviaría a la cocina a fregar las cacerolas.» Y no dijo más.

LUZINA SE TOMA UNAS VACACIONES

GABRIELLE ROY/CANADA

Gabrielle Roy

En lo más remoto de la provincia canadiense de Manitoba, perdida en la melancólica región de los lagos y los patos salvajes, entre escuálidos abetos, se encuentra una aldehuela insignificante conocida por el nombre de Portage-des-Prés. Dista unos cincuenta kilómetros, por un mal sendero abrupto, del ferrocarril local que termina en Rorketon, la población de alguna importancia más próxima. Consta en total de una capilla, que visita tres o cuatro veces al año un viejo misionero políglota y excepcionalmente locuaz, de una casucha de tablas nuevas que sirve de escuela a los pocos niños blancos de la región y de otra edificación, también de tablas pero un poco más grande, la más importante del caserío, ya que sirve para albergar al mismo tiempo el almacén, la oficina de correos y el teléfono. Pueden verse, un poco más lejos, en el claro de los abedules, otras dos casas, que, juntamente con el almacén-oficina de correos, alojan a la totalidad de la población de Portage-des-Prés. Pero se me iba a olvidar: enfrente del edificio principal, al borde de la pista que viene de Rorketon, se destaca, provisto de su bola de cristal que sigue en espera de la electricidad, un único surtidor de gasolina. Más allá se extiende un desierto de hierba y de viento. Cierto es que una de las casas tiene una puerta delantera, en el primer piso, pero como jamás se le ha añadido ni balcón, ni escalera, nada mejor que esa puerta expresa la noción de la inutilidad. En la fachada del almacén se lee, pintado con grandes letras: *General Store.* Y eso es absolutamente todo lo que hay en Portage-des-Prés. No hay nada que se parezca

más al fin del mundo. Era, sin embargo, aún más lejos donde habitaba, hace unos quince años, la familia Tousignant.

PARA IR a su casa desde Portage-des-Prés, había que tomar todo derecho delante del surtidor de gasolina, siguiendo siempre la pista, poco visible al principio, pero que uno acababa por distinguir por las dos bandas paralelas de una hierba que se quedaba un poco aplastada tras el paso de las ligeras carretas indias. Tan sólo un antiguo habitante o un guía mestizo podía no extraviarse, ya que en diversos puntos la pista se bifurcaba en pistas secundarias que llevaban, a través de los matorrales, a la cabaña de algún trampero, situada cuatro o cinco kilómetros más lejos y que no se podía divisar desde el camino principal.

Era preciso, por lo tanto, seguir estrictamente la pista más directa. Y así, al cabo de algunas horas si se iba en carreta, un poco más pronto si se viajaba en uno de los viejos Ford, de los que todavía quedan algunos por aquellas regiones, se debía llegar al río de la Grande Poule d'Eau.

Una vez allí se dejaba el Ford o la carreta.

Los Tousignant tenían una barca para cruzar el río. Si se hallaba en la orilla opuesta, uno de los viajeros tenía que ir a buscarla a nado. Luego partían siguiendo el curso del río, envuelto en un silencio como pocas veces se encuentra en la tierra, o más bien en medio del roce de los juncos, del batir de alas, de mil ruidillos ocultos, secretos, tímidos, que producen un efecto tan sedante y apaciguador como el silencio. Grandes pollas de agua, casi demasiado pesadas para volar, se alzaban de vez en cuando de las orillas del río cubiertas de matorrales para ir a posarse un poco más lejos, cansadas ya de su perezoso esfuerzo.

Después de desembarcar en la orilla opuesta, había que atravesar a pie una isla de casi un kilómetro de longitud, cubierta de un heno rugoso y espeso, de hoyos de barro y, si era en verano, de mosquitos enormes, hambrientos, que se alzaban por millares del terreno impregnado de agua.

Se llegaba a otro río. Era el Petite Poule d'Eau. Los habitantes de la región no se habían tomado mucho trabajo para dar nombre a sus aspectos geográficos, basándose siempre en la decana de aquellos

parajes, esa pequeña polla de agua o rascón gris que expresa todo el tedio de los mismos, y también su tranquilidad. Además de los dos ríos ya citados, había la Poule d'Eau a secas; había el lago de la Poule d'Eau. Además, toda aquella zona era conocida con el nombre de región de la Poule d'Eau. Y producía una sensación de paz infinita ver cómo las aves acuáticas, a la caída de la tarde, alzaban el vuelo desde todas partes, entre los cañaverales, y evolucionaban juntas en un sector del cielo, que ensombrecían.

Una vez atravesado el Petite Poule d'Eau se desembarcaba en una isla bastante grande, poco boscosa. Un gran rebaño de corderos pacía allí en completa libertad; de no ser por ello, se hubiera dicho que la isla estaba deshabitada.

Había en ella, sin embargo, una casa.

Construida con madera sin desbastar, de un solo piso, larga, con ventanas bajas, se alzaba sobre una ligera elevación de la isla, expuesta a todos los vientos.

Ahí era donde vivían los Tousignant.

De los siete hermosos niños, huraños y dóciles, tan sólo uno había llegado hasta el pueblo de Sainte-Rose-du-Lac para que le tratasen una grave otitis. Algunos de los otros niños habían acompañado en ocasiones a su padre, que, dos o tres veces al año, iba a Portage-des-Prés para recibir las órdenes del propietario del rancho del que era administrador.

La madre era la que más viajaba. Casi todos los años iba por necesidad a Sainte-Rose-du-Lac. Era el pueblo francés más cercano de la región. Hallábase situado aún más lejos que Rorketon, junto al mismo ferrocarril local que enlazaba un poco toda aquella comarca semidesierta con la pequeña ciudad de Dauphin. Si surgía el menor contratiempo, podía tardarse varios días en llegar a ella. Sin embargo, como no salía, por lo regular, más que una vez al año de su isla, aquel largo y difícil viaje, con frecuencia peligroso, aquel viaje agotador, Luzina Tousignant había acabado por considerarlo como sus vacaciones. Delante de sus hijos no hacía alusión a él con mucha antelación, porque estaban, por así decirlo, demasiado encariñados con su madre, eran demasiado sensibles, demasiado afectuosos, y sólo la dejaban marchar a regañadientes, asiéndose a sus faldas, suplicándole que no los dejara. Era preferible, por lo tanto, no des-

pertar esa aflicción antes de lo necesario. Sólo al padre Tousignant le anunciaba un buen día, mirándole de una manera un poco extraña, mitad riente, mitad afligida: «Se aproximan mis vacaciones». Luego se marchaba. Y en su existencia siempre uniforme, aquella era la grande, la única aventura.

Aquel año pareció que Luzina Tousignant no podría emprender su viaje habitual. Tenía las piernas hinchadas; no podía permanecer de pie una hora seguida, pues era una mujer bastante robusta, gruesa, animada, siempre en movimiento en cuanto sus pobres piernas estaban un poco mejor. A Hippolyte Tousignant no le gustaba dejarla partir en aquel estado. Además, estaban en la peor época del año. Sin embargo, Luzina se puso a hablar de sus vacaciones riendo. En pleno verano o en medio del invierno, se podía en todo caso salir de la isla e incluso sin demasiadas dificultades. Pero en la primavera una mujer sola no podía encontrar más riesgos, peligros y penalidades que en aquella pista de Portage-des-Prés. Hippolyte trató largo tiempo de disuadir a Luzina de emprender el viaje. Dócil en cualquier otra ocasión, se mostró determinada. ¡Era preciso que fuese a Sainte-Rose-du-Lac, caramba! Además, allí consultaría al médico sobre el eccema del bebé. Haría reparar la pieza desportillada de la desnatadora. Se detendría algún tiempo en Rorketon para los negocios. Aprovecharía para darse una idea de lo que se llevaba ahora, «porque», decía Luzina, «no porque se viva en países salvajes debe una dejar de vestir a la moda de vez en cuando». Daba cien razones con tal de no reconocer que experimentaba cierto placer en dejar el horizonte desierto del Petite Poule d'Eau.

En efecto, ¡cómo hubiera podido ver Luzina una multitud, una verdadera multitud de por lo menos cien personas, tal como la que se encuentra los sábados por la noche en la calle principal de Rorketon; cómo hubiera podido hablar con otras personas que no fuesen su marido, sus hijos, los cuales, en el mismo momento que abría la boca, ya sabían lo que iba a decir; cómo hubiera podido saborear esas raras alegrías de lo nuevo, de la curiosidad satisfecha, del mundo entrevisto, si no hubiese tenido para viajar alguna otra razón, eminentemente seria y urgente! Ella era una mujer razonable;

quería naturalmente disfrutar de los placeres del viaje, pero sólo en la medida que fuesen justas compensaciones al cumplimiento del deber.

Se puso en camino a fines de marzo. El Petite Poule d'Eau estaba todavía lo bastante helado para poder atravesarlo a pie. El Grande Poule d'Eau, sin embargo, estaba libre de hielo hacia el centro de su curso. Se utilizaba la barca como un trineo para recorrer el espacio helado del río. Luzina estaba instalada en el fondo de la embarcación. Le habían puesto una piel de oso sobre las rodillas, y ladrillos calientes en los pies. Hippolyte había levantado por encima de ella un pedazo de tela basta que formaba una especie de pequeña tienda de campaña. Completamente resguardada, sin dar muestras del menor temor, Luzina se interesó por todos los incidentes de la travesía. Asomaba de vez en cuando su rostro sonriente por la abertura de la tela; decía, contenta: «Soy como una reina». Dos de los hijos ayudaban al padre, el uno empujando, el otro tirando, a manejar la barca sobre el hielo, y era preciso andarse con mucho cuidado; no se podía prever el sitio en que el hielo empezaría a ceder. Sin mojarse demasiado llegaron al curso libre del río. Flotaban en él grandes trozos de hielo; había que remar apresuradamente para esquivarlos, y también con fuerza contra la corriente del Grande Poule d'Eau, que era rápida. Luego sacaron la barca a la otra orilla, no sin esfuerzo; pisaban un terreno poco sólido.

Los hijos más pequeños se habían quedado en la islita, y en aquel momento se despidieron de su madre. Todos lloraban. Tragándose las lágrimas y sin gritar, comprendían que era demasiado tarde para retener a su madre. Sus manitas, sin interrumpir ni un momento sus movimientos, se agitaban en dirección a Luzina. Una de las niñas llevaba a la pequeña en brazos y le hacía agitar continuamente su manita. Los cinco permanecían muy juntos, formando una mancha minúscula que se destacaba contra el horizonte más vasto y desierto del mundo. Gran parte de la alegría de Luzina la abandonó en aquel momento. Buscó el pañuelo, pero no pudo encontrarlo; sus pesadas ropas casi le impedían los movimientos. Se sorbió las lágrimas, y levantando la voz, que el viento se llevó en una dirección totalmente distinta, recomendó a sus hijos:

—Que seáis buenos. Obedeced a vuestro padre.

Trataron de hablarse de una orilla a otra, y lo que se decían carecía de ilación.

Los niños recordaban sus deseos, acariciados durante todo un año. A través de su tristeza los recordaban perfectamente.

—¡Una pizarra, mamá! —gritaba uno.

—¡Un lápiz con goma de borrar, mamá! —lanzaba otro.

Luzina no estaba segura de lo que oía, pero les prometía al azar:

—Os traeré tarjetas postales.

Sabía que no se equivocaba prometiéndoles postales. A sus hijos les encantaban, sobre todo aquellas en que se veían edificios muy altos, calles abarrotadas de coches, y sobre todo estaciones de ferrocarril. Luzina comprendía muy bien aquellos gustos.

Sostenida por su marido, con sus hijos mayores avanzando delante de ella para dejar más pisoteado el camino, Luzina Tousignant llegó al borde de la pista, y todos se dispusieron a esperar el paso del cartero que, una vez a la semana, cuando era posible, realizaba el servicio de correos entre Portage-des-Prés y una reserva india situada unos 25 kilómetros más al norte, a orillas del lago de la Poule d'Eau.

Mucho se temieron que hubiera ya pasado el cartero o bien que hubiese decidido, en vista del mal estado del camino, dejar su recorrido para la semana siguiente. Pierre-Emmanuel-Roger y Philippe-Auguste-Émile casi hubieran deseado tal contratiempo. Incluso Hippolyte Tousignant, que sugirió tímidamente:

—El cartero no se atreverá a ponerse en camino con semejante tiempo. ¿Por qué no te vuelves a casa, Luzina? Nos las arreglaríamos de todos modos.

—Caramba, tú sabes muy bien que no —replicó la mujer con una sonrisa de conmiseración y de ligera burla que parecía sobre todo reprochar a Hippolyte su falta de sentido práctico.

Contemplaba la lejanía con creciente determinación. Después de haber vencido tantos obstáculos hubiera estado bonito verla volver a casa. Empezó a caer una nieve muy fina mezclada con lluvia.

—Si al menos pudiese acompañarte —decía Hippolyte, como todas las otras veces.

Y ella, lo mismo que en el viaje anterior, reconocía:

—¡Ah! ¡Caramba, sí! Hacer el viaje juntos, los dos, sería un placer. Pero, pobre hombre, hace falta alguien para guardar la casa, tomar las riendas cuando yo no estoy.

Callaron.

A lo lejos, en la inmensa soledad uniforme, aparecieron un caballo sudoroso y, sobre el pescante de un trineo, una gran bola de pieles, de la que emergían unos tristes bigotes amarillos, una espesa nube de vapor, y, en lo alto, un látigo que se balanceaba en el aire.

Era el cartero.

Se acercó. Se distinguieron sus espesas cejas por entre los pelos pardos de su gorro forrado de piel; se vio brillar el hilillo de plata que siempre colgaba de la nariz del cartero en tiempo frío; se descubrieron sus dientes amarillentos por el tabaco en el momento que gritó una ronca orden a su yegua. Al llegar a la altura del pequeño grupo de los Tousignant, sin una palabra de saludo, frunció el ceño mirando solamente hacia Luzina, tiró de las riendas, detuvo el trineo y esperó. Nick Sluzick era un viejo original. En un país donde se guarda silencio a menudo, por carecer de novedades que comentar, él batía el récord de la taciturnidad. Se decía que había manejado sus negocios, aceptado encargos, hecho favores, cumplido sus deberes de cartero, hecho el amor, procreado hijos, todo ello sin pronunciar más que una decena de frases.

Instalaron a Luzina junto a aquel huraño compañero, que apenas se apartó un poco para dejarle algo de sitio a su lado. Como era muy charlatana, aquel mutismo extraordinario de Nick Sluzick era para ella la principal, incluso la única prueba del viaje.

Pierre-Emmanuel-Roger había traído un farol, que encendió y metió bajo las mantas a los pies de su madre. La cubrió con una piel de bisonte y luego con un hule destinado a impedir que la piel se mojara. Casi no se veía nada de Luzina, a no ser los ojos por encima de una gruesa bufanda. Eran unos claros ojos azules, bastante grandes, llenos de cariño, y en aquel momento húmedos de angustia. Por lo demás, de una y otra parte, todos se miraban con la misma expresión de estupor doloroso, como si aquellos Tousignant, tan unidos en su aislamiento, hubiesen sido casi incapaces de imaginar la separación. Y ellos, que creían haber agotado desde hacía tiempo

cualquier tema de conversación, descubrieron de pronto uno completamente nuevo. Todos se pusieron a hablar a la vez.

—Ocuparos bien del fuego —recomendó Luzina, bajando la bufanda que le tapaba la boca.

—Sí, y tú ten cuidado de no helarte en el camino —dijo Hippolyte.

—Sobre todo, no os dejéis morir de hambre —dijo Luzina—. Hay grasa y harina en cantidad. Haceos por lo menos unas hojuelas, si no tenéis muchas ganas de guisar; y tú, Pierre-Emmanuel-Roger, ayuda a tu padre todo lo posible.

Los dos mayores no eran los únicos hijos de los Tousignant que llevasen nombres compuestos. Como para poblar mejor la soledad en que vivía, Luzina había puesto a cada uno de sus hijos toda una letanía de nombres sacados de los grandes personajes de la historia o de las pocas novelas que habían caído en sus manos. Entre los hijos que se habían quedado en la casa, estaban Roberta-Louise-Célestine, Joséphine-Yolande, André-Aimable-Sébastien; la más pequeña, una niña de quince meses, respondía al nombre de Juliette-Héloïse.

—Tened mucho cuidado con Juliette-Héloïse, que no se trague alfileres —dijo Luzina.

Fue el último consejo que dio a los suyos. Nick Sluzick estaba harto de perder el tiempo. De todos los actos humanos, ninguno le parecía tan vano y tan superfluo como el decirse adiós. O bien no se emprendía la marcha o bien se partía; en tal caso el acontecimiento era lo suficientemente explícito para evitarse los comentarios. Escupió a un lado del trineo. Con una mano dio un tirón de sus grandes bigotes amarillos y con la otra asió las riendas. Y el trineo avanzó sobre la nieve blanda, desigual, que formaba montículos por aquí, hoyos por allá, por lo que constituía el camino de Portage-des-Prés.

Describir las dificultades del viaje de Luzina Tousignant al lado de su insociable mujik, que sólo abrió la boca una vez para recomendarle que se quedase en la extremidad de su asiento a fin de evitar que volcase el trineo; decir que al llegar a Portage-des-Prés tuvo que esperar una semana entera la salida del próximo correo para

Rorketon; relatar cómo se alojó durante ese tiempo en el almacén-oficina de correos, que era también en cierto modo la posada del lugar, puesto que se podía en todo caso ofrecer una habitación mal caldeada, poco o nada amueblada, a las gentes que verdaderamente no tenían dónde albergarse; cómo Luzina se cansó de esperar, irritada por aquel contratiempo y temiendo llegar demasiado tarde a Rorketon; cómo, cuando por fin salió de Portage-des-Prés, con un viento bastante frío que aumentó en el camino, se le heló una oreja; contar estos contratiempos ofrecería algún interés si no fuese porque el viaje de regreso iba a ser mucho más rico en peripecias.

Una vez alcanzado el objetivo serio de su viaje, terminados sus asuntos en Sainte-Rose-du-Lac, Luzina se apresuró a regresar por tren a Rorketon, donde esperaba encontrar una ocasión inmediata de volver a casa. Ella era así; durante todo el año le parecía, allí en su isla, que jamás se saciaría del espectáculo de los escaparates iluminados de Rorketon, de las luces eléctricas que permanecían encendidas toda la noche en la calle principal, de las numerosas carretas que pasaban, de las aceras de tablas, de las gentes que circulaban por ellas; en fin, de la intensa vida que ofrecía aquel pueblo grande con su restaurante chino, su capilla católica de rito griego, su templo ortodoxo, su sastre rumano, sus cúpulas, sus chozas blanqueadas con cal, sus campesinos vestidos con pieles de borrego y sus grandes gorros de piel de conejo; unos, inmigrantes suecos; otros, finlandeses o islandeses, y los otros, los que constituían la mayoría, venidos de Bukovina y de Galitzia. En Rorketon, Luzina hacía provisión con que alimentar los relatos que haría a su familia durante meses y meses, hasta su próximo viaje, por decirlo así. Sin embargo, al cabo de algunos días en Rorketon, estaba completamente harta. Nada le parecía más cálido, más humano, que aquella casa gris aislada que, desde su montículo entre los sauces, no tenía que vigilar más que el tranquilo y monótono río de la Petite Poule d'Eau.

Se preocupaba por sus hijos. Se imaginaba que al hacer agujeros en el hielo del Petite Poule d'Eau para pescar lucios, según su costumbre en la primavera, habían podido caer todos dentro y morir tratando de salvarse unos a otros. Pensaba que una inundación

podía cubrir toda la isla, obligando a su marido y a sus pobres hijos a trepar al techo de la casa. Tenía un cerebro de lo más inventivo para imaginar, en cuanto estaba lejos de los suyos, las desgracias que les podían haber sucedido y a las que la realidad, tan dura en aquel país, prestaba cierta verosimilitud.

Se moría de impaciencia.

Pero la primavera se había retrasado mucho aquel año a causa de abundantes nevadas seguidas de lluvias y finalmente por un recrudecimiento del frío. La pista de Rorketon a Portage-des-Prés se había puesto intransitable. Incluso el cartero se negaba a arriesgarse por ella. Ahora bien, en estas regiones del norte todo el mundo se tiene por dicho que por donde el cartero no puede pasar nadie pasará. El correo en esos terribles desiertos es el asunto más grande, más importante, y sólo pueden interrumpirlo obstáculos insuperables.

Luzina, sin embargo, se informaba en todas partes, en el relevo de correos, en las tiendas, en el hotel, si no conocían a alguien que tuviese que emprender a toda costa el viaje a Portage-des-Prés. Había en aquellos momentos una gran afluencia de viajeros, a los que precisamente el mal estado de los caminos retenía en Rorketon. De esta suerte Luzina trabó varias amistades; a algunas de ellas tuvo que dar más tarde noticias de su viaje de retorno y del rancho, a tal punto aquellas personas habían parecido interesarse por ella y desearle buena suerte. Como era muy sociable, Luzina trababa muchas amistades cuando viajaba; todavía escribía regularmente a una anciana que le había tomado afecto durante el corto trayecto por tren desde Sainte-Rose-du-Lac a Rorketon diez años antes, una tal señora Lacoste que venía de Quebec. Luzina decía incluso que el encontrar personas amables era el verdadero atractivo del viaje. Le gustaba ser servicial con todo el mundo, de suerte que no era raro que en el trayecto encontrase personas afables dispuestas a corresponderle. Esta vez, sin embargo, nadie podía serle útil. Le aconsejaron que se dirigiese al cartero del trayecto Rorketon-Portage-des-Prés, que la llevaría hasta el relevo donde Nick Sluzick recogía el correo.

Ahora bien, ese cartero de Rorketon era el hombre más desconcertante de todos. Iván Bratislovski anunciaba casi siempre lo contrario de lo que iba a hacer, por una astucia de campesino contra

el destino, al que esperaba tal vez engañar así. Por la misma razón sin duda no cesaba de quejarse. A cualquier hora del día se le encontraba en el café chino dispuesto a pelearse con cualquiera que osase negar que él, Iván Bratislovski, no llevaba una perra vida. Cuando se le daba la razón sobre este particular, el pequeño ruteno era capaz de mostrarse muy servicial. Luzina ignoraba esta manera de apaciguarle. Habiendo enviado por dos veces a un chiquillo a que preguntase al ruteno si se pondría en camino al día siguiente por la mañana, recibió la respuesta de que el caballo de Iván Bratislovski estaba herido, que su trineo era demasiado pequeño para tomar a una viajera con mucho equipaje y que además él mismo estaba a punto de presentar la dimisión al ministerio de Correos. Aquello quería decir que Iván Bratislovski emprendería el viaje dentro de muy poco tiempo. Luzina no podía adivinarlo. Entretanto llegó un mercader judío de Dauphin al hotel en que se alojaba Luzina. Tenía prisa, mucha prisa, en ir a Portage-des-Prés para un negocio de pieles de ratones almizcleros que por cuestión de minutos podían birlarle. Alquiló un caballo y un trineo. A la mañana siguiente partió. Luzina le acompañaba.

Los viajeros habían rebasado apenas las últimas granjas de Rorketon cuando se encontraron en una vasta extensión solitaria, completamente cubierta de una delgada capa de hielo resplandeciente. La nieve fina, errante, estaba totalmente aprisionada como bajo una capa brillante de celofán. Ningún viento turbaba esta blancura helada. Era la inmovilidad dura y perfecta que provoca el frío en todo su rigor.

El camino estaba tan completamente helado como el campo, como toda la región, llana e inanimada. En algunos lugares se extendía como un estanque helado, azul, liso; los patines del trineo empezaban a bailar; en otros sitios la helada había congelado los baches, las asperezas del camino, formando una superficie tan escabrosa que el vehículo se hundía, se alzaba, volvía a caer con grandes esfuerzos que parecían extraños en un paisaje tan dilatado, tan insensible.

Pronto empezó a sudar el caballo. El hielo se rompía a veces

bajo sus cascos en largos trozos agudos que le herían cruelmente. Luzina soportaba a duras penas el espectáculo de aquel pobre animal, y constantemente, a pesar de su deseo de llegar lo antes posible, pedía al judío que no lo forzase tanto.

Tardaron varias horas en recorrer unos pocos kilómetros. El hielo era cada vez más liso. En una curva que tomaron demasiado de prisa, volcó el trineo, lanzando a Luzina, su maleta y todos sus paquetes a algunos metros del camino. Abe Zlutkin corrió a levantarla. Sus espesas vestiduras la habían protegido a ella y a su regalo más frágil, que, en su caída, apretaba entre sus brazos. No tenía ni un rasguño. Se echó a reír. Abe Zlutkin hizo lo mismo, después de reflexionar un momento.

Era un hombrecillo moreno, ágil, delgado, siempre preocupado y calculador. Apenas salido de Rorketon, con los primeros resplandores del día, había empezado a arrepentirse de haber consentido en llevar a aquella mujer. Podía herirse si les sucedía un accidente; en tal caso el marido reclamaría probablemente una indemnización. Por haber querido cobrar los tres dólares ofrecidos por Luzina, Abe Zlutkin barruntó que perdería centenares. Le atormentaba este temor cuando Luzina se puso de pie, más ágil que nunca, y rompió a reír. El optimismo reemplazó al momento el temor en el alma voluble de Zlutkin. Semejante mujer, sana y valerosa, no debía traer desgracia al que la ayudaba. Debía ser bueno, al contrario, ponerse bajo su estrella, que era seguramente la de la suerte. Media hora después del accidente, Zlutkin todavía se reía de él, maravillado y ya seguro de que su buena acción le sería pagada por centuplicado en excelentes pieles, en pieles escogidas que compraría muy baratas en Portage-des-Prés.

Al verle tan bien dispuesto, Luzina se puso a charlar. Se hallaba en el camino de regreso. Cada paso del caballo, por vacilante que fuese, la aproximaba a su casa; estaba agradecida a Abe Zlutkin; no pudo impedir que su generosa manera de ser ofreciese lo que podía dar, es decir, el relato de cincuenta aventuras de su vida que hubiesen podido ser trágicas y que siempre habían terminado, no se explicaba cómo, de la manera más feliz. A causa de su buen corazón, esperaba distraer con todas esas historias a su compañero de los peligros que corrían continuamente. Pero temió mostrarse egoísta al no hablar

más que de su buena suerte. Preguntó al mercader de pieles si era casado. La bondad maternal de la corpulenta Luzina, sus pupilas afectuosas y curiosas, su ávido interés por los demás, todo en ella invitaba a la confianza.

Abe Zlutkin aprovechó un momento en que el camino era un poco menos resbaladizo para enseñarle una foto de su mujer. Representaba una joven judía regordeta de tez morena. Abe pensó que la quería mucho. Por el momento dejó de atormentarle el trato que debía cerrar. Tal era el poder de Luzina. Inclinaba a las gentes a darse cuenta de que tenían motivos para considerarse felices.

Cuando se cansaron de hablar descansaron, pensando en las cosas agradables que se habían dicho. Su existencia, en los únicos momentos en que Luzina podía pensar intensamente en ella durante el traqueteo del camino, le parecía realmente prodigiosa. A pesar de vivir tan alejada del mundo, había encontrado seres de todas las razas y de todos los temperamentos. La novela más apasionante no le hubiera ofrecido semejante variedad de personajes: viejecitos polacos barbudos, carteros eslavos, guías mestizos, rusos ortodoxos; incluso había hecho una vez el viaje de regreso con el inspector de Correos. Ninguno le había faltado jamás al respeto. A Luzina le bastaba ponerse bajo la protección de un ser humano para que este se comportase con ella de la manera que ella deseaba. Por lo tanto, el viajar la había instruido de una manera inesperada; le había enseñado que la naturaleza humana es excelente en todas partes. Los judíos eran casi las únicas personas que no había tenido ocasión de estudiar; ahora bien, juzgando por el mercader de pieles que eran más bien simpáticos, se dejó llevar de un sentimiento de benevolencia vaga, perezosa y dulce, que englobaba a casi todos los seres humanos.

Pero tuvo que reanudar su charla. Zlutkin volvía a estar preocupado. El camino seguía siendo igual de malo. El caballo cojeaba. Y antes de haber recorrido mucho terreno, el cielo empezó a ensombrecerse. Extraños resplandores rojos, a ras del horizonte, anunciaban un cambio de temperatura. Los dos viajeros se vieron obligados a detenerse. Fue en una de esas granjas aisladas que suelen aparecer cada cuatro o cinco kilómetros a lo largo de la pista de Portage-des-Prés. La casa era extremadamente pobre. Constaba de una sola

habitación amueblada al fondo, detrás de la estufa, con varias camas. Pero en cuanto Luzina entró, tiritando de frío, el dueño y la dueña de la casa se le acercaron, sonrientes, con los brazos tendidos para librarla de todos sus paquetes. La llevaron junto a la estufa, ofreciéndole inmediatamente algo de comer, y todo ello de una manera tan afectuosa que no podía poner en duda la sinceridad de su buena acogida, expresada en una lengua extranjera. Era tal y como lo había pensado siempre: todo ser humano, cuando la necesidad nos obliga a recurrir a su bondad, nos la ofrece al momento.

Después de la cena, Luzina se dispuso a pasar una velada interesante.

Se hallaba en la casa de unos islandeses, gentes con las que todavía no había tenido ocasión de tratar. Observó que bebían constantemente café muy cargado y que, en vez de echar azúcar en la taza, ponían un terrón debajo de la lengua o entre los dientes antes de beber el líquido abrasador. Cuando empezaron a conversar en su idioma, se quedó aún más encantada. Unas particularidades, unas costumbres, una lengua extraña para ella, todo aquello, en vez de repelerle, le parecía que daba a la vida un atractivo inextinguible.

No quiso ser superada en cortesía por unos huéspedes tan acogedores. Y, aunque no estaba segura de que la comprendiesen, se puso a explicarles el camino que había que seguir para llegar a su casa en la isla de la Petite Poule d'Eau. Recibir visitas era lo que más les gustaba, les dijo. Riendo, reconoció que era la costumbre de vivir tan lejos del mundo lo que hacía que, cuando se le presentaba la ocasión, se volviese tan charlatana. Cuando reía, los islandeses, por amabilidad, fingían tener también ganas de reír. Registró su bolso en busca de algún recuerdito que poder ofrecer a los niños de la casa. No tenía más que los lápices y las postales comprados para sus propios hijos; dudó mucho, pero considerando con razón que sus hijos no habrían vacilado en compartir sus lápices con los niños de los Bjergsson, llamó a estos con la mano e hizo una distribución que emocionó mucho a los padres, ya que inmediatamente se levantaron para volver a ofrecerles café.

La mañana siguiente, los viajeros encontraron el camino un poco menos resbaladizo; pero el cielo seguía estando bajo, muy revuelto.

Había nevado un poco durante la noche. El viento soplaba con fuerza sobre aquella nieve fresca, y era de temer que estallase una tormenta. No llegaron a Portage-des-Prés hasta media tarde, después de despistarse un par de veces, transidos de frío, hambrientos, con los ojos quemados por el viento. Luzina tenía todavía por delante lo peor del viaje.

Estos países del norte, de inmensos y ralos bosques, de lagos tan inmensos como los bosques, estos países de agua y de árboles enanos, tienen, de entre todos los países, el más caprichoso de los climas. De un día a otro se derritió el hielo en el camino de Portage-des-Prés al rancho de los Tousignant. Casi a simple vista la nieve empezó a desaparecer. Se había esperado un retorno del frío, pero durante la noche que Luzina pasó en el almacén del caserío se levantó un viento del sur. Tibio, casi caliente, dulce y húmedo, un gran viento de esperanza, en cualquier otra ocasión hubiera alegrado el corazón de Luzina. Con aquel viento regresaban las cercetas grises y rápidas, el pato de cuello verde, el ganso salvaje de grito lastimero, las valientes y pequeñas pollas de agua de buche plateado, multitud de especies de patos, bulliciosos y encantadores, la gran tribu acuática, compañera inefable de la primavera y de la confianza humana en aquellas tierras lejanas.

Pero, en menos de veinticuatro horas, el país entero se había transformado en una especie de peligroso pantano, profundo y traicionero. Bajo la nieve blanda, el pie encontraba el agua siempre presente, rezumando por todas partes.

Luzina decidió emprender la marcha a pesar de todo. O bien conseguiría llegar hoy a su casa, o bien tendría que esperar pacientemente varias semanas hasta que el camino se hubiese secado. Le quedaban para sus niños unas postales, y, como también ella era infantil, no podía esperar más a dárselas para ver sus grandes ojos ingenuos brillando de alegría. Para Hippolyte tenía una bonita corbata, que tendría ocasión de usar en su próximo viaje, dentro de algunos meses. Le bullía el deseo de contar la recepción de los Bjorgsson. Y sobre todo tenía, este año como los anteriores, el regalo de los regalos, tan precioso que Luzina no se atrevía a confiarlo

a nadie y lo guardaba cuidadosamente envuelto. El regalo suponíase una gran sorpresa para su familia, que a decir verdad se lo esperaba un poco, porque Luzina, siempre generosa, volvería esta vez con algo tan precioso como las otras veces. Su alegría, menos aún que el viento de primavera, el viento cálido, amistoso y vivo, no podía esperar más a difundirse.

Hippolyte la regañaría por haberse puesto en camino con semejante día. ¡Tanto peor! Hoy todavía era posible arriesgarse a emprender el viaje. Mañana no habría ocasión de hacerlo, o el camino estaría todavía peor. Recogió sus bártulos y se puso a acechar por la ventana del almacén el momento en que Nick Sluzick, llegado hacía poco, estaría listo para reanudar la marcha. En el fondo no había ganado tiempo viniendo con Abe Zlutkin en vez de hacerlo con Iván Bratislovski, ya que, de todas maneras, Nick Sluzick tenía que esperar el correo traído por este para empezar a distribuirlo en su territorio.

Finalmente Luzina vio que las sacas de la correspondencia estaban apiladas en la trasera del trineo. Corrió inmediatamente a instalarse al lado de Nick Sluzick, más taciturno que nunca. Sin decir buenos días ni hola, qué tal, sin comentario ni curiosidad, el viejo ucraniano se sonó con los dedos y arreó luego un buen latigazo a su yegua.

Hoy estaba especialmente ceñudo. Le había costado Dios y ayuda pasar por algunas partes del camino, completamente inundadas; y temía un regreso aún más desagradable. Ahora bien, si Nick Sluzick temía caer en las pozas, no era por su viejo pellejo. Hacía falta más de un baño helado para desmoralizar a Nick Sluzick. Pero no le gustaba ver que las mujeres corriesen tales riesgos. Por regla general no le gustaba transportar mujeres, niños, objetos que pudiesen romperse, en fin, todo lo que era frágil. En los peligros prefería estar solo. Por lo demás, prefería siempre estar solo. Un hombre necesita estar solo para pensar en sus asuntos. Además, si ese país de la Poule d'Eau seguía poblándose, él, Nick Sluzick, acabaría por ir a buscar refugio más al norte.

Llegaron ante una verdadera laguna. La Bella se negó a entrar. El viejo alzó el látigo. De la punta de su roja nariz fluía el habitual hilillo de plata. En sus bigotes quedaban restos del almuerzo de salchichón al ajo y pan que había tomado de pie junto a la estufa

del almacén, con el cuchillo en la mano, a pesar de que el tendero le había invitado a compartir su comida. La Bella parecía medir la profundidad del agua con su pata, que luego encorvaba colocándola bajo el vientre. El agua llegó hasta la mitad de las patas del animal. Alcanzó a la mitad de la altura del trineo, llegó al borde mismo de la caja. Luzina levantó su paquete más precioso por encima de su cabeza, pensando menos en ella que en aquel regalo irreemplazable. Pero habían rebasado la parte donde el agua era más profunda. Luzina, con su carga en los brazos, se arrellanó tranquilamente en el fondo de su asiento.

Hacia la caída de la tarde, uno de los hijos de la familia Tousignant, apostado a la orilla del Petite Poule d'Eau, oyó el toque de cuerno con que se había convenido que Luzina anunciaría su llegada al Grande Poule d'Eau.

Inmediatamente Hippolyte y Pierre-Emmanuel-Roger botaron la barca al agua. En el último minuto se instalaron en ella otros dos de los hijos. Hippolyte no se sintió con valor de hacerlos desembarcar, teniendo en cuenta su impaciencia por ver a su madre. Remaron a toda prisa; corrieron a través de la islita. Desde lejos veían ya el trineo parado y dos figuras humanas, una de ellas de aspecto arisco, enojada por aquel retraso, y la otra agitando la mano, emocionada, empinada sobre el pescante.

Atravesaron el Grande Poule d'Eau; estaban ya al alcance de la voz; se llamaban. Y entonces, un poco más delgada, un tanto paliducha, pero riendo de turbación, de emoción, con el rostro crispado de felicidad, Luzina se apeó. Y llevaba en los brazos, lo mismo que al regreso de todos sus otros viajes de negocios, el crío que había ido a comprar a Sainte-Rose-du-Lac.

LA MADRE

CIRO ALEGRIA/PERU

LA SELVA rodeaba una barraca hecha de esbeltos tallos de palmera y levantada en un claro logrado a golpe de hacha, donde los tocones rojos parecían heridas. El vasto cuerpo del bosque había sido mutilado para que el sol se tendiera sobre la casa y los hombres. Ellos, de no estar entregados a sus faenas, jugaban a los dados sobre una tosca mesa o dormitaban en las hamacas colgadas en el corredor, al lado del fusil y la esperanza. También solían salir al espacio talado y estiraban los brazos ante la luz, con un aire de aves fatigadas. Habían ido en pos del caucho y la riqueza. Hundidos en la inmensidad vegetal, inhóspita y a la vez aprisionante, sus sueños eran inasibles como el humazo del áspero tabaco que chupaban con gesto lento. Cada mañana, la selva les lanzaba su reto. Aun los veteranos temían el laberinto formado por el apretado abrazo de sus ramas y la sombra de sus tupidas copas.

Cerca de la barraca corría un pequeño río, encauzado entre árboles, lamiendo tallos y viejas raíces retorcidas. Podía llamarse Yavarí o Ingaraparaná o Pora o Yarobé. Podía tener cualquier nombre extraído de los rumores de la floresta, de las extrañas voces con que se entienden el vegetal, la fiera y el salvaje. Ese río va a engrosar otros, formando parte del sistema circulatorio de la selva, sanguíneo ramaje que riega puertos soñados en la manigua y cuyos nombres son agrandados por el deseo de encontrarlos: Contamana, Nauta, Iquitos, Manaos. Y más allá, lejos, cuando todos los líquidos caminos son uno solo, cuando el gran río, el Amazonas, el más

colmado y ancho de los ríos, se hunde en el Atlántico, y aun más allá, donde apunta la aguja de la brújula, fulge el nombre rutilante: Nueva York. Columbrando en sueños su resplandor encendido con una alegría de alto puntaje en la bolsa de valores, estaban los hombres en la noche de la manigua, extrayendo el caucho, en una voluntariosa lucha con el riesgo, esperando vivir.

De surcada por aquel pequeño río llegaron Cárpena y Jiménez, servidos por dos bogas, en un atardecer que amontonaba sobre los árboles pesadas nubes, sombras trémulas e inquietos vuelos de pájaros. Habían navegado en canoa desde el amanecer. Todo el día escucharon el monótono chapoteo de los remos accionados por los bogas, cetrinos indios de rictus bárbaro. Cárpena era un novato y Jiménez, con quien se reunió para cumplir la última etapa de su viaje, gozaba relatándole hazañas y acontecimientos. Empleaba un tono de bromista jactancia. De repente, se puso a hablar de las anacondas. ¡Cuidado! De un solo coletazo podían volcar la canoa. En el agua había caimanes. «Y por allí, ¿lo ve?, en esa zona viven los indios cashivos. Son indomables. Matan a la gente, la queman y beben las cenizas disueltas en masato.» Cárpena trataba de no mostrarse impresionado. Por último, Jiménez recomendó:

—Sobre todo, amigo, aquí hay que olvidarse de que uno tiene sentimientos. ¿Nobles, se dice? Ahí está don Floro; lo va a conocer: ese ya no tiene corazón.

Cuando la canoa, con el alegre impulso del arribo, hirió la arena de la orilla, Cárpena descansó, más que de estar encogido, de la charla de su compañero. Los caucheros de la barraca los recibieron entre voces y abrazos alborozados. «¿Y qué hay por Iquitos?» «¿Traen balas?» «¡Ah, qué bien!» «¿Y conservas?» «¿No?» «¡Diantre, ya estamos hartos de mono!» «Echar atrás a los japoneses tomará tiempo.» «Habrá mercado para nuestro caucho.» «¡Duraznos al jugo!» «¡Al menos una lata!» «¿Usted es nuevo?» «Se le ve en la cara.» «Pasen, pasen a descansar»...

Cayó la noche y Cárpena y Jiménez continuaban metidos en las hamacas de fibra, contestando preguntas que la curiosidad y la nostalgia ponían en los labios de sus amigos. Después encendieron una linterna y rodearon la mesa de rijosos maderos. La comida fue sobria. El pescado llamado paiche con un plátano verde llamado

inguire, la pasta de yuca conocida por fariña y, para celebrar la llegada, un buen trago de aguardiente de caña. Blancas mariposas nocturnas revoloteaban en torno a la luz. Afuera hablaban los bogas y otros indios salvajes de lengua tronante. Los caucheros hacían salir su voz desde una cara invadida por barbas revueltas.

—No se afeite, amigo Cárpena. La barba impide que le piquen los mosquitos.

Cárpena, por su parte, trató de preguntar todo lo que pudo. Su ignorancia producía risa a menudo. Pero supo al menos lo necesario acerca de sus compañeros y se le reafirmó la idea de que en la selva había que ser duro.

Cuando apagaron la luz y se tendieron a dormir, comenzó a soplar un viento de tenaz mugido. Un cauchero dijo a don Floro:

—Está bien eso; se llevará a los mosquitos. Y usted, lleve mañana a Cárpena al monte. Ya tendrá tiempo de ahumar.

Cárpena había visto en Iquitos las bolas de caucho y el atosigante trabajo de ahumarlas. Menos mal que ahora lo destinaban a otra cosa. Podía considerar, inclusive, que estaba con suerte. Le gustaba tener que acompañar a don Floro. Según se había enterado, este era un rumbero, o sea el hombre que en medio del laberinto vegetal de la selva encuentra siempre el rumbo. Había leído una novela en la cual se contaba cómo un rumbero a quien le falló el sentido de dirección, mientras guiaba a un grupo de caucheros, perdió a su angustiada tropa en la incertidumbre del bosque sin caminos y de la mente enloquecida. Pero don Floro parecía incapaz de extraviarse. Era un sesentón membrudo de ojos de jaguar y la consabida barba enmarañada y sucia. La piel blanca había adquirido tonos ocres y verdosos tal si se le hubieran pegado del bosque, y las barbas grises parecían un manojo de esos bejucos parásitos que cuelgan de los troncos.

Don Floro, al calmarse un poco el viento, barbotó con su vozarrón despacioso:

—Se me hace que, por allá al sur, hay una partida de monos. Están chillando con el ventarrón. Diría que hay un monito chico entre ellos. ¿No lo oyen? Lo voy a atrapar mañana. Con darle un tiro a la madre...

—¿Y cómo los vamos a encontrar? —preguntó Cárpena con una respetabilísima ingenuidad.

Los comentarios y las risas rebotaron de hamaca en hamaca. Don Floro apagó su carcajada de trueno y dijo:

—Muchacho: yo les sé las costumbres. Esos monos seguirán caminando desde antes del amanecer. Y que me corten el cogote si no se paran en una mancha de palmeras que he visto. Hay mucho coco ahí. Ya verás, ya verás...

—¿Y usted los oye realmente? —preguntó de nuevo Cárpena.

—Claro que los oigo —aseguró don Floro—, cuando el viento calma, se los oye. Chillan como unos condenaos... Deben estar a unas veinte cuadras de aquí...

Con el sueño, en la barraca se adensó el silencio. Cárpena buscó nuevas palabras entre la sombra. Sólo hablaba el viento, de rato en rato, con una voz cargada de espacios selváticos, misteriosa y profunda.

El bisoño tenía veinte años y un puñado de familiares recuerdos. Su experiencia de la selva se reducía al viaje que había hecho para llegar a la barraca. Provenía de tierra sin muchos árboles, de la costa peruana, donde cada valle está flanqueado por desiertos de arena y piedra. El se había nutrido del cuidado materno, de lecturas de Salgari y grandes proyectos personales. Ahora la aventura cobraba un sesgo real, al enfrentar la realidad sentíase desarmado, y los grandes proyectos parecían perdidos como las estrellas.

La noche le vendaba los ojos. Cárpena terminó por sentirse solo y la nostalgia de la madre le creció pecho adentro. En la hamaca se acurrucó tal si estuviera en el regazo materno y un sentimiento de ternura, próximo y distante, lo envolvió dándole una sensación de timidez a la que se mezclaba una creciente tristeza. Aulló un jaguar a lo lejos y una luciérnaga trazó un fugaz hilo de luz. El muchacho fue llamado a la realidad. Trató de rehacerse y de insistir en su determinación de ser duro. El —pensaba— sabría luchar también. Después tendría dinero y la firmeza de los que triunfan en la vida. Pero debía ser fuerte. Reacio a toda mella como las rocas y los palos de chonta. El también se curtiría... Tenía que ser un cauchero de veras, un hombre de la selva... El también...

Al fin se durmió.

A la mañana siguiente, Cárpena, que pese a sus esfuerzos tenía el aire inseguro del recién llegado, salió con don Floro, el rumbero, a cazar monos. Cárpena marchaba mirando a todos lados, tal si un peligro inmediato le estuviera azotando los flancos. ¡No fuera que una boa, que un jaguar, que un caimán, que un indio salvaje! Don Floro iba delante, empeñado en escrutar lo alto con sus vivaces ojos de fiera.

Ambos llevaban fusiles a la espalda y caminaban por una angosta trocha. Las hojas caídas, rojinegras y pardas, llenaban el suelo despidiendo, al podrirse, un olor acre. El musgo y toda laya de plantas parásitas escoriaban los tallos innumerables. Era ese un mundo intestinal que realizaba laboriosamente su digestión de árboles.

Cárpena avanzaba muy pegado al rumbero, como si de la proximidad a aquel hombre dependiera su vida. Aprendería de él. Don Floro le enseñaría los secretos del bosque. El baqueano ya había desempeñado igual tarea muchas veces y la tomaba con gusto. Hablaba, comenzando a enseñar la pulseada del bosque, mientras apartaba a manotadas las ramas que ya querían cerrar la trocha y se interponían a su paso.

—¡Ah, muchacho! Soy antiguazo aquí. Vine mocoso como tú, cuando la primera busca del caucho. No sé si quedará retazo de bosque que no haya andao. Bueno, esto es mucho; pero te digo que conozco la cosa. ¿Sabes las rayas de tu mano? ¿No? Pues yo sé las del bosque. Una media bruja de la ciudad veía las rayas de la palma de la mano y decía que ahí estaba el destino. Esta es una mano que hay que saberla ver lo mismo. Aquí hay también destino...

Tropezaron con un árbol cubierto de cortaduras y lacras, un pobre ser de los bosques al que habían hecho padecer un raro suplicio. Las incisiones y los tajos llenaban su hermoso tallo. Aún había rastros de la sangre blanca que vertiera.

—Caucho explotao —explicó don Floro. Y prosiguió—: Ahora, pa encontrarlo, hay que caminar lejos. Han macheteao duro los muchachos. Antes dabas un machetazo al aire y salía jebe. Ahora hay que caminar hasta donde el duende tiene su guarida, que es lejos, y no encuentras.

De la cintura de don Floro colgaba un largo machete metido en vaina de cuero.

—Bueno, todo está lejos. Nos tomará tiempo encontrar a los monos. No se ve ni uno por lo alto. Por eso estoy hablando sin consideración. ¿Has comido mono? ¿No? Ya comerás. Al principio, viéndolos listos, parecen niños asaos y no dan ganas de comerlos. Pero, la necesidá... Esa lo hace todo. Con el tiempo, te los comes como si tal cosa... Hay que comer mono. No siempre tienes suerte y encuentras pavas y tapires...

La trocha se fue borrando. Cárpena sintió como que el bosque se adueñaba de ellos. Un rumor confuso y perenne flotaba sobre sus cabezas y no se veía otra cosa que tallos, ramas y lianas. El rumbero se volvió hacia el mozo cogiendo su fusil con las dos manos. Cárpena lo imitó maquinalmente.

—Ssschcht —musitó el conocedor, continuando muy bajito—: Silencio..., que no se asusten los monos. Ponen a uno de guardián, y si nos hacemos notar, ese da el grito y escapan...

Y siguió adelante, eludiendo las lianas blandamente y pisando con suavidad. El fusil, dirigido a lo alto, parecía tan alerta como sus ojos. Si Cárpena, con un movimiento inhábil, producía algún rumor, don Floro volteaba hacia él en un mudo reproche. Para peor, aumentaban las lianas, las ramas, los altos tallos. Crecía el bosque, se agrandaba ante los ojos del recién llegado. No lograba ver nada preciso en las copas. ¿Distinguiría don Floro la caza? De cuando en vez, sonaban los aletazos de un pájaro que huía entre el follaje. Y los hombres ligeramente agazapados, en acecho, avanzaban sin tregua hacia su insegura presa. Era fatigosa la marcha, y más teniendo que cuidar el silencio. En las hojas caídas dejaban un pequeño rastro, pero otras se amontonarían pronto sobre ellas, borrándolo. Al cruzar por un terreno pantanoso, la huella de un tacón se mostró a los ojos del novato, desde la blanda gleba de un charco. Otro hombre había estado por allí, como lo atestiguaba su seña, y sin embargo la naturaleza, hostil y recogida en sí misma, parecía haber ignorado siempre su presencia. Los pantanos se precisaron más y tuvieron que bordearlos. Oscuras y quietas aguas se embalsaban al pie de grandes árboles tranquilos. Y traspuesta esa zona, otra vez el lecho de hojas, y las ramas y lianas obstaculizantes, y la penumbra bajo las altas copas estremecidas. El sol se filtraba a ratos en haces oblicuos, haciendo ver grietas de troncos añosos y tierno

musgo. Sobre la tersura de un tallo plomizo, destacó una inscripción:

UN RECUERDO DE
PEDRO J. RAMIREZ.

Las letras hondas, grabadas a cuchillo, denotaban un pulso recio. Cárpena tocó el brazo de don Floro y, al volverse este, le mostró el nombre. En verdad, nadie lo llevaba en la barraca. Allí estaban el «chino» Cortez, el español Segovia, el «negro» Domingo y también Jiménez y Díaz. No había ninguno que se llamara así. El rumbero se encogió de hombros como diciendo: «¿Para qué te ocupas de tonterías, cuando estamos empeñados en encontrar importantes monos?» Pero, tratando de dar una explicación, se señaló el cuello en un gesto de cortárselo y reanudó la marcha silenciosamente. Había muerto Pedro J. Ramírez. Como Cárpena, sin duda, dejó su lugar nativo para lanzarse a esos mundos con un equipo de cauchero y de sueños. He allí que ya no quedaba de él sino un nombre grabado en el tallo de un árbol perdido en medio de la selva. Desde el fondo del bosque, hablaba un muerto en la supervivencia de un vegetal impasible. Nada más. Cárpena se resistía a deplorarlo. Ahí —ya lo veía— era innecesaria la compasión. Sería duro como don Floro. Igual que el rumbero, sabría recorrer el bosque, por un lado y otro, sin perderse ni lamentar lo irremediable.

Don Floro seguía avanzando con los ojos y el fusil vigilantes. Se detuvo de súbito colocándose una mano tras la oreja, a modo de pantalla. Un débil chillido venía de lejos. ¿De dónde? El rumbero volteó la cabeza a todos lados y luego tomó la dirección. Cárpena lo seguía hecho ojos y oídos, pero sin pensar precisamente en que el fusil le iba a servir de algo. La anunciada «mancha» de palmeras hizo blanquear sus tallos en medio de la inmensidad verde gris. Don Floro se detuvo de nuevo y echóse a la cara el fusil. La tropilla de monos escandalizaba haciendo piruetas y arrojando cocos. El que estaba próximo, que era sin duda el vigía, distinguió a los cazadores y lanzó un grito estridente, pero ya era tarde. Don Floro disparó. También disparó Cárpena hacia un pequeño ser gesticulante que se contorsionaba entre las ramas. Los micos huyeron a grandes

saltos por las copas, chillando y dando alaridos. En pocos segundos se perdió el eco de sus voces en la tranquila inmensidad de la selva.

Pero uno de ellos se había quedado. Trató de sostenerse enroscando la cola en una rama, pero después cayó sobre la hojarasca con un ruido blando. Los cazadores acudieron. Era una mona que tenía a su pequeño hijo en brazos. El balazo le había roto el pecho. Miró a los hombres con ojos de pánico y odio, pero después los fijó amorosamente en el pequeño. Con todas sus fuerzas abrazaba al hijo. Trataba de que el aterrorizado monito se le pegara al magro seno y luego le acercaba la boca a la teta. Sacudida por los estertores de la muerte, únicamente se preocupaba de que el pequeño mamara, de que pudiera vivir. Ninguno de los hombres atinó a rematarla, viendo esa grande y maternal defensa de la vida. La madre quería a toda costa salvar al hijo. Sus ojos brillaban sobre él, llenos de ternura, y al estrecharlo brindábale empecinadamente los exiguos pezones. Pero el monito chillaba viendo a los cazadores, sin prenderse del seno, invitando más bien a la fuga con su actitud medrosa. ¡Si ella hubiera podido huir! Miró por última vez a los hombres y de nuevo al hijo. Persistió en su empeño de que mamara, ya muy débilmente, pues las fuerzas sin duda la abandonaban. Y la muerte llegó al fin y rindióse a ella en medio de una estremecida agonía. Se aquietó para siempre con el hijo en brazos, dada íntegramente a él, en un gesto de suprema solicitud. En el vasto silencio que cayó sobre la selva, sólo se escuchaban los gemidos del monito, cogido del inmóvil y sangrante cuerpo materno. Aferrado a él, parecía pedirle que lo amparara.

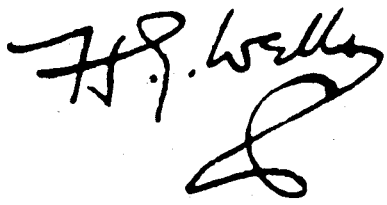
Cárpena no pudo contenerse más y, apoyándose en un tronco, se puso a sollozar como un niño. Don Floro trataba de consolarlo:

—Bah, muchacho, ya pasará. Se acostumbra uno. Después de todo, no fue tuyo el tiro...

Mas el rumbero se felicitaba en su interior de la penumbra del bosque y de la ancha falda de su sombrero de palma, que le apretaba sombra sobre la cara. Una terca lágrima había rodado por su mejilla. Haciéndose a un lado, discretamente, se la enjugó con la manga de la camisa.

EL HOMBRE QUE OBRABA MILAGROS

H. G. WELLS/GRAN BRETAÑA



Es DUDOSO que el don fuera innato. Por mi parte, pienso que le sobrevino de repente. Lo cierto es que hasta los treinta años fue un escéptico que no creía en los poderes milagrosos. Y aquí, puesto que este es el lugar más indicado, debo hacer constar que era un hombrecillo de cálidos ojos pardos, pelo rojo y tieso, pecas y bigote cuyas guías acostumbraba a retorcer. Su nombre era George McWhirter Fotheringay —en modo alguno el nombre que cabría esperar en una persona capaz de hacer milagros— y trabajaba como escribiente en la compañía Gomshott. Era muy aficionado a discutir dogmatizando. Precisamente el primer atisbo de sus extraordinarios poderes lo tuvo mientras defendía con el mayor convencimiento la imposibilidad de los milagros.

Esta discusión se sostenía en el bar del Long Dragon, y Toddy Beamish le llevaba la contraria con un monótono pero eficaz: «Eso es lo que usted dice» que estaba a punto de acabar con la paciencia del señor Fotheringay.

Además de estos dos, se hallaban presentes un ciclista cubierto de polvo, Cox, el dueño de la posada, y la señorita Maybridge, la respetable y más bien corpulenta camarera del Dragon. La señorita Maybridge estaba de espaldas al señor Fotheringay, lavando unos vasos; los otros le observaban, más o menos divertidos ante la escasa eficacia alcanzada por los dogmáticos argumentos de nuestro personaje. Aguijoneado por la táctica del señor Beamish, el señor Fotheringay decidió hacer un excepcional esfuerzo retórico.

—Veamos, señor Beamish —dijo—. Dejemos bien sentado lo que es un milagro. Es algo contrario al curso de la naturaleza realizado por medio de la voluntad, algo que no podría ocurrir de no ser deseado de una manera muy especial.

—Eso es lo que usted dice —replicó el señor Beamish.

El señor Fotheringay se volvió entonces hacia el ciclista, hasta ese momento silencioso espectador, y recibió su aprobación en forma de un ligero carraspeo y una mirada de reojo al señor Beamish. El posadero no expresó opinión alguna, y el señor Fotheringay, volviéndose de nuevo al señor Beamish, se encontró con la inesperada concesión de que este, aunque no sin reservas, aprobaba su definición de milagro.

—Por ejemplo —prosiguió el señor Fotheringay, sumamente animado—, esto sería un milagro: ese quinqué, según las leyes de la naturaleza, no podría arder boca abajo, ¿no es cierto, Beamish?

—Eso es lo que usted dice —repuso Beamish.

—¿Y usted? —preguntó Fotheringay—. No irá usted a decirme que... ¿eh?

—No —dijo Beamish de mala gana—. No, no podría.

—Muy bien. Entonces pongamos que llega alguien, yo mismo por ejemplo, y se coloca donde yo estoy y concentrando toda su voluntad, como yo mismo podría hacerlo, le dice al quinqué: «Ponte boca abajo sin romperte y sigue ardiendo»... ¡Caramba!

Lo ocurrido justificaba sobradamente que cualquiera profiriese esta exclamación. Lo imposible, lo increíble, se ofreció a los ojos de todos. El quinqué, suspendido en el aire, ardía tranquilamente con la llama apuntando hacia el suelo, firme e indiscutiblemente como cualquier quinqué, como el vulgar y prosaico quinqué del Dragon que fuera momentos antes.

El señor Fotheringay permanecía en pie con el índice extendido y el ceño fruncido como quien espera un destrozo catastrófico. El ciclista, sentado cerca del quinqué, se escabulló y saltó la barra. Todo el mundo dio un salto más o menos grande. La señorita Maybridge se volvió y chilló. Por espacio de unos tres segundos el quinqué permaneció inmóvil. El señor Fotheringay lanzó un débil lamento de congoja.

—Ya no puedo seguir manteniéndolo en el aire —dijo.

Se tambaleó, echándose hacia atrás, y de repente el quinqué, que estaba boca abajo, lanzó un destello, cayó sobre la esquina de la barra, rebotó, se estrelló contra el suelo y se apagó.

Afortunadamente tenía un recipiente de metal, pues de lo contrario todo el local habría sido pasto de las llamas. El señor Cox fue el primero en hablar, y con su comentario, despojado de adornos innecesarios, dio a entender que el señor Fotheringay era un necio. Fotheringay estaba muy lejos de poder discutir, aun tratándose de una afirmación tan importante como aquella. Estaba desmesuradamente sorprendido ante lo que acababa de ocurrir. En lo que a Fotheringay se refiere, la conversación que siguió no arrojó absolutamente ninguna luz sobre el asunto. Todos apoyaron con vehemencia la opinión del señor Cox. Acusaron a Fotheringay de haber realizado un truco estúpido, presentándolo como un necio destructor de la comodidad y la seguridad. Su mente era presa de un torbellino de perplejidad; él mismo se sentía inclinado a dar la razón a los demás, y no opuso muchos reparos cuando le propusieron que se marchara.

Se fue a casa sonrojado y acalorado, con el cuello del abrigo arrugado, las orejas coloradas y escociéndole los ojos. Miró nerviosamente cada una de las diez farolas de la calle cuando pasó a su lado. Unicamente pudo enfrentarse en serio con lo que recordaba de lo ocurrido cuando se encontró solo en su pequeña habitación de Church Row. Entonces se preguntó: «¿Qué demonios ha ocurrido?»

Se había quitado el abrigo y las botas y estaba sentado sobre la cama con las manos en los bolsillos repitiéndose por decimoséptima vez el fundamento de su defensa: «Yo no quería que aquella maldita cosa se cayese». Entonces comprendió que en el preciso instante en que dictaba sus órdenes había deseado inadvertidamente que sus palabras se cumplieran, y que al ver flotar el quinqué había sentido que, aun sin saber exactamente cómo hacerlo, dependía de él que se mantuviese en el aire. No tenía una mente excesivamente compleja; de lo contrario se habría detenido un momento a meditar sobre aquel «deseado inadvertidamente», puesto que comprende los más abstrusos problemas que plantea la acción voluntaria. Pero la realidad es que la idea le sobrevino de un modo bastante vago.

Y como a partir de ella —debo admitirlo— no pudo seguir un camino lógico, decidió llevar a cabo la prueba de la experimentación.

Aunque tenía la sensación de estar haciendo una tontería, señaló decididamente la vela con el dedo, se concentró y dijo: «¡Levántate!» Su primera sensación se desvaneció inmediatamente. La vela se elevó, se mantuvo en el aire durante un momento vertiginoso y, al contener Fotheringay el aliento, cayó con estrépito sobre el tocador, dejándole como única luz el mortecino resplandor de la mecha.

Durante algún tiempo el señor Fotheringay permaneció sentado en la oscuridad, completamente inmóvil. «Después de todo, ha ocurrido», se dijo. «Y el caso es que no tengo la menor idea de cómo explicarlo.» Suspiró pesadamente y empezó a palparse los bolsillos en busca de fósforos. Al no encontrarlos, se levantó y tanteó a ciegas encima del tocador. «Me gustaría tener un fósforo», dijo. Recurrió al abrigo, también en vano, y entonces se le ocurrió que los milagros podían hacerse incluso con cerillas. Extendió la mano y, con el ceño fruncido, ordenó en medio de la oscuridad: «Que haya un fósforo en esta mano». Sintió que un objeto ligero caía sobre su palma, y sus dedos agarraron una cerilla.

Después de intentar varias veces encenderla sin éxito, se dio cuenta de que era una cerilla de seguridad. La tiró, y entonces se le ocurrió que podía haber deseado que se encendiera. Así lo hizo, e inmediatamente la vio arder en medio del tapete del tocador. Se apresuró a cogerla, pero la cerilla se apagó. El señor Fotheringay se dio cuenta de que sus posibilidades eran mayores de lo que había pensado. Buscó a tientas la vela y la colocó en el candelero. «Vamos, enciéndete», ordenó. La vela empezó a lucir inmediatamente, y en el tapete del tocador vio un pequeño agujero negro del que salía una pizca de humo. Estuvo un rato mirando de la quemadura a la llama y de la llama a la quemadura; luego levantó la vista y se encontró con su propia mirada en el espejo. Permaneció un rato de este modo, comunicándose en silencio consigo mismo.

«¿Qué me dices ahora de los milagros?», preguntó por fin el señor Fotheringay, dirigiéndose a su reflejo.

Las reflexiones posteriores del señor Fotheringay fueron rigurosas, aunque un tanto confusas. Hasta donde se le alcanzaba, se trataba de un caso de simple voluntad. Su primera experiencia le desanimó

a realizar nuevos experimentos, de no ser con una precaución extrema. Suspendió en el aire una hoja de papel, hizo que un vaso de agua se tornara rosa y después verde, creó un caracol que volvió a hacer desaparecer milagrosamente y se obsequió con un nuevo cepillo de dientes. Ya avanzada la noche, llegó a la conclusión de que su fuerza de voluntad debía de gozar de unos poderes extraños y penetrantes, hecho del cual ya había tenido algunos indicios, aunque no la certeza absoluta. El miedo y la perplejidad con que acogió su descubrimiento quedaban ahora mitigados por el orgullo que le proporcionaba el saberse un ser singular y porque un vago instinto le decía que esto habría de suponerle algunas ventajas. Se dio cuenta de que el reloj de la iglesia daba la una, y como no se le pasó por la cabeza que pudiera eximirse milagrosamente de sus obligaciones cotidianas en la compañía Gomshott, empezó a desnudarse para meterse en la cama sin mayor dilación. Mientras luchaba por quitarse la camisa, se le ocurrió una brillante idea. «Quiero estar en la cama», dijo, y su deseo se cumplió. «Desvestido», especificó; y al encontrar frías las sábanas, añadió apresuradamente: «Y en mi camisón... no, en un buen camisón de lana. ¡Ah!», exclamó con un placer inmenso. «Y ahora deseo encontrarme cómodamente dormido...»

Se despertó a la hora de costumbre y permaneció pensativo durante todo el desayuno, preguntándose si su experiencia de la noche anterior no habría sido un sueño tan intenso que parecía real. Finalmente decidió reanudar con precaución los experimentos. Por ejemplo, tomó tres huevos para el desayuno; dos que le sirvió su patrona, buenos pero no recién puestos, y un delicioso huevo de ganso puesto, pasado por agua y servido mediante sus extraordinarios poderes. Marchó a toda prisa a la oficina en un estado de excitación considerable que logró disimular, y no volvió a acordarse de la cáscara del tercer huevo hasta que su patrona habló de ello por la noche. No pudo trabajar en todo el día a causa del asombro que le producía la conciencia de sus nuevos poderes, pero esto no le supuso ningún inconveniente, pues acabó milagrosamente su trabajo en los diez últimos minutos.

Conforme transcurría el día, su estado de ánimo pasó del asombro al júbilo, si bien aún le resultaba desagradable recordar las circuns-

tancias de su expulsión del Long Dragon, y sus colegas, a cuyos oídos había llegado una versión mutilada del asunto, le gastaron algunas bromas sobre el particular. Era evidente que debía tener más cuidado al levantar objetos frágiles, pero en otros aspectos su don prometía más y más ventajas conforme le daba vueltas al asunto. Entre otras cosas, se proponía aumentar su propiedad personal mediante discretos actos de creación. Hizo aparecer un par de espléndidos gemelos de diamantes, pero los hizo desaparecer rápidamente cuando Gomshott hijo atravesó el despacho y se acercó a su mesa. Temía que el joven se preguntara cómo habían llegado a sus manos. Comprendía perfectamente que el ejercicio del don requería cuidado y prudencia hasta que consiguiera dominarlo, pero no creía que las dificultades fueran más difíciles de superar que aquellas con las que ya se había enfrentado al aprender a montar en bicicleta. Tal vez fuera esta analogía, unida al presentimiento de que en el Long Dragon no sería bien recibido, lo que le impulsó, después de la cena, a pedalear hasta el camino que quedaba más allá de la fábrica de gas para ensayar algunos milagros en privado.

Posiblemente había en sus intentos cierta falta de originalidad, pues aparte de su fuerza de voluntad, el señor Fotheringay no era un hombre demasiado excepcional. Pensó en el milagro del cayado de Moisés, pero la noche era oscura y poco propicia para controlar adecuadamente a grandes serpientes milagrosas. Recordó entonces la historia de Tannhäuser que había leído en el reverso de un programa de la Filarmónica. Le pareció algo tan atractivo como inofensivo. Clavó su bastón —un hermoso bastón hecho en la India— en el césped que bordeaba el sendero y ordenó a la seca madera que floreciese. El aire se llenó inmediatamente de una fragancia de rosas, y al encender una cerilla pudo comprobar que aquel hermoso milagro se había cumplido. El ruido de unos pasos que se acercaban vino a interrumpir su satisfacción. Temeroso ante la idea de un prematuro descubrimiento de sus poderes, ordenó precipitadamente al bastón: «¡Vuélvete!» Lo que quería decir era «vuelve a tu antiguo estado», pero la interrupción le había puesto demasiado nervioso. El bastón retrocedió a una velocidad considerable, y un instante después la persona que se acercaba dejó escapar un grito de rabia y un improperio:

—¡Eh, imbécil! ¿A quién está usted tirando zarzas? —gritó una voz—. Me ha dado en la espinilla.

—Lo siento, amigo —dijo Fotheringay, y luego, al darse cuenta de lo absurdo de la explicación, empezó a retorcerse nerviosamente el bigote. Entonces vio avanzar a Winch, uno de los tres policías de Immering.

—Conque lo siente, ¿eh? —replicó el policía—. ¡Hombre, pero si es usted, el que rompió el quinqué del Long Dragon!

—No lo hice a propósito —dijo el señor Fotheringay—. Se lo aseguro.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—¡Oh, maldita sea!

—Conque maldita sea, ¿eh? ¿Sabe usted que ese bastón hace daño? Vamos, diga, ¿por qué lo hizo?

De momento el señor Fotheringay no supo decir por qué lo había hecho. Su silencio pareció irritar al señor Winch.

—Esta vez ha agredido a la policía, joven. Eso es lo que ha hecho.

—Mire usted, señor Winch —dijo Fotheringay confuso—. Lo siento mucho. El hecho es que...

—¿Qué?

Sólo se le ocurrió decir la verdad.

—Estaba haciendo un milagro —trató de decirlo en un tono natural, pero no lo consiguió.

—¡Haciendo un...! ¡Mire, no diga tonterías! ¡Conque haciendo un milagro! ¡Un milagro! Tiene gracia, de veras. ¿Y usted es el tipo que no cree en los milagros? En realidad no es más que otro de sus tontos juegos de manos, eso es lo que es. Y ahora permítame que le diga...

Pero el señor Fotheringay no oyó lo que iba a decirle el policía. Se dio cuenta de que se había traicionado, de que había pregonado su valioso secreto a los cuatro vientos. Un violento acceso de irritación le impulsó a actuar. Se volvió rápidamente hacia el policía y dijo con rabia:

—Ya está bien. ¡Estoy harto de todo esto! ¡Le voy a enseñar uno de mis tontos juegos de manos! ¡Váyase al infierno! ¡Ahora mismo!

¡Estaba solo!

El señor Fotheringay no hizo más milagros aquella noche; ni siquiera se tomó la molestia de averiguar qué había sido de su florido bastón. Regresó a la ciudad, asustado y silencioso, y se metió en su habitación.

«Dios mío», se dijo, «es un don muy poderoso, extraordinariamente poderoso. En realidad no era mi intención llegar tan lejos... ¿Cómo será el infierno?»

Se sentó en la cama y se quitó las botas. Iluminado por una feliz idea, trasladó al policía a San Francisco, y sin más interferencias en el curso natural de las cosas se acostó y soñó con la ira de Winch.

Al día siguiente el señor Fotheringay se enteró de dos noticias interesantes: alguien había plantado un hermosísimo rosal trepador junto a la pared de la casa del señor Gomshott padre, en el camino de Lullaborough, y se iba a dragar el río hasta el molino de Rawling en busca del agente Winch.

Estuvo todo el día pensativo y abstraído, y no hizo más milagros que ocuparse de algunos detalles relacionados con Winch y acabar puntualmente el trabajo del día, a pesar del enjambre de ideas que le bullía en la cabeza. Su aspecto, extraordinariamente ausente y dócil, llamó la atención de varias personas, y tuvo que soportar sus chanzas. La mayor parte del tiempo estaba pensando en Winch.

El domingo por la tarde fue a la iglesia y, curiosamente, el señor Maydig, que era bastante aficionado a las ciencias ocultas, predicó acerca de «las cosas ilícitas». El señor Fotheringay no iba regularmente a la iglesia, pero su línea de acción dogmático-escéptica, a la que ya he aludido, empezó a tambalearse. El sermón le reveló algunos aspectos insospechados de sus recientes dones, y súbitamente resolvió ir a hablar con el señor Maydig en cuanto acabara el servicio. Una vez tomada esta decisión, se sorprendió a sí mismo preguntándose por qué no lo habría hecho antes.

Al señor Maydig, un hombre flaco y nervioso, de muñecas y cuello larguísimos, le encantó que un joven cuyo desapego por los asuntos religiosos se comentaba en toda la ciudad quisiera hablar con él en privado. Tras unos momentos de espera inevitable, le llevó al estudio de la rectoral, contigua a la iglesia. Una vez allí, invitó a Fotheringay a sentarse cómodamente. El mismo se plantó ante el acogedor fuego de la chimenea —sus piernas dibujaban en

la pared opuesta un arco de sombra similar a las del coloso de Rodas— y pidió a su invitado que le explicara el motivo de su visita.

Al principio el señor Fotheringay estaba un poco confuso y encontró cierta dificultad en entrar en materia.

—Señor Maydig, me temo que le costará trabajo creerme... —y así continuó, indeciso, durante algún tiempo.

Por fin se decidió y preguntó al señor Maydig sus opiniones acerca de los milagros. Aún estaba el señor Maydig diciendo «Pues...» en un tono extremadamente circunspecto, cuando el señor Fotheringay le interrumpió de nuevo.

—Supongo que usted no creerá que una persona normal como yo, por ejemplo, pueda poseer un don que le permita hacer milagros por medio de su sola voluntad.

—Es posible —repuso el señor Maydig—. Tal vez sea posible que ocurran cosas así.

—Si me permite que disponga de alguno de los objetos que tiene usted en esta habitación, creo que podré demostrárselo por medio de un experimento —dijo el señor Fotheringay—. Tomemos esa tabaquera que hay encima de la mesa, por ejemplo. Lo que quiero saber es si lo que voy a hacer es o no un milagro. Medio minuto, por favor, señor Maydig. —Frunció el ceño, señaló la tabaquera con el dedo y dijo—: ¡Conviértete en un jarrón de violetas!

La tabaquera hizo lo que se le ordenaba.

El señor Maydig se sobresaltó ante el cambio, y durante un momento permaneció en silencio, mirando alternativamente al taumaturgo y al jarrón. Por fin se decidió a inclinarse sobre la mesa y aspirar el perfume de las violetas; estaban recién cogidas y eran muy hermosas. Luego dirigió de nuevo su mirada a Fotheringay.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó.

El señor Fotheringay se atusó el bigote.

—Me limito a concentrarme... y ya está. ¿Es un milagro, es magia negra o qué es? ¿Qué cree usted que me pasa? Eso es lo que quiero preguntarle.

—Es lo más extraordinario que he visto jamás.

—Y hace una semana yo ignoraba, como usted, que era capaz de hacer cosas como esta que ha visto. Todo sobrevino de repente.

Supongo que se trata de algo extraño relacionado con mi voluntad; esa es la única conclusión a la que he podido llegar.

—¿Es eso lo único? ¿No puede usted hacer otras cosas?

—¡Claro que sí! —exclamó el señor Fotheringay—. Cualquier otra cosa. —Caviló durante un momento y de pronto le vino a la memoria un truco de prestidigitador que había visto en alguna parte—. ¡Ya está! —señaló el jarrón y prosiguió—: Conviértete en una vasija de peces... No, eso no. Conviértete en una pecera de cristal llena de agua con peces dorados dentro. ¡Así está mejor! Ahí lo tiene, señor Maydig.

—Es asombroso. Es increíble. O es usted el más extraordinario... Pero no...

—Puedo convertirlo en cualquier cosa —dijo el señor Fotheringay—. Lo que sea. ¡Ahora verá! Conviértete en paloma, ¿quieres?

Al momento una paloma azul revoloteaba por toda la habitación, obligando al señor Maydig a agachar la cabeza cada vez que se le aproximaba.

—Párate ahí, ¿quieres? —dijo el señor Fotheringay, y la paloma quedó inmóvil en el aire—. Puedo volver a convertirla en un jarrón de flores —añadió, y realizó el milagro después de colocar la paloma sobre la mesa—. Supongo que querrá usted rellenar su pipa dentro de un momento.

Y volvió a convertirlo en la tabaquera. El señor Maydig había seguido todos estos cambios profiriendo exclamaciones para sus adentros. Miró fijamente al señor Fotheringay y, con suma cautela, cogió la tabaquera, la examinó y la volvió a colocar sobre la mesa.

—¡Vaya! —fue lo único que pudo decir para expresar sus sentimientos.

—Ahora, después de lo que ha visto usted, es más fácil explicar el motivo de mi visita —dijo Fotheringay, y pasó a un complicado y exhaustivo relato de sus extrañas experiencias, empezando por el asunto del quinqué del Long Dragon e intercalando constantes alusiones a Winch.

Conforme proseguía su narración, el pasajero orgullo que había provocado la consternación del señor Maydig se desvaneció, para dar paso al Fotheringay vulgar y corriente de todos los días. El señor Maydig le escuchaba atentamente, con la tabaquera en las manos,

y su expresión también fue cambiando a medida que transcurría el relato. Entonces, al narrar el señor Fotheringay el milagro del tercer huevo, el pastor le interrumpió alzando una mano temblorosa.

—Es posible —dijo—. Es creíble. Es sorprendente, por supuesto, pero resuelve todos los problemas. El poder de hacer milagros es un don, una cualidad peculiar como el genio o la adivinación del futuro; hasta ahora ha sucedido en muy raras ocasiones y a personas realmente excepcionales. Pero en este caso... Siempre me han fascinado los milagros de Mahoma, de los yoguis, de Madame Blavatsky... ¡Claro! ¡Sí, es simplemente un don! Esto no hace más que confirmar los razonamientos de ese gran pensador —la voz del señor Maydig se hizo más profunda—, el muy honorable duque de Argyll. Nos adentramos aquí en la región de las leyes más recónditas, que superan todas las leyes normales de la naturaleza. Sí, sí, continúe, continúe usted.

El señor Fotheringay pasó a relatar el desdichado caso de Winch, y el pastor, superada ya la intimidación que había observado inicialmente, comenzó a agitar brazos y piernas y a expresar su asombro.

—Esto es lo que más me preocupa —prosiguió el señor Fotheringay—; en esto es en lo que estoy más necesitado de consejo. Desde luego él está en San Francisco, dondequiera que esté ese sitio. Pero comprenderá usted que es un asunto muy embarazoso para ambos, señor Maydig. Como es natural, él no comprenderá lo que le ha ocurrido; sin duda estará enormemente asustado y exasperado y deseando ponerme las manos encima. Seguramente estará tratando de volver una y otra vez. Cuando pienso en ello, cada dos o tres horas, le envío otra vez a San Francisco mediante un milagro, y eso es algo que no comprenderá y que forzosamente debe irritarle; sin olvidar, claro está, que si cada vez que lo hace compra billete, esto va a costarle una fortuna. He hecho lo que he podido por él, pero naturalmente le resultará difícil ponerse en mi lugar. Más tarde pensé que si el infierno es como todos suponemos, sus ropas podían haberse chamuscado antes de que le trasladara. De ser así, imagino que le habrían encerrado nada más llegar a San Francisco, de modo que le deseé un traje nuevo en el instante en que me di cuenta. En todo caso, como ve, estoy metido en un buen lío.

El señor Maydig parecía muy serio.

—Ya veo que está usted en un lío. Ciertamente, es una situación difícil la suya. Cómo lo podría solucionar... —sus palabras se hicieron vagas y poco convincentes—. Sin embargo, dejemos por un instante a Winch y discutamos el aspecto más importante. No creo que se trate de magia negra ni nada parecido. No creo que tenga nada de delictivo, señor Fotheringay, nada en absoluto, a menos que me haya ocultado usted algún hecho. No, son milagros, milagros puros, de primerísima clase, si me permite expresarlo así.

Comenzó a pasear ante la chimenea, gesticulando, mientras el señor Fotheringay se acodaba sobre la mesa con aspecto preocupado.

—No sé cómo voy a resolver lo de Winch —dijo.

—El don de hacer milagros, un don sumamente poderoso al parecer, podrá solucionar el problema de Winch, no se preocupe —le tranquilizó el pastor—. Mi querido señor, es usted un hombre muy importante, un hombre dotado de las más asombrosas posibilidades, como lo prueba lo que acaba de hacer. Y por otra parte, las cosas que usted podría hacer...

—Sí, ya he pensado en una o dos cosas —le interrumpió el señor Fotheringay—. Pero algunas veces las cosas me salen un poco torcidas. ¿Vio usted ese pez? No era el pez indicado, ni tampoco la pecera. Y pensé que sería mejor consultar con alguien.

—Una buena idea —dijo el señor Maydig—, una excelente idea, realmente excelente. —Se detuvo y miró al señor Fotheringay—. Es prácticamente un don ilimitado. Vamos a comprobar la eficacia de sus poderes. Vamos a ver si realmente son... si realmente son lo que parecen.

Así pues, por increíble que parezca, en el estudio de la casita que se hallaba detrás de la Capilla Congregacionista, la noche del domingo 10 de noviembre de 1896, el señor Fotheringay, instigado e inspirado por el señor Maydig, empezó a hacer milagros. Llamo la atención de manera concreta y especial sobre esta fecha al lector. Objetará este —lo más probable es que ya lo haya hecho— que algunos puntos de mi historia son poco plausibles, que si algunas de las cosas aquí descritas hubieran ocurrido realmente, se habrían publicado en todos los periódicos hace un año. Le resultará espe-

cialmente difícil aceptar los detalles que siguen, pues entre otras cosas entrañan la conclusión de que el lector debería haber muerto de modo violento e inaudito hace más de un año. Ahora bien, un milagro tiene que consistir forzosamente en algo poco plausible, y de hecho el lector *resultó muerto* de modo violento e inaudito hace un año. A medida que el relato se vaya desarrollando, este hecho resultará perfectamente claro y verosímil, como todo lector sensato y razonable tendrá que admitir. Pero aún no es llegado el momento de hablar del fin de esta historia, pues apenas si ha pasado de la mitad. En un principio, los milagros realizados por el señor Fotheringay no eran sino modestos milagritos sin importancia: pequeños juegos con la vajilla y los muebles de la sala, tan insignificantes como los milagros de los teósofos, a pesar de lo cual no dejaron de suscitar la reverencia de su colaborador. El habría preferido solucionar inmediatamente el asunto de Winch, pero el señor Maydig no se lo permitió. Mas después de haber realizado una docena de triviales milagros caseros, la conciencia de su poder creció, su imaginación empezó a excitarse y su ambición se desbordó. Su primera empresa de mayor envergadura fue debida al hambre y al descuido de la señora Minchin, el ama de llaves del pastor. La comida que este ofreció a Fotheringay estaba mal cocinada, y no era en modo alguno el refrigerio que se merecían dos laboriosos fabricantes de milagros. Estaban sentados a la mesa, y el señor Maydig estaba disertando largamente, con más tristeza que enojo, sobre los defectos de su ama de llaves, cuando al señor Fotheringay se le ocurrió que aquella era una buena oportunidad.

—¿No cree usted, señor Maydig —dijo—, que sería tomarme demasiadas libertades si...?

—¡Mi querido señor Fotheringay! ¡Por supuesto! ¡Claro que no!

El señor Fotheringay hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué tomamos? —Haciendo gala de una generosidad sin límites y siguiendo las instrucciones del señor Maydig, introdujo un cambio radical en la cena—. En cuanto a mí —dijo echando una ojeada a los platos escogidos por su compañero—, siempre me ha entusiasmado una jarra de cerveza negra y pan tostado con queso, y eso es lo que pediré. No soy muy aficionado al Borgoña.

Dio la orden y su pedido apareció al instante. Durante la cena,

que se prolongó bastante, charlaron como iguales —según pudo comprobar el señor Fotheringay con un sentimiento de sorpresa y placer— acerca de todos los milagros que ahora podrían hacer juntos.

—Y a propósito, señor Maydig —dijo Fotheringay—, tal vez pueda serle útil en sus asuntos domésticos.

—¿A qué se refiere? —preguntó el pastor, escanciándose una copa del milagroso Borgoña añejo.

El señor Fotheringay se sirvió de la nada una segunda ración de pan tostado con queso y le hincó el diente.

—Estaba pensando que podría hacer *(ñam, ñam)* un milagro *(ñam, ñam)* con la señora Minchin *(ñam, ñam)*: convertirla en una persona mejor.

El señor Maydig posó la copa y dijo dubitativamente:

—Ella... Bueno, no le gusta que nadie se meta en sus asuntos, ¿sabe, señor Fotheringay? Y, además, son más de las once y probablemente ya estará durmiendo. Cree usted, en conjunto...

El señor Fotheringay reflexionó un momento sobre estas objeciones.

—No veo por qué no podría hacerse mientras duerme.

El señor Maydig se opuso a la idea durante algún tiempo, pero al fin claudicó. El señor Fotheringay dio las órdenes pertinentes y los dos caballeros, algo más preocupados quizá, siguieron cenando. El señor Maydig estaba disertando sobre los cambios que esperaba observar al día siguiente en su ama de llaves con un optimismo que incluso a Fotheringay le pareció un tanto forzado y febril, cuando del piso superior les llegó una serie de ruidos confusos. Intercambiaron una mirada interrogadora, y el pastor abandonó precipitadamente la habitación. El señor Fotheringay le oyó llamar a su ama de llaves y luego subir con cuidado las escaleras.

El pastor volvió al cabo de uno o dos minutos, con paso ligero y cara radiante.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Y conmovedor, muy conmovedor! —Empezó a pasear delante de la chimenea—. Se ha arrepentido. Es conmovedor. Lo he visto todo por la puerta entreabierta. ¡Pobre mujer! ¡Qué cambio tan maravilloso! Se ha levantado. Debe de haberse levantado inmediatamente. Se ha despertado y se

ha levantado para romper una botella de coñac que guardaba en el armario. ¡Y además lo ha confesado!... Esto nos ofrece una inmensa gama de posibilidades. Si podemos hacer que una mujer como ella cambie tan milagrosamente...

—Parece que la cosa es ilimitada —convino el señor Fotheringay—. Y en cuanto a Winch...

—Totalmente ilimitada. —Desde la chimenea, el señor Maydig, dejando de lado el problema de Winch, empezó a exponer una serie de proposiciones maravillosas que se le iban ocurriendo a medida que hablaba.

No interesa para esta historia saber en qué consistían dichas proposiciones. Basta decir que fueron imaginadas con espíritu de benevolencia infinita, de esa benevolencia que solía llamarse de sobremesa, y que el problema de Winch siguió sin solucionarse. Tampoco es necesario describir hasta qué punto aquella serie de proposiciones se llevó a la práctica. Se produjeron cambios sorprendentes. De madrugada el señor Fotheringay y el pastor recorrían la fría plaza del mercado bajo la luna tranquila, en una especie de éxtasis taumatúrgico. El señor Maydig se movía y gesticulaba sin cesar, y el señor Fotheringay, pequeño y erizado de excitación, ya no estaba avergonzado de su grandeza. Habían reformado a todos los borrachos del distrito y transformado todos los licores y toda la cerveza en agua; el señor Maydig tuvo que vencer la oposición de Fotheringay sobre este último punto; además, habían mejorado considerablemente los enlaces ferroviarios del lugar, drenado el pantano de Flinder, mejorado la calidad del suelo de One Tree Hill y curado la verruga del vicario. También iban a ocuparse de los pilares del Puente del Mediodía, que se hallaban en malas condiciones.

—Mañana —dijo el señor Maydig con voz entrecortada— el lugar ya no será el mismo. ¡Qué sorprendidos y agradecidos estarán todos!

Y en aquel preciso instante el reloj de la iglesia dio las tres.

—¡Caramba! —exclamó el señor Fotheringay—. ¡Ya son las tres! Debo regresar. Tengo que estar en la oficina a las ocho. Además, la señora Wimms...

—No hemos hecho más que empezar —dijo el señor Maydig,

embriagado por la dulce sensación que proporciona el poder ilimitado—. No hemos hecho más que empezar. Piense en todo el bien que estamos haciendo. Cuando la gente se despierte...

—Pero... —empezó a protestar el señor Fotheringay.

El pastor le asió súbitamente del brazo. En sus ojos había un brillo salvaje.

—Mi querido amigo, no hay prisa. Mire —dijo señalando la luna en el cenit—: ¡Josué!

—¿Josué? —inquirió el señor Fotheringay.

—Josué —repitió el pastor—. ¿Por qué no? ¡Deténgala!

El señor Fotheringay contempló la luna.

—Eso es mucho pedir —dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Maydig—. Por supuesto que la luna no se detiene. Lo que se para es la rotación de la tierra, y el tiempo se detiene. Es algo completamente inofensivo.

—¡Hum! —exclamó el señor Fotheringay—. Bien —suspiró—, lo intentaré. Veamos... —Se abotonó la chaqueta y se dirigió al globo terráqueo, con la mayor confianza de que pudo hacer acopio—: Deja de girar, ¿quieres?

Inmediatamente se encontró volando y dando volteretas en el aire a una velocidad de docenas de kilómetros por minuto. A pesar de las innumerables vueltas que daba por segundo, pensó; en efecto, el pensamiento es portentoso: unas veces es lento y perezoso como un chorro de brea y otras raudo y veloz como la luz. Le bastó un segundo para pensar y desear: «Quiero estar de nuevo en el suelo, sano y salvo. Pase lo que pase, quiero estar en el suelo sano y salvo».

Lo deseó justo a tiempo, pues sus ropas, calentadas por el rápido vuelo, ya empezaban a chamuscarse. Aterrizó violentamente, aunque sin sufrir daño alguno, sobre lo que parecía ser un montón de tierra recién removida. Una enorme masa de metal y mampostería, extraordinariamente parecida a la torre del reloj de la plaza del mercado, cayó muy cerca de donde se encontraba, rebotó por encima de él y estalló como una bomba, deshaciéndose en fragmentos de piedra, ladrillo y mampostería. Una vaca que iba volando como un rayo chocó contra uno de los bloques más grandes y reventó como un huevo. Se produjo un estrépito tan horrísono que los estrépitos más violentos que había oído en su vida le parecieron semejantes al

ruido producido por una mota de polvo al caer. A este estruendo siguieron otros cada vez menores. Un viento huracanado barrió cielo y tierra, impidiéndole incluso levantar la cabeza para mirar. Durante algún tiempo quedó tan sorprendido y falto de aliento que ni siquiera sabía dónde estaba ni qué había ocurrido. Su primera reacción fue la de palparse la cabeza para comprobar si todavía conservaba aquel cabello que ondeaba al viento.

«¡Oh, Señor!», exclamó con voz entrecortada, pues el huracán apenas le dejaba hablar. «¡Me he escapado por un pelo! ¿Qué es lo que ha ido mal? Vendavales y truenos cuando hace tan sólo un minuto hacía una noche estupenda. Fue Maydig quien me embarcó en este asunto. ¡Vaya viento! ¡Como siga haciendo el tonto de este modo acabará pasándome algo malo de verdad!... ¿Dónde está Maydig?... ¡Menudo lío se ha organizado!»

Miró a su alrededor en la medida en que se lo permitía su chaqueta, agitada por el viento. El aspecto de las cosas era realmente muy extraño. «Al menos el cielo está como siempre», dijo el señor Fotheringay, «pero eso es lo único que parece normal, y aun así parece que se acerca un terrible huracán. Sin embargo, la luna está allí arriba, como hace un momento, brillante como el sol de mediodía. En cuanto al resto... ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde está... dónde está todo? ¿Y qué demonios ha desencadenado este viento? Yo no lo he ordenado.»

El señor Fotheringay luchó en vano por ponerse de pie, y después de un intento frustrado, permaneció a cuatro patas. Contempló a sotavento el mundo iluminado por la luna, con los faldones de la chaqueta ondeando sobre su cabeza. «Algo anda francamente mal», dijo, «pero sólo Dios sabe lo que puede ser.»

Bajo el blanco resplandor de la luna, a través de la neblina de polvo levantada por el ululante vendaval, no se veía nada salvo masas de tierra que se desplomaban y montones de ruinas. Ni un árbol, ni una casa, ni una forma conocida, sólo un caótico desierto que se desvanecía poco a poco en la oscuridad bajo los torbellinos, los truenos y los relámpagos de una tormenta cuya intensidad aumentaba por segundos. Cerca de él, en aquel lívido resplandor, vio algo que en tiempos podía haber sido un olmo y que ahora, deshecho de la copa a la raíz, no era sino una masa informe de astillas; un

poco más allá surgía de aquel enorme revoltijo un montón de retorcidas vigas de hierro que sin duda constituían los restos del viaducto.

Como el lector habrá adivinado, cuando el señor Fotheringay detuvo la rotación de la tierra olvidó mencionar a los insignificantes objetos móviles que existen sobre su superficie. La tierra gira tan de prisa que su superficie en el ecuador se mueve a una velocidad superior a mil quinientos kilómetros por hora, y el señor Maydig, el señor Fotheringay, todas las personas y todas las cosas, habían sido violentamente arrojados hacia adelante a una velocidad de unos catorce kilómetros por segundo, es decir, mucho más violentamente que si hubieran sido disparados por un cañón. Y todo ser humano, toda criatura viviente, toda casa, todo árbol —todo el mundo tal y como lo conocemos, en una palabra—, habían sido zarandeados, aplastados, aniquilados. Eso era todo.

El señor Fotheringay, por supuesto, no tenía plena conciencia de todas estas cosas. Pero sí se daba cuenta de que su milagro había salido mal, y esto le hizo tomar gran aversión a los milagros. Se encontraba ahora en la oscuridad, pues las nubes se habían acumulado y ocultaban la luna, y una espantosa cortina de granizo se precipitó sobre él. Un horrísono fragor de viento y agua se apoderó del cielo y de la tierra, y tapándose los ojos con la mano para protegerlos del polvo y la cellisca, pudo distinguir a la luz de los relámpagos un gran muro de agua que, procedente de barlovento, avanzaba a toda velocidad hacia él.

«¡Maydig!», llamó con voz débil el señor Fotheringay en medio del fragor de los elementos. «¡Aquí, Maydig!»

«¡Detente!», gritó el señor Fotheringay al agua que se le venía encima. «¡Por el amor de Dios, detente!»

«Un momento», rogó el señor Fotheringay a los relámpagos y los truenos. «Parad sólo un momento mientras pongo en orden mis ideas... ¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer? ¡Dios mío! ¡Ojalá estuviera aquí Maydig!»

«Ya sé qué hacer», dijo el señor Fotheringay. «Y, por el amor de Dios, que esta vez me salga bien.»

Permaneció a gatas, oponiendo resistencia al viento, concentrándose para que todo le saliera bien.

«¡Ah!», exclamó. «Que no ocurra nada de lo que voy a ordenar

hasta que diga '¡ya!'... ¡Dios mío! ¿Por qué no se me ocurriría eso antes?»

Elevó su débil voz frente al torbellino, gritando cada vez más en un vano deseo de oír sus propias palabras.

«Bien... ¡Allá va! Recuerda lo que acabo de decir. En primer lugar, cuando se haya cumplido todo lo que tengo que decir quiero perder mi facultad de hacer milagros, quiero que mi voluntad sea igual que la de los demás y que se acaben todos estos peligrosos milagros. No me gustan. Preferiría no poder hacerlos, de veras. Eso es lo primero. Lo segundo es que quiero volver al instante anterior a que se moviera aquel maldito quinqué. Sé que es un trabajo difícil, pero es el último. ¿Lo has entendido? Se acabaron los milagros. Todo igual que antes. Quiero volver a estar en el Long Dragon en el momento en que me disponía a tomarme mi media pinta de cerveza. ¡Sí, eso es!»

Hundió los dedos en la tierra removida, cerró los ojos y dijo: «¡Ya!»

Volvió a reinar una calma absoluta. Se dio cuenta de que estaba de pie. Entonces oyó una voz:

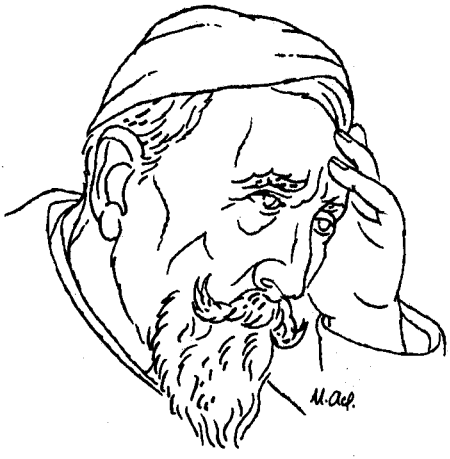
—Eso es lo que usted dice.

Abrió los ojos. Se encontraba en el bar del Long Dragon, discutiendo acerca de los milagros con Toddy Beamish. Tenía la vaga sensación, que se le pasó en seguida, de haber olvidado algo muy importante. Excepto en lo que se refería a la pérdida de sus poderes milagrosos, todo volvía a ser como antes; por tanto, su mente y su memoria eran exactamente iguales que al comienzo de esta historia. Nada sabía, ni sabe ahora, de lo que aquí se ha relatado. Y entre otras cosas, por supuesto, sigue sin creer en los milagros.

—Le digo a usted que los milagros, en el sentido estricto de la palabra, no pueden ocurrir —dijo—, por mucho que usted insista. Y estoy dispuesto a probárselo hasta la saciedad.

—Eso es lo que usted cree —replicó Toddy Beamish—. Demuéstrelo si puede.

—Veamos, señor Beamish —dijo el señor Fotheringay—. Dejemos bien sentado lo que es un milagro. Es algo contrario al curso de la naturaleza realizado por medio de la voluntad...



EL PROCURADOR DE JUDEA

ANATOLE FRANCE/FRANCIA

L. Elio Lamia, nacido en Italia de padres ilustres, no se había quitado todavía la toga pretexta cuando fue a estudiar filosofía a las escuelas de Atenas. Después volvió a Roma y, en su casa del monte Esquilino, entre jóvenes libertinos, llevó una vida voluptuosa. Pero acusado de mantener relaciones criminales con Lépida, mujer de Sulpicio Quirino, personaje de rango consular, y declarado culpable, fue desterrado por Tiberio César. Acababa entonces de cumplir los veintitrés años. Durante los dieciocho que duró su exilio, recorrió Siria, Palestina, Capadocia, Armenia y pasó largas temporadas en Antioquía, Cesarea y Jerusalén. Cuando, después de la muerte de Tiberio, Cayo llegó a emperador, Lamia obtuvo el permiso de volver a la ciudad e incluso recuperó parte de sus bienes. Sus infortunios le habían hecho prudente.

A partir de entonces, evitó todo comercio con mujeres de libre condición, no solicitó ningún empleo público, se mantuvo alejado de los honores y vivió retirado en su casa del monte Esquilino. Al escribir lo que había visto de notable en sus lejanos viajes decía que sus penas pasadas le servían de solaz de las horas presentes. Así fue como en medio de esos apacibles trabajos y de la meditación asidua de las obras de Epicuro, con un poco de sorpresa y no menos aflicción, vio llegar la vejez. A los sesenta y un años, atormentado por un molesto catarro, fue a tomar las aguas de Baiae. Esta costa, donde antaño abundaban los alciones, era frecuentada entonces por los romanos ricos y ávidos de placeres. Desde hacía una semana,

Lamia vivía solo y sin amigos en medio de aquella brillante multitud, cuando un día, después de comer, sintiéndose bien dispuesto, se le antojó subir por las colinas que, cubiertas de pámpanos como si fueran bacantes, contemplan la mar.

Al llegar a la cima, se sentó al borde de un sendero, a la sombra de un terebinto, y dejó errar la vista por el bonito paisaje. A su izquierda se extendían lívidos y desnudos los campos Flegreos hasta las ruinas de Cumas. A su derecha el cabo Miseno hundía su afilado espolón en el mar Tirreno. A sus pies, hacia occidente, la rica Baiae, siguiendo la curva graciosa de la costa, desplegaba sus jardines, sus quintas pobladas de estatuas, sus pórticos, sus terrazas de mármol, a orillas del mar azul donde retozaban los delfines. Ante él, al otro lado del golfo, sobre la costa de Campania, dorada por el sol poniente, brillaban los templos, coronados a lo lejos por los laureles del monte Posilipo, y en las profundidades del horizonte el risueño Vesubio.

Lamia sacó de un pliegue de la toga un rollo de pergamino que contenía el *Tratado de la naturaleza*, se tendió en el suelo y comenzó a leer. Pero los gritos de un esclavo le hicieron levantarse para dejar paso a una litera que subía por el estrecho sendero de las viñas. Como la litera se acercaba con las cortinas descorridas, Lamia vio, extendido sobre los almohadones, a un anciano de gran corpulencia que, con la frente apoyada en la mano, miraba con sombría y altiva expresión. Su nariz aquilina descendía hacia los labios, comprimidos por un mentón prominente y unas fuertes mandíbulas.

Desde el primer momento, Lamia estuvo seguro de que conocía aquella cara, pero dudó un instante antes de darle nombre. Después se lanzó hacia la litera en un impulso de sorpresa y de alegría.

—¡Poncio Pilatos! —exclamó—, ¡doy gracias a los dioses que me han concedido volverte a ver!

El anciano, haciendo señas a los esclavos para que se detuvieran, miró con atención al hombre que lo saludaba.

—Poncio, mi querido anfitrión —prosiguió este último—, ¿es que veinte años han blanqueado mi pelo y han hundido mis mejillas lo bastante para que no reconozcas ya a tu amigo Elio Lamia?

Al oír este nombre, Poncio Pilatos descendió de la litera tan rápidamente como se lo permitían el peso de sus años y la dignidad de su porte. Y besó dos veces a Elio Lamia.

—Ciertamente, me es muy dulce volverte a ver —dijo—. ¡Ay! Tú me recuerdas los días pasados, cuando era procurador de Judea, en la provincia de Siria. He aquí que hace treinta años que te vi por primera vez. Fue en Cesarea, adonde habías venido arrastrando el tedio del exilio. Yo tuve la fortuna de podértelo aliviar un poco y, por amistad, Lamia, tú me seguiste a esa triste Jerusalén, donde los judíos me abrumaron de amargura y de repugnancia. Durante más de diez años fuiste mi huésped y mi compañero, y los dos, hablando de Roma, nos consolábamos mutuamente, tú de tus infortunios, yo de mis cargos y honores.

Lamia le besó de nuevo.

—No dices todo, Poncio: no hablas para nada que en mi favor usaste de tu influencia con Herodes Antipas y que me abriste tu bolsa con liberalidad.

—No hablemos de eso —respondió Poncio—, recuerda que en cuanto regresaste a Roma me enviaste por uno de tus libertos una suma de dinero que me pagaba con creces.

—Poncio, yo no considero saldada mi deuda contigo por haberte pagado una suma de dinero. Pero dime: ¿colmaron los dioses tus deseos? ¿Gozas de toda la felicidad que mereces? Háblame de tu familia, de tu fortuna, de tu salud.

—Vivo retirado en Sicilia, donde poseo unas tierras, y cultivo y vendo trigo. Mi hija mayor, mi muy querida Poncia, que se ha quedado viuda, vive conmigo y gobierna mi casa. Gracias a los dioses, aún conservo el vigor del espíritu; mi memoria no se ha debilitado en absoluto. Pero la vejez no llega nunca sin un largo cortejo de dolores y de achaques. La gota me hace padecer cruelmente. Y en este momento mismo me encuentras camino de los campos Flegreos, en busca de un remedio para mis males. Esta tierra ardiente, de donde por la noche salen llamas, exhala acres vapores de azufre que, según dicen, calman los dolores y devuelven la flexibilidad a las coyunturas de los miembros. Al menos los médicos así lo aseguran.

—¡Ojalá, Poncio, puedas experimentarlo en ti mismo! Pero, a pesar de la gota y de sus ardientes mordeduras, pareces apenas más viejo que yo, cuando en realidad me llevas diez años. Ciertamente, has conservado más vigor del que yo tuve jamás y me regocijo

de encontrarte tan robusto. ¿Por qué, querido Poncio, has renunciado antes de la edad habitual a los cargos públicos? ¿Por qué al dejar el gobierno de Judea has vivido en tus dominios de Sicilia un exilio voluntario? Cuéntame lo que ha sido tu vida a partir del momento en que dejé de ser testigo de ella. Te estabas preparando para reprimir una rebelión de los samaritanos cuando yo partí para Capadocia, donde esperaba ganar algún dinero con la cría de caballos y de mulas. Desde entonces no volví a verte. ¿Cuál fue el éxito de esta expedición? Cuéntame, habla. Todo lo que se refiere a ti me interesa.

Poncio Pilatos meneó tristemente la cabeza.

—Una natural solicitud —dijo— y el sentimiento del deber me llevaron a cumplir las funciones públicas no solamente con diligencia, sino también con amor. Pero el odio me persiguió sin tregua. La intriga y la calumnia destrozaron mi vida en la plenitud de mi vigor y secaron los frutos que hubiera debido producir. Tú me interrogas sobre la rebelión de los samaritanos. Sentémonos en ese cerro. Voy a responderte en pocas palabras. Esos acontecimientos los tengo tan presentes como si hubieran ocurrido ayer.

»Un hombre de la plebe, poderoso por la palabra, como existen tantos en Siria, persuadió a los samaritanos de que se reunieran armados en el monte Garizim, que en este país pasa por ser un lugar santo, y les prometió descubrir ante sus ojos los vasos sagrados que un héroe epónimo, o, mejor dicho, un dios local llamado Moisés, había escondido allí en los tiempos antiguos de Evandro y de nuestro padre Eneas. Ante esta promesa los samaritanos se sublevaron. Pero advertido a tiempo para impedirles llevar a cabo la sublevación, ordené ocupar la montaña por unos destacamentos de infantería y coloqué la caballería para vigilar los accesos a la misma.

»Estas medidas de prudencia eran urgentes. Ya los rebeldes sitiaban la aldea de Tirataba, situada al pie del Garizim. Pero los dispersé fácilmente y sofoqué la rebelión apenas comenzada. Después, para dar un gran ejemplo con pocas víctimas, hice ejecutar a los jefes de la sedición. Pero tú sabes, Lamia, la estrecha dependencia en que me tenía el procónsul Vitelio, que, gobernando Siria no a favor sino en contra de Roma, consideraba que las provincias del Imperio podían darse a los tetrarcas como si fueran granjas.

Los principales samaritanos fueron a arrojarse llorosos a sus pies instilando su odio contra mí. Al oírlos, nada había más alejado de sus pensamientos que desobedecer al César. Yo era un provocador, y para resistir a mis violencias era por lo que se habían reunido alrededor de Tirataba. Vitelio oyó sus quejas y, confiando los asuntos de Judea a su amigo Marcelo, me ordenó que fuera a justificarme ante el emperador. Afligido por el dolor y el resentimiento me hice a la mar. Cuando abordé las costas de Italia, Tiberio, agotado por la edad y el Imperio, moría repentinamente en ese mismo cabo Miseno, cuyo espolón se divisa desde aquí, alargado por la bruma del anochecer. Yo pedí justicia a Cayo, su sucesor, que tenía una aguda inteligencia y conocía los asuntos de Siria. Pero admira conmigo, Lamia, la malignidad de la fortuna, obstinada en mi perdición. Cayo tenía en aquel entonces junto a sí, en Roma, al judío Agripa, su compañero, su amigo de la infancia, a quien quería más que a la niña de sus ojos. Ahora bien, Agripa favorecía a Vitelio porque Vitelio era enemigo de Antipas, a quien Agripa perseguía con su odio. El emperador se dejó influir por el sentimiento de su querido asiático y hasta se negó a oírme. Total, que tuve que plegarme bajo el golpe de una desgracia inmerecida. Devorando mis lágrimas, rebosando hiel, me retiré a mis tierras de Sicilia, donde hubiera muerto de dolor si mi dulce Poncia no hubiera venido a consolar a su padre. Allí cultivé trigo e hice crecer las espigas más granadas de toda la provincia. Hoy mi vida es cosa del pasado. El futuro juzgará entre Vitelio y yo.

—Poncio —contestó Lamia—, estoy seguro de que tú actuaste con los samaritanos según tu acostumbrada rectitud de carácter y exclusivamente en interés de Roma. ¿Pero no obedeciste demasiado en aquella ocasión a ese valor impetuoso que siempre te arrastraba? Tú sabes que en Judea, aunque, siendo más joven que tú, yo debía ser más vehemente, con frecuencia hube de aconsejarte clemencia y moderación.

—¡Moderación con los judíos! —exclamó Poncio Pilatos—. Aunque hayas vivido en su país, conoces mal a esos enemigos del género humano. A la vez orgullosos y viles, uniendo una cobardía ignominiosa a una obstinación invencible, cansan por igual al amor y al odio. Mi espíritu se formó, Lamia, con las máximas del

divino Augusto. Ya cuando me nombraron procurador de Judea, la majestad de la paz romana envolvía la tierra. Ya no se veía, como en los tiempos de nuestras discordias civiles, a los procónsules enriquecerse con el saqueo de las provincias. Yo sabía cuál era mi deber. Tenía buen cuidado de que mis acciones estuviesen gobernadas por la cordura y la moderación. Los dioses son testigos de que sólo me obstiné en la suavidad. ¿De qué me sirvieron estos pensamientos benévolos? Tú me viste, Lamia, cuando al principio de mi gobierno estalló la primera rebelión. ¿Es necesario recordarte las circunstancias? La guarnición de Cesarea había ido a instalar sus cuarteles de invierno en Jerusalén. Los legionarios llevaban en sus estandartes las imágenes de César. Esto ofendió a los jerosolimitanos, que no reconocían en absoluto la divinidad del emperador, como si, puesto que hay que obedecer, no fuera más honorable obedecer a un dios que a un hombre. Los sacerdotes de la nación acudieron a mi tribunal a rogarme con una humildad altanera que mandara llevar los estandartes fuera de la ciudad santa. Yo me negué a ello por respeto a la divinidad de César y a la majestad del Imperio. Entonces la plebe, uniéndose a los sacerdotes, se arremolinó alrededor del pretorio gritando súplicas amenazadoras. Yo ordené a los soldados que dejaran las picas formando pabellón delante de la torre Antonia y que fueran armados con varas, como los lictores, a dispersar aquella muchedumbre insolente. Pero insensibles a los golpes, los judíos seguían conjurándome, y los más obstinados, tumbándose en el suelo, presentaban la garganta y se dejaban matar por las varas. Tú entonces fuiste testigo de mi humillación, Lamia. Por orden de Vitelio tuve que enviar los estandartes a Cesarea. Ciertamente, no me merecía esta vergüenza. Ante los dioses inmortales, juro que yo no ofendí ni una sola vez, en mi gobierno, la justicia y las leyes. Pero estoy viejo. Mis enemigos y mis delatores han muerto. Moriré sin ser vengado. ¿Quién defenderá mi memoria?

Poncio Pilatos gimió y se calló. Lamia contestó:

—Es prudente no temer ni esperar nada del futuro incierto. ¿Qué importa lo que los hombres piensen de nosotros en lo venidero? No tenemos más testigos ni más jueces que nosotros mismos. Afírmate, Poncio Pilatos, en el testimonio que tú te rindes de tu virtud. Conténtate con tu propia estimación y la de tus amigos. Por lo demás,

la suavidad no basta para gobernar a los pueblos. Esta indulgencia con las flaquezas del género humano que aconseja la filosofía tiene poca parte en las acciones de los hombres públicos.

—Dejemos esto —dijo Poncio—. Los vapores sulfurosos que exhalan los campos Flegreos tienen más fuerza cuando salen de la tierra todavía caliente por los rayos del sol. Tengo que darme prisa. Adiós. Pero puesto que vuelvo a encontrar a un amigo, quiero aprovechar esta buena fortuna. Elio Lamia, concédeme el favor de venir a cenar mañana conmigo. Mi casa está situada a la orilla del mar, en el extremo de la ciudad, por la parte del cabo Miseno. La reconocerás fácilmente por el pórtico, donde se ve una pintura que representa a Orfeo encantando a los tigres y a los leones al son de su lira. Hasta mañana, Lamia —dijo mientras volvía a subirse a la litera—. Mañana charlaremos de Judea.

Al día siguiente Lamia se dirigió, a la hora de cenar, a casa de Poncio Pilatos. Dos triclinios solamente esperaban a los comensales. Servida sin fausto, pero honorablemente, la mesa estaba llena de fuentes de plata en las cuales estaban preparados oropéndolas con miel, tordos, ostras del lago Lucrino y lampreas de Sicilia. Poncio y Lamia, mientras comían, se preguntaban uno a otro por sus enfermedades, cuyos síntomas describieron minuciosamente, y se comunicaron los diversos remedios que les habían recomendado. Después, felicitándose por haberse reunido en Baiae, alabaron a cuál más la belleza de aquella costa y la suavidad del clima que se disfrutaba en ella. Lamia celebró el garbo de las cortesanas que pasaban por la playa, cargadas de oro y llevando velos bordados en el país de los bárbaros. Pero el viejo procurador deploraba una ostentación que, a cambio de joyas vanas y telas de araña tejidas por la mano del hombre, hacía pasar el dinero romano a pueblos extranjeros e incluso a los enemigos del Imperio. A continuación, hablaron de las grandes obras llevadas a cabo en la región, de ese puente prodigioso construido por Cayo entre Puteoli y Baiae, y de esos canales excavados por Augusto para verter las aguas del mar en los lagos Averno y Lucrino.

—Yo también —dijo Poncio suspirando— quise emprender grandes obras de utilidad pública. Cuando recibí, para mi desgracia,

el gobierno de Judea, tracé los planos de un acueducto de doscientos estadios, que debía llevar a Jerusalén aguas abundantes y puras. Altura de los niveles, capacidad de los módulos, oblicuidad de los cálices de bronce a los cuales se adaptan los tubos de distribución, lo había estudiado todo y, siguiendo el parecer de mecánicos expertos, había resuelto todo yo mismo. Incluso preparé un reglamento para la vigilancia de las aguas, a fin de que ningún particular pudiera hacer tomas ilícitas. Los arquitectos y los obreros estaban contratados. Y ordené que comenzaran las obras. Pero lejos de ver elevarse con satisfacción esta vía, que sobre unos arcos poderosos debía llevar con el agua la salud a la ciudad, los jerosolimitanos organizaron un griterío lamentable. Se congregaban tumultuosamente, clamando que aquello era un sacrilegio y una impiedad; se abalanzaban sobre los obreros y dispersaban las piedras de los cimientos. ¿Concibes tú, Lamia, que existan bárbaros más inmundos? Sin embargo, Vitelio les dio la razón y yo recibí la orden de interrumpir la obra.

—Es una cuestión importante —dijo Lamia— saber si se debe hacer la felicidad de los hombres contra su voluntad.

Poncio Pilatos prosiguió sin oírle:

—Rechazar un acueducto, ¡qué locura! Pero todo lo que viene de los romanos es odioso para los judíos. Para ellos nosotros somos seres impuros, y solamente nuestra presencia constituye para ellos una profanación. Tú sabes que no se atrevían a entrar en el pretorio por miedo a mancharse y que yo tuve que ejercer la magistratura pública en un tribunal al aire libre, sobre aquel pavimento de mármol donde tú posaste tan a menudo el pie.

»Nos temen y nos desprecian. Sin embargo, ¿acaso no es Roma la madre y la tutora de todos aquellos pueblos que, como niños, descansan y sonríen sobre su seno venerable? Nuestras águilas llevaron hasta los confines del universo la paz y la libertad. Considerando como amigos a los vencidos, nosotros conservamos y garantizamos a los pueblos conquistados sus costumbres y sus leyes. ¿No es cierto que solamente desde que Pompeyo la sometió, Siria, en otro tiempo desgarrada por una multitud de reyezuelos, comenzó a saborear el descanso y las horas prósperas? Y cuando Roma podía vender su benevolencia a precio de oro, ¿es que se llevó los tesoros que rebosaban

en los templos bárbaros? ¿Acaso despojó a la diosa madre en Pessinonta, a Júpiter en Morimena y en Cilicia, al dios de los judíos en Jerusalén? Antioquía, Palmira, Apamea, tranquilas a pesar de sus riquezas y sin temer ya a los árabes del desierto, elevan templos al genio de Roma y a la divinidad de César. Unicamente los judíos nos odian y nos desafían. Y hay que arrancarles el tributo, y se niegan con obstinación al servicio militar.

—Los judíos —respondió Lamia— están muy apegados a sus tradiciones. Ellos sospechaban, sin motivo, estoy de acuerdo, que querías abolir su ley y cambiar sus costumbres. Acepta, Poncio, que te diga que tú no obraste siempre como para disipar su malhadado error. Te complacías, a pesar tuyo, en excitar sus inquietudes, y yo te vi más de una vez dejar traslucir ante ellos el desprecio que te inspiraban sus creencias y sus ceremonias religiosas. Tú los vejabas especialmente haciendo vigilar por legionarios, en la torre Antonia, la ropa y los ornamentos sacerdotales del gran sacerdote. Hay que reconocer que, sin haberse elevado como nosotros a la contemplación de las cosas divinas, los judíos celebran unos misterios venerables por su antigüedad.

Poncio Pilatos se encogió de hombros:

—Ellos no tienen en absoluto —dijo— un conocimiento exacto de la naturaleza de los dioses. Adoran a Júpiter, pero sin darle ni nombre ni rostro. Ni siquiera lo veneran bajo la forma de una piedra, como hacen algunos pueblos de Asia. No saben nada de Apolo, ni de Neptuno, ni de Marte, ni de Plutón, ni de ninguna diosa. Aunque creo que antiguamente adoraron a Venus. Pues todavía hoy las mujeres ofrecen palomas en el altar, como víctimas, y tú sabes tan bien como yo que los mercaderes, establecidos en los pórticos del templo, venden parejas de palomas para el sacrificio. Incluso un día vinieron a avisarme que un loco acababa de derribar a esos vendedores de ofrendas con sus jaulas. Los sacerdotes se quejaban de ello como si fuera un sacrilegio. Yo creo que esta costumbre de sacrificar tórtolas fue instituida en honor de Venus. ¿Por qué te ríes, Lamia?

—Me río —dijo Lamia— de una idea divertida que, no sé cómo, me ha pasado por la cabeza. Pensaba que un día el Júpiter de los judíos podría muy bien venir a Roma y perseguirte con su odio.

¿Por qué no? Asia y Africa nos han dado ya un gran número de dioses. En Roma, hemos visto elevarse templos en honor de Isis y de Anubis, el dios de cabeza de chacal. Y en las encrucijadas de los caminos y hasta en los picaderos, encontramos a la Buena Diosa de los sirios, montada en un asno. ¿Y no sabes que, durante el principado de Tiberio, un joven caballero se hizo pasar por el Júpiter cornudo de los egipcios y obtuvo así disfrazado los favores de una dama ilustre, demasiado virtuosa para negar nada a los dioses? ¡Teme, Poncio, que el Júpiter invisible de los judíos desembarque un día en Ostia!

Al pensar que un dios pudiese venir de Judea, una rápida sonrisa resbaló por el rostro severo del procurador. Después contestó con gravedad:

—¿Cómo podrían los judíos imponer su ley sagrada a los otros pueblos, cuando ellos mismos se desgarran entre sí por la interpretación de esta ley? Divididos en veinte sectas rivales, tú los has visto, Lamia, en las plazas públicas, con sus rollos en la mano, injuriándose unos a otros y tirándose de la barba; tú los has visto, en el estilóbato del templo, rasgarse en señal de desolación las mugrientas vestiduras alrededor de cualquier miserable presa del delirio profético. No conciben que se discuta en paz, con el alma serena, de las cosas divinas que, no obstante, están cubiertas de velos y llenas de incertidumbre. Pues la naturaleza de los inmortales permanece oculta para nosotros y no podemos conocerla. Yo pienso, sin embargo, que es prudente creer en la providencia de los dioses. Pero los judíos no tienen ninguna filosofía y no soportan la diversidad de opiniones. Al contrario, juzgan merecedores del último suplicio a los que profesan sobre la divinidad opiniones contrarias a su ley. Y como, desde que el genio de Roma les domina, las sentencias capitales pronunciadas por sus tribunales no pueden ser ejecutadas sino con la sanción del procónsul o del procurador, apremian en todo momento al magistrado romano para que suscriba sus funestas sentencias; asedian el pretorio con sus gritos de muerte. Cien veces yo los he visto, una muchedumbre de ricos y pobres, reconciliados todos alrededor de sus sacerdotes, asediar furiosos mi silla de marfil y tirarme de los faldones de la toga, de las correas de las sandalias, para reclamar, para exigir de mí la muerte de cualquier desgraciado cuyo crimen yo no era capaz de discernir y del que solamente podía decir que

lo consideraba tan loco como a sus acusadores. ¡Qué digo, cien veces! Todos los días, a todas horas. Y sin embargo, yo debía hacer ejecutar su ley como si fuera la nuestra, puesto que Roma me instituía no como el destructor, sino como el defensor de sus costumbres, y que yo representaba para ellos las varas y la segur. En los primeros tiempos, traté de que se avinieran a razones; intentaba arrancar sus miserables víctimas al suplicio. Pero esta mansedumbre les irritaba más; y reclamaban la presa batiendo las alas y el pico a mi alrededor como buitres. Sus sacerdotes escribían a César que yo violaba su ley, y sus súplicas, apoyadas por Vitelio, atraían sobre mí severas reprimendas. ¡Cuántas veces me entraron ganas de enviar juntos, como dicen los griegos, a los cuervos, a los acusados y a los jueces!

»No creas, Lamia, que nutra rencores impotentes y cóleras seniles contra ese pueblo que ha vencido en mí a Roma y la paz. Pero preveo el extremo a que nos reducirán tarde o temprano. Al no poder gobernarlos, será preciso destruirlos. No lo dudes: siempre insumisos, incubando la rebelión en sus almas inflamadas, un día estallarán contra nosotros con un furor al lado del cual la ira de los númidas y las amenazas de los partos no son más que caprichos de niños. Nutren en la sombra esperanzas insensatas y meditan locamente nuestra ruina. ¿Cómo puede ser de otra manera si, confiados en la promesa de un oráculo, esperan a un príncipe de su sangre que reinará sobre todo el haz de la tierra? No conseguiremos dominar a este pueblo. Y es preciso que deje de existir. Hay que destruir Jerusalén desde los cimientos a la cúspide. Tal vez, aunque soy viejo, se me concederá ver el día en que caigan sus murallas, en que la llama devore sus casas, en que sus habitantes sean pasados a cuchillo, en que se siembre sal en la plaza en que se alzó el templo. Ese día por fin yo seré justificado.

Lamia se esforzó en llevar la conversación por unos derroteros más suaves.

—Poncio —dijo—, me explico fácilmente tus antiguos resentimientos y tus presentimientos siniestros. Ciertamente, lo que tú conociste del carácter de los judíos no les favorece en nada. Pero yo, que vivía en Jerusalén como espectador y que me mezclaba con el pueblo, pude descubrir en esos hombres virtudes insospechadas que permanecieron ocultas para ti. Yo conocí a judíos llenos de

mansedumbre, cuyas costumbres sencillas y su lealtad me recordaban lo que nuestros poetas han dicho del anciano de Ebalia. Y tú mismo, Poncio, viste expirar bajo la vara de tus legionarios a hombres sencillos que, sin decir su nombre, morían por una causa que ellos creían justa. Tales hombres no merecen en absoluto nuestro desprecio. Hablo de esta forma porque es conveniente guardar en todas las cosas la medida y la equidad. Aunque reconozco no haber experimentado jamás por los judíos una viva simpatía. Las judías, por el contrario, me gustaban mucho. Yo era entonces joven, y las sirias me producían una gran turbación de los sentidos. Sus labios rojos, sus ojos húmedos que brillaban en la sombra, sus lánguidas miradas, me penetraban hasta la médula. Maquilladas y pintadas, oliendo a nardo y a mirra, maceradas en plantas aromáticas, su carne es de un gusto raro y delicioso.

Poncio escuchó estas alabanzas con impaciencia.

—Yo no era hombre para caer en las redes de las judías—dijo—, y ya que me empujas a decirlo, Lamia, nunca aprobé tu incontinencia. Si en otro tiempo no insistí bastante sobre lo culpable que te consideraba por haber seducido en Roma a la mujer de un hombre de rango consular, es porque entonces tú expiabas duramente tu culpa. El matrimonio es sagrado para los patricios; esta institución es uno de los puntales de Roma. En cuanto a las mujeres esclavas o extranjeras, las relaciones que se pueden mantener con ellas tendrían poca importancia si el cuerpo no se habituara a una vergonzosa molicie. Permite que te diga que tú sacrificaste demasiado a la Venus de las encrucijadas; y lo que sobre todo te censuro, Lamia, es no haberte casado según la ley y no haber dado hijos a la República, como es deber de todo buen ciudadano.

Pero el desterrado por Tiberio no escuchaba ya al viejo magistrado. Habiendo vaciado su copa de falerno, sonreía a alguna imagen tan sólo visible para él.

Después de un momento de silencio, prosiguió en voz muy baja, que fue subiendo de tono poco a poco:

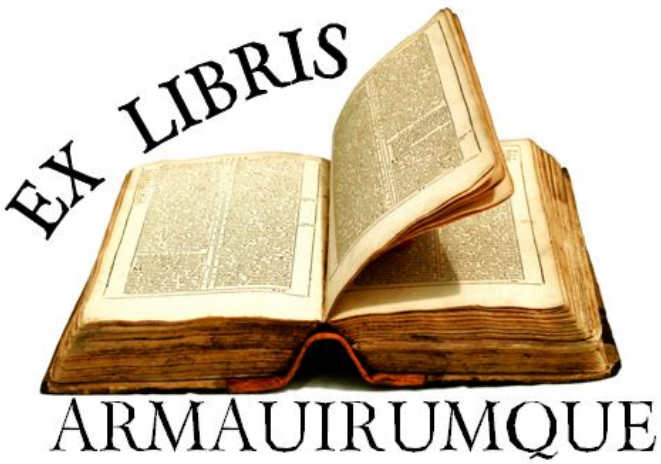
—¡Danzan con tanta languidez las mujeres sirias! Yo conocí a una judía de Jerusalén que, en un tugurio, a la luz de una lamparilla humeante, sobre una raída alfombra, bailaba levantando los brazos para chocar los címbalos. Cimbreándose, con la cabeza echada

hacia atrás como arrastrada por el peso de su espesa cabellera roja, los ojos anegados de voluptuosidad, ardiente y lánguida, flexible, hubiera hecho palidecer de envidia a la misma Cleopatra. Me gustaban sus danzas bárbaras, su canto un poco ronco y sin embargo tan dulce, su olor a incienso, la semisomnolencia en que parecía vivir. La seguía a todas partes. Me mezclaba con el mundo vil de soldados, de titiriteros y de publicanos que la rodeaba. Un día desapareció y no volví a verla nunca más. La busqué durante mucho tiempo por las callejuelas de mala fama y en las tabernas. Costaba más trabajo pasarse sin ella que sin el vino griego. Después de varios meses de buscarla, un día me enteré, por casualidad, que se había unido a una pequeña banda de hombres y de mujeres que seguían a un joven taumaturgo galileo. Este se hacía llamar Jesús el Nazareno (1) y fue crucificado por no sé qué crimen. Poncio, ¿te acuerdas de ese hombre?

Poncio Pilatos frunció las cejas y se llevó la mano a la frente como el que trata de profundizar en su memoria. A continuación, después de unos instantes de silencio:

—¿Jesús? —murmuró— ¿Jesús el Nazareno? No, no recuerdo.

(1) El Nazareno, es decir el Santo. Las ediciones anteriores decían Jesús de Nazareth; pero parece ser que no se conoció una ciudad llamada Nazareth en el primer siglo de la era cristiana.



DILEMA DOMESTICO

CARSON McCULLERS/ESTADOS UNIDOS

Carson McCullers

Los JUEVES Martin Meadows salía de la oficina lo bastante temprano para coger el primer autobús expreso que le llevara a casa. Era la hora en que el resplandor malva del anochecer palidecía en las calles cubiertas de nieve derretida, pero cuando el autobús salía de la estación terminal, las luces de la ciudad iluminaban ya la noche. Los jueves la criada disfrutaba de medio día de asueto, y a Martin le gustaba llegar a casa lo más pronto posible, pues desde hacía un año su mujer no se encontraba... bien. Aquel jueves se sentía muy cansado y, con la esperanza de que ningún viajero de los que utilizaban regularmente la línea le escogiera para charlar, fijó su atención en el periódico hasta que el autobús hubo cruzado el puente de George Washington. Una vez en la carretera 9-W, a Martin siempre le parecía que ya había hecho la mitad del viaje y respiraba profundamente, convencido de que estaba respirando el aire del campo, incluso con tiempo frío, cuando sólo una leve corriente surcaba el aire lleno de humo del autobús. Generalmente, al llegar a este punto se distraía su ánimo y empezaba a pensar con agrado en su hogar. Pero en este último año la cercanía sólo le hacía experimentar cierta tensión, y no sentía impaciencia por llegar al fin de la jornada. Aquella noche Martin mantenía la cara pegada a la ventanilla y contemplaba los yermos campos y las luces solitarias de los caseríos próximos a la carretera. Una luna pálida brillaba sobre la tierra oscura y sobre la nieve tardía y esponjosa que cubría algunas extensiones de terreno; a Martin, aquella noche,

la campiña le parecía enorme y en cierto modo desolada. Cogió el sombrero de la red del equipaje y se metió el periódico doblado en el bolsillo del abrigo unos minutos antes de tirar del cordón para que se detuviera el vehículo.

La casita estaba a una manzana de la parada del autobús, cerca del río aunque no en la orilla misma; desde la ventana del cuarto de estar se veía el Hudson al otro lado de la calle y del jardín de enfrente. La casita era moderna, casi demasiado blanca y nueva para la angosta parcela de jardín. En verano la hierba era suave y brillante, y Martin cuidaba esmeradamente un arriate de flores y un espaldar de rosas. Pero durante los meses fríos, con la tierra en barbecho, el jardín estaba yermo y la casita parecía desnuda. Aquella noche estaban encendidas las luces de todas las habitaciones, y Martin aceleró el paso por el sendero. Se detuvo ante los escalones de la entrada para apartar una carretilla que estorbaba el paso.

Los niños se encontraban en el cuarto de estar, tan absortos en sus juegos que al principio no se dieron cuenta de que habían abierto la puerta de entrada. Martin permaneció de pie contemplando a sus hijos, hermosos y saludables. Habían sacado los adornos de Navidad del cajón inferior del escritorio. Andy se las había arreglado para enchufar las luces del árbol navideño, y las bombillas verdes y rojas resplandecían con alborozo intempestivo sobre la alfombra del cuarto de estar. En aquel momento estaba tratando de enjaezar el caballo de madera de Marianne con el flexible de las luces. Marianne, sentada en el suelo, estaba arrancándole las alas a un ángel. Los niños le hicieron un estruendoso recibimiento. Martin levantó a la nena gordita hasta la altura de su hombro y Andy se abalanzó contra las piernas de su padre.

—¡Papá, papá, papaíto!

Martin dejó cuidadosamente a la pequeña en el suelo y balanceó a Andy unas cuantas veces como si fuera un péndulo. Luego recogió el flexible del árbol de Navidad.

—¿Qué hacen aquí todos estos chismes? Ayudadme a guardarlos otra vez en el cajón. No debes jugar con el enchufe de la luz. Recuerda que ya te lo he advertido varias veces. Hablo en serio, Andy.

El arrapiezo, de seis años de edad, asintió con la cabeza y cerró el cajón del escritorio. Martin acarició su rubio y suave cabello, y su mano se detuvo con ternura en la frágil nuca del niño.

—¿No has cenado todavía, pirata?

—Dolía. La tostada estaba muy caliente.

La nenita tropezó en la alfombra y, pasada la primera sorpresa de la caída, empezó a llorar; Martin la levantó y se la llevó en brazos a la cocina.

—Oye, papá —decía Andy—. La tostada...

Emily no se había molestado en poner el mantel para servir la cena a los niños. Había dos platos con los restos de comida y vasos de plata con asa que habían contenido leche. Había también una fuente de tostadas con canela, todas intactas excepto una a la que faltaba un mordisco. Martin olfateó esta última y la mordisqueó cautelosamente. Luego la arrojó al cubo de la basura.

—Uf... pua... ¡qué asco!

Emily había confundido el bote de pimentón con el de canela.

—Pude haberme quemado —dijo Andy—. Bebí agua y corrí afuera y abrí la boca. Marianne no comió una.

—Ninguna —corrigió Martin. Permaneció desvalido, mirando a su alrededor las paredes de la cocina—. Bueno, ¡qué le vamos a hacer! —dijo finalmente—. ¿Dónde está vuestra madre?

—Está arriba, en vuestro cuarto.

Martin dejó a los niños en la cocina y subió a ver a su esposa. Al llegar ante la puerta de la habitación se detuvo un momento para calmar su cólera. Luego entró sin llamar, y una vez dentro cerró la puerta tras él.

Emily estaba sentada en la mecedora junto a la ventana de la habitación, que era muy agradable. Cuando Martin entró, dejó apresuradamente un vaso en el suelo, detrás de la mecedora. Tenía un aspecto azarado y culpable que trató de disimular con una apariencia de vivacidad.

—¡Oh, Martin! ¿Ya estás de vuelta? El tiempo se me ha pasado sin sentir. Precisamente ahora iba a bajar.

Se acercó a él haciendo eses y le besó. El aliento le olía fuertemente a jerez. Como él no le devolviese el beso, Emily retrocedió un paso y dijo con una risita nerviosa:

—¿Qué te pasa que te has quedado ahí plantado como un pasmarote? ¿Te pasa algo?

—¿Que si me pasa algo a mí? —Martin se inclinó sobre la mecedora y recogió el vaso del suelo—. Si tan siquiera te dieses cuenta de lo asqueado que estoy... de lo malo que es esto para todos nosotros.

Emily le contestó con ese tono falso y trivial que ya se había hecho tan familiar para él. En tales ocasiones adoptaba a menudo un ligero y afectado acento inglés, imitando tal vez a alguna actriz a la que admiraba.

—No tengo la más remota idea de lo que quieres decir. A menos que te refieras al vaso que utilizo para tomar un sorbo de jerez. Tomé un dedito nada más... quizá dos. Pero dime, por favor, ¿qué tiene eso de malo? Estoy perfectamente bien. Perfectamente bien.

—Eso salta a la vista.

Emily se dirigió al cuarto de baño andando con cuidadosa gravedad. Abrió el grifo del agua fría y se roció la cara con las manos. Luego se secó con la punta de una toalla de baño. Tenía un rostro joven e inmaculado, de delicadas facciones.

—Precisamente iba a bajar ahora mismo para hacer la cena. —Se tambaleó y tuvo que sujetarse al marco de la puerta para recuperar el equilibrio.

—Yo me ocuparé de la cena. Tú quédate aquí. Yo te la subiré.

—De ninguna manera. ¿Cómo se te ha podido ocurrir una cosa así?

—Por favor —dijo Martin.

—Déjame en paz. Estoy perfectamente. Estaba a punto de bajar...

—Haz lo que te digo.

—Que lo haga tu abuela.

Se dirigió tambaleante hacia la puerta, pero Martin la cogió por el brazo.

—No quiero que los niños te vean en ese estado. Sé razonable.

—¡En ese estado! —Emily se soltó de un tirón. Alzó la voz, indignada—. ¡De modo que porque he tomado esta tarde un par de copas de jerez estás tratando de hacer ver que soy una borracha! ¡En ese estado! ¡Si ni siquiera pruebo el whisky! Lo sabes muy bien.

Ni me emborracho con aguardiente en los bares. Ya quisieras tú poder decir otro tanto. Ni siquiera tomo un coctel a la hora de cenar. Sólo una copa de jerez de vez en cuando. ¿Quieres decirme qué tiene eso de malo? ¡En ese estado!

Martin buscó palabras para calmar a su mujer.

—Cenaremos tranquilamente aquí arriba, los dos solos. Pórtate bien.

Emily se sentó en el borde de la cama y él abrió la puerta para salir rápidamente.

—Volveré en un periquete —dijo.

Mientras se atareaba abajo preparando la cena se perdió en conjeturas, haciéndose la habitual pregunta de cómo había surgido aquel problema en su hogar. El mismo había disfrutado siempre con una buena copa. Cuando aún vivían en Alabama tomaban bebidas fuertes o cocteles como la cosa más natural. Durante años habían bebido una o dos copas —incluso hasta tres— antes de cenar, y otra bien generosa a la hora de acostarse. En las noches víspera de fiesta se alegraban y hasta se embriagaban un poco. Pero el alcohol nunca le había parecido un problema, aunque sí un gasto molesto que, al aumentar la familia, apenas podían permitirse. Sólo después de que su empresa le trasladara a Nueva York se dio cuenta Martin de que su mujer estaba bebiendo demasiado, de que empinaba el codo durante el día.

Admitido el conflicto, trató de analizar la fuente del mismo. El traslado de Alabama a Nueva York la había perturbado en cierto modo; acostumbrada a la cálida pereza de una pequeña ciudad sureña, a vivir en el seno de la familia, rodeada de primos y amigos de la infancia, no había logrado adaptarse a las costumbres más estrictas y solitarias de los estados del Norte. Los deberes que le imponían la maternidad y el manejo de la casa le resultaban molestos. En su añoranza de Paris City, no fue capaz de hacer amistades en las afueras de la gran ciudad. Sólo leía revistas y novelas policíacas. Su vida interior era insuficiente sin el artificio del alcohol.

Las revelaciones de incontinencia socavaron insidiosamente el concepto previo que Martin tenía de su mujer. Hubo tiempos de inexplicable malevolencia, tiempos en los que la mecha del alcohol

provocó una explosión de cólera indecorosa. Latente en Emily, Martin encontraba una vulgaridad que contradecía su natural sencillez. Mentía acerca de la bebida y le engañaba con insospechadas estratagemas.

Y entonces ocurrió un accidente. Hacía cosa de un año, al volver del trabajo por la tarde, fue recibido con grandes gritos que venían del cuarto de los niños. Encontró a Emily con la pequeña, mojada y desnuda, en brazos. Al sacarla del baño la había dejado caer, y el frágil cráneo de la niña había chocado contra el borde de la mesa, de modo que un hilo de sangre empapaba el finísimo cabello. Emily estaba ebria y sollozaba. Martin, al tiempo que mecía a su hijita herida, tan infinitamente preciada en aquel momento, tuvo una aterradora visión del futuro.

Al día siguiente Marianne ya estaba bien. Emily juró que nunca volvería a probar el alcohol, y durante algunas semanas permaneció sobria, indiferente y deprimida. Luego, gradualmente, empezó a beber, no whisky o ginebra, sino cerveza, jerez o licores exóticos; en una ocasión el marido descubrió una sombrerera llena de botellas vacías de crema de menta. Entonces Martin encontró una doncella de confianza que sabía llevar la casa con gran competencia. Virgie era también de Alabama, y Martin nunca se atrevió a decirle a Emily la tarifa de salarios habitual en Nueva York. Emily bebía ahora a escondidas, antes de que su marido volviera a casa. Generalmente los efectos eran casi imperceptibles: cierta flojera de movimientos o pesadez en los párpados. Los casos de irresponsabilidad, como el de la tostada con pimentón, eran raros, y Martin podía desechar sus preocupaciones cuando Virgie estaba en casa. No obstante, la ansiedad estaba siempre latente, la amenaza de un desastre indefinido no le abandonaba nunca.

—¡Marianne! —llamó Martin, pues el recuerdo de lo sucedido suscitaba en él la necesidad de tranquilizarse.

La nenita, no menos preciada a los ojos de su padre por el hecho de no estar ya contusionada, entró en la cocina con su hermano. Martin continuó preparando la cena. Abrió una lata de sopa y puso dos chuletas en la sartén. Luego se sentó junto a la mesa e hizo cabalgar a Marianne sobre sus rodillas. Andy los observaba hurgándose el diente que tenía suelto desde el principio de la semana.

—¡Andy, el caramelero! —dijo Martin—. ¿Todavía tienes ese bicharraco en la boca? Acércate, deja que papá eche una ojeada.

—Tengo un cordel para arrancármelo. —El chico sacó del bolsillo un hilo enmarañado—. Virgie dice que lo ate al diente y que ate el otro extremo al tirador de la puerta y luego la cierre de golpe.

Martin sacó un pañuelo limpio y palpó cuidadosamente el diente.

—Ese diente saldrá de la boca de mi Andy esta misma noche. Si no, me temo muchísimo que tendremos un árbol dental en la familia.

—¿Un qué?

—Un árbol dental —repitió Martin—. Morderás cualquier cosa y te tragarás ese diente. Y el diente echará raíces en el estómago del pobre Andy y crecerá hasta convertirse en un árbol dental con agudos dientecillos en lugar de hojas.

—No, papi —dijo Andy. Pero sujetó el diente con firmeza entre su sucio pulgarcito y el índice—. No hay ningún árbol así. Nunca vi uno.

—Nunca he visto ninguno —le corrigió su padre.

Martin se puso tenso de repente. Emily bajaba las escaleras. Escuchó su torpe andar, y abrazó con miedo al niño. Cuando Emily entró en la cocina, comprendió por sus movimientos y su hosca faz que había vuelto a dar un tiento a la botella del jerez. Ella empezó inmediatamente a abrir de un tirón los cajones y a poner la mesa.

—¡En ese estado! —dijo con lengua estropajosa—. ¡Hablarme a mí así! No creas que lo olvidaré. Recuerdo todas las puercas mentiras que me cuentas. No creas ni por un momento que las olvido.

—¡Emily! —suplicó Martin—. Los niños...

—¡Los niños... sí! No creas que no adivino tus sucias maquinaciones. Estás tratando de predisponer a mis propios hijos contra mí. No creas que no veo ni entiendo.

—¡Emily! Te lo suplico... vete arriba, por favor.

—Sí, para que puedas volver contra mí a mis hijos... a mis propios hijos... —Dos lagrimones resbalaron por sus mejillas—. Tratando de predisponer a mi hijito, a mi Andy, contra su propia madre.

Con la vehemencia del borracho, Emily se arrodilló en el suelo delante del asustado Andy, manteniendo el equilibrio con las manos puestas sobre los hombros del pequeño.

—Escúchame, Andy mío... Tú no irás a hacer caso de las mentiras que te cuenta tu padre, ¿verdad? No creerás lo que te dice, ¿eh? Oye, Andy, ¿qué estaba diciéndote tu padre antes de que yo bajase?

El niño, perplejo, buscaba el rostro de su padre.

—Dímelo; mamá quiere saberlo.

—Me hablaba del árbol dental.

—¿De qué?

El niño volvió a decir las palabras y ella las repitió con increíble terror.

—¡El árbol dental! —Perdió el equilibrio y volvió a sujetarse a los hombros del chico—. No sé de qué estás hablando. Pero escucha, Andy, mamá está perfectamente, ¿no es cierto?

Las lágrimas corrían por su cara, y Andy se echó hacia atrás, pues estaba muy asustado. Agarrándose al borde de la mesa, Emily se puso de pie.

—¡Lo ves! Has predispuesto a mi hijo contra mí.

Marianne se echó a llorar, y Martin la cogió en brazos.

—Eso está bien, puedes quedarte con *tu* hija. Siempre demostraste predilección por ella desde el principio. No me importa, pero al menos déjame a mi hijito.

Andy se escurrió junto a su padre y le tocó la pierna.

—Papá —gimió.

Martin llevó a los niños hasta el pie de la escalera.

—Andy, sube a Marianne. Papá estará arriba dentro de un momento.

—Pero, ¿y mamá? —preguntó el niño en un susurro.

—Mamá estará bien en seguida. No te preocupes.

Emily sollozaba apoyada en la mesa de la cocina, con la cara sepultada en el antebrazo. Martin llenó un tazón de sopa y lo colocó delante de ella. Sus roncos sollozos le enervaban; la vehemencia de su emoción, con independencia de su origen, hacía vibrar en él una fibra de ternura. Aunque de mala gana, posó la mano sobre la oscura cabellera de Emily.

—Vamos, tómate esa sopa.

Ella alzó la vista hacia él con una expresión implorante y avergonzada en su cara. El hecho de que el niño la rechazara o el con-

tacto de la mano de Martin habían cambiado el tenor de su talante.

—Ma... Martin —sollozó—. ¡Estoy tan avergonzada!

—Tómate la sopa.

Emily bebió entre suspiros entrecortados. Después de una segunda taza, consintió en que la llevase arriba, a su cuarto. Ahora se mostraba dócil y más reprimida. Martin extendió el camisón de Emily sobre la cama, y estaba a punto de salir de la habitación cuando ella prorrumpió en una nueva tanda de acongojadas lamentaciones.

—Se apartó de mí. Mi Andy me miró y se apartó.

La impaciencia y el cansancio endurecieron la voz de Martin, pero dijo prudentemente:

—Olvidas que Andy es todavía un crío... El no comprende el significado de estas escenas.

—¿Hice una escena? Oh, Martin, ¿hice una escena delante de los niños?

Contra su voluntad, la cara horrorizada de su mujer le conmovía y le divertía al mismo tiempo.

—Olvídalo. Ponte el camisón y acuéstate.

—Mi hijo se apartó de mí. Andy miró a su madre y se apartó. Los niños...

Estaba atrapada en la rítmica congoja del alcohol. Antes de salir de la habitación, Martin dijo:

—Por el amor de Dios, acuéstate. Mañana los niños lo habrán olvidado.

Nada más decirlo se preguntó si sería verdad. ¿Se borraría tan fácilmente la escena de su memoria... o arraigaría en el subconsciente para enconarse en años venideros? Martin no lo sabía, pero esta última posibilidad le angustiaba. Pensó en Emily. Preveía la humillación de la mañana siguiente: los fragmentos de memoria, los relámpagos de lucidez que brotarían de entre la cerrada oscuridad de la vergüenza. Ella llamaría a la oficina de Nueva York dos veces, posiblemente tres o cuatro. Martin imaginó su propia turbación, y se preguntó si los demás sospecharían. Intuía que su secretaria había adivinado su cuita hacía tiempo y que le compadecía. Pasó por un momento de rebelión contra su suerte; odió a su mujer.

Ya en el cuarto de los niños cerró la puerta y por primera vez aquella noche se sintió seguro. Marianne se tiró al suelo, se levantó y llamó: «Papá, mírame». Volvió a dejarse caer, se levantó de nuevo y continuó con su rutina de caídas y llamadas. Andy, sentado en su silla baja, se hurgaba el diente. Martin dejó correr el agua en la bañera, se lavó las manos en el lavabo y llamó al niño.

—Vamos a echar otro vistazo a ese diente —dijo.

Se sentó en el excusado, sujetando a Andy entre las rodillas. El niño abrió la boca y Martin agarró el diente. Un bamboleo, un rápido tirón, y el nacarino diente de leche estaba fuera. La cara de Andy reflejó en rápida sucesión terror, asombro y complacencia. Se enjuagó la boca con agua y escupió en el lavabo.

—¡Mira, papá! Es sangre. ¡Marianne!

A Martin le encantaba bañar a sus hijos, le gustaban indeciblemente los tiernos cuerpos desnudos tan expuestos a la vista en el agua. No era justo por parte de Emily decir que tenía preferencias. Mientras Martin enjabonaba el delicado cuerpecito de su hijo, pensó que era inconcebible un amor más grande. Sin embargo, admitía la diferencia en la calidad de las emociones que sentía por los dos niños. El cariño por su hija era más grave, matizado con una veta de melancolía, una delicadeza que estaba emparentada con el dolor. Los diminutivos cariñosos que aplicaba al niño eran disparates de diaria inspiración; a la niña, en cambio, la llamaba siempre Marianne, y cuando pronunciaba su nombre su voz era una caricia. Martin secó delicadamente el abultado estómago de la pequeña y el lindo pliegue cillo genital. Las caras lavadas de los niños estaban radiantes como pétalos de flores, y a ambas las amaba por igual.

—Voy a poner el diente debajo de la almohada. Tendrás que darme una moneda de veinticinco centavos.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes, papá. A Johnny le dieron veinticinco centavos por su diente.

—¿Quién se los dio? —preguntó Martin—. Yo creía que el Ratoncito Pérez los dejaba por la noche. Pero en mis tiempos era sólo una moneda de diez centavos.

—Eso es lo que dicen en el jardín de la infancia.

—¿Quién los trae entonces?

—Los padres —dijo Andy—. ¡Tú!

Martin estaba remetiendo las ropas de la cama de Marianne, que ya se había dormido. Conteniendo la respiración, Martin se inclinó sobre ella y le besó la frente, y también la diminuta manita que descansaba con la palma hacia arriba, junto a la cabeza.

—Buenas noches, Andy, hombrecito.

La respuesta fue sólo un soñoliento murmullo. Pasado un minuto, Martin sacó el dinero suelto que tenía y deslizó una moneda de veinticinco centavos bajo la almohada. Antes de irse dejó encendida una lamparilla en el cuarto.

Mientras Martin vagaba por la cocina haciendo su tardía cena, se le ocurrió que los niños no habían mencionado a su madre ni la escena que debía de haberles parecido incomprensible. Absortos en la realidad del momento —el diente, el baño, los veinticinco centavos—, el fluido transitar del tiempo infantil había arrastrado estos ligeros episodios como hojas en la rauda corriente de un somero arroyo, mientras el enigma de los adultos quedaba encallado y olvidado en la orilla. Martin dio gracias por ello al Señor.

Pero su propia ira, reprimida y al acecho, surgió de nuevo. Estaba malgastando su juventud por las extravagancias de una borracha, y hasta su virilidad estaba siendo sutilmente socavada. Y ¿qué sería de los niños dentro de un año o poco más, una vez pasada la inmunidad de la incomprensión? Acodado sobre la mesa, comía los alimentos groseramente, sin saborearlos. Era inútil ocultarse la verdad: pronto circularían chismes por la oficina y por la ciudad; su esposa era una mujer licenciosa, disoluta. Y a él y a sus hijos les aguardaba un porvenir de degradación y lenta ruina.

Martin se apartó de la mesa con rudeza y entró con paso majestuoso y ofendido en el cuarto de estar. Siguió con la vista las líneas de un libro, pero su pensamiento evocaba imágenes lastimosas: vio a sus hijos ahogados en el río, a su mujer exhibiendo su ignominia en la vía pública. A la hora de acostarse, su sorda cólera era como una pesada carga que le oprimía el pecho mientras subía las escaleras arrastrando los pies.

La habitación estaba oscura a excepción del haz de luz que se filtraba por la puerta entornada del cuarto de baño. Martin se des-

nudó en silencio. Poco a poco, misteriosamente, se operó en él un cambio. Emily dormía, y su apacible respiración resonaba suavemente en el cuarto. Los zapatos de altos tacones con las medias dejadas caer al desgaire le hacían una muda súplica. Su ropa interior estaba tirada en desorden sobre una silla. Martin cogió la faja y el suave sostén de seda y permaneció inmóvil un momento, sosteniendo ambas prendas en las manos. Por primera vez aquella noche contempló a su mujer. Sus ojos se posaron en la linda frente y en el arco de las finas cejas, heredado por Marianne, al igual que la delicada curva de su nariz respingona. A su hijo le había legado los pómulos salientes y la barbilla puntiaguda. El cuerpo de Emily, de busto generoso, era esbelto y ondulante. Mientras Martin observaba el tranquilo sueño de su mujer, el fantasma de la antigua ira se iba esfumando. Todo pensamiento denigrante o de censura se hallaba ahora muy lejos. Martin apagó la luz del cuarto de baño y alzó la ventana. Con mucho cuidado para no despertar a Emily se deslizó en el lecho. A la luz de la luna contempló a su mujer por última vez. Su mano buscó la carne próxima, y el dolor corría parejas con el deseo en la inmensa complejidad del amor.

EL VIEJO JEFE MSHLANGA

DORIS LESSING/GRAN BRETAÑA

Doris Lessing

ERAN LOS mejores años, cuando correteaba por el monte en la hacienda de su padre, una tierra en buena parte sin explotar, como todas las de los blancos, salvo algunas parcelitas cultivadas acá y allá. Lo demás eran árboles, hierba rala y crecida, espinos y cactus, crestones y barrancos. Y una gran roca que sobresalía del suelo, surgida de la tibia tierra africana miles de años atrás; una roca con huecos y recovecos excavados por el sol y el viento, viajero de tantos cientos de leguas a través del espacio y de la selva; pero capaz de resistir el peso de una niña cuyos ojos estaban ciegos para todo lo que no fuera un río lánguido bordeado de sauces, un castillo que se irguiera con pálidos destellos... Y una niña que cantara: «El cendal que tejían sus manos se rasgó, el espejo en que se miraba se quebró...»

Abríase paso por los verdes senderos, entre los maizales, cuyas hojas se inclinaban como arcos de catedral, veteadas por el sol; la tierra roja y espesa crujía bajo sus pies; un fino encaje de grama roja estrellada evocaba cierta figura negra y encorvada que profería graznidos agoreros: la bruja del Norte, hija de los fríos bosques de Septentrión, se le aparecía entre los maizales, y los maizales se desvanecían, ya no estaban, la dejaban entre las retorcidas raíces de un roble; la nieve, blanca y suave, caía copiosa; los cobrizos destellos del fuego de los leñadores le llegaban ahora a través de los troncos de la floresta.

Una criatura blanca que abre sus ojos curiosos a un paisaje

bañado por el sol, un paisaje árido y feroz, cabe suponer que lo aceptará como suyo, que reconocerá como amigos a los espinos y los msasa, sentirá correr la sangre libre y diligente con el cambio de las estaciones.

Pero esta criatura no podía ver el espino ni los msasa como eran. Sus libros contaban historias de hadas extrañas, sus ríos eran lentos y pacíficos; y distinguía por su forma las hojas del fresno o del roble, sabía los nombres de los seres diminutos que pueblan los riachuelos ingleses, mientras que la palabra «veld», con que se designa la pradera en Africa del Sur, le resultaba extraña, aunque no conociera otra cosa.

Precisamente por eso, durante muchos años, el veld le pareció irreal; el sol era un intruso, y el viento hablaba un lenguaje desconocido.

Los negros de la hacienda le resultaban tan ajenos como los árboles y las rocas. Eran masas amorfas que se juntaban y mezclaban y escabullían como renacuajos, seres, sin rostro, que sólo existían para servir, para decir: «Sí, patrón», para coger su dinero y marcharse. Solían ser distintos cada temporada, desplazándose de unas haciendas a otras según sus estrambóticas necesidades (que no había por qué comprender), tras haber viajado desde remotos lugares del norte o del este, para seguir luego, tras unos cuantos meses, ¿hacia dónde? Quizás hacia las fabulosas minas de oro de Johannesburgo, donde la paga era superior a los pocos chelines mensuales y los puñados de maíz que se les daba dos veces al día en aquella región de Africa.

La niña aprendió a considerarlos como algo natural: los criados de la casa corrían cien metros para recoger un libro que ella hubiese dejado caer al suelo. La llamaban «Nkosikaas» (jefa), hasta los niños negros de su edad.

Más tarde, cuando la hacienda se le quedó pequeña, recorría kilómetros y kilómetros, de charca en charca, de colina en colina, acompañada por dos perros, con una escopeta al hombro. El arma y los perros eran su protección, y gracias a ellos no sentía ningún temor.

Si veía a un nativo por los caminos de cafres a un kilómetro de distancia, los perros le hacían encaramarse a un árbol como si fuera

un pájaro. Si el hombre protestaba (en su tosco lenguaje, que de por sí era bastante ridículo) le consideraba un descarado. Cuando estaba de buen humor, la cosa podía servir de diversión. De lo contrario, seguía su camino sin mirar siquiera al furioso hombre del árbol.

En las contadas ocasiones en que se reunían unos cuantos niños blancos, solían divertirse con los indígenas tomándolos por bufones o azuzándoles los perros para verlos correr; atormentaban a un niño negro de su edad como si fuera un perrillo, cuando no eran capaces de hostigar a un perro con piedra ni palo sin experimentar remordimiento.

Con el tiempo se le plantearon a la niña varias interrogantes; las respuestas no eran fáciles de aceptar y fueron acalladas con una arrogancia todavía mayor.

Era imposible mirar como amigos a los negros que trabajaban en la casa, ya que en cuanto se dirigía a uno de ellos su madre se acercaba corriendo desalada y le decía:

—Vamos, hijita, no debes hablar con los indígenas.

Gracias a esta sugestión de peligro, de aversión a no se sabía qué, era fácil reírse a carcajadas cuando un criado cometía una falta al hablar en inglés o cuando no entendía una orden que se le daba. Hay un modo de risa que implica miedo; miedo a uno mismo.

Un atardecer, a mis catorce años, paseaba por la linde de un maizal recién arado; los grandes terrones, colorados y flamantes, caían en declive hacia una charca cercana, y la tierra parecía un mar rojo y encrespado. Era esa hora de paz y tranquilidad en que los pájaros cambian de árbol en árbol sus notas melancólicas; cuando la tierra, el cielo y la floresta asumen un matiz amarillo rojizo. En mi brazo descansaba el rifle, y detrás venían los perros.

Entonces, a unos doscientos metros, divisé a tres africanos que en ese instante volvían la esquina de un gran termitero. Silbé a los perros para que se arrimaran bien a mí y balanceé el arma en la mano, esperando que se retiraran del camino a mi paso, en señal de respeto. Pero ellos siguieron impertérritos por la vereda, y los perros esperaban inquietos la señal de ataque. Yo estaba furiosa. Era una desvergüenza que un nativo no se retirara del camino en el momento de ver a un blanco.

Al frente del grupo venía un anciano, apoyándose en un cayado; era un viejo de pelo cano y traía una manta color granate a modo de capa. Tras él caminaban dos jóvenes cargados con un montón de pucheros, azagayas y hachuelas.

El conjunto resultaba un tanto insólito. No eran los clásicos nativos en busca de trabajo. Tenían cierto aire de dignidad, de saber lo que querían. Fue precisamente esa dignidad lo que me impidió hablar. Seguí adelante tranquilamente, hablando en voz baja a los perros para calmarlos, hasta que estuve a poca distancia. El anciano se detuvo y se ciñó el manto.

—Buenos días, Nkosikaas —saludó, empleando la fórmula habitual a cualquier hora del día.

—Buenos días. ¿Adónde vais? —contesté un tanto enojada.

El anciano dijo algo en su lengua, y al terminar, uno de los jóvenes dio un paso al frente y con gran deferencia declaró en un inglés correcto:

—Mi Jefe va a ver a sus hermanos al otro lado del río.

¡Un Jefe!, pensé, comprendiendo inmediatamente el orgullo que mantenía al anciano de igual a igual delante de mí. Más que de igual a igual, ya que él había demostrado cortesía, y yo no.

El anciano volvió a hablar, con esa dignidad innata que algunos seres heredan y lucen como una prenda ancestral. Se mantenía a diez pasos de distancia, flanqueado por su guardia, y sin mirarme directamente (hubiera sido descortés), sino puestos los ojos en los árboles que había a mi espalda.

—¿Eres la pequeña Nkosikaas de la hacienda de Baas Jordan?

—En efecto, esa soy —respondí.

—Tu padre quizá no se acuerda —dijo el intérprete en nombre del anciano—, pero hubo cierto asunto entre los dos por unas cabras. Recuerdo haberte visto cuando eras... —El joven puso la mano a la altura de las rodillas y sonrió.

Todos sonreímos.

—¿Cómo te llamas? —inquirí.

—Es el Jefe Mshlanga —contestó el joven.

—Diré a mi padre que nos hemos visto.

—Mis saludos a tu padre, pequeña Nkosikaas —concluyó el anciano.

—Buenos días —dije cortésmente, aunque me resultaba difícil ser cortés por falta de práctica.

—Buenos días, pequeña Nkosikaas —se despidió el anciano, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

Me alejé, colgando torpe el arma de mi brazo; olfateando y regruñendo los perros por verse privados de su diversión favorita: perseguir indígenas como si fueran alimañas.

Al poco tiempo leí en un viejo libro de exploraciones la siguiente frase: «El país del Gran Jefe Mshlanga». Y continuaba: «Nuestro destino era el país del Gran Jefe Mshlanga, al norte del río, y deseábamos conseguir su autorización para buscar oro en su territorio.»

La frase «conseguir su autorización» resultaba tan extraña para un niño blanco, educado en la teoría de que los nativos eran objetos manipulables, que reavivó en mí aquellas interrogantes reprimidas; y tales interrogantes fueron fermentando en mi ánimo.

En otra ocasión, uno de esos viejos exploradores que todavía viajan por Africa en busca de filones abandonados, cargados con sus herramientas, tiendas de campaña y gamellas para separar el oro de la roca triturada, pasó por la hacienda y, en uno de sus comentarios sobre los viejos tiempos, intercaló esta frase: «Este era el territorio del Gran Jefe; se extendía desde aquellas montañas hasta el río, cientos y cientos de millas». Así llamó a nuestro distrito: «La región del Gran Jefe», sin emplear para nada nuestro apellido: designación inédita que no implicaba usurpación de propiedad.

A medida que fui leyendo más libros sobre la época en que se colonizó aquella parte de Africa, hace unos cincuenta años, comprendí que el Gran Jefe Mshlanga había sido un hombre famoso, conocido por todos los exploradores y mineros. Pero en aquella época era joven, o quizá los libros se referían a su padre o a su tío. Nunca lo supe.

Aquel año me crucé con él varias veces, en el sector de la hacienda por donde pasaban los nativos. Descubrí que la senda pegada a las tierras rojizas, donde cantaban los pájaros, era la ruta habitual de los emigrantes. Quizá si yo iba por allí tan a menudo fuera con la esperanza de encontrarme con él, de que me saludara. El intercambio de cumplidos parecía dar respuesta a las incógnitas que tan inquieta me tenían.

Pronto comencé a llevar armas con ánimo diferente; las empleaba para cazar y no para sentirme con ellas envalentonada. Los perros también aprendieron a comportarse. Cuando veía acercarse a un nativo, nos saludábamos; poco a poco fue desvaneciéndose en mi espíritu aquel otro paisaje. Mis pies se afianzaron en la tierra africana y supe ver con nitidez las formas de la colina y del árbol. Los negros se distanciaron, por decirlo así, de mi vida, cobrando perspectiva: era como si yo permaneciese al margen, contemplando una danza íntima de los hombres y del paisaje, una danza antiquísima, cuyos pasos me era imposible aprender.

Pero al mismo tiempo pensaba: también me pertenece. Yo me he criado aquí; este país es tanto mío como de los negros. Y hay sitio más que suficiente para todos, sin tener que expulsarnos unos a otros de aceras y caminos.

Parecía que habría de bastar con hacer patente el respeto que yo sentía cuando hablaba con el Gran Jefe Mshlanga para que blancos y negros pudieran convivir con mutuo respeto hacia sus diferencias; parecía sencillísimo.

Así las cosas, un día ocurrió algo nuevo. En nuestra casa trabajaban siempre como sirvientes tres nativos: el cocinero, el criado y el jardinero. Solían cambiar lo mismo que los trabajadores de la granja: permanecían unos cuantos meses y luego se iban en busca de un nuevo trabajo o regresaban a sus aldeas. Los calificábamos de «buenos» o de «malos» según su comportamiento en el servicio: ¿eran vagos?, ¿obedientes?, ¿respetuosos?, ¿eficaces? Si la familia estaba de buenas, el comentario era: «¡Qué va uno a esperar de estos negros salvajes!» Y si no estaba el horno para bollos, despotricábamos: «¡Estos malditos negros! ¡Estaríamos mejor sin ellos!»

Un policía blanco que hacía su ronda por nuestro distrito nos dijo en cierta ocasión con mucha guasa:

—¿Sabían que tienen un personaje importante en la cocina?

—¡Cómo! —exclamó mi madre—. ¿Qué quiere decir?

—El hijo de un Jefe —contestó el policía recreándose—. El mandará la tribu cuando muera el viejo.

—Pues más le valdrá no hacer ninguna demostración de arrogancia conmigo —dijo mi madre.

Cuando se marchó el policía, comenzamos a mirar con diferen-

tes ojos al cocinero: era un trabajador excelente, pero bebía demasiado los fines de semana. Así le teníamos conceptuado.

Era mozo de buena talla, de piel negra como ébano bruñido. Con un peine de metal se hacía la raya a un lado, al estilo de los blancos, bregando con su inextricable mata de pelo negro. Era cortés, retraído y diligente para obedecer órdenes. Pero ahora que nos lo habían señalado, solíamos decir:

—No cabe duda. Hay algo en él. Se ve a la legua. Lo lleva en la sangre.

Mi madre se volvió muy severa con el cocinero ahora que conocía su origen y su destino. En ocasiones, cuando se ponía nerviosa, le decía:

—Recuerda que todavía no eres el Jefe.

Y él, con la mirada baja, respondía muy tranquilo:

—Sí, Nkosikaas.

Cierta tarde pidió permiso para salir un día entero, en vez de la habitual media jornada. Quería ir a su casa el domingo siguiente.

—¿Cómo vas a ir a tu casa en un solo día?

—Con mi bicicleta tardaré sólo media hora —respondió.

Me fijé en la dirección que tomó y al día siguiente salí en busca de su poblado; a buen seguro debía de ser el sucesor del Jefe Mshlanga, pues no había otro poblado más próximo en los alrededores de nuestra hacienda.

Todo el territorio que se extendía pasada la heredad en aquella dirección era nuevo para mí. Fui por caminos desconocidos, traspuse cerros que hasta entonces se habían confundido en la distancia brumosa de quebrados horizontes. Eran tierras del gobierno, jamás cultivadas por el hombre blanco. Al principio no pude comprender cómo era posible que apenas traspasados los límites de la hacienda me encontrara como en otro mundo. Un paisaje verde, un ancho valle por el que corría un río con infinidad de aves acuáticas que levantaban el vuelo, en rauda desbandada, sobre las junqueras. La hierba abundante me acariciaba las pantorrillas. Los árboles alzábanse frondosos y bien proporcionados.

Yo estaba acostumbrada a nuestra hacienda, donde los miles de acres de tierras agrias, erosionadas, daban árboles que por haberse cortado para los hornos de las minas crecían escuálidos y re-

torcidos; donde el ganado había depauperado los pastos, dejando innumerables rastros entrecruzados que cada temporada se ahondaban más y más con las lluvias, hasta convertirse en zanjas.

Estas otras tierras en cambio se mantenían vírgenes, salvo para los buscadores de oro, cuyas piquetas escarbaban tal cual roca durante sus merodeos, y para los emigrantes nativos, cuyo paso quedaba patente en los troncos ennegrecidos por el humo de las fogatas que encendían por las noches.

Todo estaba en silencio; era una mañana calurosa y sólo el arrullo de las palomas turbaba la tranquilidad reinante. Las sombras del mediodía, densas y tupidas, se entreveraban con nítidas manchas amarillas de luz solar, y en todo aquel inmenso valle, verde como un parque, no se veía más ser humano que yo.

Escuchaba el rápido y sistemático martilleo del pájaro carpintero, cuando una sensación de frío me fue embargando desde lo más profundo de mi ser hasta convertirse en una especie de temblor ascendente, al tiempo que desde la raíz del cabello comenzaba a notar un hormigueo que se extendía por todo mi cuerpo hasta dejarme paralizada, con carne de gallina, aunque iba empapada de sudor. ¿Fiebre?, me pregunté. Volví la cabeza muy despacio para mirar a mi espalda, y de pronto comprendí que lo que tenía era miedo. Resultaba extraordinario, casi humillante. Era un miedo nuevo, diferente. Toda mi vida había andado sola por esas tierras y en ningún momento sentí ese desasosiego; primero, porque solía tener la compañía de los perros y de mi arma, y después, porque había descubierto la confianza que proporciona la cordialidad hacia los nativos con quienes me topaba.

Algo sabía por mis lecturas de aquella sensación: es como si la grandeza y el silencio de Africa fueran creciendo bajo el viejo sol, concretándose en la mente, hasta que los mismos trinos de los pájaros parecen amenazadores, y de las rocas y de los árboles salen espíritus malignos. Entonces comienza uno a moverse con cautela, como si el mero caminar alborotase algo protervo y ancestral; algo oscuro, gigantesco y colérico que pudiera erguirse de pronto y atacarle a uno por la espalda. Miráis las espesas marañas que forman los árboles entrelazados e imagináis posibles fieras al acecho; observáis la lenta corriente del río que baja saltando de remanso en

remanso y pensáis en los gamos que se acercan a beber por la noche; en los cocodrilos que los agarran por su hociquillo tierno y los arrastran a sus cuevas subacuáticas. El miedo me atenazaba. Daba vueltas y más vueltas bajo el peso de aquella amenaza informe que podía surgir detrás de mí y arrebatarme; mirando siempre la hilera de cerros que, vistos desde distinto ángulo, parecían cambiar a cada paso mío, de forma que hasta los puntos de referencia familiares, como esa montaña que se irguió siempre, centinela de mi mundo, desde que me alcanzaba la memoria, trocábanseme ahora en un valle muy extraño, con una luz desconocida. No sabía dónde estaba. Me había perdido. El pánico se apoderó de mí. Me di cuenta de que no hacía sino girar como un tiovivo, mirando ansiosamente cada árbol, observando el sol que parecía haberse situado en un sesgo de amanecida mientras vertía su luz triste y amarillenta del ocaso. ¡Debía de haber transcurrido mucho tiempo! Consulté mi reloj y pude comprobar que ese lapso de terror injustificado había durado sólo unos diez minutos.

La verdad es que no tenía sentido. Estaba a tres leguas de mi casa; no tenía más que desandar el camino del valle para encontrarme en la cerca; a lo lejos, en la falda de una loma, veía brillar el tejado de unos vecinos, y hubiese podido llegar allí en un par de horas. Era ese mismo miedo que paraliza y encoge a los perros haciéndoles aullar en las noches de luna. No tenía nada que ver con mi pensar ni mi sentir, y me molestaba más el hecho de haber llegado a ser su víctima que la sensación física en sí. Seguí caminando con paso firme, más tranquila, como desdoblada: tenía noción de mis nervios alterados, de las medrosas miradas que dirigía a un lado y a otro, y me veía a mí misma, entre divertida y enojada. Me puse a pensar en la aldea que andaba buscando, en cómo iba a comportarme al llegar caso de encontrarla, lo cual empezaba a dudar, ya que andaba a la aventura y el poblado podía estar en cualquier punto de los miles de acres de bosque que se extendían a mi alrededor. Pensando en el poblado advertí que, además de miedo, experimentaba una nueva sensación: soledad. En ese momento me invadió tal terror que me quedé paralizada, y de no haber sido porque en ese instante coronaba la cima de un altozano desde donde pude ver una aldea a mis pies, allí mismo habría dado la vuelta

para regresar a casa. Eran unas cuantas chozas con techo de bálago apiñadas en un claro del bosque. Se distinguían perfectamente cultivos de maíz, calabazas y mijo, y el ganado pastaba a cierta distancia, bajo los árboles. Las gallinas escarbaban entre las chozas, los perros dormitaban en la hierba y las cabras ponían como un friso viviente a cierta loma enriscada al otro lado de un afluente del río que enlazaba al poblado cual un brazo amoroso.

A medida que me acercaba pude apreciar que las chozas estaban bonitamente decoradas con adornos de barro en tonos amarillos, rojos y ocres, y los techos trabados con trenzas de paja.

Aquello era completamente distinto al cercado indígena de nuestra hacienda, lugar sucio y abandonado, refugio temporal de emigrantes que no echaban raíces.

Me quedé indecisa. Llamé a un arrapiezo negro que vi sentado en un solar. Estaba tocando una especie de laúd hecho de una calabaza, y a excepción de un collar de cuentas azules, iba completamente desnudo.

—Avisa al Jefe que estoy aquí —le dije. Se metió el pulgar en la boca y me miró con timidez.

Paseé varios minutos por la linde de aquella aldea que parecía desierta, hasta que por fin el chiquillo echó a correr y aparecieron algunas mujeres. Iban vestidas de colores muy vivos y llevaban anillos de metal en orejas y brazos. También se quedaron mirándome con fijeza, en silencio; luego se volvieron para deliberar.

—¿Puedo ver al Jefe Mshlanga? —repetí. Me di cuenta de que habían entendido el nombre, aunque no lo que deseaba. Ni yo misma lo sabía.

Finalmente, pasé por delante del grupo y me aventuré entre las chozas. Bajo un árbol frondoso divisé un claro donde charlaban una docena de ancianos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas. El Jefe Mshlanga, recostado en el árbol, bebía de una calabaza que tenía en la mano. Al verme se quedó impávido, y advertí que no le era grata mi presencia; quizá sentía timidez, lo mismo que yo, al no poder encontrar la fórmula adecuada para salir airosos de semejante situación. Encontrarme en mi hacienda era distinto; no debía haber ido hasta allí. ¿Qué había esperado? Socialmente no podía unirme a ellos. Era algo inconcebible. Ya estaba bastante

mal visto que yo, una joven blanca, paseara sola por la pradera como pudiera hacerlo un hombre blanco. Además, por esa zona sólo tenían derecho a circular los funcionarios del gobierno.

Volví a quedarme parada, con una sonrisa tonta, mientras a mi espalda se congregaban mujeres gárrulas de vestidos chillones, con cara de vivo interés y curiosidad. Sentados delante de mí seguían los ancianos, surcado de arrugas el rostro, el continente altivo, la mirada cautelosa. Era una aldea de ancianos, niños y mujeres. Ni siquiera los dos jóvenes arrodillados junto al Jefe eran los mismos que le acompañaban la vez anterior. La gente moza trabajaba en las tierras y minas de los blancos, y el séquito del Jefe dependía de los familiares que estuviesen temporalmente de vacaciones.

—La pequeña Nkosikaas anda muy lejos de su casa —observó por fin el anciano.

—Sí —afirmé—, muy lejos. —Hubiese querido decir: «Vengo a hacerle una visita de cortesía, Jefe Mshlanga». Pero no pude. Es posible que hoy día sienta una necesidad apremiante de conocer a esos hombres y mujeres como personas, de que me acepten como amiga; pero la verdad es que entonces había salido de casa con el solo deseo de satisfacer mi curiosidad; deseaba conocer la aldea que algún día gobernaría nuestro cocinero, el joven obediente y reservado que se emborrachaba los domingos.

—Sea bienvenida la hija de Nkosi Jordan —dijo el Jefe Mshlanga.

—Gracias —fue todo lo que contesté, incapaz de añadir nada más.

Silencio. Oía zumbar las moscas alrededor de mi cabeza. Sopló ligeramente el viento y las ramas del gigantesco árbol salpicaron de sombra el rostro del anciano.

—Buenos días —dije al cabo—, tengo que volver a mi casa.

—Buenos días, pequeña Nkosikaas —respondió el Jefe Mshlanga.

Me alejé de la aldea indiferente; traspuse de nuevo el altozano, pasando por delante de las cabras, que me miraban con sus ojos color de ámbar, y bajo los árboles altos y majestuosos volví a salir al dilatado y fértil valle por donde serpenteaba el río y se arrullaban las palomas, satisfechas de tal abundancia, y el pájaro carpintero martilleaba suavemente.

Había desaparecido el miedo para dejar paso a un terco estoicismo. Intuía una misteriosa hostilidad en el paisaje, una fría, indomable y hosca fiereza que me acompañaba en mi marcha, firme como un muro, intangible como humo; cual si me dijera: vienes a destruir. Volvía yo para casa, el paso lento, el corazón desinflado: ahora sabía que si no podemos hacer que un país acuda servilmente a nuestra llamada como un perro, tampoco es factible olvidar el pasado con una sonrisa, en un momento de ternura, diciendo: qué culpa tengo yo; también soy una víctima.

No volví a ver al Jefe Mshlanga más que en otra ocasión.

Cierto día, las extensas tierras rojas de mi padre amanecieron pisoteadas por pequeñas y puntiagudas pezuñas: las de las cabras del poblado del Jefe Mshlanga. Ya había sucedido lo mismo otra vez, hacía unos años.

Mi padre confiscó todas las cabras y envió un mensaje al anciano Jefe comunicándole que si quería los animales habría de pagar los daños causados.

Llegó a nuestra casa un atardecer, y parecía más encorvado y viejo, más torpe en el andar, con su regio atuendo y el grueso cayado en que se apoyaba. Mi padre se sentó en su sillón, al pie de los escalones que daban acceso a la casa; el anciano se puso en cuclillas frente a él, los mozos de su escolta uno a cada lado.

La discusión fue lenta y penosa, debido al deficiente inglés del joven que hacía de intérprete, ya que mi padre no hablaba el dialecto, sino sólo unas palabras de cafre muy elementales.

Según mi padre, la cosecha había sufrido daños por valor de doscientas libras, y como sabía que no podía conseguir esa suma del anciano, se creía con derecho a confiscar las cabras. Por otra parte, el anciano Jefe repetía enojado:

—¡Veinte cabras! Mi pueblo no puede perder veinte cabras. No somos ricos como Nkosi Jordan para perder de golpe veinte cabras.

Mi padre, que no se consideraba rico, sino muy pobre, contestaba con suma viveza y enfado que los daños y perjuicios representaban mucho para él y que por tanto tenía derecho a quedarse con las cabras.

La discusión se caldeó tanto que al final hubo que llamar al

cocinero, el hijo del Jefe, para que sirviera de intérprete. Ahora mi padre hablaba con soltura en inglés, y nuestro cocinero traducía con rapidez, de forma que el anciano comprendió bien el grado de enojo de mi padre. El joven hablaba sin delatar emoción alguna, de manera mecánica, los ojos bajos, aunque patentizando su sentir en la incómoda y hostil postura de sus hombros.

Expiraba la tarde, y el cielo del ocaso era una vorágine de colores; lanzaban los pájaros sus últimos trinos y el ganado mugía plácidamente camino de los cobertizos donde se albergaba durante la noche. Era la hora más bella de Africa, y en ese preciso momento se desarrollaba aquella escena tan desagradable que no beneficiaría a nadie.

Por último mi padre afirmó tajantemente:

—No voy a discutir más el asunto. Me quedo con las cabras.

El anciano Jefe contestó de inmediato en su lengua:

—Eso significa que mi pueblo pasará hambre cuando llegue la estación seca.

—Pues vayan a la policía —arguyó mi padre con aire triunfante.

No había más que decir.

El anciano quedó un rato en silencio, gacha la cabeza, las manos colgando desvalidas sobre sus rodillas descarnadas. Luego se levantó con ayuda de los jóvenes y se plantó frente a mi padre. Habló con firmeza, dio media vuelta y encaminó sus pasos a la aldea.

—¿Qué ha dicho? —preguntó mi padre al joven, que rió, incómodo, rehuyendo su mirada—. ¿Qué ha dicho? —insistió mi padre.

Nuestro cocinero permaneció unos segundos erguido, cejijunto, sin articular palabra. Luego habló:

—Mi padre dice: Toda esta tierra, esta tierra que ustedes llaman suya, es de mi pueblo, y le pertenece.

Una vez hecha esta declaración, se alejó en la misma dirección que su padre y no le volvimos a ver más.

Nuestro nuevo cocinero procedía de Nyasalandia y no descendía de grandes jefes.

Cuando volvió por allí el policía se le informó del caso. Su comentario fue:

—Ese poblado no tiene por qué estar ahí; debería haber sido tras-

ladado hace tiempo. No sé cómo no se ha encargado nadie de hacerlo. Hablaré con el Delegado de Indígenas la semana que viene. De todos modos tengo que verle, pues el domingo juego una partida de tenis con él.

Al poco tiempo supimos que el Jefe Mshlanga y su pueblo habían sido trasladados unos trescientos kilómetros al este, a una auténtica Reserva de Indígenas; las tierras del gobierno iban a ser colonizadas por blancos.

Un año después me acerqué al poblado. No había nada. En los montones de barro colorado donde estuvieron las chozas veíanse ringleras de bálago medio podrido, veteadas de rojo por galerías de hormigas blancas. Las calabaceras lo habían tomado todo por asalto, llegando incluso al bosque circundante y encaramándose a las ramas bajas de los árboles: sus enormes frutos dorados invadían el paraje entero; se los encontraba uno por doquier, bajo los pies y suspendidos sobre la cabeza: una verdadera orgía de calabazas. El matorral se enseñoreaba ya del terreno, que la hierba nueva vestía de un vivo verdor.

El afortunado colono a quien asignasen aquel lozano valle descubriría (si decidía cultivar esa zona en particular) que en un maizal alcanzaban los tallos hasta cinco metros de altura, que el peso de las mazorcas doblaba las cañas, y se preguntaría con qué insospechada veta de riqueza había topado.

NOTAS BIOGRAFICAS

CIRO ALEGRIA *1909-1967*
Escritor peruano, nació en Sartimbamba (Huamachaco). Perteneció al consejo directivo del partido Aprista, y vivió muchos años desterrado de su patria. Sus tres novelas *La serpiente de oro* y *Los perros hambrientos*, premiadas en Chile, y *El mundo es ancho y ajeno*, premiada en Estados Unidos y traducida a muchos idiomas, reflejan la dura vida de los indios peruanos y constituyen una espléndida aportación a la novelística hispanoamericana.

JUAN JOSE ARREOLA *1918*
Nació en Ciudad Guzmán, Jalisco (México). Fundó, dirigió y colaboró en innumerables revistas. El cuento, incluso la fábula de animales, es la forma literaria que maneja con mayor soltura. Con un cuento, *Hizo el bien mientras vivió*, se dio a conocer en 1943. Sus numerosos cuentos y relatos se hallan reunidos en varios volúmenes titulados *Bestiario*, *Confabulario* y *Varia invención*.

AZORIN (José Martínez Ruiz) *1873-1967*
Nació en Monóvar (Alicante). Fue cinco veces diputado y, durante dos temporadas, subsecretario de Instrucción Pública. Pero su verdadera vocación fue la literatura. Es una de las principales figuras de la «Generación del 98», académico de la Lengua y uno de los grandes maestros de la prosa castellana, cuyo estilo se caracteriza por una difícil sencillez y por la riqueza y pureza del léxico. La preocupación fundamental de muchas de sus obras fue reflejar el alma y el paisaje de España, como en *Los pueblos*, *Castilla*, *La ruta de Don Quijote*.

BERTOLT BRECHT *1898-1956*
Figura cimera del teatro del siglo XX, Bertolt Brecht nació en Augsburgo. Estudió ciencias y medicina, pero no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la de dramaturgo. En 1948 creó en Alemania Oriental su propia compañía, el Berliner Ensemble. Escribió también muchos relatos y varios libros de poemas.

ALEJO CARPENTIER *1904*
Novelista y ensayista cubano, crítico literario y musical, es tal vez el escritor hispanoamericano cuya obra ha tenido mayor éxito de difusión internacional, y ha sido traducida a muchos idiomas. El ámbito americano constituye el marco habitual de sus novelas, de temática severa, sin concesiones al pintoresquismo local, y de una gran brillantez estilística. *Guerra del tiempo*, una serie de relatos que reflejan la preocupación del autor por la fugacidad del tiempo, obtuvo en París el Premio al Mejor Libro Extranjero.

AUGUSTO CESPEDES *1904*
Nació en Cochabamba (Bolivia). Estudió Derecho e intervino en 1934 en la guerra del Chaco. Ha sido diputado en varias ocasiones y embajador de su país en Asunción (Paraguay) y en Roma. Es autor de *Sangre de mestizo*, serie de relatos de la guerra del Chaco al que pertenece *El pozo*, tal vez el cuento más difundido de la literatura boliviana y uno de los mejores de Hispanoamérica.

COLETTE *1873-1954*
Sidonie Gabrielle Claudine Colette, cuyas novelas cortas figuran entre las mejores de la literatura francesa, nació en el pueblo de St.-Sauveur-en-Puisaye. Empezó a escribir novelas a instancias de su primer marido, quien, en calidad de «mentor» literario, las publicó bajo su propio nombre. Es autora, entre otras obras, de *Chéri* y *Gigi*.

STEPHEN CRANE *1871-1900*
Decimocuarto hijo de un pastor metodista de Nueva Jersey, Stephen Crane murió antes de cumplir los treinta años. A pesar de la brevedad de su vida, escribió novelas, cuentos y poemas que ocupan catorce volúmenes. Fue uno de los primeros y más destacados escritores de la escuela realista norteamericana.

ANTON CHEJOV *1860-1904*
Nieto de un siervo ruso, Chejov estudió medicina y la practicó durante toda su vida. Aunque él mismo consideraba que muchas de sus obras eran de escasa importancia, goza actualmente de celebridad como uno de los más destacados dramaturgos y cuentistas de la literatura universal.

ISAK DINESEN *1885-1962*
Seudónimo de la baronesa Karen Blixen-Finecke, danesa que dominaba a la perfección el idioma inglés. Pasó casi veinte años en una plantación de Africa oriental, experiencia que refleja en varias de sus obras. De regreso en Dinamarca, durante la ocupación alemana, siguió escribiendo, y se dice que logró sacar clandestinamente del país el manuscrito de *El relato del grumete* a través de Suecia.

EÇA DE QUEIROZ *1845-1900*
Escritor portugués. Nació en Póvoa de Varzin y murió en París. Ingresó en la carrera diplomática y fue cónsul en Cuba, Inglaterra, China y Francia. Su espíritu cosmopolita, ironía y agudeza de observación le convirtieron en el maestro indiscutible de la novela lusitana del siglo XIX, en la que introdujo la técnica realista y un estilo dúctil y expresivo. Entre sus obras figuran *El crimen del padre Amaro* y *Los Mayas*.

F. SCOTT FITZGERALD *1896-1940*
Se ha afirmado que Scott Fitzgerald, con sus relatos de la juventud alocada, fue el creador de la llamada Era del Jazz, ese mundo desenfrenado y hedonista que tan magistralmente supo describir en *El gran Gatsby*. Nacido en St. Paul, Minnesota, y muerto en Hollywood, Fitzgerald llegó a convertirse en una leyenda en su época.

ANATOLE FRANCE *1844-1924*
Hijo de un librero parisiense, Anatole France fue elegido miembro de la Academia Francesa en 1897, y en 1921 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. Prosista magistral y figura dominante de la literatura francesa durante más de treinta años, recibió el sobrenombre de «príncipe de las letras». *El procurador de Judea* es un claro ejemplo de la sutil sátira de este genial escritor.

ALDOUS HUXLEY *1894-1963*
Nieto de Thomas Huxley, sobrino nieto de Matthew Arnold y hermano de Julian Huxley, Aldous estuvo rodeado desde la infancia de hombres eminentes. Después de estudiar en Eton y en Oxford, escribió una serie de novelas cuya brillantez y erudición asombró a los críticos. La más conocida de todas, *Un mundo feliz*, es una visión futurista de un estado totalitario.

M. R. JAMES *1862-1936*
Distinguido anticuario inglés y director del colegio de Eton desde 1918 hasta su muerte, Montague Rhodes James, con su especial predilección por lo macabro, fue un excelente narrador de historias de misterio, género que cultivó con preferencia.

DORIS LESSING *1919*
Al igual que la pequeña protagonista de *El viejo jefe Mshlanga*, Doris Lessing se crió en Rhodesia del Sur. Era hija de emigrantes ingleses, y en 1949 se trasladó a Gran Bretaña. Toda su obra se caracteriza por su profunda compasión hacia los pobres y los desheredados.

W. SOMERSET MAUGHAM *1874-1965*

William Somerset Maugham estudió medicina, pero abandonó la profesión cuando sus novelas y cuentos le hicieron mundialmente famoso como autor. Muchas de sus obras se han llevado a la pantalla.

GUY DE MAUPASSANT *1850-1893*

Guy de Maupassant escribió novelas, obras de teatro y poesía, pero pocos autores han llegado a dominar como él el género de la novela corta. Genial maestro de la forma, arte que aprendió de Flaubert, Maupassant escribió unos trescientos cuentos, muchos de ellos basados en los recuerdos personales de su juventud, transcurrida en Normandía.

CARSON McCULLERS *1917-1967*

Su apellido de soltera era Smith. Nació en Columbus (Georgia), donde pasó la niñez y los primeros años de adolescencia. Estudió en las universidades de Columbia y Nueva York, y cuando tenía veinte años, se casó con Reeves McCullers. En 1940 publicó su primera novela, que relata las vidas de una serie de tipos sureños de humilde condición social, con la que obtuvo un gran triunfo. No menos clamoroso fue el éxito que logró *The member of the wedding*, otra novela suya, que ella misma adaptó para el teatro y que se estrenó en Nueva York y más tarde en Londres.

LILIKA NAKOS *1905*

Nacida en Atenas, Lilika Nakos realizó sus estudios universitarios en Ginebra, donde pronto se despertó su interés por la literatura. Después de licenciarse, regresó a Grecia; allí trabaja como periodista y ha publicado numerosos cuentos y novelas.

FRANK O'CONNOR *1903-1966*

Seudónimo de Michael O'Donovan. Nacido en el seno de una familia pobre en la ciudad irlandesa de Cork, O'Connor recopiló sus obras en una «antología» a la edad de doce años. Escribía en gaélico y en inglés. Novelista, poeta y dramaturgo, es conocido sobre todo por sus cuentos.

EMILIA PARDO BAZAN *1851-1921*

Nacida en La Coruña, lectora y viajera infatigable, cultivó la crítica literaria, la filosofía, la conferencia, el teatro y la historia. Luchó en pro del feminismo, y en 1916 se creó para ella una cátedra de Literatura Románica en la universidad de Madrid. Fue una de las figuras más destacadas de la escuela naturalista en España y ha pasado a la posteridad como novelista y cuentista. *Los Pazos de Ulloa* es su obra maestra.

GABRIELLE ROY *1909*

Nacida en St. Boniface, ciudad francófona del Canadá, empezó a escribir cuentos a los doce años. En la actualidad vive con su marido en Quebec. Su primera novela fue galardonada con el Prix Femina en Francia y, al igual que Raddall, ha recibido dos veces el premio literario más importante de su país.

DOROTHY L. SAYERS *1893-1957*

Una de las primeras mujeres que se graduaron en Oxford, donde estudió historia medieval. Autora de novelas policiacas y de misterio que gozan de gran popularidad en Inglaterra. En los últimos años de su vida se dedicó a escribir sobre temas religiosos.

LEON TOLSTOI *1828-1910*

En su juventud el conde Tolstoi llevó una vida alegre en Moscú y San Petersburgo. En 1862 se casó y se estableció en su finca de Iasnaia Poliana. Allí vieron la luz sus trece hijos, y también sus mejores novelas: *Guerra y paz* y *Ana Karenina*. Su idealismo lo llevó a establecer escuelas para campesinos, a renunciar a sus bienes y a labrar él mismo la tierra. Su tendencia religiosa y moral culminó en un cristianis-

mo primitivo e individual. Fue excomulgado por la Iglesia ortodoxa rusa y abandonado por sus amigos, pero hoy en día se considera a este gigante de las letras como un santo varón.

MIGUEL DE UNAMUNO
1864-1936

Perteneciente a la «Generación del 98», es uno de los pensadores de mayor renombre mundial, ensayista, filósofo, poeta, novelista, dramaturgo, lingüista y político. Nació en Bilbao y falleció en Salamanca, ciudad que influyó mucho en él y de cuya universidad fue rector vitalicio. Profundo conocedor de las literaturas catalana, gallega y portuguesa, autor de algunas de las poesías más recias de la lengua castellana, su espíritu inconformista y «agónico» brilla especialmente en libros como *Vida de Don Quijote y Sancho*, *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo*.

JOHN UPDIKE *1932*

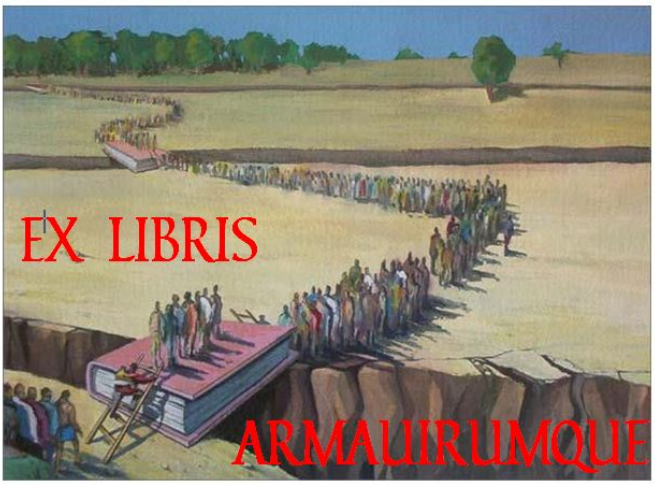
Después de licenciarse en la universidad de Harvard, John Updike fue a Inglaterra, donde asistió a una escuela de arte. Por espacio de dos años trabajó en la revista *The New Yorker*. Es autor de novelas de enorme éxito, y también escribe cuentos y poemas. En la actualidad se le considera una de las más destacadas figuras de la joven literatura en su país.

ARTURO USLAR PIETRI *1906*

Escritor y político venezolano, nació en Caracas. Ha sido catedrático de Economía y de Literatura. Ha desempeñado cargos diplomáticos y ha sido candidato a la presidencia de su país en 1963. Su obra literaria le coloca en primera línea entre los novelistas hispanoamericanos, con *Las lanzas coloradas* sobre el tema de las luchas por la Independencia, y *El camino de Eldorado*, que evoca la figura sombría del conquistador Lope de Aguirre. Es también autor de biografías y estudios económicos.

H. G. WELLS *1866-1946*

Nacido en Bromley (Kent), el sociólogo e historiador Herbert George Wells fue sin duda uno de los autores más prolíficos de los tiempos modernos. Desde muy joven se dedicó al periodismo, y una de sus principales ocupaciones fue la enseñanza de ciencias. Maestro de la novela de fantasía científica, escribió también un tratado de historia que se considera clásico.



RECONOCIMIENTOS

LA VIDA PRIVADA, edición original (1949) Fondo de Cultura Económica. Copyright 1971 Editorial Joaquín Mortiz, S. A. Incluido en *Varia invención*, por Juan José Arreola. EL SEÑOR SABELOTODO, © Ejecutores del Legado de W. Somerset Maugham. EL RELATO DEL GRUMETE, © 1942 Gyldendalske Boghandel. Nordisk Forlag A/S, Copenhague. Incluido en *Vintereventyr*. LA CRUZ NEGRA, publicado con autorización de la Real Academia Gallega. SOSPECHA, © 1945 Dorothy L. Sayers. Incluido en *In the Teeth of the Evidence*. Publicado con autorización de David Higham Associates Ltd. JOSÉ MATÍAS, © Herederos de Eça de Queiroz. EL POZO, copyright 1936. Incluido en *Sangre de mestizos*, por Augusto Céspedes. Publicado con autorización del autor. NANA BOUILLOUX, © 1960 Librairie Hachette. Incluido en *La Maison de Claudine*. LOS CAIMANES, copyright © 1958 John Updike. Incluido en *The Same Door*. Publicado con autorización de Alfred A. Knopf, Inc. SENTADO EN EL ESTRIBO, publicado con autorización de don Julio Rajal. MATERNIDAD, publicado con autorización de la autora. EL JOVEN ARQUÍMEDES, © 1924 Laura Huxley. Publicado con autorización de Laura Huxley y Chatto & Windus. LOS FUGITIVOS, publicado con autorización de Barral Editores, S. A. Incluido en *La guerra del tiempo*, Barral Editores, S. A., 1970. EL CÍRCULO DE TIZA, copyright © 1949 Gebr. Weiss Verlag, Berlín. Reservados todos los derechos por Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main. Incluido en *Kalendergeschichten*. REGRESO A BABILONIA, copyright 1931 The Curtis Publishing Co. Copyright renovado 1959 Francis Scott Fitzgerald Lanahan. MI COMPLEJO DE EDIPO, copyright © Frank O'Connor. Publicado con autorización de Intercontinental Literary Agency, Londres. EL VENADO, © Arturo Uslar Pietri. Publicado con autorización del autor. EL GRABADO AL AGUATINTA, © M. R. James. Incluido en *Collected Ghost Stories*. Publicado con autorización de Edward Arnold (Publishers) Ltd., Londres. SOLEDAD, copyright Fernando de Unamuno. LUZINA SE TOMA UNAS VACACIONES, copyright 1951 Gabrielle Roy. Publicado con autorización de la autora. LA MADRE, incluido en *Duelo de caballeros*, por Ciro Alegría. © 1963 Dora Varona, viuda de Alegría, Lima, Perú. EL HOMBRE QUE OBRABA MILAGROS, © 1943 Éditions Gallimard. Publicado con autorización del Legado de H. G. Wells. EL PROCURADOR DE JUDEA, incluido en *l'Étui de Nacre*, por Anatole France. DILEMA DOMÉSTICO, © 1951 Carson McCullers. Incluido en *The Ballad of the Sad Café*. Publicado con autorización de Deborah Rogers Ltd. en nombre del Legado de Carson McCullers. EL VIEJO JEFE MSHLANGA, © 1952 Doris Lessing. Publicado con autorización de la autora y de Curtis Brown Ltd.